


Delfina Farias



Sinfonia
de un amor casi
prohibido

Vainilla, canela y miel



**Sinfonía de un amor
casi prohibido**

Sinfonía de un amor casi prohibido

Delfina Farias

© DELFINA FARIAS
SINFONÍA DE UN AMOR CASI PROHIBIDO.

Corrección y maquetación: Divinas Lectoras
Diseño de portada: Kramer.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un

sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A los dos ángeles que están siempre a mi lado
Agostina y Melanie .

*Todos alguna vez necesitamos un cómplice,
alguien que nos ayude a usar el corazón.*

Mario Benedetti

PRÓLOGO

Ya no aguantaba ni un solo día más. La situación era insostenible para Emma, pues todo el amor que había sentido por Pablo se había ido marchitando día a día, con todas las malas acciones que este había ido realizando. Ni siquiera la llegada de Flor, había aportado a la pareja la estabilidad necesaria para seguir unidos.

No, Pablo no había cambiado ni un ápice, solo había ido enmascarando con mentiras todo aquello que le podía molestar para con Emma. Siempre había sido un mujeriego, le gustaba el alcohol, salir de fiesta a los boliches, y darse alguna “alegría” que otra con el juego y las drogas.

Definitivamente, todo se había hecho trizas al descubrir Emma, que Pablo no solo no había cambiado, si no que además era cada vez más frecuente que acudiera a casa borracho y con el perfume de otra mina... Eso no era vida para una niña, y ella tenía que poner fin a esa dichosa situación.

Pablo, que no era tonto, ya se había dado cuenta del cambio de actitud de Emma para con él. De esperarlo todas las noches con la cena preparada, había pasado a quedarse dormida en el sofá, e incluso a dormir en la habitación de la niña. No tenían un departamento muy grande, pero sí con dos habitaciones. La mocosa esa de Flor, le había amargado la existencia, ya no podía entrar y salir a sus anchas sin despertar las quejas de Emma.

Por suerte, según él pensaba, aún le quedaba un as debajo de la manga, que Emma desconocía, y eso sería su tabla de salvación. Sin duda, la tonta de su mujer no se daría cuenta hasta que no fuera demasiado tarde, y entonces él le volvería a contar alguna que otra mentira que la muy parada se creería... Aún recordaba como le mintió la primera vez que llegó borracho luego del nacimiento de Flor, le contó que había estado en la despedida de un compañero de trabajo, que se iba al otro extremo del país con su mujer. A la mañana siguiente se había reído en silencio, cuando toda preocupada Emma le atendió por su dolor de cabeza, recreándose en las formas de la morena con la que había compartido algo más que besos.

Esa noche, cuando llegó a casa no esperaba encontrarse a Emma despierta, pues ya era habitual que se fuera de boliches y ella se durmiera. Las quejas no se hicieron esperar, y él que tenía la lengua suelta por el alcohol, se puso a criticarla y a insultarla. Los gritos subieron de tono, hasta que Emma le dijo que ya no lo soportaba, ni siquiera se lo pensó o era suya o de nadie, y se lo iba a demostrar. Cuando vio que intentaba ir a la habitación para hacer una maleta, la agarró del brazo y le cruzó la cara de un cachetazo. Emma abrió los ojos como platos, pues no se esperaba esa reacción por parte de Pablo. Ahí vio confirmadas todas sus sospechas, de que ese era el momento de salir de allí.

Emma esperó paciente a que el alcohol que había ingerido su marido hiciera efecto, y que se entregara a los brazos de Morfeo, entonces agarró a su bebida Flor, y ambas pusieron rumbo a la casa de su abuela Encarna, para no volver a saber nada de ese impresentable. Quiso el azar que Felipe, el hermano de Emma estuviera en el jardín con su novio Alan, cuando vio el lamentable estado en el que llegó su querida muchacha. Entre ellos no hicieron falta las palabras, con una mirada bastó para que la acogiera entre sus brazos y la consolara.

Luego de oír el espeluznante relato que Emma les narró, con su abuela ya presente y unos mates para templar los ánimos, Felipe al que la sangre le bullía sintió la necesidad de ir a buscar a ese impresentable que le había puesto la mano encima. Nadie pudo pararle, ni tan siquiera Alan que trató de que no llegara la sangre al río. Se presentó en la que había sido hasta ese día la casa de su hermana, y a los gritos lo llamó.

Pablo que se había despertado, buscó a Emma y a Flor por la casa sin encontrarlas, hasta que los gritos de Felipe le hicieron ver que se habían ido. Salió muy gallito a recibirlo y del primer puñetazo quedó sentado sobre sus cachas. El hermano de la que fue su mujer le gritó y le pateó, hasta que llegó Daniel el padre de Pablo, que había sido alertado por Encarna. Este consiguió que Felipe lo dejara, no sin antes anunciarle que ya le llamarían los abogados para arreglar el divorcio.

Emma en casa de su abuela solo podía llorar, todo aquello que ella pensó un

día que le haría feliz, se había desvanecido en un instante. Lloraba por ella, pero también por la pequeña Flor que había sido testigo mudo del ataque de su padre, y que no paraba de preguntar qué había pasado. Solo el tiempo curaría las heridas que llevaba en su corazón, nada ni nadie la preparó para que eso sucediera, por lo que decidió blindar su corazón para no volver a sufrir, ni creer en historias que eran contadas por los hombres con una única intención.

Sin embargo el tiempo se encargaría de demostrarle lo equivocada que estaba, no podía más que esperar a que la sinfonía de un amor casi prohibido tocara a su puerta.

CAPÍTULO 1

—Ve, mi niña sal con tu amiga y diviértete. Estás todo el día adentro trabajando, yo me encargo de Flor, ¡vamos, hoy es viernes sal a tomar algo! — insistió, la abuela Encarnación a su nieta Emma.

—No abuela estoy cansada, hoy el día fue largo y mañana debemos entregar mucho trabajo, hagamos pochoclos y miremos una película con la nena, ¿sí? — manifestó tratando de convencer a su abuela una española cabeza dura, que ante los deseos de su nieta siempre se rendía.

Y así fue, luego de preparar unos pochoclos azucarados como a las tres les gustaba se sentaron en el sillón a ver una película de amor. Cuando la película iba a terminar las tres llorisqueaban y Flor, la hija de Emma que tenía cinco años, se levantó secándose las lágrimas con sus pequeños deditos.

—¡No quiero mirar más estas películas, son muy tristes y los hombres son malos! —afirmó la niña enojada, la abuela la retuvo sentándola sobre su falda y le habló dulcemente.

—Oye mi niña, todos los hombres no son malos, ¡tu abuelo fue un gran hombre!

—¡Sí, pero mi papá es malo! Se porta mal con mamá —murmuró Flor y Encarnación tragó saliva sabiendo que era verdad, y sin saber que responder. Emma que volvía de la cocina de guardar los pochoclos, miró a la niña.

—Tu papá está enfermo mi vida, cuando se cure será el hombre que conocí — aseguró observándola, después la levantó en brazos para dirigirse a la habitación a acostarla. Luego de ponerle el pijama y besarle la frente, percibió sus ojitos aún con lágrimas y se le estrujó el corazón.

—Escúchame Florcita, tu padre no siempre fue malo, él se curará y ¿sabes? Él te ama, aunque no vivamos juntos, él siempre será tu papá —le comentó. La pequeña que era vivísima, la dejó muda con su respuesta.

—Yo no quiero que viva nunca más con nosotras, él te pegó y yo estoy muy, pero muy enojada con él —exclamó tapándose la carita con su manta. La madre sonrió y destapó su bello rostro.

—Mi vida, son cosas de grandes y no debes meterte, vos solo preocúpate por el colegio y por jugar, todo se arreglará y sabes que tu familia te ama. —Emma se secó una lágrima y siguió hablándole—. Mira la abuela te ama, el tío Felipe te ama, yo mi vida te amo más que nada en este mundo. —Tapó sus manitas y

besó su frente antes de seguir

hablando—. ¿Ves hijita? Somos muchos los que estamos a tu lado, ahora duérmete —le pidió haciéndole cosquillas y Flor rio.

—¿Cuándo llega el tío? Lo extraño —preguntó la niña y su madre que ya estaba yéndose se detuvo observándola.

—La semana que viene llega y dijo que te trae un regalo.

Emma llegó a la cocina dolida por los sentimientos que su hija albergaba en su ser con respecto a su padre, aunque se lo merecía no deseaba que su pequeña llenara su corazoncito de odio. Al entrar vio a la abuela lavar unos vasos y, acercándose a ella pasó los brazos por su cintura abrazándola. Amaba a esa mujer que los había terminado de criar a ella y su hermano, cuando sus padres fallecieron en un accidente automovilístico muchos años atrás.

Emma, quien era la más grande de los hermanos, desde niña siempre había sido muy reservada, cuando sus padres murieron aun a su corta edad quería proteger a su abuela y a su hermano. Odiaba pensar que un día ellos faltasen, su abuela ya con una situación económica holgada les daba todo lo que pedían, para ellos era como su segunda mamá. Felipe era alegre y muy vivaz, alto como su hermana, delgado, con los ojos de color café y con un carácter arrollador, al ser bastante hábil para los negocios él era quien llevaba control de las cuentas de todas las empresas. Aunque dudó en viajar y dejar solas a las tres mujeres de la familia, ellas habían insistido en que viajara a España para hacer varias inversiones en aquel país. En una noche de pleno verano, Felipe se encontraba tomando algo en un pub junto a otros argentinos que paseaban por Madrid, donde habían pensado montar una empresa de catering, en un pequeño escenario se presentó tímido y vergonzoso un muchacho a cantar. Solo con su guitarra y su voz tan peculiar. En algunos de esos lugares, muchas veces nadie los escucha, sin embargo este logró captar la atención de todos los presentes. Se hizo un silencio y él comenzó a entonar canciones que te llegaban al corazón. Así fue como Felipe conoció a Javier, para después de muchos tragos, largas conversaciones y dos meses de conocerse, hacerse amigos. A pesar de que él tenía una vida holgada y nada le faltaba, su sueño era ganarse la vida por sus medios a través de sus bellas canciones. Fue quien acompañó a Felipe por la ciudad haciéndole conocer los lugares más bonitos y, cuando el argentino decidió que había terminado su viaje por ese bendito país, Javier decidió sin más tentar suerte acompañándolo, sin pensárselo dos

veces.

Encarnación y su esposo Paco eran dos españoles que habían llegado a Argentina recién casados, buscando un lugar como tantos emigrantes. Luego de vivir un año en Buenos Aires, les dijeron de una ciudad muy bonita a orillas del mar que apenas se estaba iniciando y, con la ilusión de un nuevo hogar hasta allá se trasladaron. Solo llevaban en sus bolsillos el dinero de la venta de su casa en España y unos pocos ahorros. Al llegar, lo primero que los impactó fue la naturaleza del lugar, la paz que se respiraba era impagable y la poca gente que la habitaba era gentil y muy simpática. Estuvieron dos días para decidir dónde comprar una porción de tierra, para comenzar a hacer su hogar y se decidieron por unas tierras muy cerca de un bello bosque. El lugar aún casi deshabitado era un paraíso. En esos años el valor la tierra era más accesible y pudieron adquirir cuatrocientos metros cuadrados de tierra. Años les llevó realizar su sueño, uno que al fin lograron con mucho esfuerzo y tesón logrando construir cabañas que al terminarlas, se alquilaron y con ese dinero instalaron un negocio de comida, el cual se hizo muy famoso en la ciudad y alrededores, por la exquisitez y variedad de sus platos. En la actualidad, se había convertido en un negocio mayorista muy rentable, que proveía a numerosos negocios de toda la costa atlántica. Cariló, con poquísimos habitantes junto a otras como Montecarlo, Mar del Ostente y Valeria del Mar, formaron con el tiempo el municipio de Pinamar. Centro productor de servicios que están relacionados con la actividad turística.

Al correr los años fueron reformando su antigua vivienda, hasta convertirla en un hermoso y lujoso dúplex, que se encontraba en una ubicación preferencial, a unas cuadras del mar y del centro comercial. Habían construido sobre el fondo de la propiedad, una pileta climatizada que a todos los integrantes de la familia les encantaba y usaban a diario. Un amplio y gran cuarto de estar te daba la bienvenida solo entrar, del cual colgaban cuadros y plantas, pues a Encarna le encantaban y a pesar de contar con poco tiempo para cuidarlas, siempre lucían espléndidas. Tres sillones de tres cuerpos, una mesa ratona de madera lustrada de algarrobo, más un televisor de cincuenta y dos pulgadas, y el pequeño escritorio en el cual jugaba Flor adornaba el gran espacio. Y lo que más cuidaba y adoraba la abuela era un piano, que su marido supo tocar de maravilla. En el piso de arriba, se encontraban los cuatro dormitorios todos con sus respectivos baños privados. Al lado de ese dúplex habían construido dos grandes cocinas, en una la abuela cocinaba con los empleados toda la

comida que era distribuida a los negocios y en la otra, Emma se dedicaba a la pastelería.

El abuelo Paco fue un ejemplo de hombre, que vivió pendiente de las necesidades de su familia toda su vida, había fallecido muchos años atrás de un ataque al corazón dejándolos sumidos en una inmensa tristeza.

—¿Vos crees que el abuelo se murió de tristeza? —inquirió Emma alejándose de su abuela.

—No sé mi niña, él amaba a tu madre como a nadie. Comprobar que habían abusado de ella, la verdad que lo enloqueció, quería salir a buscar a ese cabronazo y matarlo —adujo Encarna sentándose y, recordando los momentos vividos.

—Vos me dijiste que fuiste a Buenos Aires, ¿no? ¿Y nadie te supo decir quién era ese hombre? —interrogó Emma a su abuela, este levantó la mirada al techo mientras se limpiaba una lágrima y tragaba saliva. Pensó cuantos años más debía aguantar ese interrogatorio.

—¡Ya te dije mil veces, que nunca supe quién fue! Y de haberlo sabido tampoco se lo habría dicho a tu abuelo, mi pobre Paco hubiera terminado en la cárcel porque seguro que lo mataba. Yo no quería ese fin para él, el mal ya estaba echo.

—¿Pero no lo sabes? Si supieras me lo hubieras dicho, ¿no? —preguntó Emma y, a Encarna ya le volaron los pájaros.

—Basta Emma, no lo sé. ¡No sé quién mierda es ese desgraciado! —La nieta se sonrió y besándole la frente se dirigió a su habitación.

Mientras su nieta se marchaba, la abuela la observaba de atrás y le parecía estar viendo a su querida hija. Era tan parecida a ella: alta, pelo castaño, los ojos de su Paco color café y esa sonrisa siempre en sus labios, haciéndola ver más bonita de lo que era, pero debía reconocer que su nieta era más juiciosa y obediente, que su hija. Y al recordarla se maldijo por haberla dejado hacer ese viaje de fin de estudios a Buenos Aires.

Trató de alejar los malos recuerdos de su mente y entró a su habitación a ducharse, ya acostada maldecía por lo bajo sin poder olvidar un pasado que su corazón deseaba arrinconar. Amaba tantos a sus nietos, que quería alejarlos del dolor que ella llevaba por años anidado en todo su ser. Y como cada noche sintió la voz de su hija en los últimos momentos de su vida, que le susurraron

al oído las palabras que jamás olvidaría: “Jamás, jamás diré su nombre.”

Encarna, siempre sospechó de un compañero del colegio, del cual eran muy amigos y un día hablando con la madre del muchacho se lo hizo saber. La madre se prestó a que su hijo se hiciera los análisis correspondientes y el resultado dio negativo. Aunque Encarna quiso averiguar indagando a todos los compañeros de la hija, nadie abrió la

boca y al pasar el tiempo a pedido de la hija y de su marido, no investigó más y Emma se quedó sin padre. Tragó saliva al recordar todo lo vivido y limpiándose una lágrima que sin permiso se derramaba por su rostro, cerró sus ojos cansados apelando a que el sueño aliviara su dolor de sentirse culpable por no poder haber hallado al padre de su nieta.

El día en esa familia comenzaba a las seis de la mañana, los empleados tanto para la cocina como la pastelería llegaban a esa hora, Encarna a las cinco ya estaba duchada y luego de un desayuno se dirigía a la cocina, Emma levantaba a su hija y luego de cambiarla y desayunar, el micro pasaba a buscarla para traerla de vuelta a las cuatro de la tarde.

—¡Dame un besito mi niña, que tengas un bonito día! —expresó la abuela a Flor que medio dormida se arrimaba a abrazarla—. ¿Emma, le pusiste el postre en la vianda?

—Sí abu, lleva todo, vamos nena que ya pasa el micro —respondió Emma, al tiempo que cogía a a su hija de la mano, para llevarla hasta la puerta de calle. Apenas la nena se fue la madre entró en la gran cocina.

—¿Ya desayunaste? —preguntó Encarna a su nieta, mientras las dos se ponían los delantales listas para comenzar la jornada de trabajo.

—Solo tomé unos mates, ahora en una hora salen los pancitos y vengo a tomar mate con vos —contestó, mientras su amiga Beba entraba rápido y las saludaba.

—¡Yo también quiero esos pancitos! —exclamó sonriendo Beba—. ¡Buenos días abuela! —saludó arrimándose a ella, pero Encarna como siempre la miró seria.

—¡Ya te dije dos mil veces, vos no sos mi nieta! —la regañó la abuela, al tiempo que buscaba una olla. Beba la amiga de Emma, igualmente la besó en la mejilla mientras entraba al sector de la pastelería sonriéndose, le encantaba hacerla enojar cada mañana.

—¿Dónde fueron anoche? —la interrogó Emma entrando tras ella.

—Al lugar de siempre. Tomamos algo y escuchamos un poco de música, estuvo aburrido, siempre las mismas caras —comentó—. Hasta que no vengan los turistas, estamos fritas jajaja —rio con ganas—. ¿Cuándo llega tu hermano? —averiguó luego de un rato.

—La semana que viene llega con un amigo.

—¿Un amigo? ¿Te dijo cómo es? ¿No te pasó fotos? —indagó Beba.

—Sí, me paso unas fotos, pero ahora estamos trabajando —respondió Emma haciendo un mohín.

—¿No te intriga cómo es? ¿Está bueno?

—Mira te voy a mostrar la foto para que te pongas a trabajar y dejes de joder.

Emma sacó el celular del bolsillo y luego de encontrar la foto de su hermano y su amigo tomando en un bar, se la mostró a la amiga. Beba miró la foto y levantó su pulgar en señal de aceptación.

—¡A vos te gustan todos! —aseguró Emma, que estaba terminando de poner los budines en el horno.

—¿No serán pareja? —preguntó Beba. Las dos se miraron, a la hermana no se le había ocurrido.

—No creo, si sería así me lo hubiera dicho —replicó quedándose pensativa y siguió hablando—. Él siempre me cuenta todo.

—¡Me encanta sus ojitos picaros y esa sonrisa, tiene un aire de ser fino, distinguido! ¿No? ¡Ya quiero conocerlo!

—¡Espera loca! A ver si como dijiste es novio de mi hermano y metemos la pata.

—¿Y vos qué honda? ¿Todavía seguís pensando en ese bueno para nada? —demandó Beba.

—Ese ya quedó en el olvido, solo me importa mi hija.

—Eso cántaselo a otra nena, te conozco y sé que aún lo amas —replicó Beba.

—Cállate que llegan las demás, luego hablamos —pidió Emma, al ver entrar a las demás empleadas.

—¡Chicas Felipe llega la semana que viene con un amigo español! —gritó Beba y todas las empleadas suspiraron.

—¡Trabajen chicas y no se hagan muchas ilusiones! —exclamó Emma, sonriendo.

—¡Como me calientan los españoles! Con ese acento, madre mía —dijos Beba.

—A vos te calientan todos querida —comentó otra chica, y todas rompieron en carcajadas.

—Mira, mi madre dice: antes que te la coman los gusanos, que te la coman los humanos —afirmó Beba, y las risas de todas estallaron. Emma las tuvo que retar para que siguieran trabajando.

Emma y Beba eran amigas desde niñas, conocían todos sus secretos, penurias y amores. Beba era una mujer franca y desinhibida, todo lo tomaba a risa sin dejar que nada perturbara su vida, vivía con su abuela Rosario quien a la vez era madrina de Emma y la única amiga de Encarna. Pero la amiga de la abuela no tuvo tanta suerte y apenas

terminar su casa muy cerca de la de ella, su marido falleció. Y Encarna fiel a su amistad la ayudó en todo, en la cocina era su mano derecha y confiaba solo en ella a la hora de preparar todo.

Sentados cómodamente en el avión que los trasladaban a Argentina, Felipe y Javier conversaban animadamente a cerca de sus vidas.

—Mira esta es mi familia —dijo Felipe, mostrándole unas fotos en el celular al amigo, en la cual se veían a su hermana, su abuela y su sobrina posando haciendo caritas. Estaban en la playa sentadas y sonriendo.

—Son hermosas las tres, y muy parecidas, ¿no? —preguntó el amigo devolviéndole el celular y Felipe se quedó con la mirada perdida en esa foto.

—Hermosas, ellas son las mujeres de mi vida, daría todo lo que tengo por verlas feliz.

—Se las ve felices, ¿pasa algo? —indagó Javier.

—No sé hasta qué punto son felices. Mi abuela aun con dolorosos recuerdos es feliz, mi Florcita es un encanto y malhablada como la abuela, pero mi hermana sé que no lo es. Ella se enamoró de un hijo de puta que aparte de pegarle la hizo infeliz —confesó Felipe con tristeza.

—¿Como es eso? ¿Le pegó? Si algo aprendí de mi madre es que a las mujeres hay que tratarlas con respeto, como a una reina. —Luego de decir esto se quedó pensativo—. Aunque a mí también me han tratado mal, me enamoré solo una vez de una niña que no solo me dio problemas, sino que también me puso unos cuernos más grandes que mi cabeza —dijo riendo.

—Es lo que yo siempre pienso, uno enamorado se vuelve estúpido y no es

capaz de ver más allá de sus narices, a mí también me ha pasado. Ahora salgo con un muchacho más grande que yo y nos llevamos muy bien —confesó Felipe.

—Cuéntame más de ese desgraciado que le pegó a tu hermana —pidió Javier. Felipe apoyó la cabeza en la butaca del avión, y comenzó a contarle la historia.

—Él era guapo, sexi, un ganador y por supuesto todas las chicas corrían a su lado, mi hermana fue una de ellas. Desde el primer momento le dijimos que él no era bueno —hizo una pausa para ver a Javier, luego miró hacia adelante y continuó con su relato—. Ya sabes cómo es el amor. Cuando más te dicen que no te conviene más te enganchas con él. Salieron unos meses y ella se quedó embarazada. Después de convivir en uno de nuestros dúplex, nos enteramos por ella que él le había pegado. Recuerdo ese día como si fuera hoy —dijo al tiempo que cerraba sus ojos recordando—. Era de noche, yo ya me había acostado cuando mi abuela me vino a contar, esperé a que ella se durmiera, me levanté, me vestí y me dirigí a la casa de mi hermana. Golpeé y salió él, todo sonriente el muy desgraciado. Lo tomé del cuello y lo saqué fuera de la casa, lo arrime a la pared y le grite: “¿Así que vos le pegas a las mujeres? Sos un cobarde.”

—¿Dios, que te dijo? ¿Se defendió? —preguntó Javier.

—No, el cobarde pidió perdón y salió mi hermana y lo salvó.

—¿Y cómo siguió esa relación? —Felipe tomó un trago de su jugo y suspiró antes de responderle.

—Yo no lo volví a ver, a los meses se separaron y mi hermana volvió a vivir con nosotros. Con mi reina, mi sobrina, luego de dos años él volvió a pedirle perdón, pero ella ya no quería saber nada. Aunque sé que lo sigue amando, por desgracia. —Giró la cabeza y se encontró con la mirada del amigo—. ¿Sabes lo triste de esta situación? Hay una niña de por medio y un padre perdido por las malas juntas y la droga. —Javier abrió grandes sus ojos chiquitos y vio al amigo limpiarse una lágrima y, sintió en carne propia el amor que él sentía por su familia.

—Lo siento mucho amigo, si puedo ayudar en algo solo dímelo.

—Él era arrogante, pedante y muy lindo, pero ahora está perdido, su pobre padre lo internó en una granja de rehabilitación, pero para mí ese no tiene cura.

—¿Y tu hermana rehizo su vida? —indagó Javier.

—No, ella es hermosa por dentro y por fuera, pero ya no cree en el amor, le va

a costar creer en otro hombre. Mi abuela y ella solo viven para el trabajo, sus únicas salidas son con mi sobrina o los cuatro. —Al recordar esas salidas la cara se le iluminó—. ¿Sabes? Los cuatro la pasamos de maravilla. A mi sobrina le encanta pasear por el bosque, la llevamos a menudo pues lo tenemos a un paso. Y en verano hacemos fogatas en la playa con otros amigos, bailamos y cenamos las delicias que mi abuela hace, la pasamos bien ya verás que bien la pasaremos —afirmó mirándolo.

—¿Les avisaste que llevas un amigo? —averiguó Javier con temor.

—¡Claro que lo saben! Todo va a ir bien, tranquilo. Lo de mis padres ya te lo conté.

—Y tú, amigo mío, ya sabes mi vida completa —respondió Javi observándolo.

El avión llegó al mediodía, Felipe no quiso avisar de su llegada, sabía que en ese horario su familia trabajaba en la cocina y decidió sorprenderlas. Mientras iban en dos taxis, en uno se trasladaban ellos y en el otro las maletas, Javier se encontraba nervioso, dudando si habría hecho bien en alejarse de su país. La relación con su padre se deterioraba día tras día y había pensado que un descanso le haría bien, sus padres vivían separados y solo se había despedido de la madre, aunque a miles de kilómetros de distancia, la presencia y arrogancia de su progenitor lo perseguía. Sus ojos no dejaban de apreciar la gran naturaleza que los recibía apenas entrar a la ciudad.

—¿Te gusta amigo? —preguntó Felipe mientras bajaba el vidrio de la puerta del taxi y aspiraba ese aire que tanto extrañaba—. ¡Esto es vida! ¡Esto querido amigo, es mi ciudad! ¡Mi mundo!

—¡Me habías dicho que esto era bonito, pero esto es un paraíso! —exclamó Javier, mientras Felipe le pedía al taxista que parase—. ¿Ya llegamos? —averiguó.

—Sí, caminaremos unos metros quiero sorprender a mis mujeres, a esta hora están trabajando. Les dije que llegaría mañana.

—¡Estoy embobado con este lugar, es increíble! —Los ojos chiquitos de su amigo se abrían en demasía apreciando el lugar.

—Ya verás los lugares que te haré conocer, no querrás irte nunca más, ya lo verás amigo —manifestó Felipe nervioso por volver a ver a su familia.

Abrió el gran portón del dúplex y entró dirigiéndose al fondo de la propiedad, al pasar y observar tras los vidrios la piscina suspiró.

—¡Por Dios esa piscina es hermosa! —declaró Javier sin quitar la vista de ella.

—No sabes lo que la usamos, a todos nos encanta, mi sobrina Flor es un pececito. ¿Te gusta no? —preguntó Felipe girando la cabeza mientras caminaba.

—¡Sí! Claro que me gusta, ya te conté.

—Ven, entremos —le pidió Felipe al llegar al fondo del terreno.

Javier no podía creer lo que veía, una cabaña completamente de troncos bellísima.

—Esta es mi guarida, acá me reúno con amigos y nos divertimos. Jugamos a las cartas, tomamos algunos tequilas y también nos contamos los secretos. Ven que te mostraré los cuartos, te quedaras acá conmigo está será tu habitación, ¿te gusta? —preguntó, mientras abría una puerta de madera—. Mira si abres la ventana lo que ves.

—¡Por Dios! ¿Qué es eso? —averiguó Javier señalando con su dedo índice.

—¡Eso es el bosque! Una de las maravillas de esta hermosa ciudad. ¿Sabes que en este hermoso bosque en verano se realizan recitales?

—Aún no he visto nada y ya me enamoré de tu ciudad.

—Con tiempo te llevaré a lugares increíbles. ¿Quieres ducharte? Ahí tienes el baño —le indicó señalándolo—. Yo iré a mi dormitorio haré lo mismo y después iremos a ver a mi familia.

Luego de ducharse y vestirse, Javier recorrió la habitación la cual era amplia, luminosa y sus muebles muy bien distribuidos. Le llamó la atención una foto enmarcada sobre la cómoda, la levantó a la altura de sus ojos y observó a su amigo junto a quien imagino su hermana. Ella se encontraba sobre la montura de un caballo, él señalándola con el dedo y ella sonriente miraba a su hermano, los rasgos de ella le parecieron tan bonitos, que no podía dejar de observar esa foto. Guardó el retrato donde estaba y se dedicó a acomodar su ropa, cuando sintió ruido de pasos en la escalera pensó que era su amigo y no le dio importancia.

—¿Abuela estás segura, que vistes alguien? —preguntó Emma subiendo despacio las escaleras.

—¡Niña te digo que sí! ¿Quién prendió la luz? ¡Vamos que estoy grande pero no tonta, acá hay alguien! —afirmó Encarna convencida de ello.

—Espera abuela, mire que si tienen un arma —le pidió tomándola del brazo, ella estaba dispuesta a enfrentar al que estuviera en la cabaña de su nieto.

—¡Bueno quédate acá, si tienes miedo! Ya verás cómo lo sacaré a palazos a quien osó entrar, ya verás —comentó Encarna. Su nieta haciendo una mueca y apoyando sus manos sobre su espalda, la acompañó hasta llegar frente a la puerta de habitación, donde se escuchaba caminar sobre el piso de madera.

—Abuela dime, ¿qué vas a hacer con esa linterna? —averiguó Emma. Encarna giró su cabeza observándola con media sonrisa.

—¡No es una linterna cualquiera! Es una linterna paralizante —respondió Encarna y Emma se tapó la boca con las dos manos.

—¡Estás loca! ¡Lo vamos a matar! Vos y tus compras por internet.

—No, solo lo paralizaremos hasta que llegue la policía.

Y de repente, la abuela abrió la puerta encontrándose con un muchacho enfundado en unos jeans gastados con una remera blanca y unos ojitos que las miraban asustado. Las dos abrieron sus bocas como pez fuera del agua, se acercaron lentamente al muchacho que iba

retrocediendo y sus ojos saliendo de sus orbitas, cuando Encarna estaba a punto de disparar, Javier comenzó a gritar. Felipe que ya salía de su habitación, al sentir los gritos de su amigo apuró el paso y pudo ver cómo su hermana gritaba igual que su amigo, y su abuela con una linterna en su mano lo amenazaba.

—¡Abuela, no! ¡Es mi amigo! —gritó—. ¡No dispaes! —Al segundo observó la linterna en su mano, sin entender que hacía con ella. Abuela y nieta se tapaban la boca con una mano, sintiéndose culpable por lo ocurrido.

CAPÍTULO 2

—¿Se volvieron locas? ¿Abuela que tienes en la mano? —averiguó. Encarna se sonrió apuntándolo a él y sin querer la linterna se disparó. La mirada de todos se dirigió sobre el cuerpo de Felipe que caía al piso casi desmayado y todo su cuerpo convulsionaba. El disparo por suerte solo fue en el brazo, aunque igualmente le afectó. Todos corrieron a su lado, preocupados. La abuela tiro la linterna y comenzó a los gritos, mientras la hermana y el amigo trataban de levantarlo, sin poder hacerlo.

—¡La culpa es tuya! ¿Porque no avisaste que llegaste? —gritó enojada.

—Perdón, no sabía que habían llegado —comentó Emma arrepentida tocando el brazo del hermano.

—Vamos, que lo llevaremos al hospital —declaró la abuela. Justo, en ese momento entraba corriendo Daniel asustado.

—Pero, ¿qué pasó acá?

—Ayúdanos a levantarlo lo llevaremos al hospital —solicitó Encarna. Daniel vio la linterna tirada a un costado y conociendo a su novia imaginó lo sucedido.

—¿Esa es la linterna paralizante que compraste en internet? —le preguntó enojado.

—¡Sí! —confesó bajando la mirada. Él levantó la mirada al cielo sonriendo y con la ayuda de los demás recostaron en la cama al pobre de Felipe que no podía hablar. Luego Daniel salió de la habitación en busca de su maletín y al volver, rápidamente tomo la presión a Felipe que poco a poco se iba reponiendo.

—Va a estar bien tranquilas.

—¡Mira lo que le hice a mi niño! —decía llorando Encarna, Daniel secó sus lágrimas con la yema de sus dedos y besó su frente.

—Ve a la cocina y haz un café bien fuerte y, de paso agarra esa linterna y tiralala, que un día mataras a alguien —ordenó riéndose y ella le pegó en el brazo al salir.

—Gracias Daniel, gracias Dios que llegaste justo —manifestó Emma.

—Se pondrá bien es solo un pequeño golpe eléctrico ¿y este muchacho quién es? —indagó.

—Es amigo de Felipe —explicó Emma, y ahí se dio cuenta que ni sabía su

nombre.

—Soy Javier González, encantado —se presentó el muchacho con cierto temor.

La abuela entró con un café caliente, incorporando a su nieto le hicieron beber lentamente.

—Un día de estos vas presa —susurró Emma. Encarna se persignó y todos largaron una carcajada.

—Es mi culpa —afirmó Felipe—, no avise que llegaba porque quería darles una sorpresa, pero la sorpresa me la dio mi abuela —aseguró tratando de sentarse en la cama.

—Vamos, ven que te ayudo a bajar —comentó Emma.

Felipe se acercó al lado de su hermana y, sin decir nada la arrimó a su cuerpo envolviéndola con sus largos brazos. Los dos hermanos eran muy parecidos, median metro setenta delgados y de ojos color café.

—Te extrañé —susurró sobre la cabeza de su hermana, esta sonrió y se abrazó fuerte a su cintura.

—Te quiero —exclamó Emma levantando la vista observándolo. Él rio y la preocupación desapareció, el amigo observó la ternura con la que Felipe la abrazaba y se dio cuenta de lo mucho que se querían.

—Javier, te presento a mi hermana y a mi loca abuela —manifestó y, Emma se acercó dándole un beso en la mejilla que se deleitó por el exquisito aroma de su perfume.

—Ya se presentó él solo con todo este lio —dijo Daniel. La abuela se arrimó al muchacho y le pidió disculpas.

—Perdón, si este —alegó tocando el brazo del nieto— hubiera avisado de su llegada esto no hubiera pasado —aseguró, y se despidió pues era hora de la llegada de Flor.

—¡Es de temer, la abuela! —pronunció Javier y todos se largaron a reír.

—Cuéntame algo de tu viaje —pidió Emma.

—Todo bien, todo lindo, pero ya las extrañaba.

—Tu hermano no paraba de hablar de ustedes —confirmó el amigo mientras salían de la casa de Felipe.

—Mira quien está en la puerta esperándote —exclamo Emma.

A Felipe se le iluminaron los ojos al ver a su sobrina saltando de la mano de su abuela. Abrió sus brazos y Flor se arrojó perdiéndose en un cálido y fuerte abrazo.

—¿Como se ha portada mi mujercita mimada? —La nena retiró la carita de su

hombro mirándolo.

—Como siempre tío, bien, muy bien. —Y todos estallaron en risotadas.

—Mira traje un amigo español, salúdalo.

—Encantado señor español, mi abuela también es española —afirmó con gracia.

—Hola niña, eres muy bonita. Me llamo Javier, puedes llamarme Javi si quieres —le propuso y, al verla sonreír pícaramente vio reflejado el hermoso rostro de la madre en la niña.

—Yo me llamo Florencia, pero todos me llaman Flor.

—Entremos que tomaremos unos mates, ¿te gusta el mate Javi? —preguntó Emma.

—Sí, tu hermano me lo hizo probar y nos tomábamos pavas enteras conversando.

Todos se ubicaron en la gran cocina donde trabajaban y el recién llegado se admiraba de todo lo que había: fuegos enormes, frízer, heladeras, ollas sartenes, pavas, garros colgados... jamás había visto una cocina tan grande.

—Acá se trabaja amigo, todos los días hasta los sábados —confesó Felipe, al ver la cara de sorpresa del amigo.

Javier luego de sentarse en la cocina de Encarna percibió los aromas a curri, carne asada y otros aromas de la gran variedad de comidas, que en esa inmensa cocina realizaban.

—¡Acá me quedó a vivir, qué aromas madre mía!

—No sabes los postres y todo lo que hace mi hermana, es increíble, mi abuela cocina y ella es pastelera. Yo no sé hacer nada, solo comer —susurró Felipe y todos sonrieron—. Bueno, algo hago llevo las cuentas del negocio. Vamos ven que te muestro la cocina de mi hermana. Y los dos se dirigieron hacia otra puerta, la abrieron y entraron.

Apenas poner un pie en la misma, el aroma a canela, vainilla y miel los recibieron, Javier aspiró profundamente, percibiendo lo que más le gustaba, los dulces eran su debilidad. Robó una bombita rellena de crema pastelera, Emma al verlo degustarla con tanta ansia, le convidó a otra rellena de canela, vainilla y miel que degustó de un solo bocado.

—¡Las felicito a las dos! —expresó Javier mirando a la nieta y a la abuela—.

Deben saber que lo dulce es lo mío. Además forman un equipazo. Felipe amigo, me encanta ver que tu familia es unida, no como la mía —pronunció. El amigo observó cómo las facciones de su rostro cambiaban y cambio de tema, rápidamente.

—Borremos esos feos recuerdos —le ordenó Felipe tocando su hombro—. Ven, vamos a tomar unos mates.

Cuando terminaron de tomar mates, la nena fue a ver televisión y las mujeres comenzaban a ordenar, Javier rápidamente se paró para ayudar y, ese gesto robó el cariño de la abuela. A la hora de cenar, Felipe repartió los regalos que había traído. Como Javier no deseaba comer se acostó temprano, el viaje lo había agotado. Cuando todos se acostaron Emma preparó una bandeja con una taza de café con leche y dos porciones de tarta de queso, y despacio entró en la cabaña de su hermano. Subió despacio las escaleras y golpeo tímidamente la puerta de la habitación de Javier. Este se sentó enseguida en la cama y solo con un short puesto abrió lentamente la puerta. Le encantó ver a la hermana del amigo con una bandeja en las manos, que lo miraba con cariño. Llevaba puesto un vestido y se encontraba descalza, su cuerpo delgado pero fibroso lo sorprendió, sus piernas largas y esa cara de niña lo enamoraron, se observaron por segundos, sin hablar, pero bastaron para que él cayera bajo el embrujo de su cuerpo, de sus labios y de sus ojos.

—No debiste traerme nada —susurró el galleguito, mientras Emma observaba su cuerpo delgado, sus ojos negros y esa sonrisa de costado, presintió que serían buenos amigos.

—Creí que debieras tomar algo antes de dormir. ¿Te gusta la tarta de queso? —preguntó ella con vergüenza.

—Me encanta todo lo dulce, hoy cuando entré en tu cocina, morí de amor al percibir los aromas dulces de tus postres.

Emma se puso colorada y le deseó buenas noches, mientras bajaba las escaleras se preguntó qué le había llevado a prepararle esa bendita bandeja.

Javier recordaba todo lo que su amigo había contado de la hermana y odió, aun sin conocerlo, al bastardo que le pegó. Cómo podía un hombre ponerle una mano encima a una mujer. Y sin quererlo y sin proponérselo la memoria de su madre se hizo presente y recordó las palabras y consejos que siempre le daba: *“Jamás, jamás debe pegarle a una mujer, ¿entiendes? A una mujer se la*

respeto y adora siempre, porque tú hijo mío, has nacido de una mujer, recuérdalo siempre.”

Desde ese día Javier amó y respetó a cada una de las mujeres que fueron parte de su vida. Aunque no siempre recibió el mismo trato de ellas. La última mujer que pasó meses con él, lo había engañado con su mejor amigo, dejándole una sensación de amargura y tristeza a la vez.

Javier acordándose de su madre que era lo que más quería en la vida, tomó su celular para llamarla, a pesar de la diferencia horaria.

—Hola mi niña más hermosa —dijo sonriente al escuchar la voz de la madre.

—¡Hola mi único niño bello! ¿Cuéntame cómo has llegado y que tal es esa familia?

—Un encanto de personas, trabajadoras y cariñosas.

—¿Qué dijiste? Repite no te he escuchado —le pidió la madre.

—¡Nada mamá que son buenas! ¿Como está la tía, Esperanza?

—Bien hijo, acá conmigo, te manda muchos besos, cuídate y no dejes de llamarme.

Luego de cortar la comunicación telefónica con la madre, Javier se quedó pensativo. Cuando su madre se separó de su padre fue a vivir a la casa materna con su hermana, solo ahí consiguió la paz que necesitaba.

Esa noche Javier soñó que estaba junto a Emma, en la playa y corría con Flor, de la mano. Él era un soñador, un alma libre. Cuando se despertó lo primero que le vino a la mente fue el rostro de Emma la noche anterior con la bandeja en las manos y, mientras se lavaba la cara sonrió frente al espejo. Su idea era descansar de todos los problemas que tenía en su vida, no deseaba enamorarse de la hermana de su amigo, sin embargo todos sus sentidos susurraban lo contrario. En eso tocaron a la puerta de su habitación.

—¿Como has dormido? —averiguó Felipe, al tiempo que abría la puerta.

—Bien, descansé del viaje.

—¿Vamos a desayunar? —propuso y Javier afirmó con la cabeza—. Pasa, desayunaremos acá porque la cocina está llena de trabajo. Esta es la casa de mi abuela, ¿te gusta?

—Hermosa, me encanta todo lo que sea madera —aseguró Javier mirando todo a su alrededor.

Mientras esperaba al amigo, Javier husmeo la casa de Encarna y al llegar a un rincón se encontró con una jaula tapada, miro hacia todos lados y la curiosidad pudo más que él, la destapó lentamente encontrándose con un loro enorme, que lo miraba atentamente, le sonrió y el loro comenzó a hablar sorprendiéndolo.

—¡Buenos días! —dijo y Javier casi se cae de culo al suelo. Tapó nuevamente la jaula y luego de segundos la destapó lentamente.

—Buenos días —acotó con miedo Javier. Y en un ataque de histeria total el loro se volvió loco gritando.

—¡Ladrones, ladrones, Encarna! ¡Ladrones! —gritaba el loro. Javier se desesperó y tapó la jaula. La abuela entró corriendo con Felipe atrás. Los dos miraron la jaula del loro y Javier sonrió tímido.

—Perdón. Lo destape y él comenzó a gritar —se excusó. Encarna destapó la jaula y retó al loro.

—¿Por que gritas? ¡Calla la boca! —le dijo metiendo un dedo en la jaula.

—¡Pepito tiene hambre! ¡Ladrones, ladrones, Encarna! —gritó de nuevo.

—Él es un amigo se llama Javier, dale un beso a Javier —pidió la abuela—. Ven niño —le ordenó a Javier. Mientras él se acercaba con temor, Felipe se mataba de risa.

—Hola, Pepito. —El loro lo miró y abrió el pico de nuevo.

—¡Ladrones, ladrones! —clamó el animal.

—Está loco pepito, de castigo hoy no saldrás. —Y Encarna tapó la jaula, mientras Pepito decía palabras que nadie entendía. La abuela se fue rezongando y su nieto la siguió para buscar el desayuno en la gran cocina. Al verlo entrar todas las mujeres lo saludaban levantando sus manos.

—Buenos días. ¿Cómo están las mujeres más lindas de Cariló? —saludó con ganas, y todas inclusive a su abuela rieron con ganas.

—¡Bien hermoso, te extrañamos! —exclamó una de las chicas, depositando tres fuentes de canelones en el gran horno. Felipe se arrimó a la abuela besándola en la mejilla y está puso el desayuno que ya tenía preparado para él y su amigo en una bandeja, entregándoselo. Javier, que se había parado y acercado a la cocina observaba desde la puerta a su amigo.

—Después les presento a mi amigo, a ver si a la noche nos tomamos todos unos tequilas por ahí... —comentó y la abuela lo retó.

—Vete, que descontrolas a las niñas.

—¡Preséntalo ahora, vamos Felipe! —pidió una de las chicas.

—¡No, ahora no! Chao chicas trabajen que la jefa se va a enojar —se despidió Felipe con una sonrisa, dirigiéndose hacia dónde había dejado a

Javier.

Se sentaron en una mesa y Felipe depositó la badeja que llevaba en las manos y le explicó a Javier:

—Mira, estos bafles los hace mi hermana, están rellenos de manzana.

—Dios, muero por ellos —confesó el amigo, llevándose un bocado a la boca.

—El loro se llama Pepito, mi abuela lo ama. Apareció un día en la cocina y lo adoptamos, es muy cómico habla de todo, repite todo lo que decimos. Mi abuela le enseñó a decir ladrones y, cuando ve alguien desconocido comienza a gritar.

—¿Y lo sueltan? —averiguó Javier asombrado.

—Sí, después del mediodía lo suelta y antes del anochecer vuelve solo y, se para en la puerta llamando a mi abuela. Esta noche saldremos, verás qué bonita que es la noche en mi ciudad. Trataré de llevar a mi hermana, aunque ella no sale mucho, quizás la convenza —manifestó Felipe.

Felipe esa tarde se dedicó a mirar las cuentas del negocio familiar, mientras Javier se dirigió a la playa, apenas llegar se descalzó. Con una mano en el bolsillo y en la otra las zapatillas caminó dejando que las olas que llegaban a la orilla bañaran sus pies. Había muy poca gente porque aunque el sol se encontraba en todo su esplendor, el frío aún se hacía sentir. Caminó y caminó hasta cansarse, aspirando ese olor tan peculiar del mar, luego se sentó sobre una roca tratando de alejar todos los pensamientos malos que se acumulaban en él, recordar al padre, no era de su agrado. Y como transmisión de pensamiento su progenitor lo llamó.

—Hola —dijo, sintiendo la respiración de la persona que era capaz de sacar lo peor del.

—¿Por qué no saludaste antes de irte? —Fueron las primeras palabras de su progenitor.

—Porque si lo hacía ibas a comenzar a decirme —trató de explicar, pero el padre no lo dejó terminar de hablar.

—¡La verdad te iba a decir! Ni conoces a esa gente, tú tendrías que estar trabajando acá en el negocio de tu padre. ¿O te crees que allá a kilómetros de

distancia trabajarás con la guitarrita, te crees que puedes vivir de eso?

—¡Basta papá! Ya te dije que no trabajaré contigo. ¡No es lo que deseo para mi vida!

—¿Y qué deseas, cantar en la calle? ¿O en algún lugar de mala muerte, como lo venias haciendo? Madura Javier eso no tiene futuro, jamás serás un cantante conocido. Te morirás de hambre.

—¡Yo triunfaré, ya lo verás! Y tú tendrás que tragarte tus palabras — respondió enojado.

—¡No me hagas reír, pega la vuelta y ven a trabajar conmigo!

—¡No, no lo haré!

—Sos solo un fracasado, jamás lograrás lo que deseas, ¿entendiste? —Los ojos de Javier se llenaron de lágrimas y se mordió el labio inferior para no maldecirlo—. Si no tuvieras el dinero que tu abuelo te dejó morirías de hambre —gritó el padre y, esas palabras hicieron eclosión en todo su ser.

—¿El dinero que vos invertís? ¿De ese dinero me hablas? ¡Porque tú también hiciste negocios gracias a ese dinero! ¡Ese es el mismo dinero que el abuelo dejó!

Su padre le respondió con una catarata de insultos, como siempre. Javier corto la comunicación y escondió el rostro entre las piernas. En verdad se sentía un fracasado, su sueño de cantar en un gran escenario nunca se haría realidad y la idea de tener que darle la razón a su padre, lo enfermó de odio. Deseaba ganar mucho dinero para taponarle la boca. Soñaba vivir con su madre en una casa a orillas del mar y jamás tener que pedirle nada a nadie.

Felipe salió de su oficina que se encontraba atrás de su cabaña y comenzó a buscar a su amigo.

—¿Abuela no lo viste a Javier? Me dijo que iría a la playa, pero eso fue hace tres horas. —Encarna que terminaba de dejar la cocina lista, para el otro día lo miró.

—No me digas que se perdió. ¿Emma no lo viste al amigo de tu hermano? — averiguó al salir esta de la cocina donde se preparaba toda la pastelería.

—No, estuve todo el día adentro, vamos a buscarlo, te acompaño —se ofreció.

—Vayan yo me quedo a esperar a la nena, que ya está por llegar —ordenó la abuela preocupada.

Los hermanos salieron a la vereda y lo vieron llegar caminando despacio, mirando hacia abajo y con tristeza en su rostro e imaginaron que había problemas en su casa.

—¿Estás bien? ¿Pasó algo en tu casa? —pregunto Felipe.

—¡No, nada todo bien! ¿Terminaron de trabajar? ¿Tomamos unos mates? —comentó tratando de cambiar el rostro contrariado, sin embargo la tristeza que lo embargaba era palpable.

—Sí, vamos tomemos mates —afirmó Emma y los dos hermanos se miraron.

Javier se mantuvo callado toda la tarde. Los hermanos hablaban para animarlo, pero no había caso, las palabras de su padre retumbaban en su mente, dejando su ánimo por el suelo.

—Si quieres hablar amigo soy todo oídos —alegó Felipe, tomando mate sentados y observando la cara de su amigo.

—Mi padre me llamó y como siempre, en vez de apoyarme me recrimino que vine aquí.

—¿Vas a volver? Si deseas eso te... —Pero el amigo no lo dejó terminar de hablar.

—¡No volveré! Me quedaré acá un tiempo hasta saber qué es lo que realmente deseo, claro si puedo —averiguó levantando la mirada hacia él.

—¡Acá puedes quedarte el tiempo que vos deseas! —respondió Emma.

—Muchas gracias, pero quiero colaborar. —Los hermanos se rieron.

—¿Y qué deseas hacer?

—Me encanta la jardinería, puedo arreglar y mantener el jardín, si quieren.

—¡Hay mi abuela te amará! Es loca por las plantas, ya le diré —dijo Emma levantándose y llamando a su abuela.

—¡Abuela, Javier en el tiempo que se quede se ofreció a cuidarte el jardín! ¿Qué me cuentas? —La abuela sonrió y fue al lado del e inclinándose lo abrazó.

—¡Hay mi niño qué feliz me haces! Yo te pagaré por el trabajo, me encantan las plantas, pero por tanto trabajo no puedo cuidarlas. —Javier se paró y abrazo a Encarna.

—Solo lo haré por usted —susurró y la abuela, acarició su cabeza— pero sin sueldo. —Encarna, movió la cabeza en señal de reprobación, pero aceptó loca de felicidad.

—Está bien, cuéntame algo de tus padres —le pidió Encarna a Javier.

—Bien, ellos están separados hace años. Mi madre vive con su hermana en

otra ciudad y, mi padre y yo vivimos en Madrid separados, nuestra relación no es muy buena —expresó mirando hacia otro lado.

—¿Y de qué trabaja tu padre? —Emma levanto los ojos al cielo e increpo a la abuela.

—¿Abuela sos policía? Déjalo en paz —gruñó Emma.

—¿Bueno que hay de malo? Quiero saber —respondió Encarna.

—Mi padre es constructor. —La abuela movió la cabeza satisfecha.

Esa noche Emma se encontraba contenta y muy animada, luego de ducharse, se preparó para salir. En el pub se encontraron con amigos y empleados, con los que charlaron y se divertieron por horas. Todos cansados de bailar se sentaron a seguir tomando, de pronto dos muchachos, subieron a un pequeño escenario y comenzaron a tocar una guitarra y entonar una canción, para su desazón nadie los escuchaba, aunque la canción era muy bonita. Al terminar los amigos incitaron a Javier a subirse y cantar una de sus canciones. Felipe no se cansaba de decir que él cantaba de maravilla.

—¡Vamos sube y demuéstales cómo se canta! —decía Felipe con algunas copas de más. El amigo se negaba por temor que nadie lo escuchara, pero al mirar oyó a Emma.

—¡Sube Javi! ¡Canta para mí! —murmuró cerca de su oído arrimándose a él. El galleguito inclinándose sobre ella, susurró:

—Solo para ti, mi niña.

Javier subió al pequeño escenario y sentándose, acomodó una guitarra sobre sus piernas y arrimó el micrófono a su boca sin perder de vista a Emma, y comenzó a entonar una canción que había compuesto mucho tiempo atrás, pero esa noche era dedicada solo para ella.

—Esta canción hace mucho tiempo atrás la compuse y se llama *¿Y si fuera ella?*

*Ella, se desliza y me atropella,
y aunque a veces no me importe,
sé que el día en que la pierda volveré a sufrir, por ella.
Que aparece y que se esconde.
Que se marcha y que se queda,
Que es pregunta y es respuesta,*

*que es mi oscuridad, mi estrella...
Ella, me peina el alma y me la enreda.
Va conmigo, pero no sé dónde va.
Mi rival, mi compañera, que está
tan dentro de mi vida,
y a la vez está tan fuera
sé que volveré a perderme...*

Todos sus acompañantes festejaron su canción y aplaudieron a morir, para su sorpresa los presentes que se encontraban tomando le prestaron atención a ese galleguito que, con acento tan peculiar, soltura y sonrisa los enamoró con la letra de su canción.

Todos advirtieron como él y Emma se miraban, él le expresaba en la letra de esa canción sus sentimientos y ella, ella solo lo podía querer como amigo, su corazón aún sangraba de dolor y amor por el padre de su pequeña.

Desde ese día Javier se convirtió en uno más en esa pequeña familia. Los domingos cuando el tiempo era bueno se pasaban casi todo el día en la playa, venían unos amigos de Felipe, empleadas de la cocina, Beba con la madre, Daniel y eran un batallón de personas riendo, comiendo y contando anécdotas y chistes, pasándola de maravilla. Y poco a poco ese gallego recién llegado se ganó el cariño de todos y a la vez casi sin quererlo y sin buscarlo se fue enamorando de Emma. Y ella también se encariñó con él, solo como un buen amigo. Cuando llegaba el atardecer ya sea en la playa o en el fondo de la cabaña de Felipe, Javier sacaba su guitarra y entonaba esas canciones que enamoraban a todas las mujeres presentes, menos a la que él deseaba.

—Te llevo yo, después trasplanto las plantas que me ordenó Encarna — comentó Javier una mañana a Emma.

Mientras él sacaba la camioneta del garaje Emma se puso una campera, ya comenzaba la primavera, pero el tiempo aún se sentía fresco y con viento. Ella debía entregar un pedido urgente y la chica que siempre lo hacía ese día había faltado y sola no podía.

—¿Lista? Vámonos, me dijo tu abuela que no queda lejos —dijo Javier

girando el rostro y observando a la mujer que día a día le robaba el corazón, sin proponérselo.

—Jajaja, tremenda mentirosa. Son unas dos horas de viaje entre la ida y vuelta —afirmó Emma sonriendo pues sabía lo que su abuela quería hacer—, más lo que tardaremos en entregarlo.

—¿Y por qué me mintió? —preguntó Javier serio, aunque imaginó la intención.

Antes de llegar la camioneta se paró. Emma miró a su acompañante, este bajó y abrió el capó para mirar, mucho no entendía de mecánica, pero la camioneta era nueva y parecía que todo se encontraba bien. Volvió a subirse y encendiéndola comprobó que se habían quedado sin nafta.

CAPÍTULO 3

Javier miró a Emma y con el dedo le señaló el tablero. Los dos se largaron a reír y luego llamaron a Felipe.

—Hermano tenemos un problema —afirmó Emma.

—¿Qué paso? ¿Estás con Javier?

—Sí, nos quedamos sin nafta. —El hermano que estaba haciendo cuentas levanto los ojos al cielo.

—¿Como puede ser? ¡No revisaste antes de salir! —gritó enojado.

—No, porque nunca uso esta camioneta, la chica que la usa no dijo nada. ¿Qué hacemos ahora?

—Nena no puedo ir. —Emma maldijo por lo bajo—. Estoy con las cuentas, ya viene el contador para llevarse todo. Mándalo a Javier a ver si encuentra una estación de servicio y compra nafta.

—Es que no sé si hay una cerca —respondió ella muy enojada.

El amigo que escuchó la conversación pues lo había puesto en altavoz, respondió.

—Tranquilo amigo, miraremos a ver si vemos una cerca, sigue con lo tuyo ya lo solucionaremos.

Ella, enseguida buscó en su celular, comprobando que solo a unas cuadras se encontraba una estación de servicio y le mostró la ubicación a Javier que se bajó rumbo a buscar nafta.

—Quédate acá —le pidió a Emma y, ella que estaba de mal humor respondió mal.

—¿Y dónde mierda quieres que vaya? —Javier sonrió y sin darse vuelta respondió.

—¡Que boca mi niña! —Ella a su espalda largó una carcajada.

—Perdón amigo —gritó a su espalda, mientras él caminaba rápido, levantando una de sus manos, saludándola—. ¡Apúrate! —Él se dio vuelta y caminando hacia atrás, la miró.

—¿Tiene miedo mi niña? —averiguó. Ella movió su cabeza asintiendo y el muerto de risa giró su cuerpo para seguir caminado.

Javier tardó casi una hora en llegar, mientras tanto ella se comía las uñas, la

ruta se encontraba desierta. Se bajó de la camioneta para abrir las puertas del costado y, observar cómo iban los postres que llevaban, que aunque iban bien refrigerados, no estaba de más asegurarse. De pronto, sintió que cerca se paraba un auto. Se volteó enseguida y vio cómo el padre de su hija, detenía su vehículo a un costado de la ruta y se bajaba. Hacía meses que no se veían, solo mirarlo a los ojos, sintió un escalofrío en todo su cuerpo, recordando no solo los buenos momentos si no también los malos.

—¿Estás bien? —Quiso saber él acercándose.

Ella lo miró y sintió que a pesar de todo lo que había pasado entre ambos su presencia la confundía. Él era alto y corpulento, con unos ojos claros como el mar. Se detuvo enfrente ella y sin decir una palabra la besó en los labios.

—¿Qué haces? Claro que estoy bien. Que sea la última vez que me besas — gritó ella retirándose de su lado. Él solo sonrió sin dar importancia a sus palabras.

—¿Te quedaste sin nafta? ¿Te ayudo?

—¡No! Ya fueron a buscar.

—¿Como está mi hija? Ayer salí de la clínica, luego iré a verla —confesó muy suelto de cuerpo.

—¡No puedes ir a mi casa, ya lo hablamos! ¿Cómo debo decírtelo? —preguntó Emma.

—Tengo derechos, ella es mi hija. Vos no me la vas a negar, ¿escuchaste? — dijo enojado apuntándola con el dedo índice, justo cuando llegaba Javier y callado observaba toda la situación. Emma lo miró y después al ex que giró la cabeza mirando al gallego sorprendido.

—¿Y esté quién es? —indagó de forma despectiva Pablo, el ex de Emma.

—Soy un amigo y ¿tú quién eres? —Pablo lo miró con arrogancia y desprecio.

—El padre de Flor —indicó mirando a su exmujer y al recién llegado.

Javier apartó la vista, poniéndose a echar la nafta en el tanque de la camioneta, ignorándolo.

—Hoy voy a ir, y vos no me la vas a negar —manifestó Pablo subiéndose a su auto y marchándose, no sin antes mirar a Javier de mal modo.

—Este hombre me tiene harta se cree que puede hacer lo que le venga en gana. Dios, que mal he elegido al padre de mi hija —confesó Emma sentándose en la camioneta y, recostando su espalda en el asiento del acompañante. Javier

antes de ponerse en marcha giró la cabeza y apretándole la mano, la miró.

—Tranquila no dejes que sus comentarios te lleguen. Si va a tu casa estará tu hermano, tu abuela y yo también estoy. —Ella lo miró y retiró su mano.

—Gracias, pero no quiero que mi hermano se pelee por mi culpa, ellos siempre me decían que no era buena persona, pero yo estaba ciega, no veía lo que realmente era: controlador, egoísta y un golpeador, además el vicio que tiene lo llevara a la ruina. —Javier solo escuchaba—. Cuando nos juntamos todo iba bien hasta que tomó el maldito vicio, lo arruinó todo y me maltrató más de una vez. Quería separarme de mi familia y una noche cruzó todo el límite pegándome —comentó secándose una lágrima—. Mi hermano lo quiso matar. —Ella miró a Javier se estaba confesando, hasta lo que su hermano y abuela nunca supieron—. Mira te contaré algo que me hizo reaccionar, él me robó. Sí, como lo oyes. Nadie lo sabe, una noche fui a buscar mis ahorros y ya no estaban, eso terminó de convencerme de que debía separarme.

—¿Y no te devolvió el dinero? —preguntó Javier casi en un susurro.

—No y nunca lo hará. Recién salió, estaba internado en una clínica de rehabilitación. El padre del es un médico muy conocido, además del novio de mi abuela. —Rio con ganas. Javier giró la cabeza observándola.

—¿Me estas jodiendo? ¿Es Daniel?

—¡Sí! Él es un gran hombre no como el desgraciado del hijo.

—¡Mira Encarna! Me supuse que algo había la noche del lio —dijo observando a Emma—. Cuando la abrazó, los dos se miraron con sonrisas cómplices.

El viaje de vuelta se lo pasaron hablando de trivialidades, se reían de que estuvieron a punto de caérseles un cajón al bajarlo de la camioneta y, de que Emma quería llegar rápido porque necesitaba hacer pis. La compañía de Javier siempre la ponía de buen humor. En vez de ir directamente a su casa, Javier la llevó a tomar un café. Aunque estuvieran a unas cuadas de la casa, él necesitaba estar solo un ratito más con ella. Apenas entraron, Emma se dirigió al baño mientras Javier pedía dos cafés con dos porciones de torta de chocolate, rellenas de mousse de frutilla y crema. Emma al salir y ver lo que él había pedido, se tapó la boca sonriendo y se sentó a su lado en unos hermosos bancos de madera.

—¿Te vas a comer todo eso? —preguntó señalando la gran porción de torta.

—Claro que sí y tú también —afirmó, y arrimándose a su oído le susurró—: porque me salió carísimo. —Ese comentario provocó una sonrisa fresca y radiante en Emma, que le encantó a Javier.

—Pagamos a medias —aseveró ella.

—Ni modo, yo te invité, yo pago —dijo contundente Javier.

—¿Te gusta este lugar? —averiguó ella, observando como él se devoraba en segundos la porción de torta. Él se limpió la boca con la servilleta y la miró.

—Me encanta. Su frente de vidrios, sus mesas y sillas de maderas muestran que es un lugar cálido y la atención es muy buena —comentó.

Observó hacia los costados y al ver varias parejas haciéndose mimos, sintió nostalgia pues hacía tanto tiempo que su cuerpo no sentía esa agradable sensación. De pronto ella le sonrió, y Javier no pudo contener las ganas de limpiarle un trozo de torta que Emma tenía en la comisura de los labios. Ella se quedó embelesada mirándolo.

Luego de degustar el café con la porción de torta, los dos se fueron riendo y ella sin pensarlo al salir, lo sorprendió tomándolo del brazo. Esa reacción lo hizo tan feliz, ya que ella comenzaba a confiar en él. Javier pensó que podía ser el comienzo de algo, mientras se subía a la camioneta.

De camino a casa, volvieron a reír y contarse pavadas, pero había algo que estaba matando a Javier y decidió hacerle la pregunta que tanto temía.

—¿Aún lo amas? —preguntó con temor. Ella ni lo miró, se refugió en el silencio y sus rasgos pasaron de la risa y la alegría a la tristeza total. Javier se maldijo, y el resto del camino no volvieron a hablar.

—Perdóname —le pidió Emma, apenas bajar de la camioneta observando a Javier, que se encontraba serio.

—No debí haberte preguntado eso, fui un tonto, perdóname tú.

—¡Aún me duele todo lo sucedido y no sé realmente lo que siento por él! —confesó Emma, dejando a Javier anonadado por tal confesión, la poca esperanza que tenía de enamorarla, se esfumó en solo un segundo.

Y ella como minutos atrás, lo tomó del brazo entrando a la propiedad, mientras él solo pensaba en la suerte de ese desgraciado al tener el amor de esa hermosa mujer

—¿Amigo estás ahí? —preguntó Felipe llamando a la puerta de la habitación.

Javier que ya se había duchado, se encontraba sentado en un sillón, guitarra en mano y escribiendo la letra de una canción que le daba vueltas en la cabeza. Enseguida se levantó y abrió la puerta, Felipe nada más verlo se dio cuenta de la tristeza que desprendían sus ojos.

—¿Estás bien? Te veo triste —indagó Felipe.

—No, qué va. Solo estoy componiendo una canción —respondió Javier tratando de disimular.

—Mi hermana me contó que hoy se encontraron con ese bueno para nada.

—Sí. Mi primera impresión es que es muy arrogante y muy presumido. Pero claro, semejante cuerpo le debe traer mucha compañía femenina —adujo. Luego se sentó de nuevo tomando su guitarra. Felipe que era muy vivo, sintió que de verdad él estaba triste.

—Bueno, dejemos a ese desgraciado de lado y prepárate porque hoy todos iremos a tomar algo por ahí.

—Pues iremos entonces —contestó Javier—. ¿Va Emma?

—Sí, quiero que salga y se distraiga. Mi abuela se quedará con Flor, ya seguramente sabes que tiene novio —comentó con una ruidosa risotada.

—Está bien, aún es joven. Se merece ser feliz, todos nos merecemos ser felices —afirmó terminando de ponerse una campera.

—Creo que mi hermana no es la única que hoy está triste —dijo observándolo—. ¡Vamos! —Los dos salieron de la habitación en dirección a la cocina.

—Hola, acá están mis niños siéntense, ¿quieren cenar antes de irse? —averiguó Encarna sentada al lado de su amiga Rosario, la mamá de Beba y de Daniel el médico.

Daniel Arellanos vivía de toda la vida en Cariló. Era alto, morocho y a pesar de su edad, la misma que Encarna, se encontraba en buen estado de salud, toda la vida había sido deportista, era doctor, viudo y con un hijo muy distinto a él. Le había pedido a su novia que se casase con él en varias oportunidades, pero ella siempre se negó.

—¿Van a bailar? —preguntó el médico.

—Sí Dani —respondió Felipe—. Mi hermana y mi amigo están tristes, veré si los logro distraer —comentó. Todos los presentes observaron al amigo y este se quiso morir.

—No estoy triste —aseguró Javier.

—Avísale a tu cara amigo. —Felipe lo tocó en el hombro y sonrió—. ¡Hermana, que bonita estás! —exclamó al verla entrar en la cocina con un jean ajustado, una blusa de colores y una campera.

—¿Cómo estás Emma? —indagó Daniel levantándose y besando su mejilla.

—Bien, iremos a tomar algo por ahí.

—Antes de que te vayas quiero hablar contigo, ¿puede ser? —Emma asintió con la cabeza y los dos pasaron al espacio del living.

—Mira hermosa, sé que vistes a mi hijo y yo mismo le he prohibido que venga a tu casa, mañana yo vendré con él y verá a la niña, ¿qué te parece? —Emma lo miró seria.

—Daniel, vos siempre sos bienvenido en mi casa y sabes lo mucho que te queremos, pero él solo puede ver a la hija acompañado por otra persona —dijo Emma. Daniel la miraba atentamente, sabiendo que el hijo con su conducta se lo tenía merecido—. Quiero creer que se ha curado o que al menos lo intenta, sin embargo estando de por medio mi hija, no confiaré de nuevo en Pablo. Que venga a ver la nena solo contigo.

—Que le des otra oportunidad solo depende de vos y eso no te lo pediré yo, mucho menos que lo perdones, aunque sea mi hijo —afirmo Daniel—. Quédate tranquila solo vendrá conmigo a ver a la nena.

Los dos volvieron a la cocina y cenaron todos juntos antes de irse.

—¡Abuela pórtate bien, no quiero sorpresas! —gritó Felipe observando a los presentes, y todos largaron una carcajada, menos su abuela que le respondió.

—Vete antes que te corra y te dé una paliza, desgraciado —chilló Encarna enojada.

Emma y todos los demás salieron riéndose con la ocurrencia del hermano, subieron al auto y se fueron a lo que ellos pensaron sería una gran noche.

Apenas llegar, Emma observó que estaba estacionado el auto de Pablo, la sonrisa se esfumó de su rostro y lamentó haber ido, sin embargo se calló para no amargar a los demás.

Aún no había mucha gente, se ubicaron en un costado y pidieron unas copas, las mujeres fueron al baño y los hombres se quedaron conversando. Emma se

encontraba acompañada de Beba y dos chicas más que eran empleadas de la cocina. Felipe también vio al padre de Flor y aunque no dijo nada, su amigo observó como los dos se miraron con desprecio.

—Hey amigo, ni lo mires —le pidió Javier tocando su brazo.

—Solo mirarlo me revuelve el estómago, algún día pagará por hacer sufrir a mi hermana, desgraciado —pronunció apretando los dientes. Luego los dos se encontraron con el novio de Felipe y, como si nada, se saludaron con un piquito.

—Te presento a Alan, mi novio. —Javier le dio un apretón de mano y los tres se pusieron a conversar, la pareja de Felipe era un hombre de cuarenta años, alto y muy simpático.

—¿Y te gusta nuestro país? —indagó el recién llegado.

—Es muy hermoso. Esta ciudad es un paraíso —contestó Javier y, observó a Emma que sonriendo caminaba con las otras chicas hacia ellos, pero antes de llegar, Pablo la tomó del brazo hablándole y ella luchaba para alejarse de él. Felipe que también vio la situación rápidamente se aproximó a ella y cuando estaba llegando, Javier se puso en el medio.

—No vale la pena amigo —aseveró al ver que tomaba del brazo al ex de Emma.

—¡Aléjate de mi hermana, ni la mires porque terminaré lo que una vez empecé! —le gritó en su cara. Tomó a Emma de la cintura y con Javier se alejaron de Pablo.

Alan que tomaba algo sentado observaba todo. Mordiéndose el labio inferior, a él también le caía mal el ex de Emma. Cuando los demás llegaron, saludó a Emma y viéndola nerviosa le dio a tomar de su trago.

Sin embargo, Pablo tenía intenciones de pelear y alejado de ellos con unos amigos los provocaba sonriéndose sin dejar de observarlos.

—Felipe —lo llamó Alan—. Ni lo mires quiere pelea, no le daremos el gusto, déjalo pasar.

—Haz caso amigo, no vale la pena —añadió Javier, viendo que los ánimos se encontraban a punto de ebullición.

A pesar de los primeros momentos todo se calmó, bailaron entre ellos y cuando ya eran las cuatro de la mañana Emma quiso volver a casa. Cuando se estaban por marchar pasaron una canción que ella adoraba de Malú y tomando

la mano a Javier se pusieron a bailar. Él la sujetó de la cintura atrayéndola hacia su cuerpo e inclinándose le tarareó la canción, ella se dejó llevar y los dos disfrutaron del momento, mientras los demás los observaban dando los últimos tragos a sus copas.

—Me encanta la pareja que hacen —comento Alan.

—A mí también —asintió Felipe—. Lástima que ella todavía no sabe lo que quiere —comentó, sin dejar de observar cómo Pablo no le sacaba los ojos de encima.

El tiempo fue pasando, la amistad de Emma con Javier se hizo fuerte y entrañable. Comenzó a confiarle sus secretos más íntimos y sus alegrías, y aunque el corazón de Javier se desangraba por sus confidencias, sentía que algo aún la ataba al padre de su hija. Siempre la escuchaba atento y prestaba su hombro secando sus lágrimas cuando un ataque de llanto la invadía, recordando a ese hombre que la había hecho sufrir. Tres meses pasaron y Javier, aunque dos veces al mes lo habían contratado para cantar en el pub del centro de la pequeña ciudad, nada le interesaba más que estar cerca de ella, solo necesitaba su compañía para sentirse feliz. Aun sabiendo que Emma no estaba enamorada de él, eso no era un impedimento para seguir soñando que un día lo haría. Paseos en bicicleta al atardecer por la ciudad, juegos de cartas con la familia donde la dejaba ganar, solo para amar esa sonrisa fresca y aniñaba que le llenaba todo su ser de amor, un amor no correspondido. Si un duende o hada de las que Emma tenía y en las que creía, le hubieran concedido un deseo, lo único que hubiera pedido sería el amor de ella. En el fondo de un cajón había guardado su gran sueño, el de ser un cantante conocido, solo le importaba ella, solo vivía y respiraba si Emma estaba a su lado. Hasta ese punto llegó a amarla, con locura y desesperación. Muchas veces estando solos deseaba confesarle su amor y al segundo, se arrepentía por temor a perder su amistad.

Javier llamaba a su madre dos veces por semana y sin querer se enteraba de que su padre se encontraba furioso con su proceder.

—Hola mamá, ¿cómo estas?

—Hola mi niño, ¿cómo van esas vacaciones? ¿No crees que es hora de visitar a tu madre que te extraña? —le respondió ella.

—¡Estoy esperando un milagro! —confesó con la voz llena de melancolía.

—¿Mi niño se ha enamorado? ¡No quiero que vuelvas a sufrir! —exclamó su madre.

—Sí, me he enamorado como un crío. Solo verla sonreír llena mi mundo de magia, no sabes mamá lo que es —le contó Javier, y su madre suspiró—. Hay un problema creo que está enamorada de otro. No sé qué hacer me encuentro perdido.

—Mira mi niño ven a tu país, no quiero que sufras, ya has sufrido bastante con tu anterior amor. Y si está enamorada de otro, no hay nada que hacer —replicó la mamá.

—No puedo, debo intentarlo, debo enamorarla. Aunque me rompa el corazón en el intento, lo haré —afirmó rotundo Javier, y con un beso se despidió de su mamá.

Eran las doce de la noche y Emma que no podía conciliar el sueño, corrió la cortina de la ventana de su habitación, la cual daba al fondo de la vivienda de la cabaña de su hermano. Achinó sus ojos para observar cómo Javier guardaba el celular en el bolsillo de su pantalón, y apoyó su espalda sobre un árbol, pensativo. Imaginó que había hablado con su padre, y de ahí su cara triste, luego recordó que Felipe le había dicho que lo había visto toda la semana triste y sin pensarlo dos veces, se dirigió hacia donde él estaba. Bajó rápido las escaleras, al pasar por la cocina extrajo dos porrones de cerveza de la gran heladera, y en pantuflas y pijama abrió la puerta para acercarse a su amigo. Lo miró de atrás y tuvo la sensación de quererlo más de lo que ella misma sabía. Al sentir la presencia de alguien, Javier giró la cabeza y los ojos se le iluminaron.

Los dos se sentaron en una hamaca con almohadones y en silencio destaparon las cervezas, la vista de ambos se perdió entre esos árboles. Aspiraron el aroma de los mismos y se enamoraron una vez más de la exuberante vegetación, sin decir una sola palabra sus cuerpos fueron juntándose sobre esa hamaca que se bamboleaba suavemente. Javier pasó su brazo por los hombros de Emma apoyándola más a su cuerpo, mientras ella se abrazó a su cintura y así se quedaron perdidos en sus propios sentimientos.

—¿Tienes frío? —Oyó Emma que le preguntaba Javier con voz suave.
—No estoy bien, dime que te pasa —respondió ella, tomando un trago de su botella.
—Me enamoré, me enamoré como un crio —confesó Javier casi sin voz, los dos giraron sus cabezas observándose.
—Javier, no debiste. De la que te enamoraste tiene el corazón roto —declaró Emma a centímetros de sus labios—. Y romperá el tuyo también.
—No me importa que lo hagas pedazos, ¿sabes por qué? —Ella lo miro sin entender—. ¡Porque mi amor es tan grande, que alcanzará para curar el corazón de ambos! —concluyó él tomando con su dedo índice su barbilla con ternura.
—No te amo, debes saberlo, no puedo engañarte, te quiero solo como un amigo —musitó ella con amargura, bajando la mirada.
—Lo sé, solo quiero una oportunidad. Si no te enamoras de mí, me voy.
—No quiero que te vayas, te quiero —susurró Emma abrazándose más a su cuerpo y apoyando su rostro en el tórax. Y al decir esas palabras se sintió mal, pues Javier necesitaba una mujer que lo amará no una amiga.
—Vamos ve a dormir, que hace frío, no quiero que te enfermes —le pidió Javier ayudándola a levantarse. Se abrazaron una vez más, él tiernamente besó su cabeza, ella levantó el rostro y sin decir nada le dio un piquito. Javier sintió que con ese pequeño gesto ella le ofrecía una oportunidad de conseguir su amor. Y no se equivocaba, Emma estaba cansada de amar a alguien que no se lo merecía.

Felipe que se encontraba en su habitación con Alan, desde la ventana observó el encuentro de su amigo y su hermana, se acostó pensando que ellos hacían una bonita pareja y ojalá ella le diera oportunidad a él.

Cuando Javier despertó, lo primero que recordó fue la noche anterior. Se paró, se dirigió al baño y apoyando sus manos en la mesada contempló su rostro en el espejo, se sonrió y lavándose la cara volvió a sonreír. Lo de anoche no fue un sueño, se dijo.

Solo pensaba en ella mientras se vestía y tuvo pavor de que el abrazo cariñoso de la noche anterior y el piquito solo hubieran sido un gesto de amistad. Cuando salió de la habitación se encontró con Felipe que lo iba a buscar. Este apenas mirarlo se sonrió de costado y Felipe sin decir palabra lo abrazó,

susurrándole en el oído:

—Aprovecha la oportunidad, enamórala.

—¿Vos crees que podré? Hay días en los que la siento tan lejana... —aseguró ya bajando la escalera. Luego Javier detuvo su paso y miró al amigo serio—. ¿Como sabes tú? —Felipe se sonrió.

—Porque anoche los chusmeé por la ventana.

Los dos se largaron a reír y así entraron en la gran cocina, las empleadas ya estaban como locas corriendo y trabajando a full. Encarna dirigía todo y su amiga Rosario sacaba del horno carne asada, los aromas a condimentos se mezclaban en el ambiente y las ganas de comer alertaban los sentidos. Al verlos, la abuela enseguida se arrimó a saludarlos y tomando una bandeja ya preparada la puso en manos de su nieto, mientras este la besaba en la mejilla.

—Vayan a desayunar —les dijo sonriente—. Javier después te necesito —le pidió, este asintió con la cabeza y antes de irse dirigió una mirada hacia la puerta cerrada donde Emma cocinaba la mejor pastelería de Cariló. La abuela vio su mirada y cuando él se retiraba lo llamó.

—¿Puedes alcanzarle esto a mi nieta que lo está esperando?

—Sí —respondió el rápido, mientras su amigo se iba con la bandeja del desayuno.

Golpeó la puerta tímidamente y entró. Tres chicas que amasaban sin descanso una masa, apenas verlo con un molde en la mano se sonrieron, Beba se sacó los auriculares que tenía puestos y lo saludó efusivamente levantando una mano al aire.

—¡Pero mira que nos ha traído la mañana! —Todas se sonrieron y Emma que estaba de espaldas, se dio vuelta regalándole la sonrisa más bella que él vio en su vida.

—Buenos días, tu abuela te envía esto —comentó dejando el molde sobre la gran mesa sin dejar de observarla. Ella se limpió las manos en el delantal y lentamente se acercó a él, mientras las empleadas no dejan de observarlos.

—Buenos días galleguito —dijo ella poniéndose en punta de pies besándolo cerca de la comisura de los labios. Javier ni lerdo ni perezoso, tomó su nuca y entreabriendo sus labios la besó, luego los dos se abrazaron y él susurró en su

oído:

—Buenos días mi niña. A la tarde iremos a pasear los tres. —Ella asintió con la mirada y él se retiró, mientras las empleadas gritaron como locas y Emma se ponía toda colorada.

—¡Ahora mismo nos cuentas! —gritó la amiga y todas comenzaron a atosigarla con preguntas.

—¡Basta, a trabajar! —ordenó Emma—. Solo nos daremos una oportunidad admitió.

A Encarna, le faltaban unos condimentos y lo mandó a Javier a comprarlos a la proveeduría, la cual quedaba cerca de la entrada de la ciudad. Cuando salió de comprarlos, en la puerta del local apoyado en un auto lo estaba esperando Pablo, él lo vio e ignorándolo se acercó a la camioneta.

—Quiero hablar contigo —dijo Pablo acercándose a la camioneta. Javier vio que de atrás salían dos hombres más con miradas amenazantes. Enseguida oíó pelea, pero él sabía muy bien que no debía pelear.

Javier dejó la bolsa dentro del vehículo sin dejar de observar a los tres y luego enderezó su espalda, preparado para lo que parecía ser una riña callejera.

Encarna, se dio cuenta de que algo más le faltaba para cocinar y salió corriendo en busca de Javier, pero este ya se había ido, Felipe que salía de su cabaña la escuchó protestar y enseguida se aproximó a ella.

—¿Qué pasa abuela?

—Mandé a comprar a la proveeduría a Javier y me olvide algo más —comentó contrariada.

—Ahora voy yo, que debo entregar esto al contador —alegó mostrando una carpeta.

Mientras estacionaba observó como el ex de Emma y dos hombres más atacaban verbalmente a su amigo y, de dos zancadas se bajó poniéndose en medio de ambos. Javier no les tuvo miedo, pero sabía que le iba muy mal pelear y su amigo estaba al tanto de eso.

—¿Qué mierda pasa acá? —gritó mirando a Pablo, que se lo veía furioso e insultaba al galleguito que solo lo observaba.

—Eso mismo quiero saber yo —preguntó Javier.

—No te hagas la víctima, se fehacientemente que estás atrás de la madre de mi hija —gruñó Pablo. Los dos amigos que venían con él rodearon a Felipe y este los miró con desprecio.

—Muy valiente de tu parte increparlo con dos personas más, ¿no crees? —argumentó Felipe. Pablo le devolvió una sonrisa irónica, esto provocó que Javier no aguantara más, y antes de que su amigo pudiera detenerlo, tomó del brazo a Pablo con una mano y la otra la aferró a su cuello arrinconándolo contra el auto.

—Si salgo o quiero salir con ella, tú no lo impedirás. No quiero que te acerques nunca más a ella o me olvidaré de que no debo pelear y te destrozaré —le dijo al oído con los dientes apretados.

Felipe, que sabía que su amigo era sexto dan de kárate, corrió a su lado para detenerlo, pues sabía que podía perder su título.

—Déjalo amigo, no vale nada, suéltalo —le ordenó. Pero la mirada de Javier se encendió de odio y apretó más la tráquea de su atacante—. ¡Javier! —gritó Felipe. A los segundos lo liberó y Pablo cayó al piso tocándose la garganta costándole respirar.

Entre los otros dos amigos cogieron a Pablo del piso y lo subieron al auto para desaparecer de allí a toda prisa. Javier y Felipe se sentaron en la camioneta que había llegado el primero y suspiraron.

—No pude controlarme, perdón.

—Mira amigo, si por mi fuera dejaría que le des la paliza de su vida, pero vos y yo sabemos que ese no vale nada, ¿dejarás que te joda la vida, un inútil? ¿Un bueno para nada? ¡Vamos amigo vos vales mil veces más que él!

—Ahora que Emma aceptó salir conmigo, no dejaré que él arruine todo. ¡No lo dejaré!

—Ya vio de lo que sos capaz, ahora lo pensará dos veces para acercarse, ya lo veras —afirmó Felipe. Los dos antes de irse acordaron no comentar nada de lo sucedido delante de las mujeres para no preocuparlas.

CAPÍTULO 4

Seis meses llevaba Javier en el país, de los cuales los últimos tres llevaba saliendo con el amor de su vida, pero en ese tiempo aún no se habían acostado. Él no daba el paso porque creía que ella no estaba preparada, y Emma suponía que Javier quería ir despacio. Sin embargo los dos se morían de ganas de estar juntos por completo.

—Dios mío nena, ¿no será gay? —preguntó Beba y Emma sonrió.

—No, no lo es. Nos tocamos y nos besamos hasta el cansancio —respondió Emma, mientras las dos iban a una tienda a comprarse ropa.

—Escúchame ¿lo tocaste? ¿Ya sabes, el bulto, nena se lo tocaste? —indagó Beba con una mirada pícaro.

—Sí —contestó Emma muerta de risa, cuando se calmó la miró seria y le soltó —: ¡El niño calza de maravilla!

Era tanto el ataque de risa de ambas, que debieron detener el auto a un costado de la calle y luego que se tranquilizaron siguieron viaje. Cuando llegaron a la tienda, Beba no pudo resistirse más y le dijo:

—¿Y qué carajo pasa? ¿Es raro no te parece? —Beba lo soltó, mientras elegían unos vestidos—. Avanza vos, quizás él no quiere pasar por atrevido.

—Emma probándose un vestido asomó la cabeza por el probador mirándola.

—¿Te parece?

—Claro nena. Ya aguantaron bastante, toma pruébate este vestido, cuando te vea se muere. —Emma lo tomó entre sus dedos y abrió su boca.

—¿Estás loca? ¡Se me va a ver el culo!

Emma de mala manera se lo puso y al mirarse en el espejo le agradó lo que veía, se sonrió al comprobar que compraba ropa para provocarlo y sintió lo que hacía años no sentía. Ese cosquilleo en la panza y deseos de acostarse y ser amada por él, su amigo o su novio debería decir, pensaba sonriente.

Siempre salían todos juntos, muy pocos eran los momentos que se encontraban solos, pero esa noche Beba había ideado un plan, que solo se lo desveló a Felipe. El galleguito se había preparado para verse con ella, se había puesto un jean azul gastado, una camisa negra, una campera, se puso su fragancia

preferida y cuando salió de la habitación se encontró con su amigo que también estaba elegantemente vestido, los dos bajaron la escalera sonriendo. En la casa de su abuela lo esperaba Alan, que era el novio de Felipe.

Apenas entrar vieron sentados a Encarna, Alan y Rosario comiendo pizza. Los recién llegados miraron hacia todos lados y no había ningún amigo.

—¿Qué pasó, no llegaron todavía los chicos? —averiguó Felipe mirando a su novio.

—Llamaron y no pueden venir, Beba se comunicó con tu abuela y dijo que estaba descompuesta —comunicó Alan. Encarna, miró a su nieto entrecerrando los ojos, sabiendo que todo eso era planeado.

Felipe al mirar a su abuela se puso colorado, sabiendo que ella era la persona que más lo conocía y había descubierto la mentira, justo en ese momento Emma bajaba la escalera y todos giraron sus cabezas al escuchar los tacos de sus zapatos, Javier la contempló de arriba a abajo y suspiró. Estaba bellísima, Felipe se arrimó a ella besándola en la mejilla.

—¡Hermosa! ¡Ese vestido te resalta las curvas! —afirmó. Esta lo besó en la mejilla y se arrimó al galleguito dándole un piquito en los labios, él no podía reaccionar. En lo único que podía pensar era en lo mucho que amaba a esa mujer.

—¿Bueno nos vamos? —inquirió Alan saludando a la recién llegada.

Saludaron a los que seguían comiendo pizzas y se marcharon, cuando llegaron a la vereda Felipe saludó a su hermana y a su amigo, marchándose con su novio en su auto. Javier abrió la puerta del auto de Emma y con una reverencia teatral la invitó a sentarse en el asiento del acompañante, esta sonrió y aceptó.

—Tú me dirás niña dónde quieres ir. —Ella apoyó su mano en la suya y respondió:

—¡Sorpréndeme! —El galleguito se sonrió de costado, como era su costumbre, mientras no dejaba de observar sus piernas casi al desnudo.

—Tu amiga no pudo venir —contó mirándola de reojo.

—Sí, me dijo la abuela. —No pudo evitar sonreírse.

—Vamos a cenar y luego a bailar, ¿te apetece? —averiguó él apretándole suavemente la mano.

—Me parece bien, ¿qué quieres cenar? —pronunció Emma que se encontraba muy nerviosa, las manos le transpiraban y él se dio cuenta.

—¿Estas nerviosa?

—No, tengo frío —mintió, y Javier subió la calefacción del auto. Luego de estacionar giró su cuerpo observándola.

Estiró una mano y tiernamente con sus dedos, acarició su mejilla. Ella le tomó la mano y se la llevó a los labios, ante la mirada de él.

—Te quiero —susurró ella.

—Yo te amo. Dame tiempo y tú también me amarás.

Luego se bajaron y entraron en un resto de pastas que a los dos les encantaba. Como siempre luego de hablar de temas serios, terminaron riendo por las ocurrencias de Encarna y los chistes de Felipe. Él adoraba verla sonreír, cuando lo hacia su mundo se iluminaba, le encantaba su lunar cerca de los labios y en la mejilla. Mientras más la observaba, más la amaba. No aguantó más y pronunció lo que llevaba meses guardándose.

—Quiero hacerte el amor. Me tienes fascinado estoy ardiendo. —Ella se atragantó y limpiándose la boca con la servilleta lo miró.

—¡Creí que no me lo pedirías nunca! —exclamó sin dejar de mirarlo.

Salieron del resto y decidieron caminar por esas calles anchas con poca iluminación, Emma pasó un brazo por su cintura, mientras Javier con los suyos, la envolvió besando su cabeza. Se pararon cerca de un inmenso árbol y apoyando su cuerpo sobre el de ella comenzó a besarla como jamás lo había hecho. Emma subió sus manos a su cuello, al tiempo que sus dedos paseaban por su cabeza, al ras de su pelo. Cuando el calor de sus cuerpos se hizo insoportable subieron al auto.

—Quiero ir a mi casa —pronuncio Emma y él se quiso morir, la bragueta de su pantalón estaba por explotar. La miró de reojo sin saber qué carajo responder. Y al sentir su risa, giró la cabeza observándola.

—Tengo una cama muy cómoda —acotó Emma y a él le volvió el alma al cuerpo.

Guardaron el auto en el garaje tratando de hacer el menor ruido posible y ella se sacó los tacos para subir rápido las escaleras. Emma abrió la puerta de su habitación y los dos se internaron adentro en segundos. Cerraron con llave y enseguida comenzaron a desnudarse.

—No sabes lo que he esperado este momento. ¡Me tienes de la nuca, quiero amarte! —susurraba Javier besando su cuello. Sus labios subían y bajaban dejando rastro de su saliva, mientras ella se desarmaba en sus brazos como un flan, hacía mucho tiempo que no tenía relaciones y esas caricias le devolvían las ganas de creer nuevamente en el amor excitándola sobremanera.

Javier sin pensarlo, se arrodilló a sus pies buscando el centro de su placer. Lamió con ternura su entrepierna haciéndola suspirar, luego apoyó sus labios sobre su sexo buscando su clítoris y al encontrarlo, lo absorbió lentamente al tiempo que su lengua traviesa, se dedicó a hacer círculos sobre su sexo. Emma sintió mil sensaciones de placer. Se acostaron en la cama, Javier trató de no aplastarla con su cuerpo, y bajó sus dedos buscando su glande, que ya se encontraba listo para la acción, lo apoyó en su vagina, entrando muy despacio sin dejar de observar ese rostro que tanto amaba. Observó cada detalle e inclinándose absorbió con sus labios cada suspiro y cada gemido que con sus embestidas provocaba en ella.

—Dime que te gusta —le pidió con voz ronca, ella lo instó a ponerse de espaldas y él así lo hizo.

—¡Me encanta! A ver si te gusta lo que te voy a hacer —susurró ella con picardía, acomodó el glande dentro de su sexo y comenzó a mecerse, sin pausa, mientras él gruñía de placer.

—¡Sí! Muévete así, sos como imagine —murmuró Javier con los dientes apretados, rogando que ese momento no terminara nunca.

Emma traviesa se retiró unos centímetros de su cuerpo, hundió su dedo índice en su sexo y luego lo paseó por sus labios muy despacio para terminar dentro de su boca. Él lo absorbió con devoción y sin aguantar la excitación de su cuerpo, en un segundo la giró para ponerla de espaldas a la cama y sus caderas comenzaron a hamacarse sobre su cuerpo, con lujuria y desesperación. Emma sentía su glande erecto y duro dentro de su sexo y entre gemidos de excitación que ya no podían ni querían controlar llegaron al orgasmo tan deseado y buscado. Los cuerpos de los dos quedaron exhaustos y los latidos de sus

corazones a mil. Él se bajó de ella y frente a su rostro, la besó en la frente y en los labios haciéndole mil promesas llenas de amor.

—¿Cómo sigue esto? —averiguó él con temor, acariciando con sus dedos su mejilla, ya acostado frente a ella.

—¿Cómo quieres que siga? —Emma alargó sus dedos paseando por su torso, sin dejar de observarlo.

—¡Quiero conseguir que me ames como yo lo hago! Quiero perderme en tu cuerpo noche a noche, sobre estas sábanas. Quiero ser tu hombre y lo que más deseo es que aceptes ser mi mujer.

Emma sintió la sinceridad en sus palabras y un volver a creer en una relación. Y no dudó en aceptar esa bonita promesa de amor.

—¡Acepto! Quiero lo mismo que vos. —Al pronunciar esas palabras, los dos se abrazaron y en silencio se amaron nuevamente hasta dormirse envueltos en los brazos del otro.

Cada tarde los paseos por el bosque eran esperados por Flor, de la mano de la madre y Javier. Él tomando de las manos a la pequeña la hacía girar y ella se mataba de risa. Emma se escondía entre los frondosos árboles y los dos la salían a buscar a carcajadas. La casa de Encarna además de plantas la adornaban duendes, todos tenían nombres. Una de esas tardes, al saber que a Javier no le resultaba muy divertido tener las figuras de duendes cerca suyo, Emma se escondió y, Javier y Flor que ya se retiraban escucharon la risa de ella a sus espaldas y se dieron la vuelta.

—¡Vamos a buscarla! —gritaba la nena, sonriendo jalando la mano de Javier, quien entrecerró sus ojos, dudando.

Y de repente la madre salió corriendo de entre los árboles gritando. Flor se agarró a las piernas de Javier y este no atinó a moverse sorprendido por la situación.

—¿Qué pasó? —averiguó él.

—¡Hay un duende! —La cara de espanto de Javier no se hizo esperar, mientras la nena lo tironeaba para ir a ver.

—¡No me jodas! ¡No existen! —afirmaba no muy seguro de sus palabras.
—Ahí ¿ves? Ahí —insistía Emma sin dejar de observar un eucalipto.

Javier soltó la mano de Flor que se agarró a la de la madre y despacio se acercó al árbol, no sabía si sentía temor o vergüenza por creer en esos seres mágicos. Cuando escuchó la risa de Emma se dio vuelta y la vio correr de la mano de su hija rumbo a la casa, él también se descostilló de risa por haberle creído. Lentamente emprendió el camino de regreso observando enamorado a esas dos mujeres que reían mientras se alejaban. Algo llamó su atención a un costado sobre el borde de un árbol y se detuvo. Algo fugaz corrió entre los mismos dejándolo perplejo y asombrado a la vez, luego de la primera impresión siguió caminando. Cuando ya se encontraba saliendo del bosque otra vez vio algo fugaz y se detuvo, achinó sus ojos buscando entre los árboles, pero no vio nada. Desde ese día muy a su pesar creyó en los duendes, claro que no lo iba a decir porque seguramente nadie le creería. Al llegar a la casa Emma y la hija se morían de risa y Javier las corrió haciéndoles cosquillas.

—¡Me querían engañar! ¡Son unas tramposas! —gritó Javier levantando en el aire a Flor que no paraba de reír. Luego se sentaron a tomar mate mientras Flor tomaba un yogur.

—¿Porque no crees en los duendes? —Quiso saber Emma mirando a los ojos a Javier.

—¡Es difícil de creer mi niña!

—¿Quieres que te cuente un poco de ellos?

—Cuéntame, quiero saber —le pidió él resignado.

—Ellos son criaturas mágicas —comenzó diciendo— y también se relacionan con las hadas. No miden más de un metro, con orejas largas y en punta, su piel es verdosa, son seres elementales cuidadores de la naturaleza y el bosque. Son muy escurridizos... —Flor se partía de risa con los gestos de su madre, y Javier no sabía qué cara poner. Estaba seguro de que había visto algo, sin saber qué era—. Tienen un poder sobrenatural y son muy bromistas. A veces te esconden cosas, como por ejemplo en casa se pierden las medias y luego aparecen. —A Javier le agarró un ataque de risa que no podía parar y Emma y la hija se quedaron serias. Luego que se repuso las miró y pidió perdón.

—Bueno si te vas a reír y no crees, no te cuento más —dijo enojada. Él se

levantó y alzó su mentón con un dedo, para depositar un beso suave en los labios.

—Perdón sigue con tu relato.

—Son muy pocos los que pueden verlos, no así para animales y niños. ¿Y sabes lo que es más impresionante?

—¿Que? Dime mi niña.

—Que alcanzan a vivir quinientos años. —Javier hizo un gesto con los ojos y las dos se sonrieron—. ¿Sabes cuál es nuestro duende preferido?

—Javier negó con la cabeza—. Dhiagho, él vive en el bosque y te cuida siempre, su color es azul brillante.

Javier sentía que esa familia era lo que el siempre deseó. A Encarna la veía como una leona cuidando a sus nietos, Felipe era un muy buen amigo que apenas conocerlo le había abierto las puertas de su hogar, Flor era una criatura hermosa e inteligente y Emma era lo que el deseaba para su futuro, ella le había robado el corazón desde el primer día que la conoció. Su modo de andar, su hermosura, su simpatía y esa sonrisa le hicieron olvidar las tristezas de su último amor y la poca comprensión de su padre.

La abuela Encarna y Felipe aceptaron a Javier como novio de Emma. Todos vivían felices y tranquilos en esa hermosa y mágica ciudad. Flor era la consentida y aprendió a querer a ese galleguito como todos. El problema era el ex que cuando se enteró que la relación entre ellos iba en serio, comenzó a dar problemas.

—¡Encarna llegó el desgraciado! ¡Encarna llegó el desgraciado! —cotorreaba Pepito al ver a Pablo parado en la puerta de la cocina. A él nunca le cayó bien ese loro, y quería retorcerle el cogote.

La puerta de la cocina siempre se encontraba abierta solo la separaba del interior por la puerta mosquitero. Encarna dejó de hacer lo que estaba haciendo y se acercó, justo en el momento que Emma y Javier bajaban las escaleras a las risas y los tres se miraron. La abuela que iba a abrir su boca vio que Daniel se encontraba con su hijo y calló, abrió el mosquitero y solo saludó a su novio.

—Hola mi vida —saludó a Encarna—. Mi hijo quiere llevar a la nena a la

plaza —afirmó Daniel mirando a Emma que se acercaba a ellos.

—Ahora la llamo —acotó ella.

Pablo al ver a Javier con su ex le lanzó una mirada amenazante, pero el galleguito le sostuvo la mirada sin temor.

—Nena, vino tu padre quiere llevarte a la plaza, ¿quieres ir? —averiguó. Flor quien era muy inteligente para su edad, no deseaba ir y a la vez pensaba que si no su padre se pondría triste.

—Solo iré un ratito, quiero ir con ustedes a hacer las compras —comentó. Emma asintió con la mirada y tomándola de la mano la llevó con él.

Como lo había dictaminado el juez la nena solo podía salir con el padre en compañía de otra persona, sin embargo Emma la dejó que fuera sola con el padre y Daniel entró a la casa a tomar mate. A Encarna mucho no le gustó la idea, pero ella sabía que su nieta, tenía un sentimiento de culpa y, sin guardarse nada, así lo expresó delante de todos.

—¡No debes culparte! —largó de la nada mirando a su nieta.

—No es eso abuela, él es el padre y siempre lo será.

—Vos debes rehacer tu vida con quien te haga feliz —acotó Encarna y Daniel que tomaba mate al lado de su novia bajó la mirada.

—Lo siento por ti Daniel, debes hacerle entender a tu hijo que yo estoy bien con Javier y planeamos una vida juntos. —El galleguito al sentir esas palabras, su pecho se hinchó de felicidad aun sabiendo que no lo amaba, ella confirmaba que a su lado se encontraba bien. Pasó el brazo por sus hombros y besó su cabeza. Ella agarró la mano besándola.

—Yo hablo con mi hijo Emma y él dice que ya se olvidó de vos, que no te molesta más.

Todas las miradas se centraron en ella, esperando su respuesta. Y ella que no sabía mentir bajó la mirada, Javier la miró serio y con el dedo índice levantó su barbilla observándola.

—¿Aún te molesta? Niña, dime la verdad —ordenó. La abuela y Daniel se miraron.

—¡Sí! Me llama todos los santos días pidiéndome volver con él.

Javier se levantó de un salto de la silla y salió afuera ofuscado, mientras Encarna se puso furiosa recriminándole al padre la actuación de su hijo. Emma

parándose salió a buscar a Javier y lo encontró sentado en la hamaca de la casa de Felipe. Se sentó a su lado y pasó su brazo por su cintura, apoyando su rostro sobre su torso. Él giró su cabeza mirándola.

—¿Por qué no me dijiste eso? ¿Por qué dejas que te siga molestando? ¿Aún lo amas? —averiguó mirando hacia otro lado. Ella tomó su barbilla obligándolo a mirarla.

—¡Mírame, mírame! —le pidió y él con cara de pocos amigos obedeció—. ¡No lo amo! Solo necesito tiempo, solo eso. Nada ni nadie nos separará, por favor debes creerme.

—Te creo, pero no quiero que te moleste, hablaré con él.

—No, no quiero que peles por mi culpa—. Javier iba a responder y Felipe que había escuchado todo se plantó frente a ellos mirándolos.

—Vos no puedes pelear, déjame a mi, yo arreglo esto.

—No, ella es mi responsabilidad, yo cuidaré de ella y de la nena de ahora en más, lo molere a palos al infeliz —gritó.

—¿Si vas preso cómo las cuidarás? —Javier lo miró y supo que tenía razón.

—¿Y qué hago? —Quiso saber nervioso.

—Pensaremos en algo, pero no entres en su juego si las amas por favor, no lo hagas.

Esa noche, Alan y Encarna hablaban de lo sucedido y, esta se enteró el motivo por el cual el galleguito no debía pelear.

—Ay, yo quiero que me enseñe —afirmó la abuela levantando las manos. Justo cuando sus nietos y Javier entraban en la cocina, al verla parada y haciendo poses con los brazos se largaron a reír.

Y lo que comenzó con risas, terminó en ejercicios que cada día Javier les daba a la abuela y a Flor. Felipe no podía creer, se mataba de risa y la abuela lo echaba porque no la dejaba concentrar.

—Te voy a tener que sacrificar ya verás —gritaba Felipe al ver a Encarna practicando con el amigo, y está enojada tomaba almohadones arrojándoselos.

—¡Cuando yo aprenda, no sabes la paliza que te voy a dar! —anunciaba la abuela, mientras él desaparecía corriendo.

Y aunque pareciera mentira, la abuela y Flor aprendieron, gracias a Javier que poseía una paciencia increíble con ellas. A Emma no le agrada tomar clases y junto a Felipe eran cero deportistas. El galleguito se había mudado a la habitación de Emma, todos lo consideraban uno más de ellos, lo consideraban familia.

Una noche que Javier no podía dormirse, se levantó despacio de al lado de Emma, se inclinó tapándola con dulzura, se puso un short y antes de bajar a la cocina a tomar un vaso de agua, sintió que el celular de ella vibraba sobre la cómoda de la habitación. Dudó un instante si tomarlo o no, pero su curiosidad fue más fuerte y girando la cabeza para ver si seguía durmiendo, lo abrió. La casilla de correo se encontraba llena, ese era el sonido. Con dedos temblorosos comenzó a leer los mensajes sintiéndose morir.

Emma:

No quiero que me molestes más.

Pablo:

Júrame por Flor que no me amas y no te molesto más.

Emma:

No lo sé estoy confundida, Javier es tan bueno.

Pablo:

Emma no lo amas. Te prometo que lo nuestro será distinto, volveremos a ser familia, ¡te amo! Y amo a nuestra hija. ¡Piénsalo por favor!

Emma:

No lo sé ahora no puedo hablar.

Pablo:

Después te llamo, te amo no lo olvides.

Y el insomnio se apoderó de él, sintiendo que todas las energías que había puesto en conquistar a la mujer que amaba se evaporaban en el aire. Sabiendo que hablaba a sus espaldas con su ex, se sintió traicionado. Depositó el celular donde estaba y volvió a mirarla. Salió de la habitación con la certeza de que

ella seguía amando al padre de su hija. Luego de pasearse por la gran cocina tratando de maquinarse cual sería la mejor solución, optó por callar y no anunciar lo que leyó. Seguiría apostando un tiempo más a esa relación.

El tiempo pasó tan rápido que sin darse cuenta hacia ocho meses que él había llegado al país y no tenía intención de volver al suyo, hasta que una tarde su padre lo llamó al celular. Javier al ver que era el número de su padre no atendió y a los cinco minutos la hermana de su madre lo llamó.

—Hola Javier. —La voz de ella que siempre se encontraba alegre y esta vez, se notó triste.

—Hola tía.

—Tu madre enfermó. —Al sentir esas palabras se desesperó, con la madre hablaba todas las semanas y no sabía que se encontrara enferma.

—¿Qué tiene? Hablo todas las semanas con ella y no me ha dicho nada.

—Ayer tuvo un accidente de tránsito, la chocaron y aunque el médico dice que no es grave se encuentra en terapia intensiva. —Javier comenzó a caminar por el patio de la casa, pasándose la mano por el pelo, imaginando lo peor.

—Iré en el primer vuelo —expresó nervioso.

—¡Te esperamos! ¡No tardes!

—No tía, ahí estaré, dile que la amo —terminó diciendo antes de cortar la comunicación.

Se puso tan nervioso que no sabía qué hacer primero, aún todos trabajaban en la cocina y él había terminado su trabajo de jardinería, se dirigió a la habitación de Emma y empezó a guardar ropa en su valija, después entró al baño a ducharse y cuando se estaba cambiando entró ella y observando su valija, lo miró desconcertada sentándose a un costado de la cama.

—Mi madre se encuentra internada, debo ir a verla —mencionó cambiándose.

—Pobre, ¿qué le pasó?

—Mi tía me llamo, al parecer tuvo un accidente de tránsito. —Emma comenzó rápido a cambiarse mientras llamaba a Felipe.

A los cinco minutos Felipe estaba listo para llevarlo al aeropuerto, la abuela y Flor lloriquearon al despedirse, se habían encariñado con él y sabían que lo extrañarían horrores. Por milagro consiguió un asiento y la espera se hizo

eterna. Felipe los dejó solos para que se despidieran, al momento del abordaje. Javier la abrazaba de tal forma y con tanto amor que a Felipe que los observaba de reojo, se le cayó una lágrima que disimulo enseguida mirando hacia arriba.

—¿Me vas a extrañar? —susurró ella en su oído.

—¡Ya te estoy extrañando! No me olvides mi niña, porque moriría de amor si lo haces —le pidió Javier cubriendo su delgado cuerpo con sus brazos.

—¡No tardes, vuelve a mí! —Al escuchar sus palabras, Javier tomó su rostro entre sus manos observándola. Y sin querer recordó los mensajes que había leído. Luego cerró los ojos desechando ese pensamiento.

—¿Me amas? —averiguó él dudando.

—¡Javier! Me enseñaste a creer otra vez en el amor. —Javier la miró serio, sabiendo que aún no lograba amarlo.

—Volveré cuando mi madre se reponga, para amarte como jamás amaré a nadie —dijo sobre su boca. Luego la besó con toda la ternura que ella siempre le inspiró y con sus labios fue secando una a una las lágrimas que no paraban de salir, de sus ojos—. ¡Te amo, no lo olvides! —repetía Javier una y otra vez. Mientras ella envolvía con sus brazos su cintura sin querer soltarlo.

—Vamos que ya llamaron, tu vuelo ya sale —confirmó Felipe. Él también se encontraba nervioso, se abrazó al amigo palpándose la espalda—. Te estaremos esperando amigo —balbuceó.

—Volveré, cuida a mi novia —ordenó sonriéndose y besando por milésima vez a Emma.

—Cuídate Javier —gritó Emma levantando su mano y él se dio vuelta, observándola.

—¡Te amo, mi niña! ¡Y tú cuida mi guitarra! —exclamó él y los dos hermanos sonrieron.

Después de estar juntos por varios meses, la despedida fue muy triste, aun sabiendo que pronto volverían a encontrarse. En el camino de vuelta a su hogar los hermanos no hablaron una palabra, Felipe estacionó el auto en el garaje y al bajar abrazó a Emma besando su cabeza.

—Los días pasan volando pronto estará de vuelta —afirmó mirando como ella se secaba las lágrimas.

—¿Y si no vuelve nunca más? —pregunto y al hermano se le anudó el corazón, pues esa también era una posibilidad, pero no respondería a su pregunta.

—Vamos adentro a tomar unos mates.

Javier sentado en el avión solo pensaba en ella. ¿Y si volvía con el ex? ¿Y si se enamoraba de otro? Mil interrogantes cruzaban por su cabeza. El viaje fue largo, deseaba llegar para ver a su madre y encontrarla bien, pensaba también que quizás le habían mentido para que el viaje fuese tranquilo. Hasta no llegar no podía saber su estado real de salud. Apenas poner un pie fuera del avión llamó a la tía, que le dio la dirección del hospital donde su madre se encontraba, también llamó a Emma que como el imaginaba esperaba su llamado.

—Llegué mi niña, ¿todo bien?

—Sí, qué alegría escucharte. Hace horas que te fuiste y ya te extraño, todos te envían besos —le contó mirando a su familia reunida. Todos gritaron y al escucharlos sonrió con nostalgia, en los meses que estuvo con ellos le habían brindado tanto cariño, que ya los extrañaba.

—Me estoy dirigiendo al hospital, luego te llamo y te cuento. Cuídate mucho y cuida a Flor.

—Ve tranquilo, verás como todo se soluciona, envíale un beso a tu mamá, dile que quiero conocerla.

—Se lo diré, un beso grande, mi niña, te amo. A la noche te llamo.

Javier llegó al hospital con el corazón en la boca, presentía que su madre se encontraba peor de lo que su tía dijo. Se dirigió a la mesa de informes y le confirmaron que su madre se encontraba en terapia. Subió al ascensor y lo primero que vio cuando llegó a la sala de estar, fue el rostro de su padre. Este se puso de pie al verlo y Javier comprobó que seguía siendo el mismo de siempre, altanero, arrogante y vanidoso, en vez de saludarlo solo lo observó de arriba a abajo despectivamente. Buscó con la vista a la tía y fue a su encuentro abrazándola.

—¿Cómo está? —quiso saber tomando la mano de la misma, y sentándose a su lado.

—Igual mi niño, está grave, los médicos dijeron que solo un milagro la salvaría. —A Javier se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Quiero verla —pidió mirando al padre que no le sacaba ojo de encima.

—Toca a la puerta y pídele al médico, dile que recién llegas de viaje, aún no es hora de visita, aunque solo la vemos cinco minutos, quizás te deje pasar — señaló la tía.

Y así lo hizo el médico se apiadó y lo dejó entrar solo unos minutos.

CAPÍTULO 5

Ver a su madre en esas condiciones, con su cuerpo lleno de cables le partió el corazón, se encontraba en un coma inducido. Se acercó para hablarle al oído con dulzura.

—Hola, mi niña hermosa. Acá está tu hijo, te vas a reponer y te llevaré a conocer a mi novia. —Se secó una lágrima y siguió hablando—: Sí, mamá, tu hijo se puso de novio, si vieras qué bella es y ¿sabes qué? Es pastelera —le contó besando y acariciando su frente—. Ponte bien pronto que los dos nos iremos de viaje.

Después se aproximó al médico, queriendo saber por su estado de salud.

—Estamos complicados —comenzó a decirle el doctor, cuyo rostro expresaba preocupación—. La verdad no creo que despierte —aseguró y el mundo de Javier se derrumbó con esas palabras.

—La podemos trasladar a otro... —El facultativo no lo dejó terminar.

—No resistiría, lo siento —se animó a decir, apoyando una mano en el hombro.

Javier salió echo un trapito mojado, verla a la madre en esas condiciones le estrujaba el alma, se pasó la mano por el pelo y se sentó al lado de su tía, que lo observaba con tristeza.

—Recemos mi niño —susurró ella, mientras él solo pensaba que tendría que haber venido antes.

Los remordimientos se hicieron presentes, los ojos se le nublaron de lágrimas y la mente de recuerdos. Recordó todos sus consejos, su vida de niño, el amor con el que ella lo habría criado y la culpa por no estar cerca se hizo carne en su piel. Levantó la vista, luego de pasar sus dedos por su rostro para secar sus lágrimas y, observó a su padre que lo llamaba con un movimiento de dedo. Sin muchas ganas se paró y sentó a su lado.

—Lamento no haber estado en el momento del accidente —se quejó mirando el piso, el padre lo observó.

—Nada hubieras podido hacer, se está muriendo, ya preparé todo para la cremación. —Javier se paró increpándolo.

—¿Vos estás loco? Ella aún respira.

—Sí, respira, pero ya está muerta —manifestó tocándose la barbilla.

—Solo un monstruo diría eso, deberías estar rezando, ¡ella era tu mujer! —le gritó.

—Ya no lo era, hace tiempo que no éramos pareja.

—Sos muy cruel. Ella se ha bancado todas tus cabronadas por años y ahora, en vez de tener una esperanza estás esperando que se muera. —Javier se encontraba muy enojado—. ¿Qué clase de persona eres?

—Soy una persona realista —pronunció el padre. Javier volvió a sentarse al lado de su tía y esta le tomó la mano.

—Javi debes esperar lo peor —dijo, con temor a su reacción.

—Yo debía haber estado acá, no pude hablar con ella. Dios, ¿cómo podré vivir con este sentimiento de culpa? —susurró bajando la cabeza.

—¡No debes culparte, ella te amaba! Siempre hablaba muy bien de ti, debes recordarlo siempre.

Las palabras de su tía en vez de calmarlo era como maderas ardientes que avivaban el fuego en su interior, fuego de ira por su ausencia, fuego de rabia contra su padre. El médico salió súbitamente y los tres se acercaron.

—Le hemos sacado por unos minutos el respirador —comentó y todos se miraron—. Parece que balbucea un nombre.

—¿Qué nombre? —Quiso saber el padre de Javier.

—Javier, creo. —Este soltó una exclamación y pidió pasar. Apenas entró, la madre repitió su nombre: “Javier”

—Acá estoy mamá —pronunció él con el corazón en un puño y temblando de emoción.

Ella alargó su mano buscando la suya, él se la apretó suavemente y ella la acarició.

—Te vas a mejorar. No me iré de tu lado, lo prometo —repetía besando su frente.

Un segundo después ella lo observó seria y cuando su boca se abrió

lentamente para hablar, Javier sintió un largo suspiro salir de su boca y, al instante, sus ojos se cerraron lentamente para no abrirlos nunca más. Javier comenzó a gritar y los médicos entraron corriendo e invitándolo a retirarse. Ya en la sala Javier se abrazó a su tía y soltó ese llanto que hasta ese momento reprimía su garganta.

—Vamos mi niño siéntate —le pedía su tía abrazándolo.

—Mamá, mamá... —repetía sin parar Javier en un murmullo.

Levantó la vista totalmente nublada por las lágrimas y vio al médico hablando con el padre. Se acercó a ellos y por primera vez lo vio sollozar, observó como tensaba el rostro y respiraba profundamente ante las palabras del facultativo.

—Se fue, que Dios les de la resignación que necesitan —afirmó.

Por primera vez en años padre e hijo se perdieron en un abrazo que los reunió, luego del fallecimiento de su madre.

A pesar de que su tía y su padre le ofrecieron sus casas para quedarse. Javier prefirió ir a su departamento, al llegar se duchó sin ganas, se sirvió una copa de vino y sentándose en el sillón, lloró como un niño, se reprochaba no estar cerca de su madre en el momento del desgraciado accidente y maldiciéndose por haberse ido. Recorrió los mil metros cuadrados de su departamento descalzo y con la ira en todo su cuerpo. Reflexionó sobre las últimas conversaciones con su madre y a la vez sintió su risa y sus consejos, mientras otra vez el rostro se le llenaba de lágrimas.

“¡Mi niño deseo que seas feliz! Estoy segura de que tu sueño se hará realidad, solo debes esperar, no te apresures, tiempo a su tiempo. Dale el gusto a tu padre y trabaja con él, mientras tu sueño se cristaliza. La empresa es muy grande y necesita alguien en quien confiar. Él te ama. Solo que no sabe expresarlo, ayúdalo. Cuando tu sueño se haga realidad él comprenderá, ¡no lo dejes solo!”

—Siempre tratando de solucionar la vida de todos, aun sabiendo que la química con mi padre nunca existió ella siempre deseo que fuéramos amigos,

pero es imposible mamá. ¡Cuánto te quiero! —susurró en la soledad de su departamento.

Se terminó el vino de su copa y se sirvió otra más. A los diez minutos el timbre sonó con insistencia. La última cara que deseaba ver en ese momento era la de su progenitor, por lo que observó por la mirilla y, al comprobar que era su amigo Francisco, destrabó la puerta. Al abrir, con solo mirarse a los ojos, este entendió el dolor que tenía Javier. Una buena mujer había partido. Luego de limpiarse las lágrimas, pasaron adentro y se sentaron en los sillones.

—No sabía que habías regresado, ¿por qué no me llamaste?

—Como te imaginaras aún no me lo creo —adujo Javier posando la copa sobre la mesa ratona y pasándose las manos por el pelo—. ¡Yo tendría que haber estado a su lado! —exclamó.

—¿Y dime amigo qué podrías a ver echo? Deja de culparte. Tu padre me avisó y me pidió que viniera a verte.

—No sé qué hacer ahora —pronuncio, preocupado—. Debería volver a Argentina, pero ahora ya no estoy tan seguro.

—Deberías quedarte unos días con tu padre —comentó Francisco aun sabiendo que nunca tuvieron buena relación—. Los dos necesitan encontrarse y conversar mucho.

—No sé, estoy muy herido con todas sus palabras, pero hoy recordaba las palabras de mi madre y quizás sea hora de darnos una oportunidad.

—¿Y dime qué tienes en Argentina que deseas volver? —Javier que jugueteaba con su celular, lo miró con una sonrisa triste.

—Me enamoré, la amo —se confesó—. Prometí volver, pero ahora no puedo —manifestó con amargura. A penas el amigo se retiró, prendió la computadora y le envió un correo a Emma.

“Hola mi niña, con el corazón roto debo comunicarte que mi madre falleció. Siento en el alma no haber podido hablar con ella, solo abrió sus ojos por unos minutos pronunciando mi nombre y los cerró para no abrirlos nunca más. Me siento destruido. Sin ganas de nada. Te amo y aunque prometí volver a tu lado, debes comprender que ahora no puedo hacerlo. Ahora soy yo el que te pide un tiempo. Debo tratar de arreglar la situación con mi padre, ese fue el deseo de mi madre y he de cumplirlo, espero que entiendas mi situación, cuídate y envíales besos a todos. Estaremos en contacto.”

Javier.”

Después de enviar ese correo, comprendió que su relación con Emma se terminaría. Se indignó con él mismo, maldijo y tomándose otra botella de vino se durmió hasta el otro día.

Emma con ansia abrió su correo y leyó detenidamente lo que Javier le había enviado. Su sonrisa se desdibujó nada más comenzar a leer. Cuando terminó entendió que ese correo era una despedida y, se quedó pensativa y triste. Ella le había pedido tiempo para amarlo y él, ahora le devolvía la moneda. Se lo tenía merecido, en ese instante Felipe golpeó la puerta de su habitación y ella lo hizo pasar.

—¿Qué pasó? ¡Qué cara!

—Envió un correo Javier, no va a volver —manifestó haciéndole seña con la cara para que lo leyera, Felipe se sentó y lo hizo detenidamente.

Cuando terminó tuvo la sensación de que era un correo lleno de tristeza, se dio cuenta de que su amigo se encontraba en una encrucijada sin saber qué mierda hacer, por un lado su padre y por otro el amor y ni hablar de la ausencia de su madre. Miró a su hermana que se encontraba a punto de llorar y la abrazó.

—Volverá, te lo aseguro, solo debes tener un poco de paciencia —susurró en su oído—. Se encuentra mal y solo.

Emma no alcanzaba a comprender, si bien lo sabía triste no había sido capaz de llamarla y solo había enviado un corto y frío correo electrónico. A Felipe, que amaba a su hermana, la acción de su amigo lo dejó perplejo, salió a la calle y en un segundo lo llamó. Pero luego de varias llamadas sin tener respuesta dejó de hacerlo maldiciendo. ¿Tanto se podría haber equivocado con él? Felipe no se dio por vencido y al otro día volvió a llamar, pero él nunca respondía. Siguió insistiendo durante una semana y juzgó que Javier se había alejado de ellos para siempre.

Tras la muerte de su madre, Javier cambió. Se la paso dos semanas encerrado en su departamento sin responder mensajes, solo salía para comer. El primer llamado que atendió fue de su padre.

—Hijo, debemos hablar, no puedo verte encerrado solo y triste.

—Me encuentro perdido. No tengo ganas de nada —pronunció Javier, sollozando. A la media hora su progenitor se encontraba tocando el portero eléctrico de su departamento.

Apenas abrir la puerta, los dos se miraron y él se arrojó a sus brazos, sintiendo la falta de cariño de su madre y pidiendo a gritos la seguridad y amor de su padre. Este le palmeaba la espalda mientras él lloraba. Cuando se calmó se sentaron en los sillones a conversar de hombre a hombre.

—Escúchame bien mi niño, lo que este hombre cansado y triste te dirá —comenzó a decir frente a su hijo, que lo miraba sin pestañar—. Si aún piensas que cantar es lo que quieres para tu vida, hazlo, yo te apoyaré de ahora en más.

—Javier se quedó de piedra, pues jamás esperó que su padre dijera tal cosa. Pero él también lo sorprendió con su respuesta.

—Ya lo decidí, trabajaré contigo, todavía no es momento de cumplir mi sueño.

—¿Estás seguro?

—Sí, papá, pero debes dejar que yo también tome decisiones —acotó mirándolo serio. El padre lo observó, parecía que tras la muerte de su madre su hijo había madurado—. Yo no seré tu empleado, que quede claro. —El padre rio con ganas, palpando su espalda.

—No hijo mío, tú serás el que darás las ordenes, todo el personal te respetará. No olvides que tú eres nieto e hijo de Sánchez González. Tú eres el heredero de una de las empresas más productivas y grandes de este país, si aceptas te pondré al tanto de todo y serás el que la lidere.

Así fue como ese galleguito delgado, con esos ojos picaros y esa media sonrisa que derretía a todas las niñas que lo miraban, aceptó ponerse la responsabilidad sobre los hombros de una empresa de tan tamaño envergadura.

El abuelo de Javier, José Luis Sánchez González había construido desde los cimientos una pequeña empresa familiar de construcciones, muchos años antes de que el naciera, con tesón y perseverancia. Al correr el tiempo, se había transformado en lo que era en la actualidad: un grupo multinacional que facturaba 2.400 millones de euros, con empresas propias y asociados. Contaba con 8.000 empleados y se encontraba cerca del parque tecnológico en una

preciosa localidad de Andalucía. La torre tenía diez pisos, cámaras de circuito cerrado y control de acceso. Tres elevadores rápidos, sala de reuniones y un sinfín de oficinas. Tres generadores eléctricos, aire acondicionado de alta eficiencia y vidrios insolados para ahorrar energía. Total, siete mil metros cuadrados. Era la empresa más moderna y bonita de toda la ciudad.

Cuando Javier informó a su padre José de la decisión de trabajar con él, este le cambió el nombre a Sánchez González e hijo. Así el muchachito de jean gastado, con cara de niño y sonrisa pícaro, guardó en un cajón el sueño más grande de toda su vida: ser un cantante famoso, para cumplir el de su madre, de ayudar y estar cerca de su padre.

En pocos meses se convirtió en un empresario bello, arrogante y poderoso. Fue la misma imagen del padre, todo su cuerpo exudaba ambición y poder. No solo cumplió las expectativas que el padre había depositado en él, si no que fue más allá, abriendo sucursales en tres países más, uno de ellos Argentina. Atrás quedo la promesa de amor hecha un día a Emma, su amor se fue marchitando el día que encontró en el celular con los mensajes del ex y después, la partida de la madre hizo el resto.

Y aunque su mente negaba el recuerdo de esa mujercita que lo enamoró, su corazón le recordaba que aún y a pesar de todo, la seguía amando. Para tratar de olvidarla, se dedicó exclusivamente al trabajo. Llevar adelante las empresas, le daba la fuerza necesaria para aplacar y olvidar todo lo que alguna vez le importó, pero al llegar a su casa y abrir la puerta, nadie lo esperaba. Solo un silencio aterrador le daba la bienvenida y su subconsciente le recordaba sus pendientes, su sueño inalcanzable de cantante y un amor que intentaba enterrar en el fondo de su corazón.

Sentado en un sillón cenando comida comprada y fría recordaba la comida de Encarna, la risa de su amigo, las travesuras de Flor, la sonrisa más bella que vio en su vida, esos labios y ese lunar que tantas veces besó y aún añoraba. Su cuerpo con ese aroma tan peculiar a canela, vainilla y miel y como siempre, al segundo bocado su apetito lo abandonaba. Emma jamás respondió su correo, dando a entender que jamás podría amarlo y él por orgullo, jamás atendió las llamadas de su amigo. Aunque él se negaba a pensar en ella hundiéndose en responsabilidades, trabajo y obligaciones día a día, por las noches su corazón

le recordaba que aún la amaba. Solo salía los viernes a tomar algo con su amigo Francisco, rara vez iba a bailar y cuando su cuerpo pedía sexo solo lo hacía por necesidad, nunca por amor.

Emma siguió con su vida, sus quehaceres y obligaciones. Su trabajo y su hija llenaban todo su espacio y se aferraba a ello para seguir viviendo. Pablo, al ver que no pudo reconquistarla no insistió más y ella sola en el silencio de su habitación todas las noches recordaba a Javier.

Emma añoraba los paseos por el bosque, las salidas al pub, la caminata a la vuelta por esas calles de arena con poca iluminación y, los besos que Javier le robaba a cada paso. Cuando iba al bosque de la mano de Flor y juntaban las piñas que caían de los árboles recordaba como él con su hija las barnizaban esperando Navidad para ponerlas en el árbol. Una Navidad que los encontraría separados. Todo, todo le recordaba a él.

Cuando iba obligada por Felipe y Beba al pub y veía cómo muchachos jóvenes cantaban sobre el escenario, los ojos se le llenaban de lágrimas. «Seguramente ya te has olvidado de mí, quizás estarás en brazos de otra, dándole los besos que a mí me dabas, ¿por qué no volviste? ¿Por qué no me llamaste? ¡Quizás mentiste y nunca me amaste!» se preguntaba todas las noches, recordando un amor que no pudo ser.

En la ciudad de Cariló, la vegetación se encontraba en todo su esplendor, las más hermosas flores adornaban los jardines de todas las casas, llegaba el verano y el bullicio de los visitantes como cada año alegraba la ciudad. Mientras Encarna luego de terminar su trabajo en la cocina, se dedicaba a arreglar su jardín, Felipe la miraba a la distancia pensando que hacía días que la veía triste. ¿Cuál era su preocupación? Sabía que con su novio Daniel todo iba bien, en el trabajo no había problema, hacía meses que habían cumplido otro sueño, abrir una empresa de catering en pleno centro de Buenos Aires y les iba de maravilla, su clientela radicaba en gente de un poder adquisitivo alto y gran variedad de empresas importantes requerían de sus servicios. Sin esperar más se acercó a ella.

—Está hermoso tu jardín —pronunció arrodillándose a su lado, ella lo miró de reojo—. Dime abuela, ¿te duele algo? Hace días que te veo triste, callada y eso me preocupa. —Encarna dejó de arreglar una planta, observándolo.

—Mi niña está triste y no sé qué daría para verla reír otra vez. —Felipe

suspiro—. Dime una cosa ¿por qué no volvió Javier? Ella dice que no sabe.

—Y mi hermana no miente abuela no sabemos qué pasó, yo lo llamé varias veces y nunca me respondió, eso da a entender que no quiere saber nada más con ella. —Encarna arrugó sus ojos intentando ver si decía la verdad—. Te juro abuela que no sabemos qué pasó, solo envié un correo pidiendo un tiempo más, solo eso.

—Pues no creo, él es un buen crio, ¡algo más paso! —El nieto levanto los ojos al cielo.

—Ya se le pasará no debes ponerte triste, te amo abuela —susurró en su oído besando su mejilla.

—Yo también mi niño, cuídate ¿vienes a cenar?

—Sí abuela, vengo con Alan.

A miles de kilómetros de distancia José ultimaba los últimos detalles para abrir la sucursal de su empresa en Buenos Aires.

—Todo listo hijo, debes ir tú para controlar todo, ¡no quiero a nadie más solo tú! —Su hijo lo miró mal.

—Yo no quiero ir. Envía a otro. —Negó con la cabeza mirando a su padre, sentado en el sillón de su espléndida oficina del quinto piso.

—Escucha hijo, no podemos dejar en manos de nadie la inauguración. Debes ir tú. Se dará un coctel de bienvenida, ya encargué todo el catering a una casa muy famosa, la mejor. Irán directivos de otras empresas, yo no puedo ir llegan inversionistas muy importantes y debo hablar con ellos.

Javier se resistía a ir, pero debía hacerlo. El solo hecho de pisar Buenos Aires le recordaba a ella. Luego de caminar unos pasos meditando por el espacio, aceptó.

—Debes viajar hoy, para controlar todo solo en ti confío. Toma, esta es la dirección del hotel y la del salón donde se hará el catering, son solo unas cuadras de diferencia —comentó el padre. Javier observó las direcciones y guardó los documentos en uno de los compartimientos de su billetera.

Encontrarse con Emma en Buenos Aires sería un milagro, sabiendo que ella nunca dejaba esa tan bonita ciudad que la vio nacer. Javier preparó solo un bolso para su viaje, pues apenas terminara la inauguración volvería a su país. Se duchó y secándose frente al espejo, su mente solo podía pensar en ella.

Mientras se vestía, los recuerdos se hicieron carne en su cuerpo sintiendo que los meses vividos junto a Emma en ese paraíso llamado Cariló, fueron los mejores de su vida. Se puso una camisa blanca, unos gemelos de oro blanco y platino, un regalo de su madre que nunca había usado, un traje negro impecable y su perfume. Bolso en mano subió al auto que lo esperaba fuera del departamento, a la media hora entraba en el hangar donde su avión privado lo llevaría donde meses atrás, había quedado su corazón, Argentina. Mientras viajaba cómodamente y con una copa de vino en la mano, recordó el duende que Emma le había regalado antes de partir y dejando la copa sobre la pequeña mesa del avión, se inclinó y abriendo su bolso lo sacó, se sonrió al tenerlo entre sus dedos. Se acordó de lo que ella le dijo sobre ese pequeño hombrecillo que lo acompañaba desde entonces y aunque nunca fue mucho de su agrado, jamás se despegaba de él.

“—Tengo un regalo para vos —declaró Emma, sacando una bolsa de papel de su mochila. Javier arrugó la nariz, observándola. Apenas la abrió y vio a ese hombrecillo con ojitos saltones hizo un puchero como si fuera un niño y, ella se rio con la misma risa fresca que lo había enamorado desde el primer día.

—¿No había otra cosa? —rezongó él sonriendo.

—¡No seas tonto, él te cuidará! —acotó ella tomándolo en su mano y moviéndolo frente a su cara.

—¿Como se llama este? —averiguó guiñándole un ojo.

—Dhiagho, ¿recuerdas que te hable de él? —Javier asintió con su cabeza.

—Yo también tengo un regalo para ti, mi niña —adujo Javier extrayendo dos cajitas de terciopelo de su bolso y entregándole una.

Ella la abrió lentamente y la boca se le abrió como jarro sin poder creer lo que contenía. En la misma se encontraba una pequeña llave con su correspondiente cadena de oro y con un corazón en relieve. Javier serio corrió su cabello y se la colocó alrededor de su cuello y ella hizo lo mismo con la de él, Javier tomando el rostro de ella entre sus dedos, susurro:

—Es la llave de mi corazón debes saber que pase lo que pase, mi corazón siempre siempre será tuyo, mi niña hermosa. —Emma se secó una lagrima y acariciando el que él tenía puesto, dijo:

—Y este es mi corazón, amigo mío. El mismo que siempre te acompañará.”

El solo hecho de recordar las últimas palabras de ella, hicieron que el rostro

de Javier se desdibujara de dolor, entendiendo que para ella solo sería un buen amigo. Guardando el duende en el bolso se tocó la llave que colgaba de su cuello la misma que desde el día que ella se la puso jamás se la sacó. Y cuando el recuerdo de ella lo apabullaba principalmente por las noches, solo en su departamento, tener entre sus dedos esa pequeña llave, era sentir la presencia de ella cerca del.

—Emma, mi niña hermosa, jamás te olvidaré —susurró.

—¡Nena debes ir y punto! —gritaba Felipe a su hermana—. Aparte te hará bien cambiar de aires.

—¿Por qué no vas vos?

—Ya te dije debo entregar todos los remitos al contador, ya cierra el mes. — La hermana negó con la cabeza—. Vamos nena, debes controlar que atiendan bien a la gente solo eso, termina y vuelves.

—¡Dios, no quiero ir!

—Mira la próxima vez voy yo.

—Está bien iré, pero solo esta vez, ya sabes que no me gusta viajar.

Era la primera vez que ella viajaba sola a Buenos Aires. En dos ocasiones lo había hecho en compañía de su abuela y Flor.

—Te pasé la dirección del hotel por mensaje. Solo debes registrarte ya se encuentra todo pagado.

—¿Dónde está ubicado? —indagó.

—En el centro, es muy bonito —manifestó Felipe serio.

Emma de mala gana preparó su bolso, luego de ducharse se vistió y mientras se peinaba su vista se detuvo en la llave que colgaba de su cuello. Paseó sus dedos acariciándola y cerrando los ojos, el recuerdo de ese galleguito se hizo presente para recordarle que no había cumplido su promesa de amor. Cuando se encontró lista, el hermano la llevó al aeropuerto donde tomaría su vuelo hacia Buenos Aires. Apenas llegar tomó un taxi que la llevó directamente al salón donde se preparaba el catering. Se bajó en la puerta del gran y exclusivo salón y, parada en la vereda levantando la vista hacia el cartel luminoso que descansaba sobre un borde del mismo y leyó el nombre “DHIAGHO” sintió una satisfacción enorme. «Otro sueño más cumplido, abuela» se dijo. Dos

puertas de vidrio se abrieron al instante que ella se aproximó y entró. La decoración era maravillosa, y como Felipe había ordenado sobre un borde se encontraba la figura de Dhiago. Habló con las empleadas comprobando que todo fuera de su agrado. La mantelería en mesas pequeñas era de lujo, observó que todas las copas brillaran y luego se dirigió a la cocina examinando la gran variedad de canapés y dulces que se servirían.

Aunque hacia poco tiempo que habían abierto eran considerados como uno de los mejores catering de Buenos Aires. Recién quedó satisfecha, cuando observó que todo se encontraba bien organizado y dispuesto para recibir a la empresa que los había contratado. Salió del salón y observado un mapa que poseía en su celular, se dirigió al hotel donde su hermano ya tenía hecha una reserva. Como solo quedaba a unas pocas cuadras fue caminando, aspirando el aire y la humedad que siempre presentaba esa ciudad, tan distinta a la de ella. Observando cómo la gente apresurada caminaba, celulares en mano sin ni siquiera mirarse. Dobló en una calle lindera al hotel y la cantidad de peatones se multiplicó. Observó grandes comercios donde sus vidrieras exhibían marcas mundialmente famosas y al pasar por una vio ropa para niños.

Estuvo tentada de entrar a comprarle a Flor un vestido hermoso y al recordar los consejos de su abuela, por temor siguió de largo y se sintió sapo de otro poso dentro de esa gran ciudad. Apuró el paso deseando que todo terminara rápido y poder volver a su casa. Pero lo que ella no se dio cuenta, que aun como estaba vestida de jean, zapatillas y una campera, no pasaba desapercibida a los ojos masculinos. Luego de caminar varios minutos y esperando ver un hotel común y silvestre, se paró y comprobó la dirección. «No puede ser, este no es el hotel», pensó. Volviendo a ver la dirección en su celular. El edificio era imponente, varias personas muy bien vestidas salían y otras entraban. Ya con mal humor marcó el número de su hermano, mientras leía el nombre del mismo.

“Palacio Duhau- Park Hyatt-Buenos Aires”

—Hola Felipe, me diste mal la dirección —exclamó enojada, sintiendo del otro lado de la línea la carcajada de este.

—No hermanita, te reservé el mejor porque tú lo vales. —Emma abrió su boca y volvió a mirar el majestuoso edificio.

—¿Vos te volviste loco? ¡Esto sale una fortuna!

—Vamos entra te atenderán como a una reina y Emma... deja de protestar.

Entró dudando, nunca había estado en un lugar de esas características. Maldijo al hermano y solo poner un pie en lugar, dos conserjes le dieron la bienvenida.

Luego de registrarse tomó una tarjeta de mano de una de las empleadas y, un hombre tomó su bolso acompañándola hasta el ascensor, el mismo paró en el piso sexto. Emma al llegar frente a su habitación, le dio una propina y cuando este se alejó, corroboró que el numero de la tarjeta, correspondiera con la habitación, cuatrocientos tres, piso sexto. Puso la tarjeta en la puerta y al abrirse entró. Sin saber el motivo se encontraba muy nerviosa. Sus ojos se abrieron de par en par cuando observó el gran ambiente, ni en sus sueños pensó estar en una habitación así. Dejó el bolso sobre un sillón y agarró de arriba de una pequeña mesa de madera una tarjeta en la cual rezaba:

Palacio Duhau: Esta suite contiene noventa y cinco metros cuadrados y es una suite de lujo habitación King. Televisión de pantalla plana y acceso inalámbrico a internet e incluye mayordomo. Área de trabajo Bar privado. Aire acondicionado individual, vestidor, recepción las veinticuatro horas y área de descanso.

Termino de leer y exaltada volvió a llamar al hermano. Como él no se encontraba atendió Encarna.

—Hola mi niña, ¿todo bien? —averiguó su abuela contenta de escuchar su voz.

—¡Estoy... estoy loca! —gritó—. Este hotel costará una fortuna, ¿mi hermano se volvió loco?

—No te enojas, él quería que te encontraras cómoda.

—Por favor abuela, no sabes lo que es esto.

—Lo sé mi niña, tu hermano me lo mostro por internet, goza tu estadía, no te quejes.

—Ay abuela, quiero estar en casa, la ciudad es hermosa, pero tan grande que me da miedo, apenas termine salgo para allá.

—Y yo que deseaba que me compres unas cositas, ¿no harías eso por tu abuela? —Emma suspiró y aceptó, nada podía negarle a ella.

—¿Qué quieres? Te compraré lo que quieras y antes de que termine el día de mañana me voy.

—Sí, no hay problema, ahora descansa, date un buen baño y ponte hermosa para esa reunión.

—Sí, seguramente será la más aburrida de mi vida.

CAPÍTULO 6

Luego de hablar con su hijita y despedirse de su abuela, preparó la bañadera y se hundió en un baño caliente que le aplacó el enojo y la hizo sentir mejor. A los veinte minutos salió se puso un vestido negro que resaltaba todas sus curvas, secó su largo pelo, se maquilló y se puso su fragancia favorita: canela, vainilla y miel. Como era aún temprano se sentó en un sillón y se dedicó a ojear una revista de moda.

Javier llegó al hotel con un pequeño bolso de mano, mientras entraba con altivez y su postura de gran señor, las personas que se encontraban en el espacio de la recepción y las empleadas se daban vuelta para observarlo y babear. Él lo sabía, solo que las ignoraba, pues hacía meses se había convertido en una persona arrogante y soberbia como el padre. Se paró frente al mostrador y sacándose las gafas se presentó. Inmediatamente el conserje le entregó una tarjeta.

—Señor lo estábamos esperando, su habitación se encuentra en el piso sexto, cuatrocientos cuatro —declaró el hombre mirando a los ojos a Javier, que solo se dignó a saludarlo con un simple movimiento de cabeza.

Un muchacho lo acompañó a su habitación, luego de darle una sustanciosa propina el empleado se retiró. Abrió la puerta, apoyó su bolso en una silla antigua que se encontraba al entrar, se sacó el saco y se dedicó a observar el ambiente. A los minutos, abrió la lluvia y de inmediato el vapor del agua caliente inundó el lugar, después de despojarse de toda su ropa, se sumergió bajo el grifo, tratando de quitar todo su mal humor que le había acompañado durante todo el viaje.

Por su parte Emma, aburrida de esperar que llegará la hora del catering abrió un ventanal y salió al balcón llamando a su abuela.

—¡Hola abuela! ¿Cómo está Flor? —indagó.

—Hola mi niña, más tranquila, ahora está jugando en el jardín con Daniel.

—Dile a mi hermano que necesito hablar con él —comentó Emma.

—Justo ahí llega del contador, espera te paso, ¡un beso grande y cuídate!

—¡Otro beso para vos abuela, te amo!

—Hola hermana, ¿todo bien? —Quiso saber Felipe.

—Sí, todo de maravilla, escucha ¿debo esperar al hombre que nos contrató?

—preguntó, pues con el enfado anterior se le había olvidado decírselo a su hermano.

—Claro, debes hacerte ver y pregunta si todo fue de su agrado —acotó Felipe

—. Se llama José Luis Sánchez González, además debe darte un cheque con lo que restaba de lo pactado, la mitad ya lo había depositado.

—Está bien, ya salgo para el salón aún no es la hora, pero quiero controlar que todo esté listo antes que llegue este señor, seguramente será un viejo y arrogante lleno de dinero —manifestó Emma esbozando una mueca que Felipe no podía ver.

—Emma querida, de eso vivimos, debes atenderlo bien. Ese catering le costó una fortuna, sé simpática —se rio el hermano.

—Tranquilo, lo atenderé bien, después te llamo, besos. —Y dándose vuelta entró en la suite.

Javier, después de descansar un rato y haberse dado una espléndida ducha sacó otro traje que había traído, dejándolo arriba de la cama. Apenas con un bóxer y descalzo abrió el gran ventanal y, saliendo apoyó sus manos sobre las rejas del balcón, sumido en los mismos pensamientos de siempre. «Que estarás haciendo mi niña» murmuró para sí mismo.

Se quedó unos minutos en esa posición, para volver al dormitorio y comenzar a vestirse. Un traje negro, camisa blanca, corbata negra y su perfume hacían de él, el deleite de los ojos de toda mujer que lo mirara. Ya a punto de salir, revisó su billetera y la chequera pues debía terminar de abonar ese maldito catering. Si no fuera por eso, jamás volvería a este país. Un golpe en la puerta de su habitación lo alertó y, lentamente recorrió los metros hacia ella abriéndola. Los gestos de su rostro por segundos se congelaron, la mujer que se encontraba frente a él había sido su gran amor.

—¿Qué haces acá? —Solo atinó a preguntar.

—Hola Patricia ¿cómo estás? Deberías haber preguntado —dijo la mujer enfundada en un precioso vestido color marfil.

—¿Me estás cargando? ¡Hazme un favor y aléjate de mí! —Javier intentó

cerrar la puerta, pero ella consiguió entrar. Se acercó mimosa y le pasó los dedos por su espléndido cuerpo, comenzando por los hombros y terminando en las caderas. Se aproximó y le susurró:

—Perdón.

—No te amo más, no entiendo a qué has venido.

—Me dijeron que acá estabas y vine a pedirte perdón. Fui una tonta, nene te amo —afirmó pasando los brazos por su cintura y apoyando su cara en su torso.

Javier se quedó pensativo, quieto sin abrazarla, esa mujer fue la primera que había amado aún siendo un crío. Cuando se enteró que lo engañó con un amigo le había roto el corazón. Luego a los años conoció a Emma una niña tan distinta a ella, siempre de jean y zapatilla, una criatura única, que vivía trabajando junto a su familia y quien creía en los duendes, se sonrió recordándola y se alejó de Patricia rápidamente y esta lo miró.

—¿Amas a alguien más? —Quiso saber ella, Javier se había puesto de espaldas ignorándola.

—No te incumbe te perdono, pero ya no te amo —respondió él serio.

—No me desprecies, me equivoqué dame otra oportunidad, por favor —le pidió abrazándolo desde atrás.

—Tengo que salir, cuando vuelva me iré y tú debes hacer lo mismo.

—Permite que te acompañe a ese catering, y luego volvemos a España los dos.

—Él se dio vuelta y la observó.

—Si lo deseas puedes venir al evento, pero después volveremos cada cual por su lado.

Ella aceptó y ambos salieron por la puerta. De camino a los ascensores, Patricia quiso tomarlo del brazo y él se negó.

—Que vengas conmigo es una cosa, ya no somos nada, ni amigos, ni amantes ni nada, así que hazme el favor de no tocarme —proclamó enojado.

Emma justo que salía de su habitación apurada, y observó a una pareja que subía al ascensor aparentemente discutiendo, apuró su paso pero no alcanzó a llegar. Maldijo por lo bajo apretando el botón del ascensor de al lado. Javier miró su reloj y caminando rápido sin esperar a su acompañante salió del hotel,

su chófer ya lo esperaba con el motor en marcha, ni tuvo la gentileza de abrirle la puerta a Patricia y el chófer solo mirarlo se percató de su enojo.

—Su padre me dijo que lo llamará, no pudo comunicarse con usted señor — manifestó el chófer observándolo por el espejo.

—Gracias. Ya lo llamo.

—Hola papá me estoy dirigiendo al catering, ¿todo bien?

—Sí, mi niño, solo quería saber si estabas bien, ¿la viste a Patricia? —Javier miro de reojo a su acompañante.

—Por desgracia sí.

—Por favor, no la trates mal sabes que el padre es... —Javier no lo dejó terminar de hablar.

—Tranquilo papá lo sé, después te llamo —pronunció antes de cortar la llamada.

Con la llegada de Patricia el mal humor de Javier había regresado y, a pesar de saber que su padre era un inversionista importante en su empresa, no podía olvidarse del dolor que ella le había causado con su traición. Sabía que esa noche debía poner su mejor cara, inversionistas de dos países se encontrarían en el evento. Ordenó detener el auto en un kiosco, donde el chófer se bajó a comprar unos cigarrillos, desde su vuelta a España había comenzado a fumar. Cuando el auto se detuvo frente al inmenso y bello salón, Patricia y él bajaron. Javier se acomodó el saco, las mangas de su camisa, tocó con los dedos los gemelos recordando a su madre y suspiró. Luego le dio unas indicaciones al chófer y se acercó a Patricia, que lo observaba ya en la puerta.

—Ya sabes tú y yo no somos nada —repitió, sin apenas mirarla.

—Como tú digas, ¿entramos? —propuso ella dócil, aunque de dócil no tenía nada, había viajado más de diez mil kilómetros para reconquistarlo y lo seguiría intentando.

Emma llegó en un taxi, al bajar miro a la pareja que se encontraban de espaldas y se notaba estaban enojados. Era la misma que vio en el hotel, y supuso que sería un empresario, pero como iba con el tiempo justo entró casi corriendo, sin prestarle demasiado atención. Saludó con un movimiento de cabeza a la gente que iba llegando y entró a la cocina, la cual se encontraba al fondo y, gracias a sus vidrios polarizados podía observar todo el salón sin que

ellos la vieran. Fue directa a las heladeras a controlar las copas heladas, ella era una chica de una ciudad pequeña y como toda esa gente era cordial, sencilla y amigable, enseguida se llevó bien con todas las empleadas. Sabía ordenar sin ofender.

—Quiero verlas a todas en fila por favor —pidió observándolas. Todas obedecieron parándose frente a ella—. Vos, por favor ve a sacarte un poco de maquillaje —ordenó a una que sus labios eran rojo sangre—. La atención debe ser excelente, no dejen de servirles a todos lo que necesiten, lo que pidan. ¿Me escucharon? —Todas asintieron con sus cabezas, tocándose el pelo y sus ropas—. Ahora tomen sus bandejas y con una sonrisa enorme, comiencen a servir el champán, quiero ver todas las copas llenas, vamos, ¡vamos! —Las instó y todas salieron al salón bandeja en mano, mientras ella arreglaba las de los deliciosos canapés.

Javier entró seguido por Patricia, que se pegaba a su cuerpo como una garrapata y maldijo mil veces a ver viajado a ese país. Observó atentamente el lugar y le gustó lo que veía, todo ordenado con buen gusto y sobriedad. Una chica se acercó y bandeja en mano les ofreció una copa de champán frío, el tomó la copa entre sus dedos, mientras la bonita mujer lo saludaba.

—Dhiagho catering les da la bienvenida —dijo, extendiéndole una pequeña tarjeta de color dorado, con pocas palabras y la imagen risueña de un duende en color brillante.

*“La excelencia nos distingue,
los desafíos nos motivan
y la exigencia nos lidera”*



Servicios Empresariales
DHIAGHO

—Gracias —apenas pronunció él con la mirada fija en esa pequeña tarjeta.

Javier se quedó con los pies pegados al piso, cuando terminó de releer dos

veces y observar el duende en ella, creyó que la vista le estaba jugando una mala pasada, fue tal la sorpresa, que las facciones de su rostro se alteraron y hasta sintió la falta de aire, la chica antes de retirarse lo miró.

—¿Se siente bien? ¿Necesita algo? —averiguó preocupada, mientras Patricia lo instaba a salir a tomar aire fresco.

Al salir del salón dejó que sus pulmones se llenaran de aire frío y, descansó su cuerpo en un auto estacionado, luego nervioso prendió un cigarro y sin desearlo sus ojos subieron a lo alto del frente del salón. Y su mirada se quedó perdida en ese cartel luminoso.

Catering empresarial DHIAGHO

—¿Estás bien Javier? —Patricia lo miraba afligida.

—Sí, solo me llamó la atención la figura del duende en la tarjeta —respondió serio—. Entra, por favor déjame solo un segundo —le pidió, y ella confundida obedeció.

Javier posó sus brazos sobre el auto dándose vuelta y con una mano se tomó la frente. «No puede estar pasando, ¿es de ella este salón? ¿Es una casualidad? ¡Dios, no me hagas esto!» pensó. Luego de unos minutos terminó su cigarro y acomodándose las mangas de su camisa, ingresó al salón. Su curiosidad pudo más que él y viendo cómo Patricia conversaba animadamente con otra mujer comenzó a recorrer todo el espacio. En cada mesa observaba tarjetas con la imagen impresa del duende y, sobre un rincón, un duende de un metro de alto lo habían transformado en una bella fuente de agua. No comprendía nada, los recuerdos de esos meses junto a Emma se hicieron presente y deseó desesperadamente volverla a tener entre sus brazos. Besarla y amarla como lo hizo. Ya había tomado cuatro copas de champan y seguía tomando. Después de saludar a muchos empresarios observó por dónde entraban las mozas y lentamente, se aproximó al lugar. Cuando se encontró frente a los inmensos vidrios intentó ver en su interior, sin poder lograrlo.

Emma tras los vidrios no le alcanzaban las manos para llenar las bandejas que las chicas ponían frente ella.

—¿Alguien conoce al dueño de la empresa que nos contrató? —preguntó

Emma con la vista fija en los canapés.

—No señorita, seguro que es un hombre de ochenta años y mal carácter — soltó una de las empleadas, y todas rieron incluso ella.

—No griten que nos pueden escuchar —las retó haciéndolas callar—. Rápido vayan a servir y preparen más bandejas.

Cuando todas salieron con las bandejas llenas, Emma que se encontraba cerca de los vidrios levantó la mirada encontrándose con un hombre tratando de observar dentro de la cocina. Un frío helado recorrió su columna vertebral y, se llevó una mano a la boca ahogando un grito que ansiaba salir de su garganta. Ella sabía que no se podía ver hacia adentro aun así retrocedió unos pasos.

—Javier —susurró y tomando coraje se acercó al vidrio.

Se notaba distinto, lo examinó de arriba abajo y realmente era otra persona, el traje, la corbata el cabello bien corto, su porte... pensó que quizá era su hermano. Decidió llamar a Felipe, al ver que Javier se retiraba y se acercaba hablar con un hombre mayor.

—Hola Felipe.

—Emma, ¿pasó algo?

—¡No lo vas a creer! Javier está en el catering. ¿Él tiene un hermano? — preguntó nerviosa Emma.

—No que yo sepa, si lo tiene nunca lo nombró.

—¡Dios! Estoy en la cocina, no quiero salir. —El hermano arrugó su frente.

—Nena, debes salir para hablar con la gente y con la persona que nos contrató. Debe darte un cheque con el resto del dinero, ya sabes la cantidad. Además es una buena oportunidad para darnos mejor a conocer.

—¡No quiero verlo, vos tendrías que estar acá! —le gritó enojada y, observó como una mujer muy bonita se arrimaba a Javier hablándole y arreglándole la corbata, mirándolo a los ojos.

—Emma, por favor ve hablar y cobra el puto dinero que nos deben, olvídate de él —ordenó Felipe enojado.

La ira de ver cómo esa mujer lo tocaba le puso los pelos de punta, las manos comenzaron a sudarle y un dolor de cabeza junto a un mal humor se adueñaron de ella. No podía creer verlo ahí y con novia, ella que lo lloraba en el silencio

de su habitación todas las noches y él, ya se había olvidado de todo lo vivido. Maldijo al tiempo que se pasaba las manos por el pelo.

Javier ya se estaba asqueando de que Patricia lo siguiera como un perro faldero y, luego que terminará de arreglar su corbata, así se lo hizo saber.

—Necesito que te alejes de mi lado. Te lo pido de buena manera —susurró Javier inclinándose sobre su oído. Ella lo observó enfadada y haciendo un mohín se alejó para seguir conversando con una mujer.

Una moza se aproximó sonriéndole con una bandeja invitándole a un canapé. Él la miró serio y con las manos en los bolsillos, recorrió con una mirada los mismos. Luego levantó los ojos dedicándole una hermosa sonrisa, la primera de la noche y la pobre chica se mojó. «¡Qué hombre, por Dios!» pensó ella al ver que él la seguía mirando.

—¿Un canapé? ¿O prefiere una copa de champan? —preguntó la muchacha sonrojada.

—¿De qué gustos son estos? —averiguo el intimidándola con esos ojos negros como la noche.

—Estos son de hongos rellenos de salmón y queso de cabra, estos de filete en salsa de tres chiles, rollitos de salmón ahumado rellenos de mariscos y estos de cebollín y caviar —recetó la chica, bajo la divertida mirada de Javier.

—Tomaré este de cebollín y caviar—. La chica se quedó embobada mirando cómo se lo comía de un bocado sin dejar de observarla—. ¿Me podrás traer una copa de chamáan, si no es molestia?

Mientras ella se retiraba sonriente por haberle robado una sonrisa, él maldijo ese momento.

«Este lugar es de ellos, podría reconocer entre miles los canapés de mi niña. Solo espero no encontrármela» meditó, ya quería pagar el resto de la factura y retirarse. Caminó saludando a varios empresarios y luego se detuvo en una gran mesa dulce. La examinó y reconoció las delicias de Emma: tartaletas de crema pastelera y frutos rojos, mousse de dulce de leche e higos, trufas de chocolate y brandy, brochetas de frutas con vainilla, canela y miel... Cada uno le traían un recuerdo de aquellos dulces momentos junto a su amada. Y para terminar de ponerse nervioso observo la tarta de queso. La chica frente a él le

hablaba, pero era incapaz de responder, sus sentidos se encontraban anulados por los recuerdos. A paso rápido entró al baño de caballeros. Luego de mojarse la cara y respirar profundamente, un hombre mayor entró y al segundo lo reconoció pues era un amigo de su padre, además de fundador de otra empresa líder en Brasil.

—¡Javier! —lo saludó el hombre observándolo.

—Hola Martínez ¿cómo le va? Qué alegría verlo —mintió, ya que en ese momento no quería ver a nadie o más bien no podía si quería arreglar el maremoto que acababa de sufrir, tan solo hacía unos instantes.

—Qué gusto verte, José me contó que estabas trabajando con él. ¡No sabes lo contento que está! Mírate, te has convertido en un gran empresario —adujo tocando su hombro—. ¿Ya pasó ese sueño loco por la música? —Javier afirmó con la cabeza y tras un apretón de manos, se retiró.

Sentía por ese hombre un cierto resentimiento al enterarse que había dejado a la familia por una mujer que podría ser su hija. Cuando salió, deseó correr de ese lugar y terminar con toda la farsa que debía representar ante todos, solo pensaba en llegar al hotel y volver a su país. Una música suave acompañaba el ambiente del salón. Javier llamó a la moza que lo había atendido y le preguntó.

—¿Podrías llamar al dueño? Necesito hablar con él.

—Enseguida la llamo. —Y al comprobar que era una mujer ya no cabía duda de que era ella, su niña. Tragó saliva y volvió a tomar de su copa.

La chica entró en la cocina y encontró a Emma blanca como un papel, dos chicas le decían que se retirara al hotel que ellas arreglarían todo, pero ella debía hablar con el hombre que la contrató y se negó.

—Emma, hay un hombre que desea hablar contigo —le dijo y esta la miró.

—¿Será el que encargó el catering? —preguntó una de las compañeras que estaban por allí.

—¡No sé, pero es un bombón! Español y muy joven.

Todas miraron a través de los vidrios y la moza lo señaló. Emma abrió su boca y se tomó la frente con una mano, ni loca hablaría con él antes muerta. Comenzó a idear un plan para obviar su presencia, observó a todas las chicas

y su mirada se detuvo en una.

—Ven —dijo señalándola y, la chica tuvo temor de haber hecho algo mal—, ven acá —insistió. Cuando la tuvo enfrente dio una vuelta a su alrededor y le comentó—: Por cinco minutos, vos serás la dueña del lugar. Gabriela, por favor, necesito que hables tú con él, yo no puedo.

—Señora, no puedo hacer eso, solo soy una camarera y se dará cuenta —replicó la muchacha con la cara blanca como la pared.

—Por favor, Gaby —suplicó Emma— necesito que lo hagas porque no quiero hablar con él, ni hoy ni nunca más en mi vida. —Dicho esto, le hizo un resumen rápido de su historia para que la joven cediera al favor que le estaba pidiendo. La chica, al escuchar su triste relato aceptó de inmediato.

—¿Decime qué hay que hacer? ¡Ese es un desgraciado!

—¿Y si le ensuciamos el traje? —opinó otra y las demás sonrieron.

—Yo quisiera matarlo —acotó Emma. Todas comenzaron a hablar y ella levantó la mano haciéndolas callar—, pero no haremos nada de eso. Sal ahí y averigua qué quiere. Después le dices que estás buscando al organizador del catering, y en voz alta les diriges unas palabras a todos comentando que esperas que lo hayan pasado bien. El que nos contrató tiene que darte un cheque, lo coges, le agradeces y vuelves acá.

—Déjalo por mi cuenta. —Emma risueña la miró.

—Ojo, todo con educación, ¿entiendes? —preguntó al verla envalentonada.

A los diez minutos, Javier levantó su copa al aire haciendo callar el murmullo existente. Todos lo miraron, mientras Emma le prestaba ropa a la chica para que saliera a hablar bien vestida, esta salió y se quedó parada a un costado, mientras él se dirigía a los presentes y todas las mozas y su niña observaban a través de los vidrios comiéndose las uñas.

—Muchos ya me conocen de crio —comenzó diciendo Javier y algunos sonrieron—, para los que no saben quién soy les informo que soy Javier Sánchez González, el hijo de José Luis Sánchez González. En nombre de mi padre agradezco su presencia en este hermoso país —comentó y a Emma se le cayó el alma a los pies. Sintió que les había mentido, eso le provocó tanta ira que deseó salir y abofetearlo. Difícilmente pudo continuar escuchando el discurso que estaba dando Javier sobre su empresa y el trabajo que se hacía, dándoles a todos las gracias por asistir a ese pequeño evento.

Gaby esperaba ansiosa para hablar con ese hombre. Cuando vio que terminaron los saludos y felicitaciones pidió la palabra y todas las miradas se centraron en ella, especialmente los ojos de Javier.

—Buenas noches, Servicios empresariales Dhiagho les agradece su presencia y como dueña del servicio espero que todo haya sido de su agrado —dijo Gaby viendo cómo Javier con algunas copas de más iba acercándose a ella, achinando sus bonitos ojos.

Javier se paró frente a ella examinándola de arriba abajo y ella quiso morir sin saber qué decir, él la vio dudar e inclinándose a su altura, sin decir una sola palabra olió su cuello. Luego se enderezó sonriendo con una media sonrisa irónica. Ella no tenía el aroma de su niña.

—Ve, y dile a la verdadera dueña que salga —le ordenó. Gaby tragó saliva.

—¿A quién? —preguntó tratando de ganar tiempo.

—No quiero hacer un escándalo —adujo Javier en voz baja, la chica se movió nerviosa y sin quererlo miró hacia la cocina, él también lo hizo.

—No sé a qué se refiere señor.

—Bueno a ver, dime quién es Dhiagho. —Gaby se sintió aliviada y respondió sonriente.

—Es un duende, ¿algo más? —interrogó.

—¿Dónde habita ese duende? —Gaby se quedó muda, la mirada de Javier era de temer. Se dio vuelta sin saber qué responder y antes de irse, él gritó a su espalda.

—Dile a Emma que venga a buscar su cheque o me voy sin pagar.

Gaby entro casi corriendo a la cocina donde la dueña la esperaba inquieta. Apenas la vio se acercó.

—¿Qué te dijo?

—Se dio cuenta, me dijo que si no sale no le paga.

—¡Maldición, no quiero verlo! —Se sobó las manos varias veces, mientras observaba como él en el salón, despedía a la gente.

—No la dejaremos sola —expresó una de las chicas.

—No, deben irse, ya es muy tarde —comentó Emma abonándoles su trabajo.

—Pero ¿si le hace daño? ¿No quiere que llamemos a la policía? —Quiso saber otra.

—No gracias. Escuchen, una de ustedes lo llama a un costado para distraerlo y

le da estas tarjetas de publicidad, cuando él se distraiga abren la puerta y salen todas juntas, pensará que yo también salí y se irá.

—¿Usted cree? ¿Y el dinero que debe pagarle? —preguntó otra.

—Aunque mi hermano me va a matar, no lo quiero, que se lo guarde.

Y así se hizo, mientras una le entregaba unas tarjetas con el nombre del salón, todas se juntaron en la puerta, saliendo en un segundo. Desconcertado por ese movimiento, se vio solo en el gran salón. Al segundo apareció Patricia que estaba en el baño y lo instó a irse.

Javier salió pensando qué hacer y apenas divisó, un taxi lo paró. Ante la mirada sorprendida de ella.

—Sube y espérame en el hotel, seguramente te hospedas en el mío ¿no? —Ella asintió—. En media hora voy.

Cuando observó que el taxi partía, apoyó su espalda en la puerta del salón y sacando un cigarro lo prendió, se sonrió y tomando su celular entre sus dedos marcó. Como no respondían dejó un mensaje:

—Te estoy esperando afuera, sal.

Paso media hora y nada. Otra vez marcó y dejó un nuevo mensaje.

—¿Te vas a quedar a vivir ahí? —Cerró el móvil y dándose vuelta, apoyó las manos sobre los vidrios y sonrió sabiendo que ella lo estaría mirando.

—¡Mierda, mierda, mierda! —gritaba Emma dentro de la cocina, sacudiendo los brazos y caminando como una presa por el espacio. No sabía qué hacer, pero debía salir de ahí de algún modo. Y entonces se le ocurrió algo.

Tomó su celular y llamó a la policía.

—Hay un hombre afuera de mi salón y parece peligroso —explicó dando la dirección.

—¿Usted lo conoce? —averiguó la policía.

—No, no sé quién es, debo irme y me da miedo salir —mintió.

—Quédese ahí, no salga ya envió un móvil —le pidió una mujer. Emma sonrió con picardía y esperó, mirando a través de los vidrios. Al ver a Javier que

seguía parado esperándola, se rio.

A los cinco minutos, la sirena de dos patrulleros se hizo sentir parándose en la calle frente al salón. Dos agentes se bajaron y el restante se quedó observando. Emma vio cómo se acercaron a Javier pidiéndole los documentos. Se meaba de risa al ver su cara de sorpresa y, observó cómo hundiendo la mano en su saco sacaba los documentos, mostrándolos.

—¿Algún problema, agente? —indagó mirándolos.

—Sí, señor. Hay una señorita que nos llamó de adentro del local. —Javier movió su cabeza en señal de reproche burlesco y los agentes lo miraron mal.

—¿De qué se ríe? ¿Usted conoce a la señorita? —averiguó el que estaba a su lado, a la vez que los restantes agentes se acercaban.

—Claro que sí, es mi novia y hemos peleado —respondió y todos se miraron.

—Averiguaremos sus antecedentes, no se mueva de acá —ordenó otro tomando su documento y entrando en uno de los patrulleros. El agente que se encontraba cerca de él, quiso saber más.

—¿Como sé que es verdad que es su novia? Ella dice que no lo conoce.

Javier sacó su celular y mostrando el número de ella, lo puso frente al agente.

—Si lo desea llámela —afirmó el galleguito confiado.

—Está todo bien —asintió de vuelta un agente, devolviéndole los documentos.

—Deja que la llame y terminamos con esto —exclamó otro ya cansado.

—Está bien llámela y deme el teléfono que hablaré con ella —ordenó el primero.

Emma dentro del salón ya no se reía, veía como Javier hablaba con los agentes y presintió que el chiste le saldría caro. Apenas marco el número de ella se lo entregó al agente. Emma tomó su celular entre sus dedos y dudando al ver al policía teléfono en mano, atendió con recelo.

—¿Hola quién es?

—¡Señorita es la policía, por favor salga estamos afuera!

CAPÍTULO 7

Emma se quedó pasmada, en qué lío se había metido, mientras se arreglaba la ropa, vio como Javier se sonreía y quiso matarlo. Acercándose a la pesada y gran puerta abrió, frente a ella había cuatro agentes mirándola con odio y él, ese muchacho que hacía meses extrañaba y parecía otro, se sonreía de costado provocándola.

—¿Sí, pasa algo? —respondió tratando de hacerse la sorprendida.

—¿Señorita usted nos llamó y resulta ser que este hombre es su novio? —Ella abrió grandes sus ojos y salió encolerizada de rabia, enfrentándolos.

—¡Están locos, él no es nada mío! —exclamó.

—¿Y cómo se explica que él tenga su número de teléfono y él termina de decirnos que contrató su catering? ¿Eso es verdad? —preguntó un agente.

Emma observaba la manera en la que Javier se mofaba de ella sonriendo, sin pensarlo comenzó una discusión que dejó pasmados a los policía, haciéndolos enojar más de lo que ya estaban.

—¡Sos un idiota, mira el momento que me haces pasar! —gritó ella, él se acercó tratando de tomar su mano y ella se alejó.

—Yo no hice nada, tú —dijo señalándola con el dedo índice— llamaste a la policía. ¿Por qué no respondiste el correo? —preguntó Javier alzando la voz.

—¿Y vos por qué no respondiste las llamadas de Felipe? ¡Claro, porque ya tenías otra! La que te acompañó esta noche.

—Ella no es nada mío. Yo leí los mensajes que te envió tu Pablo. —Emma abrió grandes sus ojos—. Sí, no me mires así, le decías que estabas confundida.

—¿Cómo pudiste tomar mi celular? —inquirió elevando la voz muy disgustada.

—Bueno porque —tartamudeó él—, lo vi ahí y me tenté, ¿por qué mierda le dijiste eso?

—Porque en verdad lo estaba. —Javier apretó los dientes sin dejar de observarla.

—¿Lo estabas? ¿Y ahora qué?

Los policías se miraron mostrando su enojo y uno levantó la mano haciéndolos callar.

—¡Basta! Señorita, ¿usted piensa que no tenemos otra cosa más importante que hacer qué asistir a una pelea de enamorados?

—Él no es nada mío, lo fue en su momento, ¡pero ya no! —Javier iba abrir su boca, pero la mirada dura de los agentes lo hicieron callar.

—Entren adentro y arreglen sus asuntos, sin gritar en la calle —ordenó un agente, harto de presenciar esa pelea.

—Yo no tengo nada que hablar con este hombre —vociferó ella.

—¡Mi niña, no te enojas entremos! —le pidió Javier.

—¡Yo no soy tu niña! ¡Ni nada! —Seguía gritando ella. Un agente el más alto se paró frente a ella.

—¿No quiere entrar? ¡A la comisaria los dos, ya me hartaron! —Javier al ver que el juego se les fue de las manos, la instó con la mirada a entrar.

Emma abrió enojada la puerta del salón, mientras la policía se iba maldiciendo por el tiempo perdido.

—Guardo unas cosas y me voy. Te advierto que vos y yo no tenemos nada que ver, ni hoy ni nunca más —gritó Emma caminado rápido y entrando en la cocina. Javier la siguió callado y sacándose el saco, se desprendió los gemelos y se arremangó la camisa. Ella lo miraba de reojo a la vez que guardaba una tarta de limón en el frízer.

—Hasta que no me des de cenar, de acá no me muevo —pronunció él sentándose cómodamente, ella se dio vuelta increpándolo furiosa.

—¿Me estás cargando? Yo no soy tu cocinera, ve a un resto si deseas cenar, ¡la cocina se cerró!

—Yo pagué por un servicio y quiero cenar. —Emma levantó las manos indignada y luego se aproximó a él.

—¡Vos aún debes! —Él riendo, sacó un cheque de su billetera depositándolo sobre la mesa.

—Ahí tienes —ella observó que el cheque se encontraba en blanco y firmado —, ponle los ceros que deseas —declaró con arrogancia—, y luego, mi niña hermosa ¿me das de cenar? —dijo el galleguito guiñándole un ojo.

—Vos a mí no me compras ni con diez cheques, ¿escuchaste?

—¡Basta! ¡Se terminó el juego, quiero cenar! —gritó Javier serio y a ella se le

terminó la paciencia, pero sonrió y él creyó que todo había pasado. Emma fue hasta el frízer y saco la tarta de limón que él amaba. Javier ya lo degustaba con la vista, apoyando los codos en la mesa, ella se acercó lentamente a él y en un segundo lo estampó en su cara. Javier comenzó a escupir el postre, levantándose y tratando con sus dedos de retirar los restos de su rostro. Emma luego de cansarse de reír fue retrocediendo quedando su cuerpo contra la pared, observó su mirada asesina y tuvo temor. Javier se veía muy enfadado, respiraba fuerte y arrugaba su frente, se paró y tomando un repasador limpió su cara, muy lentamente sin dejar de mirarla. Luego se desbrochó la camisa, quedando con el torso desnudo. Emma se tapó la boca con una mano y sus ojos se depositaron en él. Sintió toda la sangre de su cuerpo en ebullición, como tiempo atrás y lo deseó más que antes. Javier siguió sacándose la ropa, los pantalones siguieron a la camisa y los zapatos. Emma no podía creer lo que sus ojos veían, su cuerpo había cambiado, lo decían los músculos de sus brazos, sus piernas, se notaba el torso más duro y las abdominales marcadas delataban que estaba mucho más hermoso que meses atrás, todo él era ejemplar masculino digno de admirar y de devorar.

Javier luego de sacarse toda la crema de la cara, de tres zancadas se acercó a ella. Solo mirándola sin tocarla, mientras ella con esa mirada sentía su sexo húmedo, él se inclinó apoyando la nariz sobre su cuello, deleitándose como siempre hizo con la delicada fragancia de su perfume de canela, vainilla y miel. Sus labios comenzaron a pasearse por su cuello, mientras su lengua recorría cada centímetro, apoyó las manos en la pared para no tocarla y, su lengua ardiente se detuvo en el lóbulo de su oreja, jugueteando en ella, la mordisqueó con suavidad haciéndola temblar de calentura. Emma sintió escalofríos y un fuego ardiente en todo su cuerpo, a la vez que su razón gritaba peligro, pero ya era tarde, todos sus sentidos se nublaron y su sexo reclamaba al hombre que tenía frente a ella, el mismo que un día la dejó.

—No te voy a tocar hasta que digas las dos palabras que deseo escuchar —susurró Javier sobre sus labios. Emma que mantenía los ojos cerrados los abrió despacio y le sonrió—. ¡Dilo! —ordenó. Hace meses me lo negaste. ¡Dilo mi niña! —suplicó pasando la lengua ardiente por sus labios, que se abrían y entregaban a sus deseos.

—¡Por favor, tómame! —Solo atinó a murmurar Emma, envuelta en delirio de la exaltación que sus labios le provocaban.

—¡No! ¡Di las palabras mágicas y te prometo que este gallego te cojerá como nadie lo hizo ni lo hará!

Los dos sentían pinchazos en sus partes íntimas y la necesidad de amarse era difícil de controlar. Ella sabía muy bien las palabras que él necesitaba escuchar de sus labios, solo deseaba hacerlo sufrir un poco más. Sorpresivamente el galleguito tomó la mano de ella y la posó sobre su bulto, el cual se encontraba hinchado y listo para la acción. Emma, presa de la lujuria lo masajeó y luego de bajarle el bóxer, en un acto de desesperación y sin vergüenza, se hincó de rodillas frente a él. Tomándolo con una mano lo depositó en su boca que lo esperaba ansiosa, mientras la otra mano paseaba por sus testículos, volviéndolo loco de deseo. Se lo hundía en la boca y lo sacaba disfrutándolo. Los labios de ella absorbieron su glande sin piedad. Javier encorbaba su espalda musitando palabras sucias, muy sucias. Y cuando sintió la necesidad de vaciarse gritó.

—Bébelo mi niña —susurró excitado de tanta pasión—. Bébelo como el tequila, de golpe y hasta el fondo...

La calentura del cuerpo de ambos sobrepasaba el límite de lo normal. Ella absorbió su glande tragando hasta la última gota de su semen caliente, el cual se desparramó muy lentamente por su garganta como lava ardiente. Javier tratando de reponerse y aún agitado, con sus manos la levantó de los hombros con dulzura, apoyándola nuevamente contra la pared, se inclinó hacia ella y sobre sus labios insistió:

—Dime lo que este gallego quiere escuchar. ¡Hazlo! —ordenó tomándole el rostro entre sus manos, y apoyando su frente sobre la de ella. Emma lo miró y las yemas de sus dedos acariciaron el rostro Javier sin dejar de mirarlo.

—¡Te amo! ¡Te amo! —expresó Emma depositando sus labios sobre los de él—. Cuando te fuiste me maldecí por no habértelo dicho, sos mi amigo, mi compañero, mi amante, ¡mi todo! No vuelvas a dejarme, porque si lo haces moriré de amor. Pidió Emma con lágrimas en los ojos.

El cerró los suyos, sintiendo que por fin ella decía lo que sus oídos suplicaban escuchar y mordiéndole el labio inferior tiernamente, secó con la yema de sus dedos una lágrima de su rostro.

—Eso jamás pasará. Mírame mi niña —ordenó Javier, ella que había bajado la mirada lo observó—. ¿Vamos a mi hotel? —Ella asintió con la cabeza y

luego de que él se vistiera y llamará al chófer, Emma cerró el salón y se marcharon juntos.

Apenas poner un pie en gran y lujoso hotel vieron a Patricia esperándolo, Emma quiso apartarse de Javier que la abrazaba y él al ver su reacción, la sujetó con más fuerza de la cintura, para que no lo hiciera. Bajó la mirada y se inclinó para susurrarle con voz tierna:

—Ella no significa nada, te amo —dijo parándose y besándola en los labios.

Patricia como si el viento la llevara, llegó rauda a su lado y le gritó delante de media docena de personas que circulaban por el hotel, Javier tomó de la mano a Emma poniéndola tras suyo, sin dejar de mirar a la atacante que se encontraba enfurecida.

—¿Quién es está chirusa? ¿Ella es la razón de tu desprecio hacia mí? — averiguó poniendo las manos en su cintura. Javier se sonrió con esa sonrisa tan bella que tenía de costado.

—Por favor, ya te dije que yo no soy nada tuyo, déjame pasar. ¿A qué vienen estos reproches? No hagas una escena, ella es mi novia, déjame pasar y no grites —le comentó. Emma quiso salir de atrás de su cuerpo y Javier se lo impidió.

—¿Sabe tu padre con quién sales? —gritó Patricia despechada y tratando de provocar la reacción de la que se escondía a su espalda. Emma al escuchar esas palabras abrió sus ojos muy grandes. Javier pegó tal grito, que todos se dieron vuelta observándolos.

—¡Basta! Déjame en paz, ¿no te fue suficiente lastimarme con engaños, así dices quererme? Aléjate para siempre de mi lado —sentenció, y tomando a Emma de una mano se encaminaron hacia los ascensores. Apenas entrar él quiso abrazarla y ella se corrió de su lado, sería—. No debes tener celos de esa, no significa nada para mí, ella es mi pasado.

Emma no respondió y apenas paró el ascensor fue directamente a su habitación, cuando iba a poner la tarjeta en la puerta Javier tomó su brazo.

—Mira lo que es la casualidad, yo estoy en la habitación de al lado.

—¿Quién sos? ¿Quién es tu padre? —Quiso saber ella sería y él supo que era hora de dar las explicaciones de sus mentiras.

—Ven a mi habitación y te explicaré todo.

—¡No! Dilo ahora —pidió Emma achinando sus ojos enojada—. Me has mentado, no has sido sincero conmigo, yo te abrí las puertas de mi hogar ¿y vos que hiciste? —adujo apoyando su dedo índice sobre su torso.

—No es así, yo amo a tu familia, créeme —suplicó. Y por miedo a que ella no lo dejara explicarse tomó la tarjeta de su mano y, abrió la puerta de la habitación obligándola a entrar.

—¿Qué haces? Yo no di mi permiso de que entres —comentó Emma enojada.

—Me escucharás y luego, si lo deseas, me retiro y no me verás nunca más.

Emma se sentó en un sillón, cruzada de brazos mirándolo, mientras él se sacaba el saco y arremangaba las mangas de su camisa caminando por el espacio, sin dejar de observarla.

—No quise decir quién era, porque no me gusta decir lo que mi familia tiene —comenzó a explicarle, Emma lo escuchaba atenta haciendo un mohín—. Mi padre es un exitoso empresario español además de muy conocido por ser el dueño de varias multinacionales. —Ella no podía dejar de pensar cuando lo conoció: jean gastado y guitarra al hombro, un chico común como cualquiera y ahora resultaba ser hijo de un ricachón—. Emma, mi niña eso no tiene nada que ver con lo que hubo entre tú y yo, yo te amo —expresó con dulzura mirándola a los ojos—. Mi sentimiento por ti jamás cambiará, porque aun siendo el hombre más rico de toda la tierra, mi corazón solo late por vos, mi niña —declaró.

—¿Javier por qué no lo dijiste? —inquirió Emma confusa.

—No lo sé, mejor dicho, ahora sí lo sé, pero por favor no me alejes de tu vida

—suplicó extendiendo sus dedos y acariciando su mejilla.

—Yo también te amo. De ahora en más, no quiero que te guardes nada, por favor —le pidió ella, Javier la levantó de la mano abrazándola y hundiendo la nariz en su cuello se deleitó con su perfume—. Te quise engañar con la empleada que envié hablar contigo, pero vi que no lo conseguí —confesó Emma, él volvió sus ojos hacia ella risueño.

—Nadie tiene tu aroma, nadie. Cuando vi a Dhiagho lo comprendí todo —afirmó con rotundidad Javier.

—Mañana tengo que irme —pronunció ella apesandumbra, pasando los brazos por la espalda de él.

—Yo también, ¿y si nos quedamos dos días más? —acotó. La risa de los dos

no se hizo esperar—. Podemos decir que nos reencontramos y que necesitamos amarnos —adujo. Emma se rio sin parecerle mal la idea—.

Esta noche saldremos a divertirnos si te parece, ahora me iré a duchar — expresó Javier inclinándose y mordiéndole suavemente el labio inferior—.

Alguien me ensució todo —terminó de decir con ironía.

—Yo también me ducharé y me cambiaré. —Se dieron un piquito y Javier antes de irse agarró la tarjeta de la habitación.

—Me la llevo así entro solo. —Emma lo vio marcharse y le gritó:

—¡No tardes! —Él se dio vuelta y sonriendo le dijo:

—¡Te amo!

Apenas ella se desnudó para ducharse sintió que la puerta de la habitación se abría y se asustó, se tapó el cuerpo desnudo con apenas una toalla chica, y se asomó a la sala con temor. Frente a ella, Javier había dejado ropa sobre el sillón y rápidamente se desnudaba.

—¿Quieres matarme del susto? —rezongó Emma mirándolo con los ojos llenos de deseos. Al verlo desnudo frente a ella reconoció que jamás lo había deseado tanto como en ese momento, sintió su sexo palpitar y mojarse al segundo.

—¿Cuánto hace que no nos bañamos juntos? —susurró Javier pasando sus brazos por el cuerpo de ella, dejando caer la toalla y comiéndole la boca, al segundo aún besándose, los dos entraron a una ducha donde una cascada de agua caliente los esperaba.

Esos meses que estuvieron separados, los hizo meditar a los dos de lo mucho que se amaban y necesitaban. No importó la mentira de Javier, ni lo que Emma tardó en darse cuenta de lo mucho que lo amaba. Javier puso el tapón en la bañera y está comenzó a llenarse, mientras los dos abrazados se comían la boca con delirio e impaciencia, tratando de recuperar el tiempo perdido. Cuando la bañera se encontraba casi llena apagaron la lluvia y él se recostó, al tiempo que Emma se sentaba frente a él enredando sus piernas a su cintura. Los dedos de ambos acariciaban sus cuerpos sin dejar de mirarse. Los labios de Javier se posaron en el cuello de su amada mordisqueándolo y lamiéndolo sin piedad, y ella sentía que su cuerpo se desarmaba entre sus brazos como un flan. El fuego del pasado los abrazó nuevamente aún con más intensidad.

—Me urge estar dentro de ti —gruñó excitado.

—¿Quién te lo impide? —respondió ella deslizando su mano en el agua y masajeando suavemente su glande.

—Dios como he extrañado esto —dijo Javier abriendo su boca y llenándola con un pezón. Lo lamió, lo exprimió y estrujó con ahinco, tanto que ella tiró la espalda hacia atrás, gimiendo de placer—. ¡Párate! —ordenó entonces, y Emma embriagada de placer obedeció.

El galleguito abrió con sus dedos los labios de su sexo y le dio un lametón que la hizo temblar. Luego mordisqueó su entrepierna para instantes después, llevar su lengua de nuevo al centro de su placer. Jugó deliberadamente en él, mientras las manos de Emma tomaban su pelo, indicando que siguiera ahí, deleitándola. Cuando tomó entre sus labios el clítoris, ella creyó desvanecer. Gimió y apoyó más su sexo sobre la boca de Javier buscando el momento indicado de llegar al clímax, y explotar sobre sus labios. Sin embargo, antes de poder hacerlo, él retiró sus labios riendo con malicia.

—¡No! —gritó Emma enojada.

Javier apoyó las manos en sus caderas exigiéndole que se sentara. Luego, con su dedo índice le indicó que se diera la vuelta y Emma sonriente aceptó, quedando en cuatro patas mientras la garganta de Javier producía sonidos guturales. Javier se arrodilló a su espalda hundiendo el dedo índice en su ano lentamente, Emma arqueó su espalda con un leve temblor. Al ver el cuerpo de la mujer que amaba en esa posición sintió la sangre agolparse en su cabeza, se inclinó besando sus cachas, al tiempo que posaba una mano en su glande preparándolo para un combate cuerpo a cuerpo. Cuando lo sintió duro como una roca, se aproximó a ella haciéndolo jugar frente a su ano, y suspiró.

—¿Lista? —preguntó Javier con voz grave y terriblemente excitado.

—¡Sí! Hazlo —pidió Emma.

Sin decir ni una palabra más, pues entre ellos sobraban, el glande de Javier palpitante se hundió lentamente en el ano. Al llegar al fondo lo dejó quieto, para a los pocos segundos comenzar a mecer sus caderas de atrás para adelante, primero despacio, acaraciándole el clítoris, y luego embistiéndola de tal manera que Emma creyó morir del goce que le producía.

Desbordada de placer sintió que todos sus sentidos se nublaban y gritó, provocando la lujuria necesaria que necesitaba para continuar. Javier boqueaba tratando de buscar el aire que sus pulmones reclaman, mientras sus caderas cobraban vida propia penetránola en profundidad, desbocadamente y sin control. Los dos sudaban bajo el agua ya helada, pero no les importó. Javier siguió arremetiendo con toda la ferocidad que sentía, provocando a su paso los gritos y gemidos de Emma. Tal era el placer que sentía la niña de su corazón, que él no era capaz de frenar, hasta que escuchó de sus labios esas palabras que tanto necesitaba, y que le hicieron tocar el cielo, y con un último aliento buscar el orgasmo. Este llegó como un tsunami arrastrando sus voluntades a su paso, entre espasmos de placer que les nublan la mente. Luego extenuados de tanto placer, Emma recuesta su espalda en el torso de Javier que le pasa sus brazos por la cintura, mientras besa dulcemente su cuello.

—Repíteme ahora mi amor, esas palabras tan hermosas —le pidió con la voz temblorosa.

—Te amo —dijo ella con una sonrisa en los labios.

—¿Se cansó mi niña? —preguntó mimoso.

—No, deseaba más que nada este momento desde hace tiempo —afirmó Emma.

—Yo también, nunca más nos separaremos —aseguró Javier. Emma giró levemente su cara ofreciéndole sus labios, que el tomó con avaricia. Los recorrió con la lengua abriéndose paso en su boca, asaltándola como si no hubiera un mañana—. Sé que será difícil, me comprometí con mi padre a trabajar con él —confesó un poco entristecido, mientras con su mano rozaba con mimo el costado de Emma—. Además, tú tienes tu trabajo y estás muy lejos...

—¿Y tu sueño? ¿Dónde quedó? —Él suspiró profundamente y apoyó su rostro sobre el cuello de ella cerrando sus ojos.

—Quizás algún día lo cumpla —dijo besando su mejilla antes de retomar la conversación—. Ahora mi sueño eres tú, quiero empaparme de tu perfume, luego Dios dirá. Hablaré con mi padre y le contaré todo, viajaré a verte cada diez días —comentó seguro, viendo que ella se limpiaba una lágrima—. Nadie nos separará, a mí también me costará horrores estar lejos de ti, no lo dudes. Ahora mi niña hermosa vístete que tu hombre te sacará a pasear, pensemos solo en esta noche.

Luego de cambiarse salieron abrazados de la habitación deseando poder vivir ese gran amor, sin que nadie interfiera entre ellos.

Javier pidió en el hotel que le recomendaran un resto para ir a cenar fuera del hotel y, amablemente una mujer le indica varios donde ir, así como también unos boliches para ir a tomar algo. La noche se presentaba con un aire primaveral e invitaba a salir y aunque el chófer estaba a su disposición él no quiso. Se manejaría en taxi.

Se decidieron por un resto en Puerto Madero, uno de los más conocidos, después de veinte minutos el taxi los dejó en la puerta, él se apresuró a tomar la mano de Emma para ayudarla a bajar. Emma se había puesto un vestido hasta las rodillas blanco y completamente entallado; Javier llevaba un jean negro con una camisa gris y saco, los dos estaban impecablemente vestidos, antes de entrar la hizo dar una vuelta, sin dejar de observarla y le susurró:

—Tengo a la niña más bella de Argentina. —Ella se acercó a él y poniéndose en punta de pie, respondió:

—Y yo tengo el galleguito más hermoso de toda España.

Se comieron la boca, sin importarles la gente que caminaba por el lugar. Luego sonrieron y Jaiver la tomó de la cintura para entrar por la gran puerta de vidrio.

El lugar era cálido, a media luz y de carácter exclusivo. Las mesas se encontraban vestidas con manteles individuales en color marfil, las sillas en cuero ecológico de color beiche. Javier observaba las paredes apreciando lo que veía.

—¿Viste las paredes? —le preguntó, mientras examinaba la carta.

—Sí, también me gustó, ese toque de ladrillos a la vista barnizados queda hermoso. Y las luces colgadas sobre esa madera lustrada dan un aire muy romántico al lugar.

—¿Qué deseas cenar? —averiguó Javier sin apartar la vista de ella.

—Quiero pastas caseras, no serán como las que hace mi abuela, pero... —Él se largó a reír.

—Encarna, cuanto la quiero —manifestó con añoranza.

—Ella también te quiere, ¿sabes? —Javier prestó atención a sus palabras—.

Nos volvió locos queriendo saber el motivo por el que no habías regresado. Jaiver dejó la carta sobre la mesa y apoyando los codos en la mesa, pasó sus dedos por su mandíbula meditando bien la respuesta que iba a darle a Emma. Sabía que si no escogía las palabras adecuadas le haría mucho daño, sin embargo debía decirle la verdad, eso es lo que su corazón le exigía.

—No volví porque primero una niña a la que amo con todo mi corazón no me quería —comenzó, y Emma arrugó su frente—, y después porque mi madre había fallecido. Recordé que me había pedido que no dejara solo a mi padre —terminó de explicarle. En su voz había restos de pena y melancolía por la pérdida de ese ser tan querido para él.

—Lo siento mucho —afirmó ella estirando su mano a través de la mesa tratando de consolar a ese hombre que parecía a la vez tan fuerte y tan frágil.

—Sí, yo también. Siento rabia conmigo por no haber estado en ese momento —dijo mirando hacia arriba. Tragó saliva y tomó su mano—. Siento que al no estar a su lado le fallé.

—No digas eso, al menos la viste y ella te vio.

—Dejemos el tema... esta noche no quiero hablar de cosas tristes, no es el momento teniendo a la mujer más bella sentada frente a mí.

—A ver, cuéntame ¿qué va a comer mi galleguito? —preguntó Emma asintiendo y con una sonrisa en la cara.

—Carne asada con verduras grilladas —dijo esbozando una sonrisa a la vez que se relamía.

Mientras esperaban la cena degustaron una tabla de fiambre de gran variedad, observándose mutuamente y comprendiendo que lo que hubo entre ellos meses atrás. Lo que compartieron se encontraba más vivo que nunca. Quizás incluso estaban más unidos que antes. Los dos habían madurado y se extrañaron horrores. Ella le contaba diabluras de Flor y que la abuela seguía comprando cosas insólitas por internet y él no podía parar de reír. Javier habló de su padre, confesándole que la muerte de la madre los había unido y aclarado diferencias. Cuando llegó la cena pensaron que no podrían terminar los grandes platos que les servían, pero entre largas charlas y vino fino la noche fue pasando, confesándose todo lo que sentían. Esa noche dejaron de ser un empresario prestigioso y una pastelera famosa, para convertirse en solo dos personas jóvenes que se amaban y apostaban otra vez por un futuro juntos.

Javier se levantó al terminar de cenar, abonó la cuenta y corriéndole la silla,

la tomó de la mano saliendo a caminar. Cada cinco minutos se paraban para besarse como si fueran dos adolescentes. Recordando quizás sus paseos por la hermosa ciudad de Cariló.

—Tengo que hablar con mi hermano y con mi abuela —declaró Emma deteniéndose y apoyando su espalda sobre una baranda que bordeaba el río.

—Hazlo. Te esperaré acá —indicó alejándose unos pasos de ella.

—Hola abuela, ¿todo bien? —Quiso saber Emma mientras veía como el galleguito prendía un cigarro guiñándole un ojo.

—¡Hola mi niña! ¿Qué alegría oír tu voz, ya terminó el catering?

—Sí abuela, todo salió bien. ¿Adivina con quién fui a cenar?

—No se me ocurre nadie, mi niña —replicó Encarna asustada, pues sabía que no tenía conocidos en esa ciudad. El recuerdo funesto de muchos años atrás del viaje de su hija a esa gran ciudad alteró todos sus sentidos. Sintió que le podría pasar algo y se mordió el labio inferior de bronca.

—Con Javier —soltó Emma—. Resulta ser que el padre fue el que contrató el catering, y como él no pudo venir por negocios lo envió —explicó la nieta, y Encarna pudo respirar, sabiendo que no se había equivocado con ese galleguito.

—¡Hay mi niña, eso es una señal! —Emma sonrió y lo miró a él—. ¿Por qué no volvió? ¿Te contó el motivo?

—Sí abuela, ya te contaré, mañana los llamo, ¿dime como está Flor?

—Tranquila, ella está bien, tu pásala bien. —La nieta iba hablar, pero ella no la dejó—. Solo te pido que te cuides, por favor.

—Sí lo haré, un beso para todos —se despidió Emma.

Cuando Javier observó que ella terminaba de hablar, miró su reloj y se paró acercándose a su lado.

—Bueno ve a sentarte y espérame ahí ahora hablaré con mi padre, a esta hora ya debe estar en la empresa —dijo Javier besándola.

CAPÍTULO 8

Emma hacía tiempo que había tomado el habito de fumar, buscó un cigarrillo de su cartera y observando cómo Javier intentaba comunicarse con el padre lo encendió. La cara de él al verla se endureció y acercándose a ella, se lo sacó suavemente de la mano arrojándolo al piso y pisándolo. Esa simple acción despertó el enojo de ella, que se paró y alejándose volvió a encenderse otro.

—Hola papá todo salió bien. Recién terminé de cenar —confirmó sin dejar de mirar a esa niña que lo comenzaba a desafiar.

—Bueno hijo me quedo tranquilo, ¿hoy vuelves?

—De eso quería hablar contigo. Deseo tomarme unos días, cinco días y voy.

—Pero las obligaciones, nos tapan. ¿Paso algo que no sé? —preguntó.

—Sí, papá, pasó algo hermoso, ¡me he encontrado con la mujer de mi vida! —aseguró.

—Nunca me contaste nada, ¿quién es?

—En la casa donde estuve alojado, había una niña de la cual me enamoré perdidamente y, mira lo que son las coincidencias, su familia es la dueña de la empresa del catering que contrataste.

—Increíble mi niño, pero promete que volverás —le pidió con temor.

—Claro que volveré, no lo dudes.

—Está bien y Javier, ten cuidado. —El padre luego de reencontrarse con el hijo, ya no quería estar alejado nunca más.

—Te hablaré todos los días, un beso papá y cuídate tú también —terminó diciendo antes de cortar la comunicación.

Javier guardó el celular en el bolsillo de su pantalón y lentamente se acercó a Emma, que admiraba el río apoyando sus brazos sobre la baranda. Javier apoyó su cuerpo sobre la espalda de Emma e inclinando su rostro aspiró de nuevo su perfume. Nunca se cansaba de ese aroma que tanto le gustaba.

—Creo que tú me enamoraste con la maravillosa fragancia de tu perfume —susurró—. Canela, vainilla y miel. Te amo, mi niña, te amo como jamás amaré a nadie más. —Al terminar de hablar, Emma se dio vuelta levantando sus manos posándolas en su cuello, sin dejar de mirar esos ojos negros que la

devoraban.

—Yo también te amo. Lamento tanto el tiempo perdido... —Javier iba hablar y, uno de los dedos de ella tapó sus labios haciéndolo callar—. Nunca más nos separaremos, jamás, ¿oíste? —Javier asintió con un movimiento de cabeza, para luego abrazarla con todas sus fuerzas.

—Me encanta que no te hayas sacado la llave del cuello —afirmó posando un dedo sobre la misma. Emma bajó la cabeza y también la acarició.

—A mí también me gusta verla en tu cuello —dijo y se rio—, señor empresario —terminó de decir.

—Para ti siempre seré ese galleguito con la guitarra a su espalda. Para ti siempre seré el mismo, el que te ama, el que te sueña y te hace el amor cada noche de su vida —musitó besándola.

Encarna y Felipe conversaban sobre el encuentro de la hermana y Javier en la casona familiar. El nieto acababa de llegar, y la abuela le contó las novedades con una sonrisa.

—Eso es el destino —acotó Encarna tomando un mate—. Mira qué casualidad que el hombre que encargó el catering fuera el padre de Javier, aún no lo puedo creer. —Felipe la escuchaba pensativo.

—Solo tengo una duda —comentó el nieto volviendo a mirar a su abuela.

—¿Qué duda mi niño?

—¿Por qué no nos dijo en realidad quién era? Ya investigué en internet, ¿sabes que el padre es multimillonario? —A Encarna se le salieron los ojos.

—¿Me estás jodiendo?

—No, al parecer tiene una de las empresas más grande del mercado y él es hijo único.

—Mira Felipe, quizás no lo dijo para no aparentar. Yo sé cuándo una persona es buena y Javier lo es. Del padre no te puedo decir porque no lo conozco, y la madre... pobre, pero de seguro que no era una mala mujer.

—Seguramente se quedará unos días, ¿no te dijo nada? —quiso averiguar Felipe mirando a Encarna.

—Sí, en unos días volverá, pero prometió llamar todos los días, y contarnos cuando regrese.

En España el padre de Javier se preguntaba pensativo quién sería esa niña que

había enamorado a su hijo y, acordándose de Francisco, lo llamó por teléfono queriendo averiguar sobre el tema.

—Hola señor José, ¿mi amigo aún no llegó de Argentina?

—No, se quedará unos días más. Escucha, quiero saber si tú sabes quién esa niña de la cual se enamoró. —Francisco dudo en responder, pero al final lo hizo.

—Es una familia muy trabajadora según me contó, y tienen una empresa de comidas que distribuyen a toda la costa atlántica, son famosos en lo que hacen.

—Bueno, por lo menos trabajan —manifestó el padre de Javier con ironía.

Francisco quiso cantarle unas cuantas, luego recordó que era su jefe y mantuvo silencio. Su altanería y arrogancia era lo que había alejado a su hijo de su lado.

—Sí, José ellos son trabajadores, siento dejarlo, pero tengo cosas que hacer —se disculpó cortando la comunicación, pues no quería decir algo de lo que después se arrepintiera.

Colgó el celular pensando que ese hombre era demasiado frío, y que siempre pensaba que andaban detrás de su fortuna, cuando no había sido capaz ni de mantener a su hijo a su lado luchando por su sueño.

Luego de una noche casi sin dormir sorprendidos por el encuentro, Javier y Emma se pasaron horas conversando en la habitación del hotel, contándose todo sin guardarse nada. Ya no querían secretos en sus vidas, los dos estaban dispuestos a llevar ese amor adelante costara lo que costara. Sentían que eran dos almas predestinadas a estar juntas por toda la eternidad. Javier lloró en brazos de Emma recordando a su madre, a la que tanto había amado y, ella sollozó recordando el triste accidente que le impidió conocerla. Los dos se amaron y secaron las lágrimas de tristes recuerdos vividos.

Emma de repente endureció la mirada y se quedó pensativa. Estaba sentada en la cama, apoyando su cabeza en el respaldo y la cabeza de Javier descansaba sobre sus piernas. Al notar el silencio de ella, la observó levantando la vista.

—¿Qué pasó mi niña? ¡Cuéntame! —Ella bajó la vista mirándolo a los ojos.

—Nada, a veces pienso en mi papá —comentó. Javier enderezó su cuerpo y

estirando uno de sus brazos, enmarcó su cara con una de sus manos.

—Pero mi vida, él está con tu mamá en el cielo. —Emma cerró los ojos con pesar, y al abrirlos un halo de dolor sombreaba su mirada.

—¡El que murió no era mi padre!

—No sabía, nunca dijiste nada.

—Cuando mi madre terminó sus estudios secundarios, el colegio los llevó de viaje de egresado a Buenos Aires. Y ahí o quizás ya eran novios de antes nunca supimos, mi madre se quedó embarazada de un tipo. La cuestión es que, aunque se cansaron de preguntarle, ella jamás dijo de quien era él bebe, o sea yo.

—¿Y tú abuela no trató de averiguar? —preguntó el galleguito. Ella suspiró.

—Sí, por comentarios supo que había tenido algo con uno de los compañeros y, lo enfrento a él y a su madre. Se prestaron a hacerse los análisis de paternidad y no era él. —Emma nerviosa jugó con sus dedos antes de seguir con hablando—. Después de un tiempo, mi abuelo no quiso saber nada más. Mi mamá luego conoció a un hombre buenísimo y se casó, al tiempo nació Felipe mi hermano y por supuesto, también se hizo cargo de mí.

Javier sintió tanta tristeza en sus palabras que su abrazo fue más fuerte, tratando de contenerla por tanto dolor.

—Él fue un buen hombre, siempre pendiente de su familia, pero no era mi padre.

—Debes agradecer a Dios que él te tratara bien, solo quédate con eso, no pienses más, no vale la pena.

—Luego de la muerte de mi madre traté de averiguar. —Javier la miró dándose cuenta, de que el amor que el padre de su hermano le brindó no fue suficiente, ella necesitaba saber quién fue su progenitor.

—¿Y lograste saber algo?

—Por medio de una compañera de colegio de mi mamá, me dio el nombre de un chico de esa época. —Javier la miraba sin pestañar—. Ahora ya es un hombre casado y con hijos. Averigüe dónde trabajaba y lo esperé a la salida, apenas verme me reconoció. Me preguntó si era la nieta de Encarna y fuimos a tomar un café. Le interrogué sin rodeos si él era mi padre, pero me contó que entre mi madre y él solo hubieron

besos. De hecho se prestó a hacerse la prueba de paternidad cuando mi abuela le retó, y así se pudiera quedar tranquila. No era mi padre, sin embargo trató de averiguar entre los compañeros varones si alguno sabía algo, aunque ninguno confesó.

Javier trató de incorporarla, pero ella seguía sobre sus piernas en estado fetal. Con sus dedos secó sus lágrimas y corriendo el pelo de su rostro la acarició con suma ternura hasta que se durmió. Él se levantó muy despacio y tapándola se dedicó a observarla parado al lado de la cama. «Cuanto dolor que sientes, si en manos estuviese alejar esa tristeza lo haría» pensó sin dejar de observarla.

Cuando Emma despertó eran las dos de la tarde, estiró los brazos aún adormilada y abrió los ojos lentamente encontrándose aquellos que amaba mirándola.

—Hola mi amor —balbuceó.

—Hola mi niña hermosa, ¿has descansado? —averiguó Javier recostado a su lado ya duchado—. Ve a ducharte y saldremos a almorzar, no olvides llamar a tu casa y decirle que te quedas unos días con este gallego —afirmó sonriéndose.

—Tienen tanto trabajo en casa que me da cosa —manifestó Emma. Él en un segundo tomándola de los brazos la subió a su cuerpo.

—¿Si te vas qué haré con esto? —susurró tomándole una mano, y depositándola sobre su glande erguido y listo nuevamente.

—Trataré ahora mismo de darle una solución —afirmó Emma guiñándole un ojo. Mientras hablaba iba despojándose de la poca ropa que tenía, quedando totalmente desnuda encima del cuerpo de ese hombre que la deseaba solo con la mirada. El glande de Javier palpitaba entre las piernas de ella y Emma tomándolo con una mano lo rozaba contra su sexo provocándolo, mientras inclinada le comía con ansias la boca.

—¡No me hagas sufrir más! —gruñó él, al tiempo que sus manos masajearan los pechos.

Muy lentamente Emma masajéo varias veces enérgicamente su glande y lo introdujo en su sexo, Javier estiró su cuerpo ante el placer de esa sensación y ella comenzó a montarlo como jamás lo había hecho. Sus caderas en cada embestida provocaban los gruñidos de Javier, que debajo de ella se deleitaba con su cuerpo desnudo. Sentirse dominado por ella lo volvía loco de lujuria y pasión. Dejó que ella llegara al orgasmo y le encantó ver los gestos de satisfacción en su cara. Esperó unos segundos y tomándola

de la cintura la dio vuelta. Era su turno con sus cachas a su disposición. Javier acomodó sus piernas a los bordes del cuerpo de ella y comenzó a pasar la yema de los dedos por su espalda, provocando escalofríos en Emma que le hacían sonreír. Luego se inclinó y con sus dientes mordisqueó el lóbulo de su oreja haciéndola estremecer de calentura. Los dos se encontraban en vueltos en llamas.

—¿Te gusta? —musitó el galleguito con voz gruesa y más caliente que una brasa.

—¡Sí, sigue! —exclamó Emma ardiente.

Tomando su glande lo amasó suavemente y jugueteó en la puerta de su ano, para introducirlo sin previo aviso en un segundo, al tiempo que observaba cómo ella se agarraba a las sábanas con fuerza gimiendo, mientras su cuerpo se sacudía.

—¡Hay mi niña que felicidad estar dentro tuyo! —atinó a decir con voz entrecortada.

—¡Muévete! —lo instó Emma, arañando con más fuerzas las sábanas, sintiendo que sus sentidos la abandonaban.

Las caderas de Javier comenzaron un sube y baja sin control. Embistiéndola desaforadamente, sintiendo que jamás amaría a nadie más y que nunca una mujer le había provocado las sensaciones que ella le hacía sentir. Los gritos de placer de ella llenaban todo el espacio haciéndolo sentir el hombre más feliz del mundo. Cuando él tiró la espalda hacia atrás y gruñó, Emma sintió su semen caliente desparramarse por su cuerpo y, ante la última y brutal embestida de Javier gimió como jamás lo hizo. Sudados los dos quedaron quietos, y él posó sus dedos sobre la espalda de ella acariciándola con ternura.

—¿Fuiste feliz, mi reina?

—¡Contigo siempre lo soy! —murmuró ella agotada sintiendo que su cuerpo aún temblaba.

—Nos duchamos y vamos a almorzar —propuso Javier.

—Quiero comer pescado —musitó Emma girando la cabeza buscando sus ojos.

—Lo que usted ordene —respondió él jocoso.

Saliendo del hotel Javier observó cómo Patricia se retiraba y, al verlo abrazado a Emma lo fulminó con la mirada. Detuvo su paso provocándolo, mientras un conserje cargaba una valija en el baúl de un taxi. Javier solo la miró de reojo sin casi registrarla y redoblando la apuesta, se inclinó para depositar un beso en la mejilla de su pastelera. Al salir paró un taxi y subiéndose se marchó en busca de un resto para almorzar.

—Me gusta cómo te queda el traje —murmuró Emma girando su cabeza observándolo.

—¿Sí? Cuando llegemos me lo pongo nuevamente —afirmó él besando su nariz.

—No, mejor quédate en jean —rio ella.

A los besos y mimos llegaron al resto, bajaron y al abriendo la puerta la hizo pasar primero.

—Hablaré con Felipe y le diré que me quedaré tres días más. —Mientras abría su celular para hablar, Javier le hacía seña con sus dedos que se quedarían cinco días y ella abrió su boca sorprendida.

—Hola Felipe, ¿cómo está mi hermano?

—¡Te acordaste de que tienes un hermano! —le reprochó.

—¡No seas injusto, sabes que te amo! —respondió Emma.

—Quiero hablar con ese que creí era mi amigo —sentenció. Ella lo miró al galleguito que había comenzado a comer una tostada y, señalándole su celular él lo tomó en su mano dudando—. Quiero me expliques por qué me mentiste —pidió en voz alta, sin dejar que Javier lo saludara—. Sé quién es tu padre, comienza a hablar porque estoy muy enojado.

—Solo diré en mi defensa que no me gusta mostrar lo que tengo. —Felipe no quedó muy convencido e insistió.

—¿Por qué no hablaste conmigo? Me cansé de llamarte durante días, y jamás respondiste a mis llamados. ¿Y por qué no hablaste con mi hermana? —Javier se paró en un segundo y salió a hablar afuera ante la mirada atenta de Emma.

—Mira amigo ¿me dejás hablar? —gritó y Felipe calló repentinamente.

—Como sabes, mi madre falleció, en ese momento debía estar al lado de mi padre —le comentó, omitiendo deliberadamente, que uno de los

motivos de su alejamiento fue que descubrió los mensajes entre Pablo y Emma —. Quiero que quede claro solo una cosa: amo a tu hermana, ella será la madre de mis hijos y a vos también te quiero. Felipe, yo amo a tu familia, no te pongas en mi contra, por favor.

—Aunque me cueste admitirlo por tu accionar, yo también te quiero. Pero dime, ¿cómo se verán si vives en la otra punta del mapa?

—Viajaré lo que haga falta para estar con ella. No me importa la distancia, ni las horas de vuelo. Lo importante es no perderla. Ayúdame amigo, la necesito a mi lado —afirmó rotundo.

—Más vale que la hagas feliz —ordenó Felipe serio.

—Eso siempre amigo, por cierto te cuento que nos quedaremos unos cinco días por acá para recuperar el tiempo —dijo Javier.

—¡Está bien, solo cuídame! —le pidió su amigo sonriendo, y colgó la llamada.

Luego de almorzar se dedicaron a comprar, la llevó a las tiendas más exclusivas y aunque ella se negaba a entrar la empujaba y compraba de todo. Le compró lo que Encarna le había encargado y más. Entraron en una casa de niños y compró a Flor unos vestidos hermosos.

Cuando la paró frente a una vidriera de una joyería, en la cual exhibía unos anillos con pequeños diamantes incrustados, quiso salir corriendo y él a las risas la detuvo de un brazo. Una empleada se sonreía observándolos y quizás recordando su tiempo de joven.

—Discúlpeme, mi novia no quiere que gaste —atinó a decir Javier y Emma a su lado sonrió nerviosa.

—¿Desea ver este magnífico anillo? —preguntó la empleada.

—¡Claro que sí! —respondió Javier sin sacar ojo de esa joya perfecta. En cambio Emma lo codeó—. Sí, nena, ya sé que te gusta. Dijo levantando la voz.

La mujer sacó el anillo del estante y él lo tomó entre los dedos observándolo con detenimiento.

—Es de compromiso —comentó la empleada mirando a Emma.

—No quiero ese anillo y lo digo en serio —aseguró Emma con los ojos como platos. Javier ni la escuchó y, señalando con su dedo índice pidió el

compañero del anillo.

—Están hermosos, ¿te gustan mi niña? —averiguó girando la cabeza mirando a Emma y cuando ella iba a responder, él acotó—. Los quiero los dos hoy, me comprometo con la mujer más bella de Argentina.

—¡Te has vuelto loco! —gritó Emma, luego se inclinó hacia el susurrando—: Javier no se te ocurra, ¡es una fortuna!

La empleada se puso seria al escucharla sin saber qué hacer, y al ver que él largaba una carcajada indicándole que se los llevaba, los puso en una bolsita de terciopelo verde, mientras cobraba por la magnífica y ostentosa compra.

Apenas salir a la vereda, Javier reía mientras Emma maldecía por lo bajo. Javier se detuvo en la esquina y tomando el rostro de ella entre sus dedos, la forzó a reír.

—¿No quieres comprometerte con este hombre que te ama hasta los huesos?

—preguntó de repente, serio sobre sus labios.

—Claro que te amo, ¿pero no es muy rápido?

—Con vos todo debe ser rápido, no quiero que la niña de mis sueños se escape de mi lado.

—Sos un galleguito muy loco, ¿te lo han dicho?

En ese momento los ojos de Javier se desviaron de los de Emma tan solo un segundo, para ver un letrero que llamó su atención, agarró la mano de su niña y tiró de ella para llevarla en una dirección. Cuando se detuvo, la miró a los ojos sin decir nada y sonriendo entró en una iglesia bellísima. Los ojos de Emma se abrieron creyendo que se le salían de las orbitas, tiró de su mano tratando de detenerlo, aunque él con más fuerza la obligo a entrar.

—Vamos, ¿de qué tienes miedo mi niña?

—No tengo miedo, creo en Dios, pero ¿qué hacemos acá? —susurró.

—Nada mi vida, solo nos comprometeremos ante nuestro Dios.

La iglesia se encontraba vacía, el silencio y olor a incienso invadían el espacio, a la vez que una paz enorme inundaba el lugar. Un cura que salía de atrás de una columna achinó sus ojos divisándolos a lo lejos, se fue acercando lentamente mientras observaba que Javier sacaba una bolsita del bolsillo y,

mirándola a ella con amor comenzaba a hablar. En seguida supuso lo que esos enamorados iban hacer y los detuvo.

—¿Qué hacen acá? —averiguó frente a ellos y a los dos se les borró la sonrisa de los labios, sintiendo que estaban en falta.

—Yo solo quería... —comenzó a decir Javier tragando saliva y, observó que al padre se le iluminaba la mirada y una gran sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Lo digo en broma, muchacho, muéstrame eso —pidió poniendo la palma de su mano—. ¿Se van a comprometer? —Los dos asintieron con sus cabezas y el padre lentamente abrió la bolsita y al ver los anillos se emocionó—. El amor es lo más puro. Los voy a bendecir —expresó ante la sorpresa de Javier y Emma, que se habían quedado mudos.

El padre les ordenó no moverse de ahí, los dos tomados de las manos lo vieron alejarse y a los minutos llegar deteniéndose frente a ellos y sin dejar de observarlos les preguntó sus nombres para bendecirlos. Luego se pusieron los anillos y agradeciendo su tiempo, se dieron vuelta para marcharse, pero el cura haciéndoles seña con una mano los llamó entregándoles dos rosarios. Mientras ellos se alejaban abrazados, recordó que muchos años atrás dos personas como ellos, habían llegado hasta esa iglesia a confesarse y pedirle consejo, de una relación totalmente prohibida que jamás llegó a concretarse. Se mordió el labio inferior y suspiró con tristeza.

Mientras caminaban abrazados por las calles de la bella y gran ciudad de Buenos Aires, sintieron que se encontraban solos en el mundo, hablaban pavadas y reían de tonterías. Estaban completamente enamorados, viviendo ese amor que tantos meses costó conciliar y quizás deberían esperar años para estar juntos, pero nada importaba solo ese momento, no deseaban pensar en otra cosa que no fuera ellos. Los días pasaron volando y el momento de la despedida se acercaba y con ella, el mal humor de los dos que sin desearlo se acrecentó.

Emma fastidiada se miraba frente al espejo aún desnuda mientras se maquillaba, las ganas de llorar anudaban su garganta y hacía fuerza por no hacerlo. Separarse luego de esos días de permanecer juntos, la llenaban de furia, temía no volverlo a ver. Javier entró lentamente al baño en bóxer, descalzo y poniéndose la camisa, ella lo miró de reojo sin hablar y, él

parándose tras suya tomó su cintura con las dos manos, apretando su cuerpo y apoyando su rostro en el hueco de su cuello.

—¿Qué le pasa a mi niña, por qué esa carita tan seria? —Emma lo ignoró siguiendo con el maquillaje—. Vamos dile a tu novio, el porqué de esa cara. —Ella se dio vuelta mirándolo seria y él dio un paso atrás sin soltar las manos de su cintura.

—¿Quién es ella? No te hagas el tonto, si vino hasta acá es porque te ama.

—¡No seas tonta, ya te dije ella no es nada! —Emma se dio vuelta otra vez y cuando iba a pintarse los labios, Javier la hizo girar quedando frente a él—. Ella fue la que me engañó con mi amigo —dijo inclinándose sobre sus labios—. Tú piensas que te engañaré con ella, ni lo sueñes, mi niña.

—¿Y si lo haces? Estamos a miles de kilómetros de distancia —se quejó Emma. Javier soltó su cintura y comenzó a prenderse la camisa sin mirarla—. ¡Jamás me enteraría! —dijo levantando la voz, entonces el galleguito salió del baño para ir a la habitación donde siguió cambiándose—. ¡Te estoy hablando! —protestó Emma apuntándolo con el lápiz labial.

—¡Yo puedo decir lo mismo de tu ex! ¿O no?

—Sabes que no lo amo, te lo dije. ¿Y aún así no me crees?

—Yo digo lo mismo y tú no me crees. ¡No peleemos, por favor! —pidió Javier, queriendo tomarla por la cintura. Ella giró su cuerpo para entrar de nuevo al baño—. ¡Te amo! Tú debes creer en mí y yo también lo haré —dijo seguro Javier, y la agarró de la cintura abrazándola.

—No quiero separarme más de vos —susurró ella y él comprendido que ella lo amaba con la misma intensidad que él.

—Yo tampoco quiero alejarme de tu lado —señaló el galleguito suspirando y, besó su cabeza.

—¿Y si la distancia es el olvido? —demandó Emma y Javier sintió pavor a esa conclusión—. Vivimos tan lejos, tú no puedes dejar a tu padre, ni yo a mi familia.

—Mira será difícil, lo sé, yo viajaré cada diez o quince días y veremos qué pasa.

—¿Cuánto podrás aguantar? —Emma se subió a su cuerpo y él con las dos manos retiró el pelo de su cara para besarle la nariz, luego bajó deliberadamente una mano, mientras las yemas de sus dedos buscaban el centro de su placer.

—Lo que haga falta para verte, ¿un año? —dijo el sonriendo—. ¿Dos años? —Ella riéndose comenzó a hacerle cosquillas que terminaron en un sexo

increíble.

Los besos llegaron y los cuerpos de ambos se prendieron fuego, como siempre esa despedida la disfrutaron como el primer día que estuvieron juntos. Ninguno de los dos jamás había tenido un encuentro sexual tan intenso y apasionado. Javier era un hombre de muchos recursos al hacer el amor, no dejaba ni un centímetro del cuerpo de ella sin inspeccionar. Su lengua ardiente entraba en todos los rincones haciéndola estremecer, hasta que quedaron tendidos en la cama, cansados y boqueando como pez fuera del agua. Elevándola a la locura en solo segundos. Emma preparaba su cuerpo a cada posición que él indicaba, sabiendo que cuando él elevaba sus caderas ella tocaba el cielo con las manos, los dos se entregaron en cuerpo y alma en cada encuentro sexual. La lujuria y pasión eran el condimento especial y cuando el cuerpo de los dos comenzaba a tener pequeños temblores y las palpitaciones llegaban a mil, sabían que llegaba un orgasmo intenso, impetuoso y brutal. El cuerpo de ambos, solo podían amarse de esa forma, su amor era y sería intenso y sin pudor.

CAPÍTULO 9

Y el momento de la despedida llegó, muy a pesar de ellos cada cual tendría que volver a su lugar. A ella la esperaba su hija, su hermano, su amada abuela y un arduo trabajo, a él lo esperaba un padre y una gran empresa con mil negocios por atender.

Emma se prendía a su cintura como una garrapata sin querer soltarlo y Javier tragaba saliva, sabiendo de antemano que esa despedida le dolía en el alma. Cuando por el altavoz anunciaron el vuelo de ambos los dos se miraron sin comprender, porque el destino una vez más se empeñaba en separarlos.

—Emma —susurró Javier bajando la cabeza buscando su mirada—, nos hablaremos todos los días por celular, vamos mi niña deja de lloriquear porque me vas a poner mal.

Ella despegó su cuerpo y mirándolo apoyó las manos en su pecho.

—¡Te amo! Prométeme que nos seguiremos viendo —le pidió.

—Nada ni nadie nos separará —acotó Javier tomando su rostro y, sus labios lentamente se juntaron a los de ella que los recibió gustosa. Fue un beso con gusto a lágrimas y a puro sentimiento—. Envíale muchos besos a tu familia y uno muy grande para Flor.

—Se los daré, estarán locos con tus regalos —respondió ella tratando de guardar sus lágrimas y regalándole su mejor sonrisa.

—Te amo, mi niña —confesó Javier abrazándola muy fuerte—, ya verás cómo los días pasan rápido y pronto estaré en esa ciudad mágica, que quizás algún día será la mía —manifestó separándose de su cuerpo y guiñándole un ojo.

Luego de unos besos interminables y dulces caricias, los dos tomaron sus bolsos y poniéndolos en sus hombros se encaminaron en sector contrario y, mientras caminaban, cada tanto giraban sus cabezas levantando sus manos saludándose a la distancia, con los ojos llenos de nostalgia y un te amo susurrado en silencio.

A Emma la esperaba su hermano Felipe y su hijita, que al verla llegar con dos bolsos corrieron a su encuentro abrazándola y dándole la bienvenida.

Mientras la recién llegada, no paraba de hablar de ese galleguito que la había enamorado hasta las entrañas. Su hermano se sintió feliz por ellos. Solo asentía con la cabeza sonriendo y Flor solicitaba ver sus regalos. Apenas llegar a su casa, la abuela Encarna la abrazó y le dio los besos que tenía guardados para ella, su nieta. Después de descansar un rato y tomar unos ricos mates que había extrañado horrores, comenzó a darles a los tres lo que ella les había comprado y lo que Javier les enviaba. La cara de Felipe al ver el regalo de su amigo fue increíble.

—¡Que grande mi amigo! —dijo, mientras abría una caja que ya imaginaba lo que contenía—. ¡Habanos y de los buenos! —exclamó y todas reían.

A Encarna le había enviado un mantón que ella deseaba hace años y sus nietos rehuían que se lo comprara. Además, como sabía que le encantaba y a veces le era difícil de conseguir, pimentón español exquisito para sus ricas comidas. El regalo de Flor fueron varios vestidos y una tablet inmensa que Emma se había resistido a comprársela cuando observó el precio, pero Javier en un descuido de ella la compró y la envolvió entre los vestidos. La cara de felicidad de la neta cuando la vio no se pagaba con nada. Tiró los vestidos a un lado y la carita se le iluminó de alegría. La madre y los demás se quedaron mudos al ver lo que sostenía entre sus pequeñas manitas.

—¡Dios! Este hombre hace lo que quiere —comentó Emma tomándose la cabeza.

—Niña, ¿no sabías que él la había comprado? —averiguó la abuela.

—¡No! Ya lo voy a retar, ¿sabes lo que le costó eso? —preguntó enojada.

—No le digas nada —pidió Felipe—. Dale el gusto que se la regale a Flor.

Cuando Encarna pidió saber más sobre la vida del galleguito, su nieta contó todo lo que se había enterado de su familia y sus negocios.

—Yo sabía que venía de buena familia —declaró la abuela—. Es un buen muchacho, seguramente sus padres también lo son o fueron, ¡pobre mujer. Y sabes que él te ama. Solo hay que observar cómo te mira para averiguarlo.

—Yo también lo amo —sentenció Emma, tomando un mate de las manos de su

hermano—. Después de meses sin verlo me di cuenta.

—¿Cuándo vendrá? —quiso saber Felipe.

—Me dijo que cada diez o quince días, tienen mucho trabajo.

—Y vendrá ya lo verás —afirmó Encarna.

Apenas poner un pie en su país, Javier ya extrañaba la presencia de Emma. Cansado de un viaje tan largo, se dirigió raudamente en un taxi a su departamento y luego de desnudarse se dio una buena ducha con agua bien caliente. Cuando se estaba secando su cuerpo le pareció percibir el olor a su perfume, un perfume que llevaba aún bajo su piel, ese que lo volvía loco de pasión y que le provocaba sentir su cuerpo contra el suyo. Emma sin quererlo lo tenía embobado como un crío, no podía ni quería pensar en otra mujer que no fuera ella y estando a su lado volvía hacer ese chico despreocupado y sonriente que un día llegó a su vida. Luego de cambiarse, sirviéndose una copa de vino llamó a su padre, debía hablar con él y contarle lo que deseaba y necesitaba hacer por amor.

—Hola papá.

—Mi niño dime que volviste —demandó el padre emocionado.

—Sí papá recién llego al departamento, ¿por qué no vienes para acá y cenamos? Debo hablar contigo.

—¿No es nada grave no? —preguntó José alarmado.

—No, tranquilo, solo ven.

—En una hora estoy ahí.

José mientras se vestía pensaba qué sería lo importante que su hijo debía contarle, luego entró al baño y mirándose al espejo comenzó a peinarse sintiendo temor de que su hijo se alejara otra vez de su lado, ya no podría vivir sin él. Ese pensamiento nefasto bastó para que su humor cambiara. Antes de salir rápidamente de su departamento tomó una botella de vino. Subió a su auto y cuando estacionó frente al departamento de Javier, suspiró.

Apenas tocar el timbre del portero eléctrico, su hijo apretó el botón y el portón se abrió.

—¡Mi niño! —saludó el padre abrazándolo.

—¿Todo bien? ¿Algún problema? —averiguó Javier poniendo su mano en el

hombro de su progenitor.

—Todo bien hijo. ¿Cómo te ha ido? —deseó saber sacándose el abrigo, y depositando la botella de vino sobre una mesita.

—Igual papá. Encargué pasta y recién me la trajeron —anunció.

—Por mí está bien, me encantan.

Mientras Javier ponía unos canelones con salsa rosada en los platos, supo que su padre estaba nervioso, pues se mordía el labio inferior, se sonrió y vio que el padre servía vino en las copas.

Después de comer opíparamente, se deleitaron con un helado, que era el postre favorito de su padre. Acomodaron la cocina mientras reían de todo lo que habían comido. Y cuando dejaron todo limpio, se sentaron en los sillones del living a degustar un exquisito café.

—Bueno a ver hijo, dime de qué quieres hablar —indagó José.

—Mira papá —comenzó a decir Javier—, tú ya sabes que me había enamorado de una niña en Argentina, pues resultó ser la dueña del catering que contraste o mejor dicho, los dueños del servicio de catering son la familia de ella.

El padre prendió un cigarro, observándolo sin alcanzar a comprender.

—Pero ¿cómo no sabías tú que ellos eran los dueños?

—¡No! Yo sabía que ellos distribuían comida y postres en su ciudad y varias más, pero nunca supe que habían puesto un servicio de catering. —Javier se pasó la mano por el pelo—. Imagina mi sorpresa cuando me enteré de que eran ellos. Cuando me fui de allí, lo hice enojado con ella, y lo que pasó con mamá solo hizo que distanciarme más. El caso es que ahora no importa eso, yo la amo papá, ¡la amo! —declaró con el rostro iluminado.

—Se nota hijo que la amas, no sabes la cara que pones cuando hablas de ella.

—Ella es, es... increíble, trabajadora, bella y tiene una hijita. —El padre lo miró comprobando que su hijo realmente estaba enamorado de esa mujer—. Sí, no me mires así, una hija a la cual quiero y es tan o más hermosa que la madre. Además su abuela es española.

—Me alegro hijo, pero intuyo que no es eso solo lo que me querías decir, ¿verdad?

—No papá, lo quiero decir es que tendré que viajar una vez cada quince días o quizás veinte para verla. No quiero perderla, ¿me entiendes?

—¡Claro que te entiendo! No hay ningún problema. —Al sentir esas palabras Javier se quedó más tranquilo, dudaba que su padre comprendiese—. Aunque con una condición: que la traigas alguna vez para conocerla. —El padre se paró y los dos se perdieron en un gran abrazo, y José se sintió aliviado porque su hijo no se alejaba de su lado.

—Claro que lo haré, solo que ellos trabajan mucho —sostuvo Javier—, pero no va a faltar oportunidad.

Esa noche los dos se hicieron más compinches que antes, el padre cada día le daba más poder al hijo para administrar la empresa y, Javier se sentía completo al sentir la confianza depositada en él. El recuerdo de la madre siempre lo acompañaba y cuando la imagen de ella se hacía presente, la tristeza lo embargaba por completo. Hubiera querido que estuviera a su lado, viéndolo trabajar al lado de su padre, como fue su deseo y que hubiera conocido a esa niña que lo hacía sonreír.

Una mañana, mientras padre e hijo leían unos documentos, José levantó la vista observando a Javier y pensó, cómo se había permitido estar tantos años alejado de su niño. Siempre le había culpado a la madre por haberlo criado tan mimoso, tan consentido, sin darse cuenta de que era él quien se había alejado de su familia. Cuando llegaba a casa y, veía a su mujer y su hijo cocinar muertos de risa la sangre le hervía, se decía que un hombre no debía ayudar en ese menester del hogar, el hombre solo debía trabajar y llevar el sustento a su familia. Que equivocado estaba. Cuantas cosas lindas se había perdido por tener ese pensamiento tan machista.

José fue el único hijo varón de una familia de clase media alta. Su madre fue ama de casa toda su vida, con una voz increíble para el canto aunque nunca pudo dedicarse, pues su marido jamás lo hubiera permitido. El padre fue un hombre con el signo del peso pegado a su frente, emprendedor de varios negocios los cuales siempre le reportaron buenos dividendos. Un día se le ocurrió fundar una empresa, su esmero y dedicación hicieron de esa pequeña empresa familiar lo que era en la actualidad: una de las más grandes empresas

multinacionales que existía en el país. Fue así como José mamó desde chico ese carácter machista que su padre supo ejercer en su hogar. Desde niño quiso educar a su hijo como lo hicieron con él y aunque después de la muerte de su mujer,

Javier se había pegado a él y dirigía una empresa con miles de empleados. Sabía y reconocía que Javier era la viva imagen de su mujer, un ser libre, afectuoso, dulce y terriblemente cariñoso. Todo lo contrario, a él.

Cuando José se casó con su madre siempre supo que ella no era todo lo sumisa que él deseaba y espero que con los años su temple cambiara, pero nunca lo logró, la madre de Javier adoraba cantar, igual que su madre. Cuando su marido se lo prohibió hubieron momentos en los que lo odió y, aunque ella tenía un carácter difícil de doblegar aceptó solo para no discutir, dedicándose a ser paisajista. Esa era una afición que amaba y lo haría hasta el último día de su vida. Luego de varios años de matrimonio, la convivencia con su marido se deterioró. Los encuentros sexuales solo eran una vez por mes y eran más como una obligación que por amor. José desahogaba sus penas en otros brazos, mientras ella se iba apegando cada vez más a su única hermana, era con ella con la que se confesaba las penas de amor. Y cuando ella decidió separarse de su marido, supo que estaba embarazada, Dios había escuchado sus súplicas pidiéndole por un hijo, para amar y alegrar sus días de soledad. José al enterarse de su estado comenzó a portarse bien y, a querer construir un matrimonio que se encontraba casi perdido. La llegada de Javier a sus vidas los hizo pensar en darse otra oportunidad y así lo hicieron por pocos años. A medida que el niño crecía se parecía más a la madre, comenzó a gustarle la música y su voz se escuchaba en toda la casa, para deleitar los oídos de la madre y aumentar el mal humor del padre. Javier era un ser de luz, todo el mundo lo quería dócil, atento y estudioso. Cuando ya era un adolescente, una noche su padre se encerró con la madre en la habitación y emprendieron una gran discusión por la educación del niño. José no quería que siguiera cantando, porque a su parecer la música no le daría de comer. Se dijeron muchas cosas aquella noche, que jamás pensaron.

Desde ese día ellos jamás fueron pareja, solo hablaban por cuestiones relacionadas a los negocios. Ella comprendió luego de años de estar sometida, que José solo había sido en su vida una terrible desilusión. Una tarde tomó todas sus pertenencias y decidida se fue a vivir a la casa materna en Andalucía

con su hermana, su hijo que ya tenía un departamento en Madrid, siempre se encontraba en contacto con su madre, aunque no así con su padre. Cuando José se enteró que ella se había ido, se culpó de toda la situación, pero ya era tarde. Aun llevándose mal él amaba a su mujer y al hijo de ambos. Por la crianza que tuvo le costaba demostrar los sentimientos, sin embargo su corazón extrañaba su presencia y también sus peleas. Al llegar a su casa el silencio lo saludaba, demostrándole que el dinero no llenaba la ausencia de los seres que más amaba. No obstante, su orgullo pudo más de lo que su corazón gritaba por dentro.

Javier cumplió con su promesa no solo de ir a visitarla cada veinte días, sino que también la llamaba cada noche antes de acostarse. Los dos con más de diez mil kilómetros de distancia que los separaban hablaban por horas. Ella le contaba sobre su hermano, su hija y su amada abuela. Él le hablaba de su empresa, de su padre y de su tía. Como siempre era tanta la conexión y atracción que sus cuerpos sentían, que hasta hacían el amor sin necesidad de que sus cuerpos se juntaran. A Emma, mientras Javier le susurraba palabras sucias hablándole de lo le haría cuando estuvieran juntos, se le humedecía de tan solo de escucharlo. A la vez, él más se tocaba y llegaba al orgasmo, cuando Emma narraba lo que planeaba para ambos estando juntos sobre su cama.

Una noche después de cenar, Encarna le preguntó a su nieta si ya se iba a acostar, pues ese día había sido muy movido y andaban cansadas.

—¿Ya te vas a acostar?

—Sí, estoy cansada. Flor ya se durmió y Felipe salió con Alan.

—Yo me tomaré un té y me acuesto —respondió la abuela entrando a la cocina, mientras la nieta besaba su mejilla para luego subir la escalera de madera que la llevaba a su cuarto.

A los cinco minutos Pepito comenzó a rezongar en su jaula, recién había entrado y Encarna se enojó.

—¡Basta Pepito! Ya saliste, es hora de dormir —le dijo, al tiempo que se servía su taza con un delicioso té de hierbas.

Pepito seguía gritando como un loco y ella, con la taza en la mano se dirigió a la puerta, ya afligida por sus gritos. Cuando llegó, levantó despacio y con temor la cortina y, al no divisar nada, se volteó hacia el loro que seguía gritando. Le abrió la puertita para que se callara, mientras ella comenzaba a subir las escaleras para irse a su habitación.

El ruido del picaporte la sobresaltó y se dio vuelta en el tercer escalón, observó cómo se movía y al salir corriendo despavorida escalera abajo, la taza de té se le cayó al piso haciéndose mil añicos. Pepito seguía gritando y ella entró en la cocina para buscar su linterna, cuando la encontró pegó medio vuelta dirigiéndose a la puerta, con el loro tras de ella agitando sus alas.

—¿Quién anda ahí? ¡Estoy armada! —gritó apuntando su linterna.

A pesar de que Encarna no le temía a nada, tuvo miedo solo del hecho de pensar que su nieta y Flor se encontraban en los cuartos de arriba durmiendo. Tragó saliva y apoyó sus dedos en el picaporte con el corazón a mil y, casi se infarta cuando sintió que lo movían desde afuera. Ella dio un salto para atrás y junto a Pepito comenzaron a gritar. Observó que alguien ponía una llave en la cerradura y la paciencia se le terminó. Abrió la puerta de golpe y apuntando su linterna disparó al segundo que se abrió, por suerte esta vez no dio en el blanco.

—¡Soy yo! —alcanzó a decir Javier esquivando el disparo y, la abuela se quiso morir.

—¡Dios mío, perdón! ¡Perdón! —gritaba Encarna, mientras Javier se caía al piso—. ¿Pero por qué no llamaste mi niño? Casi te mato...

—Abuela me diste la llave, ¿recuerdas? —dijo Javier sacudiéndose la ropa y levantando el bolso del piso.

—Felipe cuando se entere me querrá matar —rezongaba Encarna mortificada.

—Tranquila, no se va a enterar. Quise darle una sorpresa a Emma, ¿ya se acostó? —indagó observándola.

—Sí mi niño, hoy tuvimos mucho trabajo, ¿cenaste? ¿Te preparo algo?

—No quiero cenar, solo un café —comentó a la vez que abrazaba a la abuela y besaba su frente—. ¡Te quiero Encarna! Ya pasó, no fue nada. —Luego la tomó

por los hombros mirándola fijamente—. Sos una mujer increíble, siempre defendiendo a tu familia. Vamos, deja de lloriquear. Quiero ver a mi niña — afirmó guiñando un ojo y Encarna se rio.

—Sube, sube la escalera debe estar durmiendo, cuando te vea va a gritar, de alegría.

Al llegar a la puerta del cuarto de Emma, se pasó la mano por el pelo nervioso e inquieto, no quería asustarla sabiendo que seguramente estaría durmiendo. Apoyó sus dedos sobre el picaporte abriendo la puerta para entrar sigilosamente y, lo que vio a continuación lo llenó de ternura. Su niña estaba echa un ovillo sobre la cama con una remera suya cubriendo la almohada en la cual apoyaba su cabeza. Dejó el bolso sobre una butaca que se encontraba al costado de la cama y, mientras se deshacía de sus ropas no dejaba de observarla. Cuánto amaba a esa mujer, cada día que pasaba la extrañaba más. Todos los días su mente trabaja a mil pensando cómo podría hacer para volver a estar juntos y desgraciadamente, no encontraba la solución. Su padre lo necesitaba y ella tampoco podía dejar su trabajo y su familia. Solo con los bóxer puestos, descansó su cuerpo suavemente sobre el borde de la cama, sin dejar de apreciar su belleza. Amaba todo de ella. Su largo pelo ahora todo despeinado, su sonrisa fresca y sus gestos al amar. Hasta cuando se enojaba la amaba, de ella nada le molestaba. Se sonrió y lentamente se acomodó a su lado sin tocarla, solo admirándola.

Emma se estiró en la cama y los ojos de Javier se iluminaron de amor. Sin poder resistirse a la tentación, se aproximó a su lado tanto como pudo para sentir su respiración. Acomodó su pelo y acarició suavemente su mejilla tibia. Después de haber viajado más de diez mil kilómetros para estar a su lado y amarla, al verla dormir tan plácidamente no quería despertarla, de repente mientras no podía despegar sus ojos de esa mujer, ella entreabrió los suyos y giró la cabeza. En cuanto lo vio saltó de la cama y se frotó los ojos por si acaso estaba soñando.

—¿Javier sos vos? —Él asintió con la cabeza y le regaló esa sonrisa de costado que ella amaba.

—¡Soy yo mi niña! ¡Vine a amarte!

Sus cuerpos se unieron y sus bocas se fundieron en un largo y húmedo beso

muy esperado. Javier mordió su labio inferior y susurró, reclamando lo que era de él y Emma sin pensarlo se lo dio, fue una noche larga muy larga. A la madrugada, sus cuerpos quedaron rendidos de prodigarse tanto amor y, se durmieron abrazados exhaustos, pero felices. Ni escucharon la alarma que cada noche ponía Emma en su celular.

—Buenos días —saludó como cada mañana Felipe a su abuela, que ya se encontraba en la cocina con las empleadas. Encarna se acercó sonriente besándolo en la mejilla—. ¿Mi hermana está en la otra cocina? —averiguó.

—No está descansando, Flor ya se fue al colegio —respondió Encarna y siguió con sus quehaceres. El nieto la miró rascándose la cabeza y se arrimó a ella.

—¿Está en esos días? —La abuela largó una carcajada dejándolo confundido.

—Está con tu amigo que llegó anoche cuando me iba a costar, casi me muerdo del susto.

—¿Qué sorpresa! Emma no dijo nada, él no le aviso, ¿no?

—No, fue sorpresa.

—¿Y quién está haciendo la pastelería?

—Las chicas que siempre están con ella. Ve a hacer tus cosas que nos arreglamos. —Sabía que si el nieto entraba a la pastelería las chicas se distraerían.

—No, iré a cubrir a mi hermana, yo sé algo de pastelería.

—Felipe, por favor ven acá —le gritó, pero él no le escuchó. Cuando sintió las risas y los saludos de las chicas al entrar él al lugar gruñó—: ¡Nadie me hace caso! ¡Ahora esas niñas no harán nada!

Emma se despertó feliz de tener a su hombre al lado, se puso de costado y lo observó durmiendo. Se inclinó y lo besó con suavidad en la mejilla, luego lo tapó. Al levantarse miró la hora en su celular y los ojos se le abrieron como platos, pues ya eran las diez de la mañana. Saltó de la cama y se duchó con rapidez, se vistió y salió corriendo, no sin antes de cerrar la puerta darle un vistazo a ese hombre que la había enamorado aun a su pesar. Bajó las escaleras de dos en dos y cuando entró en la cocina su abuela retaba a unas de las chicas.

—Perdón me dormí —dijo y su abuela la besó en la frente.

—No hay problema, las chicas ya están haciendo los pedidos —afirmó,

mientras la nieta se acomodaba el delantal—. Ve y saca a tu hermano que seguramente están de pura cháchara.

Emma se sonrió y cuando entró en el lugar de trabajo, su hermano bailaba con una de las empleadas.

—Felipe —le gritó al verlo y todas se ubicaron en sus lugares comenzando a trabajar.

—Hola hermanita, ¿recién te levantas? ¿Cómo pasaste la noche? —preguntó con ironía.

—¡Sal de acá ahora! Luego hablamos —le pidió evitando su mirada.

—Hasta luego chicas, mi hermanita hoy está feliz —anunció antes de cerrar la puerta y Emma le tiró un repasador.

Javier se encontraba tan cansado que se despertó a las tres de la tarde, casi cuando terminaban de limpiar la cocina.

—Dejé canelones en el microonda para mi niño, cuando se levante que coma, ¿me escucharon? —ordenó Encarna a sus nietos que la miraron con sorpresa.

—Claro, ahora es tu niño ¿y yo que soy? —inquirió Felipe.

—¡Tontito vos sos mi nieto y mi niño más querido! —contestó la abuela besándolo en la mejilla—. Ahora me voy, va a venir Daniel a buscarme e iremos a comprar.

—Muy bien, ve no más me abandonas por un hombre. —Felipe se hacía el ofendido y la abuela se cabreó.

—Mira, me voy porque hoy estas insufrible.

—¡Ahora me cuentas! Ya —ordenó Felipe a su hermana.

—No sabía que venía, me sorprendió —dijo con un halo de tristeza. El hermano la observó.

—¿Por qué esa cara? ¿No estás feliz?

—Claro que lo estoy, pero no quiero que se vaya más. Lo extraño mucho y tengo miedo de que un día no vuelva. —Javier que justo llegaba a la puerta de la cocina escuchó sus palabras y se detuvo antes de entrar.

—Él te ama, siempre volverá, no pienses eso —le aseguró su hermano. El galleguito hizo ruido y los dos observaron cuando el entraba, Felipe se paró de su silla perdiéndose en un fuerte abrazo—. ¿Cómo está mi cuñado?

—Acá me ves visitando a mi novia —acotó abrazando fuerte a Emma y levantándole el mentón con uno de sus dedos le dijo—: Siempre volveré hasta encontrar la forma de vivir juntos, ¿escuchaste? ¡No quiero que pienses que no

lo haré, te amo! —afirmó, y ella estiró sus brazos prendiéndose a su cintura.

El tiempo pasó muy rápido y Javier hacía meses que cada veinte días viajaba para estar con su amor, durante tres o cuatro días. Cada vez las despedidas eran más tristes y dolorosas, ninguno de los dos encontraba la manera de poder estar juntos para siempre. La palabra siempre cada día se encontraba más lejana. El galleguito llegaba con ese traje de empresario que ya tenía incorporado y, a los cinco minutos se transformaba en el simple y cariñoso muchacho que todos amaban, con jeans gastados y una remera. Ese era el verdadero Javier, un chico despreocupado, simpático y atractivo, el mismo que por las noches en

compañía de amigos entraba al pub que se encontraba a media luz, con su guitarra al hombro haciendo lo que más le gustaba: pasar horas entonando sus canciones que todos escuchaban y aplaudían a rabiar.

Ya todos en ese lugar cantaban sus canciones a viva voz. Esa noche el público estalló en un aplauso tan cerrado, que la gente que pasaba por la calle entró al sentir al poeta, pues así lo llamaban en esa bella ciudad, esa que hacía mucho tiempo atrás, él había adoptado como propia.

*Ahora que hallamos el tiempo
podemos mirarnos detrás del rencor.
Ahora te enseño de dónde vengo y
las piezas rotas del motor.*

*Ahora que encuentro mi puerto,
ahora me encuentro tu duda feroz.
Ahora te enseño de dónde vengo y
de que tengo hecho el corazón.*

*Vengo del aire que te secaba a ti la
piel mi amor. Yo soy de la calle,
Donde te lo encontraste a él.*

*No me compares, bajé a la tierra
en un pincel por ti, imperdonable
Que yo no me parezco a él, ni a nadie...*

—¿Todo bien mi niño? —pregunto José al ver entrar en su oficina a su hijo.

—Sí papá todo bien.

—Y esa niña que te roba el aliento ¿cómo se encuentra?

—Bien, como nosotros con mucho trabajo.

—¿Cuándo la traerás para conocerla? —averiguó su padre.

—¡Pronto! Quizás en el invierno, donde su trabajo merma —respondió sin mirarlo y el padre supo que se encontraba de mal humor.

—Hoy no tienes un buen día, ¿no?

—No, la extraño tanto... Sé que no puedo hacer nada para cambiar la situación.

—Yo sí puedo y pronto lo haré —declaró su padre observándolo.

—¿Y se puede saber qué harás?

—Ven hijo siéntate a mi lado —ordenó sentándose cómodamente en un sillón de tres cuerpos. El hijo obedeció prestando atención.

CAPÍTULO 10

—Hace un año ya, desde que tu madre falleció —dijo mirando para abajo—. Hay una idea que da vueltas en mi cabeza, y quiero consultar contigo. Creo que debería vender la empresa, yo estoy ya grande para seguir con este ritmo, y necesito descansar. Tú, debes dedicarte a lo que te gusta, que no es otra cosa que cantar —le comentó guiñándole un ojo, ante la cara de sorpresa de Javier.

—¿Pero como lo harás? —Era una empresa tan grande que no imaginaba como sería venderla.

—Ya estoy mirándolo con varios inversionistas —manifestó el padre, y levantándose del sillón sirvió dos tazas de café—. Llevará tiempo, sin embargo lo haremos, te daré tres cuartos de todo y tú lo invertirás en lo que desees.

—No papá, será partes iguales, es lo lógico.

—No, porque esto también era de tu madre.

—¿Hay algo más que deba saber? —lo interrogó Javier al verlo titubear. José se puso nervioso y luego de pensarlo unos minutos negó con la cabeza sonriendo.

—Nada mi niño, todo está bien —afirmó evitando su mirada—. Calculo que no menos de doce meses tardará en estar todo solucionado, hay mucho por resolver y firmar.

—No sé qué decirte, ¿estás seguro de querer vender?

—Sí, ya lo decidí y así se hará, ya puedes pensar en un futuro para ti y esa niña.

—Gracias papá, no sabes lo feliz que me haces —aseguró Javier.

José claro que lo sabía, pues alguna vez había sido joven, pero él no se atrevió a luchar por amor. Solo le importó el dinero y la posición social, sin embargo no quería eso para su hijo. Deseaba que él cumpliera su sueño y sabía que herramientas no le faltarían, solo le pedía a Dios que le diera vida para verlo y encontrarse junto a él cuando triunfara.

Cuando Emma recibió la noticia de que se vendería la empresa, su alegría fue tan grande que cantaba y reía todo el día. Por fin estarían juntos día y noche, nada se opondría a que ellos fueran felices y formaran la familia tantas veces

planeada.

Entre mate y bizcochitos Emma planeaba un futuro junto al amor de su vida, pensaba instalarse con él y su hija en una de las cabañas que tenían a solo metros de la casa materna, pues sabía que jamás podría vivir lejos de su familia y, daba por sentado que Javier lo aceptaría.

Esperanza, la tía de Javier, vivía no muy lejos de donde se encontraba la empresa, en un barrio muy bonito. La madre del galleguito pasó sus últimos días antes de morir en ese trágico accidente, en esa hermosa casa. No eran solo hermanas eran mucho más que eso, amigas entrañables. Cuando ella falleció, sintió un vacío tan grande que deseó que Dios se apiadara de ella y, la llevara junto a su hermana. Muchas mañanas salía al patio como lo hacía con su hermana y observaba su hermosa ciudad.

Javier llegó de improvisto a la casa y entró por la parte de atrás, se quedó observando con cariño cómo su tía se secaba unas lágrimas. Tragó saliva y con las manos en los bolsillos giró la cabeza hacia donde Esperanza miraba y, reconoció que su ciudad contenía todo lo que uno necesitaba para ser feliz, pero había algo que a él le faltaba. Sabía y reconocía que su ciudad poseía playas sublimes, y paisajes de admirable belleza. Aspiró el aire cerrando sus ojos, tratando de que el aroma de canela, vainilla y miel lo saludara nuevamente, pero no fue así. A pesar de todo, le seguía faltando su amor, su niña. Bajó la mirada recordándola con añoranza. El sonido de un celular lo volvió a la realidad, observó que su tía sacaba su celular y atendía un llamado.

—Todavía no lo he pensado —respondió Esperanza secándose otra lágrima y sonriendo. Javier pensó si ahora tenía un novio—. Bueno, te espero, sí te haré lo que te gusta —siguió contando.

Javier hizo un movimiento con su cabeza y se encaminó hacia ella, sonriendo.

—¡Hola mi niño! —exclamó Esperanza al verlo y cerró su celular velozmente.

Javier como siempre sacando las manos de sus bolsillos, la abrazó con todo el cariño de siempre besando su cabeza. Luego separándose de ella y tomándola por los hombros la miró a los ojos.

—¿Tiene novio mi niña? —averiguó y la tía se sonrojó.

—Pero ¿qué dices? ¡No! Vamos adentro y tomaremos un rico té.

Después de estar una hora sentados y conversando, Javier quiso caminar por el barrio y Esperanza lo acompañó tomada a su brazo. En cada rincón de esas calles empedradas, él revivía los momentos de su niñez, levantaba la vista y observaba todas las casas pintadas de blanco y cientos de plantas colgadas en sus frentes, mientras se le hacía un nudo en la garganta, creyendo escuchar la voz de su madre llamándolo, cuando se escapaba a jugar con los niños del barrio. Se detuvo y acarició con las yemas de sus dedos una planta que colgada de la reja de una ventana, miró y sin quererlo el jardín de Encarna llegó a su memoria. El semblante le cambió al instante y su tía lo notó.

—¿Qué pasa mi niño? ¿Recuerdos quizás?

—Muchos de mi niñez, y otros de un lugar que aprendí amar como si fuera mi ciudad —respondió Javier con dolor.

—¿Dónde vive esa niña que te quita el sueño?

—Sí, amo ese lugar, mi Andalucía es bella pero esa ciudad es mágica —expresó. Su tía lo miró y supo por sus palabras que él deseaba estar ahí en ese momento—. Su playa extensa, su bosque lleno de anécdotas de duendes, sus cabañas de madera y... ella, mi Emma, mi niña.

—¿Cuándo la traerás? Quiero conocer a la dueña del corazón de mi sobrino.

—Pronto, ¿sabes que papá va a vender la empresa? —Esperanza dudó.

—Sí, algo me conto por teléfono, me parece muy bien.

—Sí, él ya debe descansar y yo podré hacer mi vida y cumplir mi sueño.

Mientras caminaban a la casa de Esperanza, su sobrino anidaba en su mente cumplir sus sueños, sueños muy difíciles de plasmar en la realidad que pronto le tocaría vivir.

Javier, aunque asistía periódicamente a la empresa, por orden de José a las dos de la tarde estaba libre de obligaciones. Las negociaciones sobre la venta de la empresa iban adelantadas y, quería que su hijo dedicara tiempo a lo que más le gustaba: la música.

Cada tarde Javier acudía a clases de canto y de guitarra con un profesor muy conocido, el mismo que lo alentaba cada día, pues veía en él a un gran músico, un poeta según sus palabras. Cuando terminaba se instalaba en su departamento a seguir practicando, luego hablaba por una hora con su niña y algunas noches salía a tomar algo con su amigo y confidente.

—Te extraño tanto, tanto —le confesó esa noche Javier a su novia.

—Ya falta poco para estar siempre juntos —lo alentó ella, aferrando su celular entre sus dedos.

—Quiero preguntarte algo y no me mientas —le pidió Javier, mientras Emma entrecerraba sus ojos.

—¿No te molestó más el padre de Flor?

—¿Por qué mentirte? Solo pasa a buscar la nena, la lleva unas horas y la trae, a veces yo ni salgo. ¿Estás celoso?

—No, solo quiero saber, no me hace gracia que esté cerca de tuyo.

—A mí tampoco me hace gracia que esa esté cerca de tuyo —le atacó Emma seria.

—¡Y no lo está! Hace meses que no la veo —le mintió, pues no sabía cómo decirle que Patricia seguía buscándolo e inclusive, muchas veces iba a la empresa con cualquier pretexto, solo para verlo.

El miedo a perderla siempre se instalaba en sus pensamientos y sabía que, si llegara a ocurrir no podría seguir viviendo sin ella, ya no, porque ocupaba todo su espacio, sus sentimientos, era la dueña de su corazón.

Javier al otro día viajaba a verla, pero como siempre mentía. Solo con el motivo de sorprenderla y verla sonreír.

—¿Cuando vienes? Ya pasaron muchos días sin verte —reclamó ella.

—Dentro de dos días viajo, dile a Flor que le conseguí la muñeca que quería.

—Emma se sonrió.

—¡No la consientas tanto!

—Siempre la consentiré. La amo como amo a la madre.

Ante esas palabras Emma murió de amor, y se lamentó no haberle dicho mucho antes ese te amo que él esperaba.

Como siempre él viajaba con el bolso lleno de regalos. Apenas bajo del avión la llamó por teléfono, mientras tomaba un taxi a esa ciudad que amaba.

—¿Qué hace, mi niña? —Quiso saber.

—¡Qué alegría escuchar tu voz! Nosotros por cenar, la abuela hizo paella — dijo riendo sabiendo que a él le encantaba—. Ojalá estuvieras acá conmigo — confesó triste.

—Mañana llego mi amor. ¡Deseo amarte como el primer día! —Emma se atraganto con un pedacito de pan que tenía en su boca y, su hermano se mató de risa.

Javier al escuchar la carcajada de su amigo pidió hablar con él.

—Hola amigo, no sé qué le has dicho a mi hermana, pero casi muere atragantada con el pan. ¿Cuándo vienes? Ya se te extraña.

—Hola Felipe no digas nada, estoy llegando a tu casa. —Felipe esbozó una sonrisa y Encarna fue la única que se dio cuenta al ver la cara de su nieto.

—Bueno amigo te esperamos mañana entonces —contestó, mientras Flor gritaba que le mandara un beso. Luego Felipe le paso el celular a su hermana, que habló unas palabras con el galleguito antes de cortar la comunicación.

—Estaría bueno esperar un rato para cenar, ¿no? —pidió Felipe y, todos lo miraron desconcertados.

—No, vamos a cenar que es tarde —resolvió Encarna sirviendo la comida. Felipe que no sabía qué hacer para darle tiempo a llegar al amigo, se paró. Todas las miradas se clavaron en su persona.

—Me siento mal —anunció. Su hermana se paró de inmediato acercándose a su lado.

—¿Qué tienes? ¿Qué sientes? —Quiso saber preocupada, mientras Alan pasaba el brazo por su cintura y, lo instaba a que lo mirara a los ojos.

Daniel se paró a buscar su maletín de médico, el cual siempre llevaba con él. Rápidamente sacó un termómetro digital colocándoselo en el dedo a la vez que preguntaba:

—¿Comiste algo que te sentó mal? ¿Te ha pasado más veces? —inquirió el médico. De repente todo se oscureció a su alrededor y, Felipe se desvaneció.

Como era de suponer el griterío no se hizo esperar. Encarna se abalanzó sobre

el cuerpo de su nieto y Emma gritaba como una poeta, mientras los hombres trataban de levantarlo para poder sentarlo en una silla.

—Mi niño, ¿Daniel qué tiene, vamos al hospital? —gritó Encarna, Flor se encontraba paradita al lado de mesa asustada y con su rostro bañado en lágrimas.

—No sé Encarna, será mejor llevarlo pues habrá que hacerle estudios —dijo sin entender lo que sucedía.

Alan, de repente se tomó la cabeza con una mano y empezó a caminar por el espacio.

—¡Ya sé lo que le hizo mal! Está tomando un suplemento para no comer tanto —acotó con temor y la abuela comenzó a maldecir.

—¿Y qué médico se lo receto? —Quiso saber Daniel.

—Ninguno, lo compró en una dietética. —Al ver que todos lo miraban mal, levantó las manos al aire—. Yo le dije que no lo comprara, pero ya saben que es un cabeza dura.

A los minutos reaccionó y se encontró con la mirada furiosa de su hermana y de su abuela, que lo perforaban con los ojos.

—¿Dime que mierda quieres bajar? —gritó Encarna y todos dieron un paso atrás, la abuela enojada era de temer.

—¿Tuviste que contarle? Chismoso —dijo dirigiéndose a su pareja.

—¿Nene qué quieres bajar? Estás delgado —adujo Alan mimoso tratando de tomarle una mano, pero él no se dejó tocar.

Javier que se encontraba en la puerta y había escuchado todo, no se animaba a entrar. Luego de unos segundos se animó, dejó su bolso y su campera sobre un sillón y, caminó lentamente hacia la cocina, pero Pepito lo descubrió.

—Encarna, llegó Javier. Encarna, llegó Javier —chillaba el loro.

Flor fue la primera que corrió a recibirlo abriendo sus bracitos. El galleguito se inclinó y la abrazó haciéndola girar por el aire, los dos rieron a carcajadas.

—Mi niña hermosa, ¿cómo estás? —preguntó Javier, mientras observaba que todos se dirigían a saludarlo.

—Hola amor, ¿cómo fue tu viaje? Me mentiste dijiste que llegabas mañana —demandó Emma abrazándose a su cintura.

—¿Qué paso acá? ¿Estás bien amigo? —indagó mirando a su cuñado pálido y

aún sentado. Javier se deshizo del abrazo de su amor y Flor y, saludó a todos con un beso en la mejilla. Luego abrazó fuerte a Encarna.

Encarna, que había aprendido a querer a ese muchacho como un nieto más sonrió, besándolo en la mejilla y miró a su nieto.

—Ahora vas a comer el doble que todos —sentenció Encarna y, a Felipe los ojos se le abrieron como platos.

Después de una cena abundante, el ánimo de todos los presentes se distendió. Y cuando todos se retiraron a dormir Javier y Emma salieron tomados de la mano a caminar, no sin antes dar los regalos que como siempre traía para toda la familia. Les encantaba el paseo a la luz de la luna y siempre terminaban en la playa. Al entrar se sacaron las zapatillas y caminaron abrazados por la orilla, dejando que la espuma de las olas suavemente mojase sus pies.

—¿Me has extrañado? —preguntó Javier besando la cabeza de Emma.

—¡Mucho! No quiero que te vayas más.

—Pronto estaremos juntos por siempre —afirmó seguro Javier, deteniendo su paso y tomando su rostro para besar su nariz—. Después te cansarás de verme todos los días —sentenció sonriendo.

—¡Eso jamás pasará! ¡Te amo! —declaró ella y el galleguito murió de amor.

Los dos se besaron con pasión, siguieron abrazados y observando esa luna llena que les hacía compañía al andar.

—Quiero que me digas dónde quieres vivir —comentó Javier girando la cabeza buscando la mirada de Emma—. Sé que no quieres alejarte de este bello lugar y yo tampoco. Pero debemos hacer planes.

—Cerca de mi familia —respondió Emma, que se abrazó de tal manera a la cintura de él que debieron detener su paso.

—Escucha compraremos una cabaña a solo unas cuerdas de aquí, ¿está bien?

—Sí, eso quiero, deseo que estemos todos juntos.

—Así se hará, como mi mujercita quiera, lo importante es que estemos juntos, solo eso.

Caminaron hasta cansarse hablando siempre de un futuro juntos. Un futuro que deseaban y necesitaban para vivir ese amor que, a pesar del tiempo alejados,

aún seguía más vivo que nunca. Se pararon frente a una cabaña y los dos la observaron, luego al segundo se miraron.

—Es increíble —susurró él.

—Demasiada grande —respondió ella.

—Debe ser grande pues mis niños deben tener mucho espacio para correr —sentenció Javier sonriendo. Emma enseguida giró su cabeza buscando su mirada y él se puso serio.

—Solo para saber ¿cuántos niños deseas tener?

—¡Mínimo tres! —aseguró y a ella se le cayó la mandíbula.

—¿Todos conmigo? —preguntó haciendo un mohín y él estalló en una carcajada contagiosa.

—¡Por supuesto, mi niña, solo contigo!

—¡Creo que es poco tengamos dos más! —manifestó ella sorprendiéndolo.

—No, con tres suficiente —ordenó él y los dos sonrieron.

Al otro día era domingo, así que toda la familia cansada de levantarse temprano ese día dormía a pata suelta. Javier se levantó a las nueve, observó como su mujercita dormía plácidamente y antes de salir de la habitación la tapó dulcemente, mientras bajaba la escalera en short se iba poniendo la remera, sintió ruido en la gran cocina, apuró su paso y encontró a Flor sirviéndose una leche fría. Achinó sus ojos y se acercó a ella, que al verlo le sonrió.

—¿Ya te levantaste? ¿Con qué tomas la leche? —la interrogó.

—Con cereales, ¿me los das? —pidió la nena señalando con sus deditos una alacena.

Mientras él ponía la pava para tomar unos mates, observaba de reojo a esa pequeña que había aprendido amar.

—¿Dime cómo va el colegio? Cuéntame.

—Bien —replicó con una risita cómplice. Javier se cebó un mate y movió su cabeza.

—¿Tienes novio? —Flor se sonrojó y asintió con su cabecita, Javier quiso comérsela a besos.

—¿Cómo se llama?

—Nahuel, es rubio como yo —exclamó luego bajo la voz y susurró—: Tengo

un diario íntimo.

—¿Dónde escribes tus cosas? —indago, sintiendo que era muy pequeña para esas cosas. En ese instante entró Emma en la cocina.

—Buenos días mi amor —dijo besando a su hija en la cabeza, a la vez que Flor le hacía seña a Javier que no contara nada, este sonrió y asintió con la cabeza.

—Hola Javi te levantaste temprano, ¿me das un mate? —pidió haciéndose una colita en el pelo.

A la hora todos se levantaron y la casa se llenó de risas y palabras. Javier siguió pensando en las palabras de Flor pero lo dejó pasar era una criatura, medito.

—¿Quién me ayuda a limpiar el altillo? —preguntó la abuela y los nietos se miraron con sonrisas de por medio y el novio de Felipe y Javier se ofrecieron —. Ustedes dos van a preparar el almuerzo —ordené a los nietos que con tal de no limpiar el altillo claro que cocinarían.

Encarna subió la escalera con bolsas de residuos y un plumero y, atrás iban Javier y Alan riendo, cuando se dieron cuenta Flor se encontraba a su lado.

—¡Flor ve con tu madre, te llenarás de tierra! —comentó la abuela, pero la nena solo se encogió de hombros sin obedecer.

—Esto lo tiraremos —expresó Encarna tomando una caja llena de papeles.

Javier miró adentro y al revolver vio un diario íntimo, levantó la mirada encontrando a Flor observándolo, imaginó que era de ella y antes de tirarlo, lo puso a un costado disimuladamente, ella en un segundo lo tomó y se fue, dejándolo a él sonriente. Pero Encarna la vio salir con algo en la mano y le pegó un grito.

—¡Flor, tira eso no quiero cosas viejas, para vieja estoy yo! —Javier y el otro muchacho se sonrieron y el galleguito la salvó.

—Es solo un cuaderno abuela.

—Ala, ala, vete y quédate con tu madre y tu tío. —Javier sonrió al verla retirarse con la carita llena de felicidad.

Después de dos horas el altillo quedó impecable, bajaron a ducharse y almorzar, los hermanos habían preparado una paella que sabían que a Javier le encantaba. Mientras él se vestía pensaba en ese diario y se sentía mal, sabía que la nena era aún muy chica para ello. ¿Pero quién se lo regaló? ¿Sería el padre, que se lo compro, sin que nadie sepa? No sabía que hacer, tampoco quería contarle y que la reten, cuando bajo su cara era de preocupación y Emma lo notó.

—Siéntate que ya almorzamos —pidió besándolo en la mejilla, ya se encontraban todos sentados—. ¿Pasa algo? Tienes una cara.

—No mi niña, todo bien, ¡pero mira que rico lo que han hecho! —exclamó observando como Encarna servía la paella.

—La hicimos por vos —confesó Felipe.

—Bueno muy agradecido.

Javier se mataba pensando como mencionar el diario, sin que Flor se lleve un reto y cuando una compañerita llegó para jugar con ella, tiro el tema al pasar. Emma servía el café en la galería de atrás todos sentados.

—Estaba pensando que podría regalarle un diario a Flor —comentó, todas las miradas se dirigieron a él—, pero no sé si aún es muy chica.

Encarna lo miró seria y descubrió que fue mala idea decir eso.

—Mira Javi, aún es muy chica, ya habrá tiempo para eso —manifestó y tuvo la certeza de que su padre lo habría comprado a escondidas de la familia.

El tema quedó cerrado, pero al quedar solos con Emma, ella quiso saber.

—¿De dónde sacaste la idea de comprarle un diario? —Él tragó saliva sin saber qué decir.

—Solo se me ocurrió.

Esa noche Javier no pudo conciliar el sueño algo le decía que debía contar lo del diario. Bajo las escaleras a medianoche en busca de agua y lo vio a Felipe entrar en punta de pie, se miraron y se sonrieron.

—¿Qué pasa, no puedes dormir? —preguntó este último.

—Vengo a buscar agua ¿y tú?

—Vengo a buscar vino —afirmó y al final los dos se sentaron a tomar una copa de vino.

Como Felipe tardaba apareció Alan y se unió a ellos, salieron a la galería y después de unas cuantas copas Javier le confeso al amigo lo que lo mantenía preocupado.

—Mira te diré algo, pero no quiero que por mi culpa la reten —dijo Javier mirando al amigo y los otros dos lo miraron.

—¿Qué pasó? ¿Te contestó mal? —El gallego sonrió de costado.

—No, yo amo a esa niña y ella a mí. Resulta que ella y yo tenemos un secreto. Ella tiene un diario íntimo —señaló ante la sorpresa del tío que apoyó la copa sobre una mesa y lo miro inquieto.

—¿Y quién se lo dio? —Arrugo la frente, pensando—. ¡El padre! Ese idiota seguro fue.

—No sé, pero si le digo a Emma la va a retar.

Se quedaron pensando y luego de unos minutos Felipe reaccionó.

—Mañana antes de irte habla con ella y pregúntale, como cosa tuya y luego nos cuentas.

—Así hare —respondió y levantándose los tres se fueron a dormir.

Al otro día el galleguito se iba a su país quizás por un mes, porque la empresa reclamaba su presencia, antes de irse trato de hablar con Flor pero siempre había alguien y no lo podía hacer. Felipe al darse cuenta distrajo a su hermana y a la abuela y Javier quedo a solas con Flor.

—¿Me va a extrañar mi niña hermosa?

—¡Sí! Porque te quiero. —Al escuchar esas palabras la besó en la frente luego se arrodillo a su lado y susurro en su oído.

—Yo también te quiero y mucho, dime de quien es ese diario íntimo —le pidió mirándola a los ojos, y ella bajó la mirada.

—¿De mi abuela, pero ahora es mío! —Él la miró sin entender.

—¿De Encarna? —Ella con los ojitos en el piso, y muy nerviosa negó con la cabecita—. ¿No entiendo de qué abuela?

—De la mamá de mi mamá.

Él se quedó pensativo solo besó su frente justo cuando la abuela y Emma entraban junto al tío que lo miró.

—Bueno, ¿qué quieres que te traiga la próxima vez? —La nena sonrió y se abrazó a su cintura.

—¡Nada, ya le traes de todo! —ordenó Encarna riendo.

—Bueno vamos que se hace tarde, debes tomar el avión- pidió Felipe.

Mientras subían el bolso al baúl del auto, Javier se arrimó al amigo mientras Encarna le pedía que le traiga algo a Emma.

—El diario que ella tiene es de tu madre- al amigo casi se agarra los dedos al cerrar el baúl. Si no me mires así dijo que es de su abuela. No la reten por favor porque me va a odiar.

—¡Sabes lo que mi abuela busco ese diario, años! Confirмо, el amigo.

—Busca la forma de hablar con ella y que te lo cuente y no le digas nada a Emma que se va a enojar porque no lo dije. Felipe asintió con la cabeza y con su hermana y Javier subieron al auto rumbo al aeropuerto.

Al llegar al aeroparque la tristeza se sintió entre la pareja, Emma abrazada a su cintura se resistía dejarlo ir y Javier levantaba la vista al cielo tratando de detener una lagrima, que caprichosa deseaba salir.

—¡Muy pronto no nos despediremos nunca más! Susurraba el inclinándose en el oído de ella.

—Lo sé, pero cada día me cuesta más dejarte ir.

Javier se paró frente a ella y tomándola de los hombros la obligo a mirarlo.

—¡Debes saber algo- dijo, sin dejar de observarla- Flor tiene el diario íntimo de tu madre!

Emma se deshizo de sus brazos y dio un paso atrás, turbada por la noticia.

—¿Cómo lo sabes? Iba a responder cuando el ultimo llamado para embarcar

se escuchó.

—¡Te amo! Felipe te contará todo- el abrazo muy fuerte, contra su pecho y luego la beso en los labios, tiernamente.

—¡Te amo! Llámame cuando llegues- grito Emma mientras él se daba vuelta, caminando y tirándole besos al aire, después levanto la mano saludando a su amigo, Emma se quedó parada con la vista perdida en la escalera donde el desapareció y asombrada con la aparición del diario de la madre.

Apenas llegar a su país Javier le dejó diez mensajes a Emma. Uno que había llegado bien y nueve solo hablaba de todo lo que la amaba y extrañaba, como ella no respondió no insistió, pensando que estaría muy ocupada y muchas veces se olvidaba de mirar el celu, ella no era como la mayoría de la gente, no vivía pendiente del aparato.

Él repartía su tiempo entre la empresa y el deporte que amaba. En la empresa había poco por hacer su padre y abogados están abocados a la venta y solo lo necesitaban a él para firmar algunos papeles. Uno de los compradores era el padre de Patricia, su ex y ella usaba eso para estar revoleteándole como una mosca todo el tiempo encima.

—¿Tomamos un café? Averiguo ella una tarde, entrando en la oficina del sin llamar. El la miro de reojo y comprobando que como siempre vestía con poca ropa.

—¿Tú no sabes llamar, antes de entrar? Pregunto, guardando unos papeles en un portafolio, sin mirarla.

—Vamos es solo un café, seamos amigos, te quiero- adujo y el levanto la vista mirándola mal, pero ella inmediatamente se atajó- te quiero como amigo, ¡vamos! Él se sonrió de costado y camino hacia ella.

—¡Vamos, solo un café! Advirtió, saliendo tras ella.

Patricia se quedó fría cuando él se aproximó a su auto y le abrió la puerta del acompañante, indicándole con un movimiento de cabeza que entre. Subió rápidamente antes que se arrepintiera, pero apenas el subió y encendió el auto puso los puntos.

—No te hagas ilusiones, solo tomaremos un café- indico el, mirando al frente manejando.

—Necesitábamos una charla- confirmo ella pintándose los labios y mirándose en un espejito que saco de su cartera.

El estaba completamente seguro del amor que sentía por Emma, pero pensó que debían tener una charla con su ex y de una vez por todo decirse lo que no se dijeron al separarse, meditaba mientras estacionaba su auto último modelo, en una de las confiterías más exclusivas de esa ciudad.

Luego de tomar un café ella, estiro su mano tratando de tomar la del y el apoyando los codos sobre la mesa la retiro.

—Di lo que quieres decir y después te diré yo lo que pienso- pidió Javier, limpiándose los labios con la servilleta sin dejar de observarla.

—Solo una palabra quiero decirte- el no deja de observarla, había amado con locura a esa mujer- perdón sé que te hice mal y juro Javi que no sé qué me paso, pero juro que te sigo amando. El recostó su espalda sobre la silla y apoyo sus dedos sobre la mesa.

—Te perdono- anuncio, ante la sorpresa de ella- pero debes saber que nuestra relación termino hace mucho tiempo. Manifestó con tristeza.

—¡Lo sé! ¿Tú crees que en algún momento podremos ser amigos?

—No lo sé, pero si me necesitas algún día, seguramente ahí estaré- a ella se llenaron los ojos de lágrimas, sabía que él siempre fue un gran hombre y se maldecía por haberlo engañado, sabiendo lo mucho que la había amado.

—Cuéntame de esa niña que te tiene de los pelos- pidió ella, secándose una lagrima y tratando de sonreír. El bajo la mirada y con las yemas de sus dedos acaricio la taza, vacía de café.

—Es increíble- manifestó, mirándola y ella reconoció el brillo en esos ojos, esos ojos confesaban lo mucho que amaba a esa mujer- es la mejor pastelera- sonrió- la amo desde el primer momento que la conocí.

—Supongo que cuando termine la venta de la empresa te iras? Pregunto.

—Sí, apenas esté libre de mis obligaciones me iré a vivir a Argentina, ¿junto a ella y su familia? —Patricia más hablaba el de su amor más rabia sentía por haberlo engañado-tu seguramente trabajaras en la empresa Afirmo, sabiendo que pronto el padre seria uno de los dueños.

Ella se mordió el labio clavándole la mirada, aunque él ya no sentía nada por ella, reconocía que ella era muy bella y siempre con ese aire de gran señora. La comparo con su niña y sin querer una sonrisa se dibujó en sus labios, Emma era lo contrario a ella y eso era lo que lo había enamorado, simple, sencilla, poco maquillaje y una sonrisa que lo enloquecía, te amo mi niña, nadie te hace

sombra en mi corazón, solo tú eres la dueña del, se dijo en silencio.

—Imagino que esa sonrisa es por los recuerdos que ella te provoca, ¿no?
Averiguo Patricia.

—Si, ella es la dueña de todo mi ser, ya no concibo la vida sin estar a su lado.

—¡Me alegro de que seas feliz- el galleguito la miro- te mereces ser feliz!

CAPÍTULO 11

—Vos también, ya conseguirás alguien que te despierte una sonrisa. Espero que haya quedado todo claro entre nosotros, ¿no? Quiso saber el, ella asintió con la cabeza y los dos se dispusieron a marcharse del lugar. El la dejó en la empresa y después se dirigió hacer el deporte que más le gustaba. Al llegar se encontró con su amigo que entraba al local. Tomó su bolso con la ropa adecuada y después de saludarse entraron conversando.

—Estuve con Patricia- soltó Javier y Francisco lo miró arrugando su frente- no nos arreglamos- pronuncio riendo- solo tomamos un café y aclaramos los tantos.

—Umm, no se ella es muy astuta, ve con cuidado- decía el amigo al galleguito cambiándose en el vestuario.

—Yo tengo muy claro lo que quiero y ni ella ni nadie cambiaran mis sentimientos. Confeso.

—¿Y cómo está tu niña? Javier se puso cerio y el amigo que ya caminaba atrás del, lo tomo del brazo obligándolo a detenerse.

—No sé qué pasa, envié diez mensajes y no respondió, quizás alguien enfermo- Francisco, se acomodó la remera observándolo.

—Llámalas, ¿qué esperas?

—Si cuando salga de acá la llamo.

En Argentina, más precisamente en la ciudad de Cariló se estaba desatando un tsunami, de características gigantescas. Al enterarse que Flor tenía el diario de la madre de Emma buscado por años por Encarna y al no querer entregarlo todos estaban enloquecidos.

—A ver Flor, dile a mamá dónde está ese diario. —La nena se había encaprichado a no entregarlo, argumentando que era solo de ella.

—Es mío y de nadie más —respondió con tal desparpajo que no sabían si reír o llorar.

—Te lo vamos a devolver solo queremos leer lo que dice. Aseguraba Encarna con los pelos parados y poca paciencia.

—Dile al tío, por favor Flor donde mierda lo metiste! Gritaba Felipe ya

enojado.

—¡No lo voy a decir, es mío!

¡Me rindo voy a hacer cuentas! Grito el tío saliendo de la cocina, enojado.

—Estas castigada, ve a tu dormitorio y no salgas hasta que te llame para la cena, ¡rápido ve! —gritó Emma y la abuela se sentó pensativa en la cocina. Lo siento abuela sé que quieres leer el diario de mamá y yo también- la abuela se limpió unas lágrimas recordando a su hija.

—Quizás ahí este escrito el nombre de tu padre- acoto, Encarna y a Emma se le oprimió el corazón.

Para ella su padre fue el que la crio y le dio todo su amor, igualmente deseaba saber quién fue el que la engendro por más hijo de puta que sea, todos suponían que había sido uno de los compañeros del colegio, que aun a pesar del tiempo pasado, seguían vivían en la misma ciudad. Tiene que ser muy cobarde un hombre para negar su paternidad, meditaba en silencio, Emma.

Emma llamó a Javier, justo cuando él terminó su rutina de ejercicios.

—¿Hola, Javi? —Se escuchó la voz de ella y la sonrisa del no se hizo esperar.

—Hola mi niña, estaba preocupado, ¿pasa algo? ¿por qué no respondiste los mensajes?

—Hay no sabes, Flor no quiere devolver el diario de mi mamá y mi abuela creo que está por morir —manifestó con angustia. El detuvo su paso apoyando su cuerpo en su auto pensativo.

—¿Quieres que le hable yo? Lo hago no tengo problema.

—¿Vos crees que ella te obedecerá?

—Intentémoslo, ¿qué podemos perder? Corto y dale tu celular a ella, probaremos, ¿sí?

Francisco al lado de su amigo escuchaba lo que contaba y no entendía, la preocupación por ese diario.

—¿Pero qué puede decir un diario íntimo que la madre no se sepa —inquirió, Javier arrugó su frente— quizás algún noviecito? —Los ojos del galleguito se abrieron en demasía sonriendo.

—¡Eso es! —gritó Javi, ahí puede estar el nombre del padre de mi niña- se pasó una mano por el pelo intranquilo- esa es la cuestión, quizás la madre

puso el nombre de ese hijo de puta que no se hizo cargo de una criatura.

—Tiene que ser un desgraciado para negarse a reconocer a un hijo- manifestó Francisco.

—Hay de todo amigo, personas muy horribles- sentencio atendiendo rápido el llamado de su celular.

—¿Hola Javi? —preguntó Emma, con la voz alterada.

—¿Hola mi vida, está la nena ahí?

—Acá está castigada, sentada en su cama con la computadora que le regalaste. Confirmo la madre.

—Pásemela y aléjate, si estás junto a ella quizás no quiera hablar. Emma mofó y dándole el celular a su hija se fue de la habitación dejándola sola.

—¡Hola mi niña! ¿Como estas, mi vida? Pregunto el, suavizando su voz.

—¡Hola, Javi ya sé porque me llamas! ¡El diario es mío y no se lo daré a nadie! Respondió con viveza Flor y el suspiro.

—Escucha lo que te voy a decir solo lo quieren leer luego te lo devuelven, Florcita, mi vida, ¿tú sabes que tu mami no sabe quién es su papá? —Flor se quedó pensativa y sintió lastima por su mamá.

—¡Lo sé, pero el diario es mío! —Él maldijo cerrando sus ojos, ante su respuesta.

—Flor querida, ahí en el diario puede estar el nombre de tu abuelo, el papá de tu mamá, ella necesita saber quién es- la nena se llevó un dedo a la boca y mordisqueo su uña.

—¿Y si no me lo devuelven? Javier sonrió, estaba al punto de convencerla.

—¿Yo te prometo que te lo darán, crees en mí? Y como la nena no respondía, volvió a preguntar. ¿Hola Flor, estas ahí?

—¡Está bien se lo daré, pero es mío!

Javier se sonrió y le prometió un gran regalo la próxima vez que llegue a visitarlos y ella sonriendo corto la comunicación y saliendo de su habitación puso en la mano de su madre el celular.

—Javi me dijo que el diario es mío —sentenció. Emma abrió su boca para responder con un grito, pero callo, solo quería que su hija devolviera el maldito diario.

—Apenas lo leamos con la abuela te lo devuelvo —acotó y su hijita corrió a su dormitorio y cuando su madre iba a entrar le cerró la puerta. A los cinco minutos la nena salió con el diario entre sus dedos, sonriendo.

—¡No lo olvides es mío! —advirtió Flor entregando el famoso y muy buscado diario y la madre apretó los dientes para no gritarle.

La nena volvió a su habitación y la madre bajo la escalera apretando el diario entre sus dedos, al llegar a la cocina su hermano entraba y su abuela sentada en una silla, tomaba mate en silencio. Encarna dejó sobre la mesa el mate y suspiro al verlo lo que su nieta, llevaba entre sus manos. Emma sin dejar de observarla lo apoyó sobre la mesa y se sentó, Felipe hizo exactamente lo mismo y los tres se miraron, sin animarse a tomarlo. Encarna con manos temblorosas lo tomó y al abrirlo ya se encontraba moqueando.

El diario que se encontraba deteriorado por el paso del tiempo. Pero la escritura en su interior era legible, la abuela reconoció al instante la letra de la que fue su niña. Con el dorso de la mano se limpió una lágrima. Felipe se paró a calentar el agua para el mate y Emma se retorció los dedos imaginando a su madre escribiéndolo.

Encarna leía rápido en voz baja y pasando rápido las páginas, en las primeras su hija solo hablaba cosas de niñas, chistes y charlas con las amigas aún así cada palabra que leía pasaba suavemente su dedo por las letras creyendo que con esa acción tocaba, los dedos de su adorable hija.

—¡Abuela comienza por lo último, por favor! —pidió Felipe, sentándose nuevamente. Luego con tranquilidad lees todo, solo queremos saber el nombre de ese miserable. Apenas dijo esas palabras se arrepintió mirándola a la hermana.

—Tienes razón es un desgraciado, pero lamentablemente queremos saber su nombre —confirmó.

La abuela hacía fuerza por no largarse a llorar, leía sin parar y sin escuchar las palabras de sus nietos. El grito de Pepito los distrajo a los tres y Felipe se paró para dirigirse a la puerta y el loro seguía gritando:

—Llegó el desgraciado, Encarna. Llegó el desgraciado.

Los tres sonrieron y Felipe abriendo la puerta le dijo al padre de Flor que ya la llamaba. Emma cambió a la hija y la acompañó hasta la puerta donde el padre la esperaba.

—¿Se puede quedar a cenar? —averiguó Pablo.

—Sí, pero no la traigas tarde mañana se levanta temprano para ir a la escuela.

—No a las diez está de vuelta. Respondió y la nena besando a la madre se fue, tomando la madre de su padre, mientras Emma parada en la puerta los observaba, pensaba que el había cambiado, ya no era agresivo ni insistente con ella por retomar la relación y se sintió feliz por él. Cuando estaba cerrando la puerta llegó Daniel, el novio de la abuela.

—¿Todo bien? Indagó besando la mejilla de ella. ¿Dónde está mi novia? Dijo sonriente y antes de dirigirse a la cocina Emma le conto rápidamente lo del diario.

—¿Pobre Encarna, estará nerviosa?

—Mas que nerviosa, mejor que viniste, esto no sé cómo va a terminar.

Cuando entraron en la cocina la abuela seguía leyendo y Felipe cebaba mate cerio, levanto la mirada y saludo con un movimiento de cabeza a Daniel, que se inclinaba sobre su novia para besarle la mejilla. Encarna levanto la vista del diario y lo miró.

—Puedes creer que después de años, encontramos el diario íntimo, de mi hija. Exclamo Encarna, observándolo. Daniel paso suavemente uno de sus dedos por su mejilla cariñosamente y la beso en la frente.

—Mi amor, léelo tranquila, hazme caso léelo a la noche. Pidió.

—Ni loca de acá no me muevo hasta terminarlo.

Encarna, paseaba las yemas de sus dedos acariciando cada palabra escrita en ese diario por años perdido. De repente lo cerro de golpe y miro a todos que se quedaron sorprendidos por su accionar.

—¿Qué pasó? Averiguo Felipe, cebando un mate que depositaba en los dedos de su abuela.

—Me voy arriba, perdóname Daniel, debo leer esto tranquila- su nieta iba abrir su boca y ella la interrumpió- por favor no sé si mañana trabajare- Emma abrió nuevamente la boca y su hermano toco su pierna para que calle- entienden lo que yo siento en estos momentos? ¿Lo entienden? Pregunto observándolos a todos.

Daniel se arrimó a ella y secando una lagrima de su mejilla la beso en la frente.

—¡Ve mi vida! Tomate el tiempo que desees cuando termines acá estaremos

esperándote- los miro a los demás y todos asintieron con la cabeza, aunque muy contento no se sentían.

—Tengo miedo de que le agarre algo. Afirmo la nieta observando a Daniel y su hermano. A su edad las emociones pueden ser malas. Daniel que se encontraba tomando mate se ahogó.

—¡Que te piensas mi novia es joven! Grito cuando se repuso.

—¿Vos no estas nerviosa, por saber el nombre de tu padre? - adujo Felipe, mirando a la hermana.

—Si y no, porque mi papá fue el que me crio. Manifestó indiferente.

—¡Muy bien así se dice! Claro que si hermosa, él fue más padre que el que te engendro, nunca lo dudes. El novio de la abuela quería a sus nietos, como si fueran del.

—El que me engendro solo lo hizo por un momento. - iba a decir una mala palabra y su hermano la miro- bueno ya saben- expuso y los demás sonrieron.

La abuela se había puesto cómoda en su cama y comenzó nuevamente a leer el diario, cada palabra de su niña era un recuerdo que le traspasaba el alma.

“Primera noche en esta hermosa ciudad, es más que grande y hermosa, pudimos ver poco porque llegamos tarde-noche, pero mi primera impresión es que como la imagine. Impresionante y llena de gente, los carteles luminosos cerca del hotel donde nos alojamos son los más grandes que hemos visto, mañana nos dijo la coordinadora que iremos a recorrer el centro. Voy a llamar a mis padres por teléfono seguramente están esperando mi llamado”

Encarna se sonó la nariz y secó sus lágrimas, antes de seguir leyendo.

“Segundo día en está esplendida ciudad, anoche estábamos tan eufóricas que con mis compañeras de cuarto no pudimos dormir. Luego de desayunar nos llevaron al barrio de la Boca, los colores de sus casas eran un paisaje maravilloso. Nos llevaron al teatro Colon y nos quedamos anonadados jamás vi algo tan bello, los palcos elegantes y tal cual lo vemos en la televisión. Con las chicas nos mofamos de nuestros compañeros son tan inmaduros que jamás los miraríamos de otra forma que no fuera como amigos. Pasamos por la Facultad de Medicina y al ver esos muchachos salir con su ambos nos enamoramos, qué hombres”

“Tercer día en Buenos Aires, recién hoy nos dimos cuenta de que al lado de nuestro hotel hay una delegación de empresarios de otros países, enamoradas quedamos al verlos. Las chicas cuando todos se duerman quieren ir a tomar a ese hotel dicen que hoy se festeja algo y no hay problema para entrar”

Encarna se encontraba más emocionada que disgustada, pero al leer esas palabras de improviso se sentó en la cama cerrando el diario y apoyándolo sobre sus labios.

—¿Puedo pasar abuela? Se escucho la suave voz de su nieta.

—Pasa mi niña.

Emma entró sonriente con una bandeja en las manos, viendo a la abuela pensativa.

—¿Estás bien? Quiso saber depositando una rica cena en la bandeja arriba de su cama.

—¡No tengo hambre! Sentencio Encarna.

—Debes comer, me dijo Daniel que si no comes te pondrá una inyección. La ocurrencia de su novio la hizo sonreír aun sin ganas.

—¿Todavía se encuentra en la casa?

—Dice que se quedará a dormir. Te quiere abuela y se preocupa por vos.

—¿Lo sé, yo también lo quiero y donde va a dormir?

—Felipe le dijo que valla a su casa.

—Bueno ve que ceno y debo seguir leyendo. Emma se quedó expectante parada observándola.

—Ala mi niña, ve, aun no encontré nada- afirmo haciendo seña con la mano, parta que se alejara.

Encarna estaba ansiosa por seguir leyendo, pero detuvo su lectura para cenar, luego se ducho y se acostó nuevamente no tenía ni una pisca de sueño, estaba dispuesta a leer hasta la última hoja de ese diario.

“Cuarto día en esta ciudad, anoche no pudimos escaparnos, pero esta noche lo haremos. Terminanos de cenar y cuando se descuiden nos vamos”

Encarna cerró el libro sin poder seguir leyendo, ¿por qué haría eso su hija, ¿sería la edad? ¿Se dejó llevar por otras compañeras? Abría y cerraba el diario, sin animarse a seguir leyendo.

“Hay mi diario querido, anoche conocí al amor de mi vida, el hombre más apuesto que una mujer haya conocido, un ser encantador, un hombre que sabe cómo tratar a las mujeres, ¡hemos bailado y también me dio un beso! Uno de esos besos que te hace levantar los pies de la tierra. Tomamos unos tragos en la terraza del hotel y me deje llevar por sus encantos. Se que estuvo mal, pero sé que jamás conoceré a otro hombre como él. Me conto de su país y yo le conté de mi hermosa ciudad, me invito a su país, por supuesto no acepte, ya que mis padres jamás me dejarían viajar con él. Me enamore locamente y sé que el también de mi”

Encarna se levantó de prisa de la cama comenzando a caminar por la habitación, sin poder creer lo que su niña escribía en ese diario. Ese desgraciado, la había enamorado.

—¡Infeliz! Grito. ¡Mi niña tenía dieciocho años! No sabía si llorar o romper todo, la ira se había acumulado en su cuerpo a tal punto que deseaba matar a ese hombre. Respiro varias veces y se recostó en la cama para seguir leyendo.

“Quinto día, hoy veré nuevamente al hombre que me tiene loca de amor, no puedo seguir escribiendo porque ya me voy son la una de la madrugada y la mayoría está durmiendo hoy caminamos mucho y están cansados menos mi amiga y yo que saldremos a bailar”

Aunque la madre se imaginaba el resto del relato deseaba leer todo, pero entre el dolor de cabeza y la bronca contenida, cerro el diario durmiéndose solo pensando en su hija y maldiciéndose por haberla dejado ir a ese viaje.

Javier como no recibía noticias de Emma la llamo, preocupado.

—¿Hola Javier como estas? Y al sentir la voz de ella el cambio el rostro dibujándose una sonrisa en el rostro.

—¿Hola mi niña, como van las cosas, está el nombre de tu padre?

—Mi abuela sigue encerrada en la habitación, ni sale para comer- respondió

Emma.

¿Dile a Daniel que la observe, aún no termino con ese diario?

—No dice nada, le llevo la comida y ni habla, pero la pobre tiene una cara y Daniel se queda a dormir en casa de Felipe tiene miedo de que se enferme.

—¿Cuánto hace que está ahí?

—Cuatro días ayer me dijo que hoy termina, me dijo.

—La semana que viene voy, espérame.

—¡Te extraño tanto! Emma deseaba tenerlo cerca y aunque sabía que pronto estarían juntos el tiempo que faltaba se hacía interminable.

—¡Lo sé! Ya falta poco mi vida.

Encarna esa noche sentía la necesidad de terminar con ese calvario y se propuso terminar de leer, no dormiría si fuera necesario.

“Sexto día y hoy será el gran día, lo pensé y me entregaré en cuerpo y alma a este hombre. ¡Me invitó a su habitación y acepte!”

La cara de la pobre Encarna era de terror no sabía si seguir leyendo, cerro un minuto el diario y tragando saliva volvió a abrirlo. Sin saber si llorar o gritar.

“Aún estoy temblando por la noche que pase, hicimos el amor toda la noche fue un caballero y me prometió volver a buscarme. Se que mis padres se volverán locos, pero me iré con él a donde quiera llevarme, lo amo. Jamás pensé encontrar a un hombre como el gentil y tan atractivo. Por supuesto que me cuidé y él también lo hizo”

La madre se encontraba desolada, al leer eso, ¿que se había cuidado? Por Dios quería tener delante de ella a ese infeliz. ¿cómo pudo su hija entregarse a un extraño? ¿Como pudo creer que el volvería por ella? Cuando se hizo mujer habían hablado como amigas, pero quizás eso no alcanzo, me explique mal, no supe cuidarla. Maldecía Encarna. ¿La culpa quizás fue mía? No tendría que haber permitido ese viaje, repetía una y otra vez. A las dos de la mañana con la casa en silencio bajo lentamente la escalera a buscar un vaso de jugo, luego volvió por sus pasos encerrándose en la habitación.

“Última noche y hoy me despedí del, llore como una criatura, el me abrazo contra su pecho volviendo a prometer que volvería por mí, mi amiga me dijo que no lo voy a ver más, seguramente lo dice de envidia yo sé que el

volverá”

Encarna observó que de esa página saltaba a cuando ella llegaba a su casa, observo bien el diario comprobando que le faltaban algunas hojas.

Javier en su ciudad se encontraba muy nervioso, Emma apenas había respondido a sus mensajes y temía que algo malo pasara. Era viernes a la noche y llamando a su amigo Francisco lo invito a tomar algo en el bar de costumbre. Tenía necesidad de salir de su departamento y olvidarse de los problemas que daban vuelta por su cabeza.

Al llegar lo primero que vio fue la cara de Patricia y por primera vez su presencia no le disgustó, acercándose a ella la beso en la mejilla y cuando se estaba por retirar ella lo tomo del brazo mirándolo a los ojos.

—Quédate, me han plantado. —Él la miró y sentándose susurró:

—Estoy esperando a Francisco, cuando venga me voy. —Ella asintió con la cabeza y comenzaron a conversar.

El tiempo fue pasando y el amigo nunca apareció. Luego de varias copas los dos entraron en confianza al igual que tiempo pasado sintiéndose cerca, muy cerca. Abrieron su corazón contándose hasta las sensaciones y sentimientos más íntimos. En un momento dado, Javier se retiró al baño y mojándose la cara en el lavatorio del baño reaccionó.

—¿Qué estoy haciendo? Dándole esperanzas de un amor que jamás podrá ser.

Cuando volvió a la mesa Patricia había pedido otra ronda y se olvidó de lo que minutos antes pensó. Cuando se dieron cuenta se encontraban solos en el bar y los mozos los miraban con cara de pocos amigos.

—Vamos, creo que nos van a echar —dijo cortando las palabras ella, sonriendo.

Javier pagó lo tomado y los dos tomados del brazo salieron del lugar. Cuando llegaron al estacionamiento ella quiso abrir la puerta del suyo y al no poder abrirlo los dos rieron a carcajadas, la tomo de la mano mirándola a los ojos.

—Yo te llevo, he tomado, pero estoy en mejores condiciones. Patricia se alejó y lo señaló con su dedo índice.

—Párate en un pie —ordenó. Y él muerto de risa quiso hacerlo y casi se cae de bruces a piso si no fuera por un policía que se acercó a su lado y lo tomó del hombro. Los dos se sobresaltaron por su presencia y el agente movió su cabeza en señal de desaprobación.

—Ninguno de los dos manejará esta noche. Señalo levantando la voz. Patricia se corrió al lado de Javier tomándolo de la mano.

—Tienes razón, tomaremos un taxi. Adujo Javier, tartamudeando, el policía se encargó de parar uno y hacerlos subir, maldiciendo por verlos en ese estado.

Cuando llegaron al departamento de Javier los dos bajaron como pudieron, abrazados para sostenerse y muertos de risas, el conserje los miró y sonrió, hacía mucho tiempo que no veía a Javier en ese estado. Luego de abrir la puerta Patricia estaba muerta de sueño, el galleguito la acomodó en el sillón de entrada y ella sacándose los zapatos se tapó con una manta que él puso en sus manos durmiéndose. Él se duchó y se acostó en su dormitorio, sin pensar en nada ni nadie. A la mañana siguiente cuando abrió los ojos al instante recordó la noche y al estirar los brazos sintió que alguien se encontraba a su lado, abrió grandes los ojos y vio a Patricia desnuda durmiendo. Saltó de la cama imaginando que habían tenido una noche de placer y se quiso matar.

Se maldijo, mirándose el cuerpo comprobó que solo tenía puesto el bóxer, se arrimó a la cama y observó otra vez a su acompañante completamente desnuda, se alejó internándose en el baño una ducha tibia y muy larga obligaron a su mente a resucitar de una noche llena de alcohol.

Cuando salió ella seguía dormida y aunque se resistía a mirarla sus ojos dibujaron sus curvas en solo un segundo. Se arrimó a su lado y tapó como pudo su cuerpo y con una mano tocó su cabeza tratando de despertarla.

Patricia abrió lentamente los ojos y le sonrió.

—Vamos debes irte es tarde- confirmó él.

—Tuvimos una gran noche- respondió ella, él abrió sus ojos observándola.

—Decime que no pasó nada- manifestó pasándose la mano por la barbilla.

—Pasó de todo. Estuviste genial. —Él abrió su boca y ella no pudo retener la risa.

—¡Mentira! No pasó nada, no sé porque estoy en tu cama, pero tranquilo, solo somos amigos —afirmó ante un respiro profundo del, luego ella se levantó desnuda entrando al baño, ante un Javier que se tapaba los ojos, para no mirar.

—Cámbiate rápido que hare una taza de café- grito el saliendo de la habitación.

Después de un succulento desayuno ella se retiró, no sin antes darle un beso en la mejilla.

—¿Amigos? —Quiso saber ella apoyando sus dedos sobre el pecho de él.

—¡Amigos! Cuídate, nos hablamos —confirmó haciendo un mohín.

Apenas cerró la puerta de su departamento Javier sacó el celular de su bolsillo y ya que Emma no respondía los mensajes directamente la llamó.

Encarna se encontraba al borde de un ataque de nervios, cuando comprobó que unas páginas faltaban e igualmente siguió leyendo.

“Hoy me desperté vomitando, pido a Dios que algo me haya caído mal, pero mi cuerpo y mente me dice que algo hice mal, presiento que estoy embarazada. Quiero morirme, el hombre que prometió venir a buscarme no lo hizo, mi amiga tenía razón solo se aprovechó de mi inocencia. ¿Como decirles a mis padres mi estado? Me siento una estúpida por haber creído en él”

Encarna soltó el cuaderno de sus manos largándose a llorar sobre la cama. Maldijo a ese hombre que la llevo a su hija a cometer la locura de entregarse a él. Ella solo era una niña que creyó en sus palabras y el con las astucias de hombre mayor se aprovechó. Se sonó la nariz y con dedos temblorosos tomo el diario nuevamente. Suspiro y dio vuelta la página.

“¡Hay José como te amo! Seguramente vos ya me olvidaste. Tendré a tu hijo si estoy embarazada, aunque todo el mundo se oponga. Él no tiene la culpa de nada y lo amaré más de lo que te amé a vos. El seguramente no tendrá nunca tu apellido un apellido que se es importante, pero tendrá el mío”

Encarna se apuró a leer para saber más de ese hombre y lo que descubrió hizo que todo su ser se impregnara de ira y una furia que no podía ni quería controlar.

“Con ayuda de mi amiga, me enteré de que en tu país sos famoso, que estás casado y sos un empresario, que manera de mentirme cuando me dijiste que vos no eras conocido, solo acompañabas a un empresario amigo. Sé que tu nombre es José Luis Sánchez Rodríguez y vives en Madrid no en la ciudad que dijiste. Podría buscarte y hacerte un escándalo, pero no lo haré lo menos que quiero es lastimarte y créate un problema con tu familia, toda la culpa fue mía debí hacer caso a los consejos de mi madre”

Encarna se levantó y comenzó a llorar se tomó la frente con una mano y maldijo por vigésima vez a ese tal José. Al segundo la sangre se le heló y se tapó la boca con la mano repitió ese nombre en voz baja y tragando saliva llamo a su nieto Felipe por celular, este que se encontraba en su casa haciendo cuentas del negocio familiar, acudió rápidamente a su encuentro.

—Abuela ¿puedo pasar? —preguntó despacio golpeando su puerta.

—Pasa mi niño- cuando este lo hizo la noto acongojada- cierra la puerta, ven siéntate- lo insto señalando un sillón- quiero que leas este nombre y me digas que no es lo que estoy pensando. Pidió.

Felipe leyó dos veces el nombre mencionado en el diario y se puso blanco, miro a la abuela y volvió a leer.

—¡Me quiero matar! Exclamo. Espera, no nos apuremos quizás es otra persona con el mismo nombre. Y suplicaba a Dios en silencio, que así sea.

—Ya mismo debo hablar con este desgraciado-afirmo la abuela, el nieto la miro.

—Y cómo crees que conseguirás su número? Si es muy conocido no podrás.

—Sí que podré moveré cielo y tierra, pero lo conseguiré- Felipe se paró, comenzando a caminar en círculo por la habitación, pensativo, mientras su abuela se encontraba perdida en sus pensamientos.

—Ya sé lo que haremos- acotó el nieto, Encarna levanto la vista del diario, observándolo.

—Alam, él sabe manejar la computadora como los dioses déjame a mí, abuela por favor no le comentes nada a mi hermana antes de estar seguro, promételo?

—¿No diremos nada, pero sabes lo que esto implica si ese él es padre?

—¡Dios! ¡Sí que lo sé! Pobrecitos de los dos.

—¿Ya no me amas? ¿Por qué no respondes mis mensajes? —Quiso saber Javier.

—¡Hola mi vida, te amo! Solo que la abuela sigue encerrada leyendo ese maldito diario. Confeso Emma al escuchar la voz de su amor.

—¿Aún no termino? Me da lástima Encarna pobrecita.

—Espero que hoy termine porque estoy muerta con tanto trabajo.

—¿Te estas portando bien? Averiguo ella y él se puso cerio.

—Claro que sí, espero que vos también y para que veas lo mucho que te amo, está tarde salgo para allá. Javier la extrañaba horrores ya quería tenerla entre sus brazos.

—Me alegro mucho te esperaré. Manifestó Emma sonriente.

Luego de hablar una hora con su amor Javier cortó la comunicación. Llamó al padre comunicándole su deseo de viajar esa misma tarde a Argentina.

—Ve mi niño, no hay problema las negociaciones están muy avanzadas. Disfruta de tu amor, cuando llegues me llamas. Buen viaje.

Javier preparó su bolso y guardo los regalos que siempre llevaba para esa familia que quería como si fuera del. El regalo de Flor lo compraría apenas llegar a la ciudad de Cariló.

Emma se encontraba feliz y sonreía sola, de solo pensar que su amor en horas estaría junto a ella, enfrascada en sus pensamientos la encontró la abuela entrando a la cocina, cuando su nieta se dio vuelta y la vio sus labios esbozaron una inmensa sonrisa.

—Por fin abuela, se te extrañaba – Encarna se acercó a ella abrazándola, muy fuerte, causándole sorpresa, la nieta se retiró de su lado, observándola.

—¿Estás bien? ¿Encontraste lo que buscabas?

—No mi niña- mintió- me canse, mañana sigo, dime las novedades en la cocina.

Después de comunicarle a la abuela las novedades, Encarna poniendo la pava para el mate, se dio vuelta.

—¿Y por qué estás tan contenta? —La nieta la observó—. Me lo dicen tus

ojos.

—¡Porque mañana llega Javier! Tengo muchas ganas de verlo.

—Bueno me alegro mucho —expresó tratando de sonreír, aunque en el fondo de su alma, ya no sabía lo que sentía por él.

Javier llegó a la mañana temprano, espero que abriera la veterinaria de la ciudad y cuando lo hizo compro una camita y todo lo necesario para un perro, el hombre le ofreció un cachorro que tenía a la venta, pero él se negó y salió contento con lo comprado. Camino por esas calles con nombres de árboles y plantas, aspirando su aroma a cada paso. Había aprendido amar esa ciudad sintiéndola como suya, sus calles de arena, sus playas de más de trescientos metros de ancho, el rumrum de las olas a sus pies cuando caminaba con Emma por las noches, de pronto miro hacia arriba y miles de estrellas lo saludaron, al pasar. Había solo alumbrado público en zona comercial y no se veía ni un solo cable colgando, todo era subterráneo, al caminar por esas calles una inmensa

tranquilidad, te daba la bienvenida, este será mi próximo hogar, meditaba llegando a la casa de su amor, divisando el dúplex tipo cabaña, entre varios pinares.

Felipe y Encarna no podían dejar de pensar en ese nombre, todo les salía mal, a él las cuentas y Encarna dos veces tuvo que preparar una comida porque se le quemó.

Apenas poner la llave en la cerradura de la puerta pepito lo saludo a un Javier que llegaba sonriente, vestido con jean y remera negra, en su país dejó al empresario. En esa ciudad solo era un muchacho más.

—Encarna llegó Javi. Encarna llegó Javi —comenzó a gritar y el visitante, hundió un dedo en la jaula para que Pepito se lo besara.

Todos salieron a recibirlo. Emma corrió a su encuentro trepándose a su cuerpo como un coala mientras él tiraba todo lo que llevaba en sus manos para abrazarla y besarla con todo el amor del mundo.

—¡Te amo! ¡Te amo tanto! Repetía él ante la mirada de Felipe y Encarna que ocultaban en su corazón una duda que los estaba matando.

—Yo también, no te vayas más, por favor. Suplicaba Emma pasando sus dedos por su mejilla.

—¡Falta muy poco y nos separaremos nunca más! Te lo prometo.

Felipe tragó saliva frunciendo el ceño, tenía que saber pronto si el nombre que encontraron en el diario era quien ellos pensaban, la duda los estaba enloqueciendo, pero debían estar seguros antes de hablar. Javier de reojo observó las caras de su amigo y abuela e intuyó que algo sucedía. Cuando terminó con los saludos con su niña, se acercó a la abuela y el abrazo tan grande que le dio casi le hace saltar las lágrimas. Felipe también lo abrazó y besó en la mejilla.

CAPÍTULO 12

—Me alegro de que estés entre nosotros, amigo. Manifestó el hermano de Emma tomándolo de los hombros.

—Me encuentro feliz de estarlo. La poca efusividad de Encarna fue advertida por la nieta. Apenas Javier entro a ducharse y cambiarse está se lo hizo saber.

—¿Pasa algo con Javier? La abuela se dio vuelta y la observo.

—Nada mi niña, me encanta que el venga, solo que lo del diario me tiene de los pelos.

—Pensé que ya no lo querías. Afirmo.

—Emma él es buen niño, como no lo voy a querer, saca esas ideas de tu cabeza.

Apenas entrar al baño a ducharse Felipe se escabullo a la habitación donde se duchaba el amigo y sigilosamente tomo su celular el cual se encontraba sobre la mesa de luz y rápidamente copio el teléfono del padre de este, luego lo dejo en el mismo lugar y salió sin hacer ruido. Apenas cerrar la puerta apoyo su espalda en la pared, suspirando. Mientras bajaba la escalera llamo al número y una voz respondió, corto velozmente la comunicación y guardo su celular. Cuando llego a la cocina Emma subía y lo miro, sorprendida.

—¿De dónde venís? —averiguó la hermana.

—Iba hablar con mi amigo, pero dejaré que se duche —respondió.

Emma entró a la habitación sintiendo caer el agua de la ducha y en un segundo desvistiéndose abrió la puerta del baño, corrió la mampara y vio a Javier totalmente desnudo.

—Te estaba esperando —dijo él sonriendo de costado, luego de entrar a la bañera cerro la mampara abrazándose a su cuerpo.

—Te extraño- afirmo Emma, el levanto su mentón con un dedo índice observándola.

—Debemos tener paciencia, pronto, muy pronto, estaremos juntos para siempre. Acotaba mientras sus labios se apoyaban en su cuello comenzando a mordisquearlo con suma ternura. Hacia tantos días que no hacían el amor que

el encuentro fue muy apasionado y lujurioso.

Felipe decidió que lo mejor sería viajar y hablar cara a cara con ese hombre. Así se lo hizo saber a su abuela que se resistía dejarlo viajar solo, pero luego de una charla muy profunda ella entendió que sería mejor que valla acompañado por su pareja, la cual acepto al instante. Le dirían a Javier que no apure su regreso hasta ellos volvieran. Aprovecharon la cena para hablar con Javier.

—Muy rica la cena abuela. Indico el galleguito limpiándose la boca con una servilleta.

—Gracias mi niño —musitó Encarna—. No sabes el postre que te preparó tu niña.

—Amigo debo pedirte un favor —señaló Felipe observándolo—. Debo viajar a Madrid, como sabes tenemos unas inversiones allá y debo controlar, viajaré con Alan podrías quedarte dos días más? Así las mujeres no se quedan solas.

—No hay problema, esta vez no tengo apuro. Vayan tranquilos.

—Muy bien mañana mismo viajaremos.

La abuela se encontraba tan perturbada que apenas cenó. Felipe sospechaba que una tormenta detonaría sobre ellos y lo lamentaba porque quería a ese galleguito como a un familiar. Pero sabía que si confirmaba la sospecha que tenía sería el fin de todo. Y decidido que esa noche saldrían todos a divertirse, como hace tiempo no lo hacían.

—Está noche la abuela se quedará con Flor y todos nos iremos a tomar algo ¿qué les parece? —Emma, Javier y Alam sonrieron—. Pasaremos a buscar a Beba que la tenemos olvidada.

Encarna asintió con el cabeza justo cuando llegaba el novio y entraba en la conversación.

—Y nosotros nos iremos a la galería, a tomar un rico helado con mi novia y su hermosa nieta.

—Sí, sí, sí —gritó Flor y todos rompieron en una ruidosa carcajada. Mientras Daniel se sentaba al lado de la abuela y besaba su mejilla.

Cuando llegaron a pub de siempre el dueño enseguida se acercó a ellos,

queriendo hablar unas palabras con Javier, que cordialmente estrecho su mano.

—Debo hablar contigo —expresó sonriente.

—Tú dirás, ¿qué necesitas? —Quiso saber el galleguito tomando de la cintura a su novia y ante la mirada atenta de su amigo y la pareja.

—Hay un hombre que está interesado en ti —soltó. Todos lo miraron y el dueño del pub se puso serio—. Perdón, me exprese mal —balbuceó— quieren contratarte para cantar en Buenos Aires.

—Que bueno, ¿quién es? —interrogó Javier.

—Es un manager que te escuchó una noche acá en mi local, ya vino dos veces a preguntar por vos, representa a varios artistas, antes de irte te doy su teléfono y hablas con él. Javier asintió, dando las gracias.

Todos se quedaron con la boca abierta y todos se miraban, hasta que Felipe dio un gritito de alegría.

—¡Vamos amigo, creo que tu sueño se cristalizara!

—No lo puedo creer, aún no me lo creo- decía Javier incrédulo.

Luego de sentarse con otros amigos que encontraron en el lugar, insistieron para que suba al pequeño escenario a cantar algunas de sus bonitas canciones. El galleguito al observar que su novia susurraba en su oído que cantara, se levantó lentamente y besó su frente antes de subirse a tomar una guitarra que un hombre ponía en sus manos sonriente. Acomodo su cuerpo sobre un taburete y comenzando a afinar la guitarra meditaba que cantar y se decidió por una canción que le gustaba mucho y hacía tiempo había compuesto luego de conocer al amor de su vida.

*Ya no duele porque al fin ya te encontré
Hoy te miro y siento mil cosas a la vez
Mira si busque, mira si busque.*

*Tengo tanto que aprender, todo lo
Que tengo es tu mirar.*

*De mis recuerdos salen brisas a bordar,
Las locuras que tú me quieras regalar.*

*Mira si busque, mira si busque,
Tengo tanto para dar.*

Desde cuando te estaré esperando...

Al terminar la última estrofa de la canción los aplausos no se hicieron esperar, Emma emocionada se levantó a aplaudirlo de pie. Todos los presentes pedían otra más y él al mirar sobre un costado observo a un hombre de traje observarlo serio y a su lado el dueño del pub. Esa noche canto cinco canciones y al terminar se sentó junto a su novia y amigos que le palmeaban su espalda felicitándolo. A los diez minutos se presentó un hombre entregándole una tarjeta, él se paró saludándolo y tomando la tarjeta entre sus dedos, se dirigieron a la barra por tragos. Javier escuchaba atentamente como el hombre se ofrecía a representarlo, era representante de varios cantantes y al escucharlo una noche por casualidad no dejo de buscarlo. Javier, aunque se encontraba feliz no se creyó mucho lo que le dijo y antes de terminar la conversación agendaron sus teléfonos prometiendo que se hablarían a la brevedad.

Esa noche fue increíble todos se divirtieron a rabiar, Alan y Felipe se cansaron de bailar y Javier y Emma, aunque algunos temas eran para moverse a full ellos los bailaban lentamente abrazados, mimándose, amándose y desnudándose con la mirada.

—No sabes lo noche que este hombre tiene preparada para mi amor- susurro el galleguito en su oído, haciéndola estremecer.

—Y vos no sabes lo que esta pastelera te hará- susurro ella, con picardía y el deliberadamente apoyo su cuerpo sobre el de ella refregando suavemente su bulto sobre su pelvis. Los dos rieron con ganas y él tomándola de una mano la hizo girar para observarla mejor, regalándole su mejor sonrisa.

Esa noche llegaron a la casa muertos de risa los cuatro, Javier feliz por la propuesta y porque esa noche tendría una increíble noche de amor con su niña y Felipe con algunas copas de más se había olvidado de su viaje a primera hora a Madrid. Alam puso la alarma del celular y mientras su pareja dormía preparo el bolso, se ducho y tomo un café. Espero tres horas y llamo a Felipe que se quería morir por las pocas horas que había podido dormir.

—Vamos arriba, que el avión no espera —gritó y el novio corrió a ducharse. Ya en el avión Felipe se durmió, mientras que Alan solo pensaba con qué se irían a encontrar.

Apenas bajar del avión se dirigieron a comer algo, Felipe llegaba a ese país con el estómago todo revuelto. Alan se sonreía y él se enojaba. Cuando se sintió mejor buscaron un hotel para hospedarse a primera hora de la mañana irían a ver a ese hombre.

—¿Qué piensas? —averiguó Alan mirando a su pareja, que se encontraba apoyado en la ventana del hotel observando las luces de esa hermosa ciudad.

—En mi hermana y si lo que pienso es cierto querrá matarse- paso una mano por su pelo y girando la cabeza lo miro- y también en mi amigo- volvió a girar la cabeza- yo lo quiero y no es justo que se separen, susurro. Alan se levantó del sillón a unos metros del y acercándose y lo envolvió con sus brazos, apoyando su cara en la cavidad de su cuello.

—No te tortures no me gusta verte así, mañana veremos qué pasa- dijo con voz gruesa apretando su cuerpo al del- vamos a acostarnos deseo amarte- Felipe se dio vuelta y puso sus manos sobre su torso sin dejar de mirarlo, sus labios se unieron a su amor perdiéndose en un beso lleno de lujuria y pasión.

Felipe iba caminando al lado de Alan y le transpiraban las manos, deseaba y rezaba para que ese hombre no fuera el que estaban buscando. Al llegar a la puerta de la dirección que tenían, la magnitud y dimensión de esa empresa los impresionó, pararon sus pasos y los dos se miraron.

—Lee otra vez la dirección, esto es increíble- manifestó Alan, al observar tremendo edificio y su pareja así lo hizo.

—¡Es acá! Adujo sin dejar de mirar hacia adelante.

—Tu amigo es millonario, aunque la verdad nunca lo dijo.

Felipe ya quería pegar media vuelta e irse, jamás podrían entrar, había custodia por todos lados. De repente vieron salir a cuatro hombres con trajes conversando y cuando con temor decidieron a entrar llegó otro hombre y llamo a uno.

—José hoy cenamos juntos no lo olvides. Afirmo y ellos giraron la cabeza observando al tal José, un hombre muy alto de aspecto muy distinguido.

Felipe sin pensarlo se acercó a él y vio que dos guardias de seguridad lo rodearon, el hombre lo miró desconfiando y él tartamudeó animándose a hablarle.

—¡Soy amigo de Javier! Alcanzo a decir cuando uno de los guardias iba a tomarlo del brazo para alejarlo. José levanto la mano y los guardias se alejaron una distancia prudencial para déjalos hablar.

—¿Pasó algo con mi hijo? ¿Quiénes son ustedes? Averiguo con arrogancia y muy serio.

—¡Debemos hablar, por favor! Javier está bien está en Argentina junto a mi familia. —José arrugo su frente sin entender nada.

—¡Yo no tengo nada que hablar con ustedes, alejense! —gritó y los guardias a los segundos los echaban de la vereda de la empresa, Alan lo miro a Felipe que no sabía que decir.

—¡Usted fue amante de mi madre veinte años atrás! —soltó y José se paró observándolo y luego se acercó a él susurrando.

—No me vengas con eso, hombre. Vete antes que te haga meter preso. Pero Felipe no estaba dispuesto a irse antes de hablar y aclarar todo.

—Mi madre tenía dieciocho años y estuvo con usted en un hotel en Buenos Aires, ¿no recuerda? ¿No recuerda el nombre de Blanca, una mujer de apenas dieciocho años?

A José se le vino a la mente esa muchacha tan joven, tan bella y la piel se le iriso, bajo la vista y luego clavo los ojos negros en Felipe, quedo minutos observándolo y dio la orden que los suelten, volvió sobre sus pasos y con un movimiento de mano les señalo la entrada de la empresa, Alan y su pareja lo siguieron y luego de unos minutos entraron en una oficina que era más grande que toda la casa de ellos. José de mal modo cerró la puerta y apoyando sus cachas, en un gran escritorio, con una mirada los invito a sentarse.

—Ustedes dirán. ¿Qué quieren saber?

Felipe con temor levantándose saco de su bolso un diario entregandoselo. José lo tomo, se levantó y se sentándose en un sillón detrás del escritorio, abrió el diario y vio marcada una página, la leyó achinando sus ojos y luego miro a los presentes sin hablar.

—¿Cómo sabes que este soy yo? —adujo, señalando con su dedo la página,

marcada.

—No sé, pero lo voy a averiguar, mi madre cuando se acostó con usted era virgen- José trago saliva- y de esas noches de pasión nació mi hermana. La cara del empresario se transformó, quedando pálido.

—¿Y qué tiene que ver mi hijo con todo esto? —preguntó tirando el diario, sobre el escritorio y parándose desafiante ante ellos.

—¡Tiene todo que ver, porque su hijo está enamorado de su hija! ¿Entiende ahora? ¡Ellos son hermanos! —Lo enfrentó Felipe.

—¡No puede ser! ¿Como sé que no mienten? ¡Ella no es mi hija! José comenzó a caminar por el espacio lleno de ira y remordimiento, con un puño cerrado.

—¡Claro que lo es! Usted debe hacerse un ADN. O yo mismo me encargaré de hacerle la vida un calvario, sin decir que lo denunciare a todos los medios del país.

José se tomó la cabeza con las manos y cerró los ojos. El pasado estallaba como un huracán, en su vida prometiendo destruir su presente. Él sabía muy bien que esa chiquilla con la cual paso noches fogosas de pasión era virgen, la recordaba siempre. Porque a su manera la había amado, pero prefirió su reputación, sus negocios y su familia. No se animó a dejar todo por ese amor, aunque siempre supo que ella quedaría marcada para siempre. Fui un cobarde, se dijo en silencio. Los miró a esos dos muchachos que esperaban su respuesta y reaccionó.

—Me haré el ADN, pero a cambio no quiero que mi niño se entere de nada. La risa sarcástica de Felipe no se hizo esperar.

—¡Usted no está en condiciones de exigir nada! Usted mismo se lo dirá, cuando tengamos los resultados del examen. ¡Y usted viajará a Buenos Aires para hacerlo!

—No, los haremos acá, en mi país —ordenó José.

—No, yo pondré las reglas mañana mismo viajará a Argentina, si no lo hace hablaré con la prensa —sentenció enojado Felipe.

—Está bien viajaré mañana mismo.

Felipe tomó el diario de su madre y con su pareja que no podía creer como se había desenvuelto ante José se retiraron. Antes de cerrar la puerta de la oficina el hermano de Emma se dio vuelta.

—Lo espero en el hotel donde estuvo hospedado su hijo en Argentina, mandaré a llamar a mi hermana. José pálido como un papel solo atino a inclinar su cabeza asintiendo.

El padre de Javier se sintió morir. Llamó enseguida a su abogado comentándole lo sucedido y a la media hora hacían planes para su viaje.

—¿Quieren dinero, por qué no le ofreciste? Te hubieras librado de este inconveniente. Aducía el abogado y amigo, sirviéndose una taza de café.

—¿Y si es mi hija? Mierda que mal hice las cosas. Gritaba José encerrado en su oficina.

—¿Pero no recuerdas a esa niña o sí?

José lo miró fijamente a los ojos antes de responder.

—Claro que la recuerdo, jamás podré olvidarla, ¡la ame! —La cara del amigo se transformó en asombro—. Apenas la vi me enamoré, pero dime ¿qué podía hacer? Ella era una niña, recién recibida tenía una vida por delante y yo- bajo la cabeza recordando- un empresario lleno de problemas con una vida ya echa. Y una mujer que me esperaba en casa.

—Si la amabas como dices, no la hubieras dejado. Exclamo. ¡Y porque no te cuidaste hombre!

—Juro que me cuide no sé qué pasó. Acotó, apoyando las manos sobre el escritorio, pensativo. Sabes lo que más me duele que mi hijo conoció a mi supuesta hija y se enamoró- el abogado, abrió grandes sus ojos depositando su taza de café sobre el escritorio, anonadado de lo que escuchaba- si no me miras así, el putito destino quiso que se conocieran. ¡Solo para cagarme la vida a mí!

—Estas en un gran lío amigo mío, cuando él sepa no sé qué dirá o que hará.

Javier con Emma salían a caminar de la mano de Flor todas las tardes, por el bosque lugar favorito de los tres, entre pinos y acacias. Aspiraban la fragancia a eucaliptos y Flor reía al sentir los cuentos que Javier inventaba que ni él se los creía. Luego cansados volvían para merendar con la abuela que los esperaba con las delicias que Emma había hecho en el día. La abuela trataba de disimular su di justu con lo que había leído, en el diario y el nombre de ese empresario retumbaba en su cabeza todo el día, sin darle paz. Mientras tanto Javier y Emma vivían ese amor en plenitud, ajenos a la tormenta que caería

sobre ellos destruyendo su pequeño mundo de un plumazo.

Felipe tomo el primer vuelo hacia Argentina y se hospedo con su pareja en el hotel, que quedo en encontrarse con José. El problema era ahora decirle a la hermana que viajara, seguramente lo haría en compañía de su amigo y ahí la cosa se complicaría. Se decidió por hablar con su abuela y contarle su encuentro con el empresario y que ella con suma paciencia le contara a su nieta y Javier lo que sucedía. Como era de suponer cuando Encarna se enteró que ella era la indicada para para hablar con su nieta y Javier puso el grito en cielo. Pero asumió toda la responsabilidad y como siempre puso el pecho a los problemas aun sabiendo los enojos que esa revelación causaría. Así que una noche luego que Flor se durmiera los llevo a Javier y su nieta al patio trasero y con el corazón en un puño debió confesar lo que estaba aconteciendo.

—Hermosa noche llenas de estrellas- comento Javier tomando, un porrón de cerveza. Emma a su lado sonriente asintió con su cabeza. De pronto vieron llegar a la abuela y los dos la miraron, su cara expresaba inquietud y desazón.

—¿Te sientes bien? Averiguo su nieta, observándola.

—Si mi niña, solo que lo que voy a decirles me duele el alma.

—Javier dejo sobre una mesa la botellita y se sentó a su lado, sin dejar de mirarla.

—Dime que no estas enferma? ¡Por favor! Se intereso él y la abuela deseo estar enferma antes de confesarle lo que se había enterado.

—Estoy bien gracias a Dios. Carraspeo y comenzó a hablar.

—Ustedes saben que encontré el diario de mi hija, ¿no? Los dos asintieron, sin moverse, del lugar.

—Ahí encontré en nombre de tu padre Emma- está se puso derecha apoyando su espalda sobre el banco.

—Y saben que Felipe fue a España? Emma se paró de inmediato.

—¿Por Dios mi hermano se encuentra bien? Tuvo un accidente. La abuela levanto la mano haciéndola sentar.

—Tranquila, él está bien, Solo que no fue por las inversiones, les mentimos. Confeso. Su nieta y su novio la miraron sin entender el motivo.

—Fue a hablar con tu padre.

—A mí no me interesa saber quién es. No quiero saber nada del. Javier paso su brazo por sus hombros, con instinto protector.

—Lo que descubrimos les interesa a los dos —señaló la abuela, apenada.
—¿A mí? ¿Qué tengo que ver yo? Indago Javier.

Encarna se mordió una uña, justo cuando Daniel hacía acto de presencia.

—¿Qué pasa acá hay reunión? ¿Cómo está Felipe? ¿Llamó? —averiguó y al observar la cara de todos calló, sentándose al lado de su novia.

—Abuela por favor, dime qué tengo que ver yo en todo esto —clamó el galleguito, Daniel los miraba a todos sin entender nada.

—¡Hay mi niño me duele en el alma lo que voy a decir, pero debes saber que a pesar de todo yo te seguiré queriendo como siempre! —Javier se paró.

—¡Dí lo que tengas que decir!

—El padre de Emma parece ser que es... —Parecía que hasta los árboles del bosque habían detenido el movimiento de sus hojas, para escuchar la respuesta

— Es tu padre mi niño —susurró la abuela observando a Javier.

Emma se paró de un salto y se miró con su chico, Daniel abrió su boca, tomándose la cabeza y Encarna se largó a llorar.

—¿Abuela te volviste loca? ¿Qué decís? Quiso saber la nieta. Javier se encontraba en schok.

—El nombre que tu madre menciona en su diario es el del padre de Javier. Confirmo.

—¿Dónde está ese maldito diario? ¡Quiero leer el nombre de mi padre! —gritó el galleguito—. Él no haría nunca una cosa así, no, no, ¡imposible! - pronunciaba, al borde de un ataque de ira caminando y nervioso por el espacio.

—¡Se lo juro! Tu hermano dijo que mañana este hombre ira hacerse un ADN y tú mi niña debes viajar a Buenos Aires, para encontrarte con él. Emma no podía creer lo que escuchaba.

—¿Dime porque no me lo dijiste? ¿Porque lo ocultaste? ¿Yo tenía derecha a saber, no crees?

—¡Perdóname, perdóname quiero que esto termine porque creo que me volveré loca! —gritó Encarna parándose y Daniel la abrazo con todas sus fuerzas, contra su cuerpo.

Javier con su cuerpo apoyado sobre un frondoso árbol, se tapaba la cara no

solo por la actitud de su padre años atrás, si no de vergüenza por amar a su hermana. Emma lo miró largándose a llorar, de repente los dos levantaron la cara, observándose y sintiéndose morir. El destino les obligaba a alejarse, a olvidarse pues su amor era totalmente prohibido. Ninguno podía creer lo que habían escuchado de los labios de Encarna. Ambos se quedaron absortos en sus propios pensamientos, tratanto de buscar una solución al tremendo error que les prohibía ser felices.

Felipe viajó en el primer avión que salió hacia Buenos Aires, junto a su pareja. En su cara se reflejaba la angustia y bronca que no podía ni quería contener.

—¡Me quiero matar! ¡Como puede ser, pobrecitos! La culpa es de ese desgraciado, que no asumió su responsabilidad. Grito Felipe, ya sentado en el avión, mientras Alam trataba de calmarlo, aunque a él lo acompañaban los mismos sentimientos.

Mientras Encarna un poco descompuesta era atendida por su novio, su nieta arrinconada en el banco del patio trasero, daba rienda suelta a un llanto imposible de parar. Javier se internó en la habitación de ella y limpiándose algunas lágrimas preparó su bolso. Emma reaccionó y fue en su busca. Al entrar y verlo acomodar su bolso, el corazón se le rompió de amor.

—¿Ya te vas? —averiguó y él la miró de reojo.

—Te esperaré en el aeroparque, sacaré dos pasajes para Buenos Aires, cuando los tenga te aviso a qué hora sale el avión. —Emma se aproximó lentamente y él dejando el bolso sobre la cama, le sonrió como siempre, con esa sonrisa de costado la cual ella amaba—. ¿Qué debemos hacer? ¿Alejarnos para siempre? ¿No amarnos más? ¿Dímelo? ¡Y yo haré lo que tú quieras, lo que tu decidas! —pidió secando con el dorso de su mano unas lágrimas que no dejaban de caer de su hermoso rostro.

—¡No podemos! Entiéndelo —susurró tapándose la cara y negando con su cabeza.

—Me iré y no me verás nunca más —confesó él. Emma se abandonó a sus brazos y quedaron minutos eternos abrazados, el deleitándose con el aroma a su perfume canela, vainilla y miel y ella sintiendo que se moría de amor con esa separación. Javier apartó su cuerpo de su lado y tomó su rostro entre sus

dedos e inclinándose seco con sus labios, una a una las lágrimas que descendían por las mejillas de su niña—. Esperemos, quizás todo es una equivocación, ¿sí?

—¡Quédate! Ve a dormir a la casa de Felipe. Señalo Emma, paseando la yema de sus dedos por el rostro del.

—No, ¿sabes por qué? —Ella negó con su cabeza—. Porque me es imposible tenerte cerca y no tocarte. Pase lo que pase, jamás me sacaré esto —adujo Javier tocándose la llave que colgaba de su cuello. Ella acarició con sus dedos la suya mirándolo.

—Yo tampoco me la sacaré pase lo que pase.

Cuando él cruzó el umbral de la puerta de esa habitación, ella no se dio vuelta, no quería verlo partir. Lo observo por la ventana marcharse y reconoció que no era el mismo muchacho que vio llegar tiempo atrás y como con la fuerza de un huracán se metió en su vida. Se retiraba con la cabeza baja, con jeans, zapatilla y su guitarra al hombro. Emma sonó su nariz y apoyo una mano en el vidrio, los ojos se le nublaron de lágrimas sintiéndose desvanecer, con Javier se iba el amor de su vida, el que la hacía reír, el que cada tarde caminaba de su mano por ese bosque mágico, el lugar que los dos amaban, con su partida se esfumaban los sueños de formar una familia, antes de subir al taxi el giro el cuerpo y levanto la cabeza y al ver su cara por el vidrio de la ventana, con temor y tristeza levanto su suya, en un cálido y tierno y triste saludo.

CAPÍTULO 13

Encarna lloró a mares sobre el pecho de Daniel, sin que él pudiera calmarla. De repente se enderezó y lo miró.

—Voy a hacer el bolso, no dejaré que mi niña viaje sola, me iré con ella y veré la cara de ese hombre —afirmó.

—¡Encarna por favor! ¿Y la nena? ¿Quién la cuidará? —preguntó tratando de que cambie de parecer. Ella levanto la vista de la ropa que guardaba, observándolo.

—¡Vos! Daniel dio un paso atrás!

—No puedo! Debo trabajar, tengo pacientes que atender.

—¿No me harías ese favor? ¡Responde! Daniel movió su cabeza convencido que jamás podría decirle que no, en nada.

—Abuela estas segura, en querer venir? ¿Y si Flor llora con Daniel? Indagaba la nieta, viendo como la abuela intentaba comunicarse con Javier para que sacará un pasaje para ella.

—Yo la cuidaré tranquila Emma. Acotaba el novio de la abuela. Cuando está iba abrir la boca para responder, Encarna la miro.

—Yo iré, digas lo que digas.

—Está bien, solo te pido que te comportes. Sabía que su abuela al ver al hombre, que según ella había abusado de su hija, se volvería loca, aun sabiendo que la madre dejo escrito que se había entregado por amor.

Javier consiguió pasajes para la madrugada, a Flor le dijeron que viajaban por negocios y se quedó tranquila con Daniel al que quería mucho.

Apenas bajar del taxi, lo vieron a Javier en la puerta del aeroparque esperándolas, la abuela se acercó a besarlo en la mejilla, pero con Emma solo se miraron. El trayecto del viaje, ni se hablaron solo se dedicaron miradas que expresaban más de mil palabras, palabras llenas de tristeza, congoja y melancolía. Al bajar del mismo pidieron un taxi y los tres se encaminaron al hospital donde supuestamente los espera el padre de Javier, Felipe y Alam. Al entrar Emma se aferró al brazo de su abuela y las dos se miraron, Javier entro con la cabeza baja, con mil sentimientos encontrados en su mente. A unos

metros tres hombres los miraron aproximarse. Felipe fue al encuentro de su hermana y su abuela, las abrazo y estas saludaron a Alam con un beso en la mejilla. Javier vio a su padre sentado en un banco y se aproximó lentamente a su lado.

—¿Decime que esto que estoy viviendo es un sueño? ¿Dime que tú no eres ese hombre? Pregunto despacio, el galleguito observando a su padre.

—Hablemos afuera mi niño. Pidió. Javier miro al amigo, mientras se encaminaba afuera y levanto una mano en señal de saludo y este le sonrió con pena, el también deseaba que su padre no fuera el hombre que buscaban, aunque algo dentro del, decía lo contrario. Emma no quiso observar al padre de su novio, pero Encarna lo escaneo de arriba abajo.

Adelante del hospital se encontraba una plazoleta con bancos en los cuales dos se sentaron, el padre apoyo una mano sobre el hombro de su hijo y comenzó a relatar una historia digna de una novela, salvo que no lo era, era la vida misma.

—Hace muchos años atrás tuve que viajar a Buenos Aires, fue una reunión de negocios- el hijo trago saliva- y una noche en el hotel que nos hospedábamos aparecieron dos niñas hermosas- Javier movió la cabeza en señal de reprobación- y me enamore, como jamás lo hice- su hijo no pudo aguantar con el relato de su padre y se paró, sin dejar de observarlo- hijo entiéndeme, era joven y no pude resistirme.

—¡Calla, calla! ¡Por Dios papá era solo una niña! —gritó.

—Yo no la obligue a nada, solo nos amamos- a este punto del relato Javier quería que la tierra se lo trague- nos vimos unas noches y bueno luego tuve que irme- sostuvo el padre bajando la mirada, con vergüenza.

—¡Mentira! Tú le prometiste volver, tú te abusaste de su inmadurez- adujo señalándolo con el dedo- y ahora por tu irresponsabilidad me arruinas la vida a mí. Y engañaste a mi madre.

—Perdón hijo, juro que no sabía que estaba embarazada, ¡te lo juro!

—¿Por qué no volviste por ella? ¿Por qué? ¡Responde!

José levantando la vista al cielo para tratar de desviar una lagrima, pronto a salir y respondió.

—Porque fui un cobarde! ¡Porque peso más mi estatus que el amor, perdón hijo! Yo la amé, pero también sabía que tu madre me esperaba en casa- su hijo lo miro- si pudiera volver el tiempo atrás...- susurro, pero el hijo no lo dejo

terminar de hablar.

—¡No fuiste capaz de llamarla, solo era una niña enamorada, no pensaste en eso? ¡Tu dejaste de ser mi padre! ¡No quiero verte nunca más! Javier se tomó la cabeza con las dos manos, sintiendo que los latidos de su corazón saltaban de su pecho, luego se tapó la boca con una mano, para no gritar el inmenso dolor que sentía.

El padre se sintió destruido por las palabras de la persona que más amaba en su vida, sintió su nombre y giro la cabeza, Felipe lo llamaba. Aparto la vista de su niño y con la cabeza gacha entro en el hospital. Encarna se lo comía con la mirada, pero lo vio destruido, ya no parecía el mismo hombre de minutos antes. Cuando ella entro y lo sintió arrogante, con la cabeza alta, vestido con su traje impecable y su soberbia a cuestas. ¿Y ahora parecía otro hombre que había pasado fuera de ese hospital? ¿Qué le había dicho su hijo? Como Javier no entraba ella salió a buscarlo mientras su nieta y el padre del entraban a un cuarto donde le harían la prueba de paternidad. Felipe y Alam se quedaron comiéndose las uñas, esperando a su hermana.

Encarna se aproximó despacio al galleguito, el mismo se encontraba con el rostro bañado en lágrimas, se apretaba las manos y su mirada perdida en la nada. El estado de ese muchacho le dolió el alma, ella lo amaba como y el dolor del y de su nieta se hacía carne en ella, se limpió con sus dedos unas lágrimas sentándose a su lado. Javier la miro de reajo y se dejó abrazar por Encarna, que estirando el brazo trato de contener el gran dolor e impotencia que sentía.

—¡Estoy destrozado! ¿Porque nos pasó esto? ¿Dime que mal hicimos? Pregunto el, lleno de angustia.

—¡Nada mi niño, nada! Es el destino, mi vida, no llores- pedía sonándose la nariz, con una mano.

—¡Ahora que casi cumplo el deseo de cantar debo privarme de su amor, mierda! La amo abuela, la amo —susurró llorando como un niño, tapándose la cara con una mano—. ¡Mi padre confeso que se amaron, dime qué hago yo ahora! ¿Cómo viviré sin ella?

Encarna lo apretó más a su cuerpo, tratando de demostrarle con ese abrazo que lo quería como a uno de sus nietos, pero los sentimientos fueron más fuertes que ella y lloro junto a él. El recuerdo de su hija, la muerte de su esposo y la

tristeza con la que viviría de ahora en más su nieta y Javier si el ADN comprobaba las sospechas hicieron mella en ella y se sintió desvanecer. Al verla el galleguito que paro de llorar de repente la miro, se su rostro pálido y un breve temblor en su cuerpo, lo alarmo, se paró de inmediato y a los gritos llamo a Felipe, que al escucharlo salieron corriendo del hospital y al ver a su abuela en ese estado casi se desmaya. Javier en un segundo la alzó en brazos y con la ayuda de Alan que abría rápido la puerta giratoria del nosocomio a los gritos entraron. Dos médicos acudieron de inmediato con una camilla, la colocaron sobre la misma llevándola a revisarla.

—¿Qué fue lo que paso? —averiguó Felipe mirando a Javier que se encontraba nervioso.

—Imagino que son los nervios estábamos conversando y se descompuso.

—Disculpa amigo con lo que voy a decirte- dijo el hermano de Emma, observando a su amigo- a vos te quiero, pero a tu padre lo odio. Su pareja tomo su hombro con una mano, tratando de calmarlo.

—¡Tranquilo! Yo también lo odio- aseguro el galleguito, cuando de pronto vieron salir a unos de los médicos que entraron con su abuela de un cuarto.

—La señora se encuentra bien, solo fue un susto, le bajo la presión. Confirmo. Todos se tranquilizaron y esperaron veinte minutos hasta que vieron salir a abuela acompañada de una enfermera.

—Abuela me vas a matar del susto. Dijo el nieto tratando de bromear.

—¿Hay Encarna para rato, mi niño- susurro sentándose en una silla-ya salieron? Pregunto.

—Mira ahí salen- acotó Alam, señalando con el dedo índice.

Javier vio salir a Emma echa un trapito mojado, la tristeza se reflejaba en su rostro, se notaba que había llorado, Giro la cabeza y observo a su padre hablando con un médico, se acercó lentamente y alcanzo a escuchar que el resultado en unas estaría. Cuando el facultativo se alejó le pregunto a su padre.

—¿Tan pronto el resultado? Imaginé que tardaría días.

—No mi niño, el resultado estará dentro de unas horas. Sé que hice mal y que te arruine la vida- Javier bajo la mirada- pero si está niña es mi hija repararé el error del pasado. Javier levanto la cabeza mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Cómo repararás el error? —José iba abrir su boca para responder, pero

calló—. Imagino que con dinero, ¿no? Como le habrás pagado al médico para que apure el resultado.

—Muchas veces el dinero abre muchas puertas —respondió el padre— debes aprender eso.

—Espero que no hayas comprado el resultado —escupió Javier. El padre se sobresaltó.

—¡Jamás haría eso! Escúchame bien lo que te digo si ella es mi hija, deberás compartir todo mi capital con ella.

—Jamás me importo tu dinero y si fui a trabajar contigo, solo fue porque mi madre me lo pidió.

Después de decir esas palabras el galleguito se alejó de todos los presentes, el padre se quedó con su abogado y Felipe y familia salieron afuera. Emma lo vio sentado en un banco muy lejos y aunque su corazón pedía a gritos acercarse a él, se quedó junto a su abuela. Su hermano sabía perfectamente cómo se sentía su amigo y se acercó a su lado llevando dos gaseosas.

—Que lío amigo mío. Atino a decir sin mirarlo, al mismo tiempo que destapaba su gaseosa.

—¡Estoy desesperado, la amo tanto! Pensar que de ser mi mujer pasa a ser mi herma...- y callo porque lo que realmente significaba esa palabra lo destruía.

—Quizás no lo sea —susurró Felipe sin mucha fe.

—¡Lo es! Mi padre me lo confirmo, aún sin él saberlo, reconoció haberse acostado con tu madre.

Esa confesión fue como un balde de agua fría, en Felipe, que se paró inmediatamente y tiro con todas sus fuerzas la gaseosa contra el piso. Javier ni se inmutó, pero Alan se acercó rápidamente al verlo tan irritado.

—¡Lo voy a matar! Hijo de puta —gritó.

—¿Qué paso? No grites —pidió Emma ya a su lado.

—¡Él es tu padre! —Ella los miró a todos sin entender nada.

—¿De qué hablas? Hay que esperar los resultados. Acotó.

—Confeso haberse acostado con tu madre —susurró el galleguito con vergüenza ajena.

Emma se tapo la cara con las dos manos largándose a llorar. Felipe entro

corriendo al hospital para buscarlo a José, pero este ya no estaba, el que si estaba era el medico con un papel en su mano, esperándolos. Al verlo volvió sobre sus pasos para llamar a todos. Todos entraron menos Javier.

El momento que se vivió en ese instante fue muy intenso, Encarna fue la única que se animo a tomar el resultado de la mano del médico, mientras sus ojos cansados leían el ADN. A su vez el médico le extendió una tarjeta a Emma, quien se encontraba desolada y tremendamente enojada.

—¿Dónde está? —preguntó ella levantando la voz, después de haber leído la tarjeta en la que le pedía perdón y le daba su número de teléfono.

—Él se ha ido me dijo que le entregue esa tarjeta —confesó el médico.

—¡Cobarde! No pudo enfrentarme. Respondió justo cuando el galleguito entraba, observándola. Y Emma caminó unos pasos acercándose a su lado.

—¡Esta tarjeta me la dio tu padre, dile que mi padre murió! El jamás lo fue. Grito rompiendo la tarjeta en mil pedazos, arrojándola a sus pies.

—Emma, él no tiene nada que ver —declaró Felipe, mientras ella corría afuera.

—Déjala, está dolorida y tiene razón —manifestó el Javier observando a su amigo—. Me iré y jamás volveré.

—¡Lo siento mi niño, lo siento! Afirmo Encarna, con lágrimas en los ojos.

—Lo vi marcharse a mi padre-afirmo, con vergüenza- perdón por él, jamás pensé que el sería capaz de cometer semejante acto.

—¡Tú, mi vida no tienes la culpa de nada! Sentencio la abuela, tocándolo en el brazo, con el cariño que siempre le tuvo.

El galleguito antes de retirarse se acercó a todos besándolos en la mejilla, él había aprendido a amar a esa familia como si fuera suya y le partía el alma tener que separarse, pero debía hacerlo, por el bien de todos. Su amigo lo observo tan triste y desdichado que lo separo a un lado observándolo.

—Escucha amigo ve a buscar a mi hermana y hablen antes de marcharte, los dos necesitan una charla. Pidió Felipe y el amigo asintió con la cabeza.

—No querrá hablar conmigo- manifestó Javier de espaldas a él, con angustia y pesimismo. El amigo movió su cabeza en señal de reprobación, la separación de ellos le dolía como propia.

—Ve amigo o toda la vida te reprocharás, no haberlo hecho —insistió Felipe. Mientras el galleguito salía del hospital, mil pensamientos funestos recorrían

por su mente. ¿Qué le podía decir? ¿Que su padre era un desgraciado? ¿Que había arruinado la vida de ellos? ¿Que jamás podrían amarse? Todo eso era una verdad tan grande como el amor que ellos sentían. Al llegar al estacionamiento, observo como Emma sentada en un banco a metros del se limpiaba unas lágrimas que bañaban su hermoso rostro. Lentamente se acercó y se sentó a su lado, sin mirarla.

—Perdón por el daño que mi padre le hizo a tu madre y a ti- comenzó diciendo, ella ni lo miro, enderezo su espalda sobre ese viejo banco y con un pañuelito seco sus lágrimas- no sé qué decirte, lo único que sé es que debemos hablar- los dos se miraron- vamos a mi hotel, por favor- suplico.

—Ya no hay nada que decir- acotó ella, con y angustia y desazón.

—Por favor mi niña —suplicó.

Los dos se levantaron y Emma iba a dirigirse al hospital para avisar a su familia y el la detuvo tomando su mano.

—Ya sabe tu hermano que iremos hablar.

El camino al hotel se hizo interminable por el tránsito y por el mal humor de los dos. Al llegar subieron en el ascensor y rápidamente entraron en la habitación del. Javier abrió una botella de vino y sirviendo dos copas puso en la mano de ella una, sin dejar de observarla. Los dos se sentían angustiados. Javier la invito sentarse en unos sillones y comenzó a hablar, sabiendo que quizás nunca más se verían y sintió ganas de gritar de bronca y frustración.

—Mira mi niña- comenzó a hablar- yo sé que esto que sucedió lo cambia todo. Emma sintió en el tono de su voz, que más que una afirmación fue una pregunta. Levantó los ojos de la copa de vino.

—¡Claro que lo cambia todo! Tu y yo somos...- pero él no la dejo terminar de hablar.

—¡No lo digas, por favor! Lo sé, pero también debes saber que a mí no me importa nada.

—¿Vos estás loco? Ya no puede ser lo mismo —replicó levantándose y caminando hacia el gran ventanal. Javier la siguió y se detuvo tras ella, inclinó su cabeza e inspiró su perfume, ese que le nublaba la mente.

—¡Yo haría lo que tú me pidas! Me importa una mierda, nada. Dijo levantando la voz.

Emma se dio vuelta y apoyando la copa sobre una mesita, sus manos acariciaron el torso del hombre que amaba, luego sin dejar de mirarlo con los dedos de una mano acarició su mejilla, dulcemente y hablo.

—Quiero que sepas que yo te sigo amando, que Dios me perdone por ello, pero nada ni nadie hará que este sentimiento cambie- Javier también apoyo su copa sobre la mesa y sus manos se instalaron en los hombros de ella sin dejar de observarla.

—¿Entonces? ¿Qué haremos? Dímelo. Pidió

—¡Alejarnos para siempre! Lo nuestro es un amor prohibido, es un amor condenado al olvido.

—Nos veremos a escondidas! Nadie debe saberlo. Susurro el galleguito tratando de convencerla.

—No Javier! No podemos, nuestra conciencia no nos dejará vivir en paz.

—¡Sí! ¡Podremos, nos podríamos ir lejos, muy lejos, con Flor viviremos los tres juntos para siempre! Yo te amo, te amo tanto, no me rechaces por favor mi niña, no lo hagas, moriré de amor, ¡¡por favor!! Adujo limpiando las lágrimas que bañaban su rostro, con el dorso de su mano.

Emma sonó su nariz con un pañuelito que dejo sobre la mesa y lo abrazo, tan fuerte como pudo, el apoyo su cara en la cavidad del cuello de ella, sin entender porque la vida los separaba.

—¿Qué le diríamos a Flor? ¿Piensa en ella- pidió ella- Flor se merece vivir alejada de su familia? Ella no tiene la culpa de nuestra desgracia. Javier se enderezó y comprendió que ella tenía razón, aunque era muy doloroso admitirlo.

Los dos se mantuvieron la mirada, no hacía falta decir nada más pues sus ojos expresaban el dolor que los dos sentían al tener que separase. La vida y la mala acción del padre de ambos los separaba nuevamente, la primera vez el volvía cada quince días a verla, pero esta vez ellos sabían que, al irse, el jamás volvería. Javier acaricio el rostro de su niña con la yema de sus dedos y ella delinea con un dedo esos labios que la llenaron de amor por meses.

—¡Jamás te olvidaré, jamás! Afirmo el inclinándose y besándole la nariz.

—¡Yo tampoco lo haré! Se te va a extrañar mi poeta. Confirmo ella, sin dejar de observarlo.

—Necesito que me jures algo. Pidió él. A Emma la confundió su pregunta y el al ver su cara sonrió, sin muchas ganas. Luego sus ojos se depositaron en la llave que colgaba en el cuello de ella y con dedos temblorosos estiro un dedo acariciándola. ¡No te la saques! ¡Jamás!

—No me la sacaré y vos tampoco. Pidió ella casi sin vos.

—Segura que quieres esto? Averiguo el galleguito, apoyando sus dedos sobre la cintura de ella y suplicando que se arrepienta.

—No lo hagas más difícil de lo que es, por favor. Debemos separarnos- acotó ella congoja.

—Yo te esperaré- dijo el, con voz ronca- cuando tú quieras me llamas e iré a buscarte y si es necesario nos recluiremos en fin del mundo.

—Sabes que eso no ha de pasar- Emma levanto la vista encontrándose con los del que la miraban esperando un milagro, un milagro que jamás iba a suceder- no debe pasar. Termino de decir ella, en un medio de un lloroso, que no podía contener.

Separándose de él lentamente ella se acercó a la puerta, apoyo la mano en el picaporte y giro su cuerpo para mirar por última vez a ese muchacho que un día llego a su vida y sin permiso se metió en su piel hasta enamorarla. Javier se mordió el labio inferior y se pasó la mano por el pelo, sin poder creer que la perdería para siempre.

—¡No me llames, no me busques! Esto es el final —exclamó Emma.

Javier al sentir esas palabras sigilosamente se aproximó y sin decir nada, la abrazo. Fue un abrazo de despedida el último abrazo que daría a su niña, el amor de su vida y ella se abandonó en sus brazos olvidándose del parentesco de ambos. Él levanto su cabeza y su dedo índice tomó la barbilla de ella elevándola y tiernamente apoyó sus labios con tanto amor, que Emma se olvidó de las palabras que dijo. Javier la levanto en brazos y sin despegar sus labios entró en la habitación, la recostó en la inmensa cama y sin darse cuenta a los segundos los dos estaban completamente desnudos. Esa habitación fue testigo de la pasión y lujuria del encuentro, aunque su amor era prohibido para la sociedad entera, entre esas cuatro paredes ellos se desgarraron la piel, su amor iba más allá del qué dirán.

—¡Te amo! ¡Te amo! —repetía Javier. Entre gemidos, de ella y gruñidos y suspiros de él—. Está noche te amaré como jamás nadie lo hará. Manifestó Javier, poniéndose de rodillas a los pies de ella, buscando con su lengua su centro del placer.

Mientras ella se retorció de placer, el mordisqueaba y saboreaba su clítoris. Cuando sintió que ella iba a terminar sus labios sin dejarla reaccionar absorbieron todos sus jugos y ella sintió desvanecerse de felicidad. Luego sus labios subieron sobre su vientre besándolo a cada paso hasta llegar a la altura de sus pechos, cuando lo logro, atrapo un pezón entre sus dientes. Lo succiono muy despacio, excitándola otra vez, cuando sintió que otra vez se encontraba lista, se puso un condón y acomodando su pene erecto y duro como una roca se hundió en ella, haciéndola gritar. Sus caderas fueron meciéndose de tal manera hasta haciéndola terminar nuevamente. Pero él sentía que ella deseaba más y aguanto sus ganas para que ella siguiera disfrutando. Con apenas un solo movimiento el galleguito la giro y ella sabía muy bien lo que deseaba, acomodo su cachas en pompi y el pene del entro sin permiso, haciéndola suspirar. Javier la cabalga por minutos interminables, dándole lo que jamás le dio a nadie, no solo su amor sino su alma estera, mientras las yemas de sus dedos paseaban por su espalda, ella gritaba de placer, aferrándose con los dedos a las sabanas y el gruñía como un animal. Hasta que no aguanto más e inclinando su espalda hacia atrás esparció su semen en su lugar preferido. Luego los dos se acostaron en esa cama con sabanas de seda y olor a sexo, sus cuerpos sudados y con el corazón a mil se abrazaron, solo observándose, esa sería su última noche, sería la última vez que sus cuerpos se juntarían. Ninguno de los dos quería despegarse del otro. La vida otra vez los ponía a prueba, pero está vez sabían que no había vuelta atrás, lo de ellos era un amor condenado al olvido. Deberían amarse a la distancia, no podrían amarse, ni tocarse nunca más. Su amor era un amor totalmente prohibido. ¿Podrían vivir con tanto amor reprimido?

Javier se durmió pensando que jamás amaría a nadie más como a ella. Emma entrecerraba sus ojos recordando todos los maravillosos momentos que habían vivido juntos. Ella sentía tanta ira en todo su ser que quería matar a su padre, él era el único culpable de toda su desdicha. Pasó las yemas de sus dedos sobre el rostro que tanto amaba y suspiro.

—Debemos separarnos mi amor, para siempre —susurró llenándole los ojos de lágrimas.

Se secó las lágrimas con sus dedos y sin dejar de observar, como él dormía plácidamente, se levantó despacio sin hacer ruido. Se vistió rápidamente y tomando de su cartera un bolígrafo y un papel, escribió una notita que depositó sobre la mesa de luz de la habitación.

“¡Te amo! ¡Jamás te olvidaré, jamás! Fuiste lo mejor que me paso en la vida, no me llames, no me busques. ¡Que está noche quede en nuestra memoria como la mejor noche de nuestras vidas, te dejo la nueva imagen de Dhiagho que hicimos para nuestra empresa de catering, él te acompañara, te amo! Galleguito, no me olvides, porque yo jamás lo hare. ¡¡Adiós mi poeta!!”

Al depositar la pequeña nota sobre la mesita, la mano le tembló, no podía creer que jamás lo vería ni lo amaría. Sabía que lo mejor para todos era terminar con ese amor. Suspiro acomodó su pelo con la mano y a paso rápido llegó hasta la puerta, antes de abrirla giro su cuerpo y volvió a mirar al hombre que la hizo tan feliz. Él era tan hombre, tan dulce y amoroso que dejarlo le rompía el corazón. Oprimió el picaporte de la puerta entre sus dedos y sin más abriéndola, salió raudamente.

Cuando llegó en taxi al hotel donde se hospedada junto a su familia y el cual quedaba a solo unos minutos del de Javier, subió al ascensor y miro el techo del mismo, las lágrimas pedían salir a los gritos y ella en un acto desesperado las evitaba. Apenas entrar observo a su abuela mirarla de mal modo, algo que no era muy común en ella y supo que se encontraba enojada.

—¡Ya está no le veré más! Se terminó —dijo mirando a Encarna.

—No debiste acostarte con él, solo digo eso —le recriminó.

—¡Lo sé! No lo haré nunca más. ¿Nos vamos? —preguntó terminando de preparar su bolso.

Camino al aeropuerto el único que hablaba era Alan, los demás se encontraban sumidos en sus propios pensamientos. Esperaron una hora y por micrófono anunciaron que su vuelo estaba pronto a salir. Los cuatro se levantaron y

presentaron sus boletos, luego comenzaron a subir la escalera y de pronto algo le decía a Emma que se dé vuelta y así lo hizo.

Javier se encontraba a metros de ella, solo observándola con su bolso en la mano y mil te quiero guardados. Solo fueron segundos, segundos de miradas llenas de amor, desconsuelo y tristeza. El levanto su mano al aire regalándole por última vez regalándole esa sonrisa de costado que ella había aprendido amar. Emma al terminar de subir la escalera se detuvo y también levanto tímidamente su mano, sin poder dejar de mirarlo y balbuceo solo dos palabras, las mismas que también el pronuncio.

Javier a la hora de abordaba su vuelo que lo llevaría a su país, su corazón y su alma habían quedado en Buenos Aires, trago saliva con la vista perdida en la nada, sabiendo que el recuerdo de en su niña, lo llevaría en su mente por el resto de su vida. Jamás podría olvidarla, la vida otra vez le negaba el amor. Acaricio con la yema de sus dedos la llave colgaba de su cuello y sus ojos se humedecieron, con tan solo recordarla. El viaje se le hizo una eternidad y su mal humor se acrecentaba al pensar que su padre era el responsable de su infelicidad. Apenas llegar, tomo su bolso y bajo rápidamente la escalera del avión, al observar que el chofer de su padre se acercaba a él, detuvo su andar.

—Niño su padre me envió a buscarlo. Afirmo el hombre muy correcto.

—Dígale a mi padre que no necesito su chófer. Respondió, irónicamente, alejándose del lugar.

El pobre hombre se quedó parado, completamente desconcertado. Javier paró un taxi que pasaba por el lugar tomándolo. Al llegar a su departamento saludo al conserje con un movimiento de cabeza y subió al ascensor. Y lo primero que hizo al entrar fue tirar el bolso sobre el sillón del living camino hacia la heladera, la abrió y sirviéndose una copa de vino, se sentó en el sillón respirando profundamente. A la mente le vino la imagen de su tía y tomando el celular del bolsillo de su camisa la llamo.

—¿Hola, Javi sos vos mi niño? Averiguo ella.

—Hola tía, he vuelto, ¿cómo estas?

—Hay Javi querido siento tanto lo que pasó, tu padre está destruido. El entrecerró los ojos.

—¿Te contó? Dime la verdad ¿tú lo sabías?

—¡No, no mi niño! Juro que yo no sabía nada y tu madre tampoco.
—Mi padre me ha arruinado la vida- confeso, Javier- he perdido al amor de mi vida.
—Mi niño ella es tu hermana, piensa eso.
—La amo!! Me importa una mierda que sea...- dudo en decirlo.
—Ven a casa y hablaremos. Pidió la tía.
—Luego de descansar unas horas voy. Confirmo.
—Te espero, hare tu comida preferida.

Y así fue después de descansar unas horas, el galleguito se ducho y sacando su auto de la cochera se dirigió a la casa de la hermana de su madre. Estaciono y sacando su celular del bolsillo de su pantalón observo la pantalla. Quizás esperando una llamada de la persona que tenía obligación a olvidar. Cuando la tía vio estacionar un auto en la entrada de su casa, salió y se aproximó a su sobrino abrazándolo.

—Pero mi vida que carita tienes. Manifestó al ver la tristeza reflejada en su rostro.

La cena trascurrió casi en silencio, la tía lo quería tanto que le dolía el corazón verlo en ese estado, le conto como pasaba sus días entre plantas y recuerdos, pero el con la mirada en el plato de comida no reaccionaba.

—Mira mi niño- comenzó a decir, luego de terminar la cena- tu padre se equivocó- Javier levanto la vista recriminando con su mirada sus palabras- no me mal intérpretes, estuvo mal lo que hizo, pero nada puede hacer para remediarlo, debe darle el apellido a esa niña y lo que le corresponde por ser su hija. El galleguito se levantó de la silla observándola.

—¡Tía, tu no entiendes! Ella no quiere nada, ni su apellido, ni su dinero. Acotó
—¿Pues entonces dime, que quiere?

—Nada! Dijo levantando la voz. Ella tuvo un padre que la educo y la crio de la mejor manera. Ella se encuentra en una muy buena condición económica. No todo en la vida es el dinero.

—Siento mucho lo que paso, pero mi vida no hay nada que hacer los dos deberán olvidar lo que sienten. ¡El amor que sienten es prohibido!

—Lo sé, no nos veremos más- susurro- aunque nuestro alejamiento sea eterno y a pesar de todo nos seguiremos amando. La tía sintió tanto amor en las

palabras de su sobrino, que sintió ganas de olvidarse de una promesa que hizo años atrás, pero callo.

—Debes enfocarte en tu sueño, ahora que se venderá la empresa debes abocarte a eso.

—Mañana hablaré con mi padre- la tía lo miro- y decidiré que hacer de mi vida.

Al cabo de dos horas Javier abrazo a su tía despidiéndose y subiéndose a su auto se marchó. La tía entro a su casa y cerrando la puerta se encontró con la mirada del hombre que había escuchado toda la conversación. Ella tuvo ganas de gritarle en la cara lo que mantenía guardado bajo cuatro llaves en su corazón, pero a pesar de la tristeza que vio en los ojos de su querido sobrino y sabiendo que a pesar de todo lo ocurrido seguía amando a ese hombre, opto por callar, aun estando segura de que hacía mal al hacerlo.

Javier luego de salir de la casa de su tía, mientras manejaba por esas calles empedradas que lo habían visto dar los primeros pasos, sintió que su tía algo ocultaba, imaginaba que era un amor y se sintió feliz por ella. Cuando llego a su departamento era medianoche, guardo su auto en el garaje y subió al ascensor, apenas abrir la puerta del mismo, vio a Patricia sentada en un escalón de la escalera con una botella de vino en la mano. Los dos se miraron y ella se paró, mientras caminaba hacia el levanto la botella al aire y él sonrió. Se abrazaron ya dentro del departamento y sin hablar ella deposito sobre una mesita ratona la botella mientras él se alejaba a buscar dos copas.

—Por los dos. Dijo Patricia levantando su copa tocando la copa del.

—Por una buena amistad. Respondió el serio.

—En este momento no necesito una mujer solo una amiga. Confesó, el.

—¡Acá me tienes! Te quiero Javier confía en mí.

—Ven acá. Adujo el- depositando la copa que tenía en su mano, sobre la mesa y estiro sus brazos- y los dos se quedaron unos minutos abrazados.

—Ya te enteraste de lo ocurrido, me imagino quien te lo habrá dicho- averiguo el mirándola, mientras acomodaban sus cuerpos en un espléndido sillón de tres cuerpos.

—Si, tu padre se lo conto a mi padre y quise venir a verte.

—Te lo agradezco. Estoy muy triste, enojado con mi padre y desesperado porque he perdido para siempre a mi niña- susurro con nostalgia.

—Mira amigo- comenzó diciendo ella, tomando un trago de su copa- debes conseguir que tu sueño de cantar se haga realidad, encierra en un rinconcito su recuerdo y vive, pues ella hará lo mismo- termino diciendo levantando la cabeza observándolo.

—Ya no sé qué es lo que deseo- expreso el enderezando su espalda sobre el sillón.

—Javier a veces las cosas por algo no se dan- bajo la mirada, suspirando- sé que no la vas a olvidar, solo te pido que sigas con tu vida.

—Descansaré unos días, pero mañana mismo hablaré con mi padre. Comento indignado.

—Está bien, pero debes rehacer tu vida, sabes que Francisco y yo siempre estaremos a tu lado. Javier achino sus ojos sonriendo, ella también lo hizo sirviendo más vino en sus copas.

CAPÍTULO 14

—¿Qué me perdí? ¿Mi amigo y vos, pero si ustedes no se podían ver? ¿Qué paso? —Quiso saber.

—Nada una noche nos encontramos en el pub de siempre y saff- comenzó a reír- cupido nos flecho.

—Me alegro por los dos. Sabes de lo mucho que los quiero.

La conversación con Patricia se extendió por horas haciéndolo olvidar sin querer, su infortunio y dolor. Luego que ella se fuera, busco la tarjeta que un hombre una noche le había dado en el pub de Carilo y leyéndola nuevamente la dejo sobre la mesa de luz del dormitorio, se desvistió y entro a darse una cálida y larga ducha. Apoyo sus manos sobre las cerámicas y bajo la cabeza, la ausencia de su amor y saber que jamás podrían estar juntos le partía el alma. Cerro sus ojos y recordó su última noche juntos, su mirada, sus labios y ese cuerpo que lo volvía loco de placer. No quiero olvidarte y nunca lo haré, pero debo alejarte de mi mente. Lo nuestro es algo imposible debo soltarte, dejándote ir y tratar de sobrevivir con este dolor que me destruye el cuerpo y el alma. Pensó antes de salir de la ducha.

Emma llegó con su familia a su hermosa ciudad con el ánimo por el piso. Lo único que le daba alegría era ver a Flor esperándola, abrazarla y besarla. Como siempre su trabajo comenzaba muy temprano, el ruido de ollas, sartenes y los aromas de comida o su pastelería se mezclaban en el aire, las risas de las empleadas y la voz de mando de su abuela acompañaba la rutina diaria. Su hermano, dejaba su trabajo de sacar cuentas y se daba una vuelta cada mañana para observarla y tan solo verla a los ojos notaba su tristeza y sus ganas de llorar. Se acercaba y abrazándola la besaba en la frente sin decir nada, era su forma de demostrarle su cariño y acompañarla en su dolor. Encarna en cambio solo la acompañaba en el silencio de esas tardes de mates y bizcochitos. Beba su amiga con pretextos la obligaba a salir todas las tardes de la casa y caminar por esas calles de arenas que, con la solo idea de distraerla, pero el recuerdo de ese galleguito que con su mirada y su sonrisa irrumpió sin permiso un día en su vida enamorándola como jamás nadie lo hizo, seguía intacto en su mente. Cada rincón de esas calles escondía un recuerdo, un recuerdo difícil de

olvidar.

—Vamos amiga —decía Beba tratando de animarla- la vida sigue, Flor te necesita, debes seguir adelante por ella, por tu familia, por mí que te quiero, terminaba diciendo limpiándose una lagrimea.

—Lo sé, ya se me pasará, pero de algo estoy completamente segura jamás amaré a nadie más.

Cada noche Emma se encerraba en su habitación y lloraba por su amor. Un amor que desde el principio sin que ellos supieran, estuvo condenado al olvido. Cada mañana se levantaba con los ojos hinchados, de tanto llorar y sacando fuerzas de donde no tenía, cumplía con su trabajo. Ya había pasado un mes y a la insistencia de su amiga y su hermano, comenzaron a ir al pub de siempre, ahí entre risas y charlas el dolor y recuerdo dolía menos.

Javier decidió no hablar con su padre. Tenía miedo de increparlo y maldecirlo por lo ocurrido, mientras tanto José no sabía cómo comunicarse con él, no respondía sus llamados, ni mensajes. Iba a su departamento y no le abría la puerta hasta que una noche el padre se quedó sentado en la escalera que iba a su departamento esperándolo. Javier al salir del ascensor y verlo dio media vuelta para marcharse, pero él lo retuvo del brazo.

—¡Hablemos por favor! —pidió su progenitor.

—¿De qué quieres hablar? ¿De cómo me has arruinado la vida? ¿De que fuiste un cobarde, dejando a una niña sin padre? O de que engañaste a mi madre. ¿Dime de que mierda quieres hablar? Grito, fuera de sí. José bajo la cabeza

—¡De todo! Sos lo único que tengo, entiéndeme, no quiero perderte —suplicó.

Javier se dio vuelta y parándose frente a la puerta de su departamento abrió la puerta, luego giro su cuerpo observando a su padre.

—Pasa- pidió y los dos entraron en silencio.

—Mira hijo yo hice mal lo sé, pero lo único que puedo hacer en este momento es darle a ella todo lo que por ley y ser mi hija le corresponde- adujo, sentándose en un sillón, mientras el hijo no dejaba de mirarlo- pero ella no quiere hablar conmigo, le he dejado una tarjeta- y Javier lo interrumpió.

—Tarjeta que rompió en mil pedazos arrojándola a mis pies.

—Pero yo la llamo todos los días y no me responde, tu tampoco quieres hablar

conmigo, dime que puedo hacer y lo haré.

—Nada, es tarde para enmendar tus errores, ¡hay días que deseo desaparecer de la faz de tierra y te odio con todo mi ser! - sentencio sentándose frente a él.

—¡Perdóname, fui un imbécil!

—¡No fuiste un imbécil, fuiste un cobarde! Que es peor. ¿Como pudiste dejar a su madre sin darle una explicación, cómo? ¡Era solo una niña, mierda! ¡No te reconozco! ¿Respóndeme eso, como pudiste?

—¡Era joven, no medí las consecuencias, juro que no sabía que estaba embarazada, cree en mí, por favor! Imploraba el padre.

Javier era un buen muchacho, inteligente, cariñoso y benévolo virtudes que la madre siempre le inculco. ¿Quién era el para perdonar, a su padre? Su padre tendría que luchar lo que le quede de vida con el rechazo de esa hija no reconocida y con su propio enojo. Sabía que el Karma existe y siempre el universo devuelve el doble de lo que das, ese sería el peor castigo de José. Luego de hablar de la empresa y otras inversiones, el padre se despidió con la promesa del hijo de juntarse y firmar unos documentos.

Javier también comenzó a salir con amigos, tratando de divertirse, aunque al ver a parejas caminar de la mano solo podía extrañar y seguir amando a Emma. Una tarde tuvo una reunión con el hombre que según decía lo haría famoso. Y el trato de poner todas sus energías en ello en la primera presentación que en días sucedería.

Con los nervios a flor de piel y acompañado de sus dos amigos se presentó en un reducto muy pequeño. Tan solo entrar comenzó a dolerle el estómago de los nervios, sus amigos lo animaban y el sentía que a su lado faltaba Emma. No había más de cien personas que a él le parecieron mil. Cuando lo presentaron al subir al pequeño escenario trastabilló y casi cae con guitarra en mano. Eran tantos los nervios que sentía que mientras ajustaba las cuerdas de su instrumento los dedos le temblaban y no recordaba las canciones.

Su representante subió rápidamente a su lado para tranquilizarlo, mientras la gente que tomaba algo, lo miraba expectante. Su primera canción fue....

*Ya lo ves, que no hay dos sin tres,
Que la vida va y viene y que no se*

Detiene... y que se yo

*Pero miénteme, aunque sea dime que
Algo queda entre nosotros dos, que en
Tu habitación nunca sale el sol, ni
Existe el tiempo ni el dolor*

*Llévame si quieres a perder,
a ningún destino, sin ningún porque.
Ya lo sé, que corazón que no ve
Es corazón que no siente, o
Corazón que te miente amor*

*¿Quién me va a entregar sus emociones?
¿Quién me va a pedir que nunca la abandone?
¿Quién me tapara esta noche si hace frío?
¿Quién me va a curar el corazón partió?*

Antes de terminar la última estrofa la gente de pie aplaudía a rabiar. Sus amigos gritaban de alegría y él no podía creer lo que veía, su sueño comenzaba a cumplirse. Todos los fines de semana concurría a un lugar distinto, con un éxito absoluto. La gente comenzó a quererlo y hasta se formó un club de fans. Su nombre comenzó a sonar con mucha fuerza y lo apodaron, “el poeta” y aunque nadie lo viera el padre presenciaba cada actuación, arrepintiéndose de todo lo que años atrás le dijo.

Ya había pasado mes y medio del alejamiento de Emma. Aunque los dos se extrañaban, ninguno de los dos se comunicó con el otro. Una noche que Javier se encontraba en su departamento hasta tarde mirando una película de pronto recibió un llamado. Tomó el celular entre sus dedos y solo observar la pantalla del mismo, una gran sonrisa iluminó el rostro, pero se llevó una gran sorpresa.

—¿Hola Javi? —susurró una vocecita del otro lado de la línea.

—¿Flor sos vos? —preguntó él sonriente, mientras se mordía una uña de la emoción.

—Sí soy yo, ¿por qué te fuiste? ¿Por qué nos dejaste? —Su vocecita era suave

y hablaba muy bajito, era casi un murmullo.

—Nena, ¿sabe mamá que me estas llamando?

—¡No! Y no le digas, me va a retar. Él paso sus dedos por la frente, amaba a esa niñita.

—Tuve que irme, quizás algún día vuelva. Mintió.

—¿Mamá te echó?

—No mi vida, tuve que irme por el trabajo. Mintió.

—¿Quiero verte- esas dos palabras llenaron su cuerpo y mente de amor y dolor, como decirle que nunca más la vería? ¿Como decirle que ahora era su tío, no el novio de su madre? Se le hizo un nudo en la garganta sin poder responderle.

—Javi me escuchaste. Y sin pensarlo los ojos se llenaron de lágrimas, tuvo ganas de correr, tomar el primer vuelo y abrazarla con todas las fuerzas, pero no debía.

—¡Acá estoy mi niña- suspiro antes de seguir hablando- yo te quiero! Siempre te querré y a tu mami también.

—¡Y entonces porque no vienes? ¡Te extraño! Mi mamá también te extraña.

—Flor debo colgar- expreso, no podía seguir escuchando su vocecita- escucha nena necesito pedirte un favor. Pidió.

—Dime.

—No debes decirle a nadie que me llamaste, porque seguramente te han de retar.

—No lo haré- luego lo de dejo sin palabras lo que a continuación dijo- yo se borrar la llamada.

—Pero ¿quién te enseñó eso? Averiguo, achinando sus ojos.

—Mi abuela me enseñó. La risa de él no se hizo esperar, esa niñita es muy viva, medito.

Y así sin que nadie sepa, cada semana en el silencio de la noche Flor le robaba el celular a su madre y llamaba a él galleguito. Y aunque ella no lo supiera el esperaba su llamado, para saber de esa familia que sin conocerlo un día lo comenzaron a amar como el a ellos. Por ella se enteraba de todo. Sabía que Emma salía los fines de semanas y que el padre de Flor se encontraba cada más cerca de ellas, cosa que le molestaba sobre manera. Y una noche cuando Flor hablaba tranquilamente con Javier, se levantó la madre y la descubrió

—¿Con quién hablas? —gritó Emma sacando el celular de la mano de su hija, quien se puso a llorar y el que había escuchado todo, se quedó helado.

—¿Hola, quién es? Pregunto ella, indignada y muy enojada.

—Yo mi niña, no la retes. La madre de Flor giro la cabeza observando a su hija, sin poder creer con quien hablaba.

—¡Ve a tu cuarto, ya! Le grito a Flor, sin alejar la vista de ella. Y rápidamente la nena subió la escalera llorando. Mientras Javier desesperado del otro lado de la línea maldecía.

—¡No la retes, por favor!!

—Deberías haberme avisado que estaba molestándote.

—No me molesta, al contrario, es bueno saber de ustedes. Respondió.

—Me ocuparé que nunca más te llame. Sentenció y eso para él fue como una puñalada al corazón.

—¿Tanto te incomoda saber de mí? ¿O será que ya me olvidaste y volviste con tu ex? Afirmo con rabia acumulada. Emma antes de responder, medito su respuesta.

—¡Debemos seguir con nuestras vidas! Vos seguramente saldrás con Patricia. Él no podía creer lo que escuchaba. ¿Ella sentía celos?

—Si, volví con ella. Quédate tranquila no atenderé el llamado de Flor si vuelve a llamarme. Manifestó muy molesto.

—No lo hará, porque esconderé el celular y por supuesto recibirá su castigo.

¿Tan rápido se había olvidado de lo vivido? Javier se sintió perdido con las palabras de ella. ¿El la seguía amando como el primer día y ella ya lo había olvidado? Y sin decir una palabra más Emma corto la comunicación, esa noche le costó conciliar el sueño. Y a las siete de la mañana luego de ducharse sentado en su cocina, con una taza de café en su mano encendió su celular y lo que vio lo dejó sin palabras.

En un portal se hablaba de él, dejó la taza sobre la mesa y levanto el volumen. En ese lugar no solo se hablaba de sus canciones alabándolo, si no también sacaron una foto abrazado a Patricia. Dejo el celular sobre la mesa, recapacitando y entendiendo la indirecta de Emma la noche anterior. Ella ya había visto esa nota. Quedo pensativo y quizás sea lo mejor para ambos que ella vuelva con el ex- pensó- y el encuentre otra mujer. No perdería el tiempo en aclarar que Patricia solo era una amiga, no valía la pena. La dejaría libre para que construya su vida con su ex o con quien quiera. Aunque muriera por

dentro, callaría.

Emma, aunque la abuela y el hermano se enojaron castigo a su hija. La pobre se quedó sin la Tablet que Javier le había regalado ni podía salir a la vereda a jugar con sus amiguitas. Felipe que también extrañaba a su amigo, una tarde se alejó de la casa llamándolo.

—¿Hola, Felipe? Respondió Javier al ver el número de esté reflejado en la pantalla.

—Hola amigo, perdón por llamarte, pero deseaba escuchar tu voz.

—Perdón nada, ¿la castigaron a Flor? - el amigo se sonrió- espero que no, termino diciendo.

—Sí amigo, mi hermana fue muy dura con ella.

—Es solo una niña. Exclamo el galleguito.

—Pero no tendría que haberlo hecho y menos a escondida. Cuéntame algo de vos nos enteramos de que estas cumpliendo tu sueño, no sabes la alegría que tenemos.

—Si, estoy cantando los fines de semana.

—Si te vimos en un portal con la abuela.

—¿Y Emma me vio? Pregunto mordiéndose el labio.

—Si y también te vio abrazado con esa novia que tenías. ¿Estás con ella? Quiso saber.

—¡No! Pero por las palabras de tu hermana ella supone que sí.

—Ella me conto que cuando descubrió a mi sobrina, cruzo unas palabras con vos.

—No hablamos casi nada, solo me dejo claro que haga mi vida, ¿ella sale con el padre de Flor?

—¡No! ¿Ella te dijo eso?

—No directamente, aunque dejó que yo lo crea.

—Hay amigo, hago mal en decirlo, pero no creo que ella te olvide.

Javier enderezó la espalda y todos sus sentidos se pusieron en alerta, pero Felipe sintiéndose culpable, por lo dicho agrego. ¡Pero los dos saben que no deberían estar juntos! Eso lo tienen en claro, ¿no?

—Lo sé. Asintió Javier con resignación. Como no saberlo, si su corazón roto la reclamaba día tras día.

Luego de la conversación a Javier le quedo una duda, ella, ¿su niña lo seguía amando? ¿Al verlo con Patricia se puso celosa? El amor por esa mujer lo estaba trastornando, debía verla por una última vez, abrazarla y besarla como nunca lo haría con otra. Y un ataque de locura, preparo un bolso y salió rápidamente hacia el aeroparque. Todos sus sentidos le decían que no lo haga, que era una locura, ella lo echaría. Pero su corazón le indicaba que era lo correcto. Apenas poner un pie fuera de su departamento, se encontró con su amigo Francisco y Patricia que venían a invitarlo a tomar algo. Solo observarlo, comprendieron que algo sucedía.

—¿Dónde vas? Fue lo que su amigo pregunto al verlo con un bolso en mano y el rostro contraído.

—Me voy a Argentina —respondió y siguió caminando.

—¡Espera! ¿Te volviste loco? No debes hacerlo, escúchame —gritó Patricia parándose frente a él.

—Déjame pasar, me importa una mierda lo que digan los demás, debo verla. ¡Fuera de mi camino! Ante sus duras palabras los amigos se corrieron.

Los dos amigos lo siguieron y aunque el protestaba en un segundo subieron a su auto.

—¡Bajasen, ya! —exclamó Javier.

—Iremos contigo, pasa por nuestros departamentos para tomar un bolso y el pasaporte. Ordeno Francisco. Javier movió su cabeza sonriendo.

—Están más locos que yo.

—Puede ser, pero no iras solo.

Ya con los bolsos y pasaportes en mano se dirigieron hacia el aeroparque, en el camino su amiga comenzó a hablar para descongestionar el ambiente, cargado de nerviosismo.

—El horóscopo me decía, hoy Patricia harás un viaje. Dijo haciendo reír a sus amigos.

—¿El horóscopo no te dijo que quizá mañana estaremos los tres presos? Averiguo Francisco, riendo a carcajadas.

—¡¡Por Dios no!! Mi padre me mata, hay no lo llame. Recordó.

—No le digas donde estamos, pues le dirá a mi padre. Pidió Javier.

—Mejor le enviare un mensaje. Y enseguida lo envió, diciéndole que se

encontraba en la casa de una amiga.

—Tu padre te echará de la empresa. Confirмо el novio y ella lo miro.

—No puede echarme soy la luz de sus ojos. Confirмо con un movimiento de hombros.

—Arrogante. Grito el novio, observándola.

Apenas aterrizar el avión, Javier alquiló un auto. Observó el reloj para ver la hora local. Patricia y Francisco se quedaron embobados con la espléndida naturaleza que veían. No sabían por dónde mirar.

—Debo parar unos minutos acá. Ya vuelvo. Dijo Javier bajándose rápidamente en la puerta de una agencia de viaje. Los amigos se miraron.

Cuando volvió a subir al auto no respondió a las preguntas de sus amigos, solo se sonrió guardando un sobre en la guantera del auto.

—Esto es hermoso yo me quedo a vivir acá. Opinaba la amiga.

—Pasaré por enfrente de la casa y luego iremos a un hotel a descansar unas horas.

—¿Cómo, no vas a verla? ¿A qué viniste? Quiso saber Francisco.

—Volveremos a la noche, si tengo suerte ira a pub y ahí la encontraré.

—No sé porque, pero huelo lío. Manifestó Patricia. Mirándolos de reojo.

—Esa que ven ahí es la casa de mi niña. Señalo Javier con el índice, rogando verla solo un momento.

Los amigos abrieron la boca, al mirar. El dúplex estaba construido en su totalidad en madera de algarrobo, sus grandes ventanas y plantas colgados sobre un borde de la pared, daban alegría y el aspecto rustico de la ciudad se veía en todos los dúplex del alrededor. Las calles de arena, los nombres de las mismas eran de árboles y plantas. Todo el paisaje te invitaba a pasar las vacaciones de tu vida o quizás a quedarte a vivir. El galleguito cerro los ojos recordando sus charlas con Encarna cuando arrodillados arreglaban el bello jardín frente a la propiedad.

—¡Amigo, esto es magnífico. ¡Es una ciudad de ensueño! —manifestó Francisco, sin dejar de apreciar la exuberante vegetación.

—Acá es donde fui totalmente feliz por meses. Acotó Javier, con un sabor

amargo en la boca, pues sabía que si querían ser felices debería ser muy lejos.

Javier y sus amigos se hospedaron en el mejor y más lujoso hotel que encontraron. Para ellos una habitación y él se hospedo en otra. Después de pedir comida a su cuarto saciando su apetito, se ducho y cuando termino de vestirse sus amigos fueron a su habitación. Entre charla y charla, se terminaron una botella de vino. Luego se prepararon y se dirigieron al pub, donde esperaba encontrar a su niña.

—¿Y si no está? ¿Qué harás? —averiguó Francisco.

—Nada- dijo, levantando sus hombros- iré mañana y si no va mañana iré pasado y así consecutivamente hasta que la encuentre.

Una cosa era acompañarlo en un raptó de locura, pero quedarse varios días ya era demasiado. Medito Patricia, sin abrir la boca. Javier intuyo lo que su amiga pensaba y reacciono.

—Si no la veo está noche, mañana deben regresar, para seguir con sus vidas. Ordeno, cerio.

—Yo me quedo con vos que Patricia vuelva. Manifestó el amigo, con la mirada perdida en la ruta. Ella miro la cara de su amigo y lo conmovió el gran amor por esa niña, inclino su cuerpo hacia adelante y poso su mano en el hombro del.

—¡Yo también me quedo! Aunque cuando llegue mi padre me desherede. Fueron las palabras de la amiga que y la carcajada de los tres no se hizo esperar.

Camino al pub a Javier le sudaban las manos. Estaciono el auto, mientras de reajo observaba si el auto de Felipe o Emma se encontraba en el lugar. Hubiera sido más fácil llamar a Felipe, pero deseaba caerle de sorpresa, aun sabiendo que no debía hacerlo. Al entrar mil recuerdos recorrieron su mente, el lugar se iba llenando, paseo la vista por sobre todos los concurrentes y nos lo encontró. El barman lo miro de lejos y levanto su mano llamándolo. A pasos rápido los tres amigos se arrimaron a la barra.

—¿Como está el poeta? Pregunto el muchacho extendiendo su mano, para

saludarlo.

—¿Bien y tú? ¿No vinieron mis amigos? Quiso saber.

—Me llamo Felipe que a la una llega con Emma y unos chicos más.

Francisco y Patricia, disimuladamente observaban el ambiente y lo que veía les gusto. Luego de que el barman les buscara un lugar alejado del pequeño escenario, los invito con unos tragos.

—Si llegan no les digas que estoy- pidió el galleguito, cuando el muchacho se retiraba de su lado.

—Tranquilo, que la pasen bien. Respondió, guiñándole un ojo.

—Amigo que nervios tengo, que le dirás cuando la veas? Averiguo Francisco, bebiendo un trago de su copa.

Javier saboreó en su boca su trago, sin saber qué decir cuando viera al amor de vida. Seguramente se sorprendería y se enojaría.

—No sé. Afirmo. Sus amigos se miraron.

—¿Cómo no se? ¿Te volviste loco?

Javier se sonrió y apoyando las manos en su nuca recostó su espalda sobre la silla.

—Cuando la vea algo se me ocurrirá.

Luego de varios tragos más, unos muchachos que se encontraban en el lugar lo reconocieron y acercándose a su lado poniéndole una guitarra en sus manos insistieron que suba al escenario y los deleite con algunas de sus canciones. Antes de subir observo sobre un costado observo al padre de Flor y sin quererlo lo odio, por tener a Emma tan cerca de él.

Al sentir los aplausos de los concurrentes no dudo y subió hacer lo que más le gustaba, cantar. Mientras sus hábiles dedos preparaban las cuerdas de una vieja guitarra, el observaba el lugar. El reducto de ese pequeño pub era tal cual lo recordaba, aseado, el barman amable, la gente amable y todo el espacio se encontraba revestido en madera lustrada, la cual brillaba como siempre.

Cuando se encontraba a punto de tocar, la puerta se abrió y solo tuvo ojos para su niña que entraba junto su amiga Beba y otras chicas, cuando lo vieron

arriba del escenario Emma creyó alucinar y sin separar la vista del, se sentaron en una mesa enfrente del escenario.

El barman y unos más que sabían la historia de ellos dos, no dejaban de mirarlos. El trago saliva y antes de comenzar a entonar una de las canciones que sabía muy bien ella amaba, dijo unas pocas palabras.

—Buenas noches a todos- manifestó ante un aplauso de los presentes- hace mucho tiempo que no vengo a esta hermosa ciudad y solo vine para recuperar lo que más me importa en la vida. Afirmo mirándola ¡¡Y es mío!! Y de nadie más. Termine diciendo con la vista calvada en su ex.

El murmullo no se hizo esperar y todas las miradas se dirigieron a Emma, que se puso colorada como un tomate.

—Esta canción es para vos mi niña —comentó Javier sin dejar de observarla.

*Tan pura la vida y tu
Tan pura la vida y tu
Tan llena de paz
Y solo se me ocurre amarte*

*Llenas mi vida de luz
Llenas el cielo, la tierra y el mar
Ya mi tan solo se me ocurre amarte*

*No existe un corazón que lo
Resista niña
Pero si lloras quiero que mis ojos
Sigam cada lagrima tuya y
Hasta que la pierdas de vista*

*Como va a hacer eso si aun cuando sale la luna
Y da en mi ventana
No te puedo dejar de querer
Nos hemos reído y llorado los tres*

Yo quiero darte mi alegría

*Mi guitarra y mis poesías
Y solo se me ocurre amarte
¡Y solo se me ocurre amarte!!*

Al terminar de cantar la última estrofa dedicada a ella, Emma se levantó y tomando su cartera se dirigió afuera del lugar, pidiéndole a sus amigas que no la sigan. Javier se apuró a bajar del pequeño escenario y haciéndole seña con una mano a los amigos que ya venía fue tras la mujer que le quitaba el sueño, la misma que amaba desde el primer día que la conoció. Cuando salió observo que ella se apresuraba abrir su auto para marcharse del estacionamiento.

—¿Ya no me quieres ver? ¿Ya no me amas? Susurro Javier, en su oído y apoyando las manos en el capo del auto de ella, cubriéndola con su cuerpo.

Emma entrecerró los ojos, hasta en sueños lo esperaba, desde el mismo día de su partida, lo extrañaba. Ese galleguito había entrado en su vida sin pedir permiso, y se había anclado en lo más profundo de su corazón.

—¿Porque volviste? No debiste hacerlo. Afirmo ella, de espaldas a él.

—¡Dime que no me amas y me iré! Dilo mi amor! Insistió el mientras sus labios recorrían los pliegues de su oreja y aspiraba su delicado perfume de vainilla, canela y miel que tanto lo excitaba y extrañó.

Y suavemente tomándola de los hombros, la hizo girar y quedaron frente a frente. Las palmas de las manos del acariciaron el rostro de Emma haciéndola estremecer, sus dedos le acariciaron la nuca y sus labios ansiosos rozaron los de ella, sin dejar de observarla.

—¡Dilo! Si no me amas, me voy. Repitió el apoyando su frente en la de ella.

—¡Te amo! Y lo sabes, pero no podemos estar juntos.

—¿Por qué? ¿Porque debemos separarnos? ¿Porque una sociedad hipócrita lo dice?

—Javier por favor ya lo hablamos. Adujo ella depositando sus manos en el pecho del, sin dejar de mirándolo.

—Hablemos! Por favor, vamos al hotel donde me hospedo.

—No, ya hablamos, nuestro amor es prohibido.

El tomo el rostro de ella entre sus manos y sin responder abrió lentamente sus

labios comiéndole la boca, demostrándole que se seguían amando más allá de todo y todos. Y Emma sintió que no podía perderlo, que él era el amor de su vida a pesar del que dirán, estiro sus brazos enredándolos en su cuerpo y respondiendo a ese beso con toda la pasión que el despertaba en ella.

CAPÍTULO 15

—Te amo! Te amo como jamás amaré a nadie más, vine por ti, vine a llevarte donde podamos estar los tres juntos sin sentir ni escuchar los prejuicios de los demás —declaró Javier.

—Vamos a tu hotel —susurró Emma sobre sus labios, completamente entregada.

Sin esperar un minuto más Javier se dirigió al auto que había alquilado y abriéndole la puerta del acompañante Emma subió. En el corto viaje los dos enviaron mensajes a sus amigos. Los amigos del entendieron y se fueron al hotel, pero Beba no entendía lo que iba hacer y así se lo hizo saber.

—¡Vos estas completamente loca! ¡Es tu hermano por Dios! Gritaba enardecida.

—Lo amo, no me importa nada. Su amiga al leer el mensaje no podía creer lo que su amiga haría en ese hotel.

—¿Pensaste en lo que va a decir tu familia?

—Ya te dije no me importa, si quieres me cubres y si no da igual.

La cara de Beba era para alquilar balcones su amiga había enloquecido, pensó al leer su mensaje, claro que la cubriría por que la quería, aunque sintiera que ella se estaba equivocando.

Apenas entrar en la habitación del hotel, una sensación de culpa invadió todo el ser de Emma y tapándose la cara con sus manos e inclinándose de rodillas, el llanto no se hizo esperar. Ella lo amaba como no había amado al padre de su hija, aun sabiendo que no podía ser. ¿Que debía hacer? ¿Olvidarse del? ¿O arriesgarse a vivir ese amor sin miedo, sabiendo que el resto de sus vidas todo el mundo los señalaría con el dedo? Javier se acercó a ella arrodillándose a su lado, pensaba lo mismo, pero a él no le importaba nada, los comentarios ajenos. Él la abrazó muy fuerte e inclinándose apoyo su cara en la cavidad de su cuello.

—¡Por favor mi niña, no me separes de tu lado! —suplicó Javier limpiándole

las lágrimas del rostro—. Si no estás segura no lo hagas, nunca te obligaría a nada, nunca —declaró mientras sus labios retiraban una lágrima con ternura de su rostro.

Emma lo miró sintiendo que sus palabras, eran como siempre sinceras. Y sin pensarlo demasiado se abandonó en sus brazos buscando la seguridad y amor que él se disponía a darle.

Lentamente y sin dejar de mirarse, esos dos locos enamorados se desnudaron, no solo de ropas sino también en alma. Ellos se arriesgarían a tener una vida juntos, a pesar de todo. Las manos de Javier sobre el cuerpo de ella acostados sobre esa alfombra recorrieron cada milímetro del mismo. Y se amaron como la primera vez, sin prisa y sin pausa. Los susurros del infinito amor que sentían resonaron en esa habitación. Gemidos y gruñidos fueron testigos de la pasión intensa del momento. Los labios de Javier como siempre recorrieron el cuerpo de su amor, de principio a fin, deleitándola y excitándola hasta llegar al borde del delirio. Emma hizo lo que sabía que a él le gustaba, subiéndose a su cuerpo y cabalgándolo presa de una locura que los llevaba más allá de los confines del mundo. Poco a poco, boca a boca, fueron regalándose caricias, besos y desgarrándose la piel, los cuerpos sudados y los murmullos y gemidos resonaron en el ambiente transportándolos a un mundo imaginario lejos de la maldad, los reproches y dedos señalándolos.

Ya nada les importaba, ni el qué dirán, ni los prejuicios de una sociedad que seguramente los crucificaría. El sentimiento de ellos iba más allá de todo. Esa noche sus cuerpos se enlazaron para siempre, sus almas se reconocieron y batallarían y defenderían ese amor contra todos, los que se interpusieran en su camino. Aun sabiendo que su gran amor era prohibido. Terminaron cansados pero felices, sobre esa alfombra tuvieron el mejor sexo de sus vidas. Y al mirarse entendieron que seguirían juntos por siempre. Ellos habían nacido para encontrarse, amarse y no separarse nunca más.

—¡Te amo! No imaginas cuánto —repetía el repasando el labio inferior de ella con la yema de unos de sus dedos.

—¡Yo también! No me separé de tu lado —susurró Emma, paseando la palma de su mano por su rostro.

—Tengo un regalo para ti —dijo Javier y, parándose de un salto caminó hasta donde se encontraba su ropa, extrajo un sobre y sentándose a su lado se lo

entregó sonriente. Emma se sentó, estiró su pelo hacia atrás y con dedos temblorosos lo abrió—. Son dos pasajes a Madrid y de ahí nos iremos donde tu mandes. Tú me dirás donde quieres ir. —Emma se limpió una lágrima de su mejilla y apoyó sus labios sobre los de él.

—Luego lo pensaremos juntos, cuando arregle las cosas en mi casa viajaré con Flor.

—Tú me avisas y nos encontramos en el aeropuerto, solo llévate un bolso, yo me encargaré de comprar todo lo demás -Emma lo observaba impresionada por el paso que iban a dar, pero si querían ser felices debían hacerlo- mi niña debemos huir, si no lo hacemos nos querrán separar y ya no puedo vivir alejado de ti. Indico Javier, palpitando lo que ella pensaba.

—Necesito un mes, luego de ese tiempo nos iremos los tres y que Dios nos acompañe. Susurro Emma inclinándose y besándolo tiernamente en los labios.

—Por favor que no sea más de un mes, mi corazón no resistiría estar más alejado de ti.

—Debes prometerme- dijo ella observándolo- que no renunciaras a tu sueño- él se sonrió y estirando sus brazos atrapo el cuerpo de ella.

—No lo haré! Cantaré con todas las fuerzas de mi corazón y lo haré solo para ti, mi niña, mi mujer, mi todo.

Los dos se separaron y tomando la llave que colgaba de sus cuellos la besaron sin dejar de mirarse, los dos estaban haciendo un pacto. Un pacto de un gran amor prohibido. Javier la dejó casi en la puerta de la casa de Beba quien media dormida la esperaba sentada sobre una gran piedra. Está cuando vio bajar sonriente a Emma, supo que su amiga era feliz y sin decirle nada al llegar a su lado las dos se perdieron en un abrazo.

—Gracias por esperarme —agradeció Emma.

—Siempre estaré a tu lado, ve a tu casa, si eres feliz retiro todo lo que dije antes —manifestó Beba sonriendo.

—Mañana hablamos y te cuento. Y dándole un beso en la mejilla, Emma se retiró corriendo para entrar feliz en su casa. Mientras su amiga la miraba irse, imagino que la vida de ellos no sería fácil de ahora en más, sería un infierno.

Javier entró a su hotel fresco como una lechuguita, sonriendo de lo feliz que se encontraba. Por fin serian feliz los tres. Sus amigos seguramente dormían y no quiso despertarlos ya al otro día les contaría todo lo sucedido.

En medio del desayuno, Javier les contaba a los amigos la noche con Emma, quedando ellos con la boca abierta.

—¡Me voy! Nos vamos a vivir nuestro amor lejos, muy lejos de los que nos señalaran con el dedo- su amigo iba a abrir su boca, pero Patricia lo codeo y callo. ¡Solo me importa ella y Flor, sé que seremos felices! Pero su amigo no aguanto y porque lo quería tanto hablo, aun ante la mirada reprobatoria de su novia.

—Lo pensaron bien? ¿Amigo y la familia de ella y tu padre, tu tía?

—¡Los llamaré cuando estemos muy lejos! Dejo de tomar de su taza para levantar la vista y mirarlos.

—Si me quieren de verdad deben entender que necesito estar junto a ella.

—Te queremos Javi- afirmo la amiga- solo que no queremos que sufras, estás seguro, ¿muy seguro de lo que vas a hacer?

—¡Es lo que más quiero en esta vida, quiero envejecer a su lado!

Que más se podía decir ante tremenda afirmación, nada, medito Francisco. Luego de enviarse unos mensajes Javier con Emma esté embarco a su país con la esperanza de que en un mes los tres se irían muy lejos para poder vivir ese amor que nadie aprobaba.

Emma se encontraba tan feliz que no lo podía ocultar y su abuela y hermano esperaban, que esa alegría no se debiera a que se había amigado con el padre de su hija.

—¿Puedo preguntarte a que se debe tu cambio repentino? —averiguó Encarna sacando una asadera de la alacena.

—Nada la vida es linda. —El hermano que justo entraba en ese momento se quedó con la boca abierta.

—¿Hermana, conociste a alguien? —Emma largó una carcajada y el resto supusieron que sí y dejaron de interrogarla.

Felipe imaginó que su alegría venia por otro lado y una tarde que beba se retiraba y él se encontraba solo en la cocina la invito con un mate, ella lo miro de reojo y aceptó.

—¿Dime amiga, como la pasaron la otra noche en el pub? —comenzó indagando.

—Bien la pasamos de maravilla, escuchamos a un muchacho cantar y luego de tomar unos tragos y hablar con unos amigos nos volvimos.

Felipe se sonrió sabiendo que algo más había y si ellas no lo decían lo iba averiguar por otro lado.

José de encontraba inquieto y angustiado su hijo no daba señales de vida. Lo llamo por milésima vez a Francisco su amigo y esté esa vez respondió.

—Hola José, ¿cómo está?

—Sácame de una duda, sé que te tomaste las vacaciones que te debíamos, ¿mi hijo se encuentra contigo?

—Sí, solo le diré eso, perdóneme.

—Está bien sé que él no quiere verme, ni hablarme, espero que no haya cometido el peor error de su vida —comentó.

—¿A qué se refiere? —preguntó.

—Nada, déjalo así, si lo ves dile que necesito hablar con él.

—Lo haré, buenas noches. Y rápidamente se comunicó con su amigo coméntale lo que el padre le pidió.

—No le dijiste nada, me imagino, ¿no? Quiso saber Javier.

—No tranqui, pero amigo el creo que lo supone.

—No me importa su opinión, haré lo que crea mejor para mi vida y será muy lejos del. Asintió Javier, convencido de su decisión.

Flor jugaba con el perro que Javier le había regalado, era un animal muy bien enseñado y obediente, no se separaba de la nena, hasta dormía junto a ella. Y le habían puesto de nombre toby. Emma la miraba pensando que el también iría con ellas. Luego miro a su abuela envuelta como siempre en el trabajo y los ojos se le llenaron de lágrimas. Ella que los había terminado de criar cuando sus padres murieron como podría dejarla? ¿Y Felipe? Se preguntó y sin aguantar el llanto subió rápido las escaleras encerrándose en su habitación.

—Te amo, Javi. —Sin saber cómo haría para vivir lejos de su familia, se dijo sollozando.

Los días pasaban volando, ya había pasado más de un mes y él hacía más de tres shows los fines de semana, su nombre ya comenzaba a sonar en la radio y se difundían los videos de sus canciones, cada día que pasaba se hablaba más de su forma de cantar y su llegada a la gente, su club de admiradores crecía a miles. Pero el solo esperaba que el tiempo pasará más rápido para encontrarse e irse a vivir con su niña. Solo eso lo alimentaba día a día. Y cada noche esperaba que ella lo llame a escondida, como siempre.

—¿Hola mi amor, todo bien? —preguntó Javier.

—Sí, ya tengo todo listo, pero debo decirte algo. —Él tragó saliva y apretó los dientes.

—Dime, te escucho.

—Antes de irme hablaré con mi familia, no puedo no hacerlo ellos deben saber porque lo hago.

—Como tú digas, pero recuerda que ellos te querrán separar de mi lado.

—Ya lo decidí y no cambiaré de opinión, nos iremos a vivir contigo al fin del mundo si es necesario.

—Seremos felices, ya lo veras. Ellos jamás entenderán lo mucho que nos amamos, sabes que amo a tu familia, pero ellos no entienden la necesidad que tenemos de estar juntos.

—Lo sé, tranquilo está misma noche hablaré con ellos y mañana si puedes nos encontraremos donde dijimos.

La felicidad de Javier era inmensa, no sabía si llorar o reír, por fin podrían ser felices, el sueño de ser un gran cantante casi era un echo y ahora saber que siempre estaría junto al amor de su vida, era tocar el cielo con las manos.

—Apenas aterrice el avión me envías un mensaje e iré a buscarte. Ya tengo los pasajes a....

—¡¡Bueno quedamos así, te amo!! Murmuro ella, nerviosa, hablar con su familia no sería fácil, pero debía hacerlo.

—¡Te amo! Nunca olvides que para mí eres lo más importante. ¡Cuídate!

Apenas cortar la comunicación con él Emma decidió enfrentar a su familia, levanto los brazos en alto ubicándolos en su nuca y rezo, para que esa familia que tanto amaba comprendiera lo que estaba dispuesta hacer.

Javier guardo su celular y dirigiéndose a su habitación, observo su bolso que llevaba días preparado sobre un sillón, la hora había llegado, meditó sentándose en la cama, pero él tampoco quería marcharse sin despedirse de su padre con quien estaba muy enojado y a pesar de todo lo seguía amando, recordó las palabras de su madre y se paró. Rumbo al living se detuvo a ponerse su campera y tomando las llaves de su auto, salió de su departamento.

—Hola papá —saludó al escuchar la voz de su progenitor.

—¿Hola hijo, donde estas? Deseo que hablemos.

—¿Estás en la casa de la tía? José miro a la mujer que tenía a su lado, quedando sorprendido con esa pregunta.

—¡Sí! ¿Cómo lo sabes?

—Sé que hace tiempo están juntos, no sé porque decidieron ocultarlo, ya no soy un crío, ¿cuándo lo entenderás? —José se sonrió.

—Ya lo sé hijo mío, sé que ya eres un hombre, te has convertido en un gran hombre.

—Estoy camino a verlos, dentro de media hora llego y hablamos.

José se sintió aliviado, su hijo lo perdonaba y no solo eso, consentía la relación que había comenzado tiempo atrás con la hermana de la madre. Se abrazó a la que ahora era su mujer suspirando.

—Tú crees que perdonara esta relación. Averiguo la tía temerosa de la reacción de sobrino.

—Claro que si mujer, me dijo que hacía mucho lo sabía.

Javier iba camino a la casa de tía, su mente solo se concentraba en lo que le diría a su padre, defenderé este amor con uñas y dientes, meditaba. Al llegar estaciono el auto y cuando se bajó, se largó una fina y copiosa lluvia, corrió unos metros hasta entrar a la casa. La tía lo recibió como siempre con un gran abrazo, amaba a ese niño. Al entrar lo primero que diviso fue la figura de su padre parado al lado de unos sillones. Sin decir nada se acercó a su lado y los dos se abrazaron.

—Siéntate mi niño, te traeré algo para tomar. Fueron las palabras de su tía.

—No quisimos decir lo nuestro- comenzó hablando José, moviendo sus manos- creímos que está relación te di justaría. Javier lo miro con esa sonrisa

de costado, tan característica del.

—¡Me gusta verlos felices, deberían habérmelo dicho! Yo no soy nadie para separarlos. Sus palabras sonaron duras y José lo miro fijamente igualmente su tía. ¿Yo también merezco ser feliz, no les parece? Pregunto observándolos a los dos.

—Claro que sí, mi niño, nosotros te amamos, sos lo que más amamos. Confirmo la tía, pero el padre presintió que la pregunta venia por otro lado y así lo confirmo, el galleguito escupiendo palabras que los dejaron helados.

—Si tanto me aman- dijo parándose sin dejar de observarlos- deben comprender que lo que siento por Emma es amor genuino y autentico- José también se paró, ¡sin poder creer lo que sus oídos escuchaban- si! No me mires así, me iré con ella y su hija a vivir nuestro amor muy lejos de todos los que nos crucifican y rotulan nuestro amor como prohibido.

—¡Tú no puedes hacer eso! ¿Te has vuelto loco? Grito el padre, furioso, la tía iba abrir su boca, pero al segundo se arrepintió.

—¡Puedo y lo voy a hacer, no vine a pedirte permiso! —El padre se sentó, faltándole el aliento. Solo vine a decirles que ni ustedes ni toda una sociedad hipócrita me separaran de ella. ¡Jamás lo permitiré! Grito señalándolos con su dedo índice y dándose vuelta dejándolos anonadados por la firmeza de sus palabras, se marchó.

—Mi niño no te vayas, escuchame —gritó la tía, pero el salió de la casa dando un portazo, sin escucharla lleno de ira y rencor.

Apenas salir de la casa a Javier lo recibió una lluvia torrencial, corrió hacia su auto abriendo la puerta rápidamente, paso las manos por su pelo, para sacar el agua y giro la cabeza viendo a su tía llamándolo a los gritos, volvió la vista hacia adelante y encendiendo el motor, se alejó.

A los pocos minutos de andar, una feroz tormenta azotaba la ciudad sin pausa. Javier iba manejando enfrascado en toda la conversación con el padre, su cuerpo sentía temblores de ira y una gran tristeza al recordar las palabras de su progenitor.

Esas palabras repiqueteaban en su cabeza. ¡Claro que me volví loco! Loco de amor por ella. Y lleno de ira por tu comportamiento con la madre de Emma, se dijo en silencio. Sintió que su respiración en el habitáculo del auto se acrecentaba y sus manos le sudaban. Mil sentimientos encontrados se

desprendían de todo su ser y apretando aún más las manos en el volante grito con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Mierda! ¡Mierda!

A medida que avanzaba por esa avenida, la lluvia se intensificaba el viento golpeaba con furia los cristales de su auto, hasta tuvo la sensación de que el viento demostraba toda su furia contra él. Trato de tranquilizarse y solo enfocarse en terminar de preparar ese ansiado viaje. Y se maldijo por ir hablar con su padre, no debería haber ido a decirle nada, él no se merecía ninguna explicación.

José se quedó preocupado y sin saber que hacer solo atinaba a llamarlo por celular. Javier observaba la pantalla y al ver que era su padre, no atendía.

El galleguito bajo un total estado de nerviosismo, seguía manejando por esa ruta cada vez más saturada de agua y en vez de amenguar la tormenta se intensificaba, achino sus ojos para poder ver mejor, pero la visibilidad cada minuto que pasaba empeoraba. En un minuto pensó parar a un costado y luego decidió que sería peor. De pronto un trueno ensordecedor lo sobresalto, observo el velocímetro y comprobó que iba demasiado rápido, trato de bajar la velocidad dándose cuenta de que los frenos no respondían. Trago saliva sin saber qué hacer y al doblar en una curva muy pronunciada, un golpe seco lo saco del camino. Cerro sus hermosos ojos y sintió como si fuera en cámara lenta flotar su cuerpo por los aires, sus sentidos se fueron apagando y su mente solo registraba la cara de su niña. Y como si fuera por obra de magia se sentía corriendo con Emma y Flor por el bello bosque de Carilo, aunque a ellas no las veía sentía sus risas y podía aspirar su perfume, vainilla, canela y miel el que tanto amaba. ¡Luego de esa sensación, la nada! Una profunda y negra oscuridad le dio la bienvenida.

José estaba desesperado, se sentaba y vuelta a pararse. Se tomaba la cabeza con las manos y maldecía, se arrimó a la ventana y un trueno ilumino el jardín. Sin aguantar más y sin escuchar las suplicas de la mujer para que no salga, tomo su campera y abrió la puerta haciéndole frente a una gran tormenta, subió raudamente en su auto y salió a la ruta rezando para encontrar bien a su hijo. Transcurrido un tramo del camino diviso las sirenas de la policía y ambulancias detenidas a un costado de la ruta y su corazón se detuvo, se bajó

rápidamente mientras la copiosa lluvia le impedía ver lo acontecido.

—¡No puede pasar! Fueron las palabras de un policía que lo atajo con sus brazos en alto.

—¡Debo pasar! ¡Mi hijo viajaba por esté camino! Grito y en un descuido traspaso la valla.

Tanto llovía que era difícil divisar el accidente y de pronto un grito lo sobresalto.

—¡¡Acá está!! ¡Acá hay un auto, pero no hay nadie adentro! Seguía gritando un hombre.

Sin pensarlo dos veces José se arrojó a la zanja viendo el auto dado vuelta de su hijo. Comenzó a los gritos. Varios policías hicieron lo mismo cuando sintieron los gritos desgarradores del hombre que llamaba a su hijo.

—¡Javier! Javier! ¡Mi niño! ¡Respóndeme! —gritaba José caminando sobre círculos mirando el auto.

—Señor, por favor, no puede estar acá —ordenaron los agentes, pero el solo seguía pronunciando el nombre de su niño.

—¡Lo encontré! —Se escuchó una voz. Todos corrieron hacia el lugar y cuando llegaron encontraron el cuerpo de Javier al costado del tronco de un árbol. José lo miraba sin poder creer lo que observaba.

—Ahora sí, suba- pidió un policía enojado, señalando lo alto de la pendiente con un dedo y José obedeció, mientras observaba como bajaban rápidamente una camilla.

El ascenso con el cuerpo de Javier se vio dificultado por el barro y la fuerte lluvia. Ya sobre el asfalto colmado de agua, apoyaron la camilla, a la vez que la ambulancia retrocedía para poder cargar el cuerpo de su hijo. José se arrodilló al lado del cuerpo de Javier hablándole al oído.

—¡Acá estoy hijo, mi niño! ¡Se fuerte saldrás de esto! Repetía una y otra vez, el padre. Pero Javier no lo escuchaba, su pulso era débil costándole respirar.

Solo unos minutos tardaron en subir la camilla a la ambulancia y marcharse, por supuesto José sin permiso entro en la misma, olvidándose de su auto y solo rezando sentado al lado del cuerpo de su hijo.

—Te vas a poner bien, Javi ¿me escuchas? —susurraba secándose las lágrimas que bañaban su rostro.

Apenas llegar al hospital bajaron el cuerpo de Javier rápidamente, para darle los primeros auxilios médicos. El padre en un estado de desesperación total quiso entrar y los médicos lo sacaron a la fuerza.

—Señor, debe aguardar acá fuera- el medico mientras hablaba observo que el hombre frente a él se encontraba blanco y temblando- siéntese por favor. Le pidió y llamo a una enfermera para que lo atendieran a él también.

Cuando José se repuso luego que la enfermera le diera un calmante, lo primero que hizo fue llamar a su amigo de toda la vida y padrino de su hijo.

—¿Dónde estás? Ya salgo para allá, no te muevas de ahí. Respondió el amigo al escuchar con voz angustiada lo que el relataba.

Y a la media hora entro al hospital con el rostro desencajado y angustiado.

—¿Como está? ¿Dónde está? Quiso saber saludando a José.

—Me dijeron que está grave- el padrino se tomaba la cabeza, envuelto en un completo estado de nerviosismo- dicen que el peor golpe fue en la cabeza y la espalda. José se levantó del sillón donde descansaba y comenzó a dar vuelta por el espacio, ante la atenta mirada de su amigo.

—¡Va a salir todo bien, tranquilízate! Lo instaba el padrino del hijo, tratándole de brindarle, una confianza que el mismo no sentía.

—¡Fue mi culpa! Grito y el amigo lo miro.

—¿Qué decís? Fue un accidente.

—¡No él se enojó conmigo y salió como un loco a manejar con esta lluvia de mierda!

—¿Qué paso? Cuéntame. Pidió, haciéndolo sentar y acomodándose a su lado.

—Se volvió completamente loco- su amigo no entendía nada y José al darse cuenta, siguió su relato- se ira a vivir con Emma y la hija, ¿entiendes lo que eso significa?

—El padrino recostó su espalda en el sillón quedando pensativo.

—¿Lo entiendes? ¡Ella es la hermana! ¡No debe hacerlo, por Dios! ¡Todo es culpa mía! Di algo hombre! Grito José.

—Mira ahora lo importante es que él se recupere, solo eso, después veremos. Respondió el amigo, levantándose para buscar más café.

Como era de suponer Emma, esa noche no se animó hablar con la familia. Eran las cuatro de la mañana y no había podido pegar un ojo, la ansiedad la estaba matando. Reviso por décima vez los bolsos y entro al baño a ducharse. Mientras lo hacía solo pensaba en decir las palabras correctas, aun sabiendo que no la entenderían. Espero en su habitación hasta las seis de la mañana, horario que su abuela estaría tomando mate en la cocina pronto a iniciar el trabajo. Cuando estaba a punto de bajar sintió un grito y asustada bajo la escalera de dos en dos.

Cuando entró en la cocina su hermano y Encarna la miraron con lágrimas en los ojos, ella sin entender giro la cabeza para observar una noticia que daba un noticiero. No alcanzaba a comprender y se paró frente al televisor, achinando sus ojos.

“El hijo del empresario José Luis Sánchez González, se encuentra internado en el hospital, debido al accidente ocurrido anoche, volviendo de la casa de un familiar, debido a la fuerte tormenta y viento que azotaba el lugar el auto en el que viajaba el heredero del millonario se precipito a la banquina, su estado es grave, su padre junto a amigos y la tía del mismo se encuentran desesperados. El empresario no ha querido dar declaraciones a la prensa, hasta el momento”

A Emma el alma se le encogió y si Felipe no la sostiene se cae de bruces al piso.

—¡Siéntate por favor! Pidió el hermano mientras Encarna se daba vuelta alcanzándole un vaso de agua.

La abuela arrimándose al lado de su nieta paso su brazo por su espalda.

—Quizás no es tan grave como dicen, la prensa siempre exagera las cosas. Pronuncio, secándose una lagrima.

—Me iba a ir con él y Flor. Susurro Emma dejándolos a los dos tiesos.

—¿Como? ¿Cuándo? Averiguo Felipe pasando una mano por su pelo.

—¡Ahora! Los dos la observaron.

—¡Vos no puedes hacer eso, son hermanos! ¿Qué parte no entendiste? Grito desahogado la abuela.

—¡Me importa nada el parentesco, nos amamos! Al oír las palabras de su hermana, Felipe creyó enloquecer.

—¡Yo te banco en todas, pero en está no! Adujo, enfrentándose por primera vez en su vida, con ella.

—Lo siento mucho si no me apoyan, tengo los pasajes y ya me voy a tomar el avión, me llevaré a mi hija y estaré al lado del amor de mi vida, ahora es cuando más me necesita. Exclamo a viva voz, levantándose de la silla y llorando subió las escaleras que conducían a su habitación.

Encarna no sabía cómo actuar, ¿estaba mal amar al hermano? ¡Claro que sí! Grito su voz interior. Pero ella nunca dejaría sola a su nieta, jamás, meditaba subiendo la escalera. Y sin golpear la puerta entro. Emma tirada en su cama, lloraba a mares. Se sentó a su lado sobándole la espalda tratando de calmarla.

—Mira mi niña, sé que está mal el sentimiento que ambos tienen-comenzó diciendo- pero sabes que está gallega siempre te apoyará, mientras yo viva, jamás estarás sola, así que levanta el culo de la cama y vamos a ver a ese niño que te necesita. A Emma le volvió el alma al cuerpo y saltando de la cama, abrazo a esa mujer que tanto amaba.

—Gracias abuela, sé que está mal, pero lo amo, ¡es todo lo que me importa! Afirmo sonando su nariz.

—Hay mi niña, vamos yo iré contigo, pero antes- la miro con media sonrisa dibujada en sus labios- taparé a todos mis santos- la nieta la miro entre sonrisas y lágrimas- no me mires así, los taparé para que no vean la locura que vamos a cometer, que Dios nos perdone. Afirmo persignándose.

Apenas Encarna preparo un bolso con poca ropa, salieron rumbo al aeropuerto con su nieta y Flor que no entendía nada. En un susurro la abuela pregunto a Emma si la nena sabia algo y ella negó con la cabeza. Sentadas en las butacas del avión y mientras Encarna tomaba un jugo y la nena se había dormido su nieta miro a su abuela.

—Cuando lleguemos a Madrid, le contaré todo a Flor solo que él tuvo un accidente —susurró.

CAPÍTULO 16

—¿No te preguntó nada?

—Solo le dije que íbamos a visitar a Javi —adujo acariciando el pelo de su hija, que había recostado su cabeza sobre la falda de su madre—. Sabes cómo lo quiere, pobrecita —dijo limpiándose una lágrima—. Ella estaba feliz.

Luego de dormirse unas horas, Emma miraba a su abuela y su hija que dormían. Y en silencio comenzó a rezar, el solo hecho de pensar que Javier no despertará la aterrorizo. El que tenía todo planeado para irse los tres juntos y muy lejos. ¡Dios no permitas que me deje, lo amo tanto! ¡Tanto! Susurro. El viaje fue interminable, al igual que su angustia, solo podía pensar en él y en la despedida del ultimo día. Emma sintió necesidad de ir al baño y así se hizo saber a su abuela.

—Quédate con Flor necesito ir al baño. Encarna presintió que algo andaba mal.

—¿Te sientes bien? Estas muy pálida —averiguó, mientras la nieta se levantaba de la butaca y tapándose la boca se apresuraba para dirigirse al sanitario.

Apenas entrar y levantando la tapa del inodoro, vomito lo poco que tenía en el estómago, luego se enjuago la boca y tomando un trozo de papel se limpió. Intuitivamente su mano se apoyó en su vientre y las lágrimas sin permiso bañaron su rostro. Trato por todos los medios de no llorar, pero la angustia que llevaba encima hizo eclosión y el llanto no se hizo esperar. Apoyo su espalda en la puerta del baño, tapándose la boca con las dos manos.

«Te necesito! Vamos a tener un bebe, por favor Javier, vuelve a mí», pensó.

Si antes todos se negaban a esa unión, ahora con la llegada de ese hijo serian crucificados dos veces. No sabía cómo decirle a su abuela que pronto seria bisabuela otra vez. Se arreglo la ropa se mojó el pelo y haciéndose una colita, salió del baño. Su abuela y Flor que se encontraban mirando una película la miraron.

—¿Te sientes bien mami?

—Sí mi vida, solo me bajo la presión. Mintió y su abuela no le sacaba los ojos de encima.

Después de largas horas de vuelo llegaron. Encarna cuando bajo del avión, el corazón se le estrujo, hacia mil años que no visitaba su país, una mezcla de alegría y tristeza se adueñó de ella. Y mientras salían en busca de un taxi, su mente recordaba el pasado.

Extrañaba a sus hermanos, a sus padres a su marido, todas personas muy queridos por ella personas que ya no estaban, cuantos buenos momentos, cuantos recuerdos. Se dijo en silencio. Luego miro a su nieta blanca como un papel y a Flor que en su inocencia sonreía observando todo a su paso y supo que solo quedaban ellos en su vida. ¿Cómo no amarlos? ¿Cómo no cuidarlos?

«Ellos son el motor de mi vida. Si se quieren quien soy yo para criticar o prohibir el amor que sienten» se dijo a sí misma y, por primera vez observó que su nieta apoyaba su mano sobre su vientre.

El camino al hospital fue un calvario. Emma rezaba esperando ver al amor de su vida recuperado, pero Encarna tenía un presentimiento que presagiaba todo lo contrario. Cuando el taxi las dejó en las puertas del gran e imponente hospital, las tres se quedaron con la vista fija en el mismo.

—Llegamos señoras —manifestó el taxista bajando y sacando su equipaje, del baúl del auto.

Después de pagarle, Emma tomó la valija con una mano y en la otra a Flor. Encarna antes de entrar tomo a su nieta del brazo observándola.

—No sabemos cómo lo encontraremos debes ser fuerte por tus hijos —dijo y Emma abrió sus ojos—. Ya sé que esperas un niño de Javier. Pidamos con fuerza que se recupere y sabes que acá estoy yo para lo que sea —sentenció.

—¡Abuela te amo! No quiero que se muera, lo necesito, ¡lo amo! —sollozó la nieta apoyando la cabeza en el hombro de su abuela.

—Lo se mi niña, lo sé. Dios escuchará nuestras suplicas ya verás —adujo limpiándole las lágrimas con sus dedos—. Vamos entremos, que Flor no te vea

así —le pidió Encarna.

En información las enviaron a otro piso del hospital, tomaron el ascensor y cuando la puerta se abrió, bajaron preguntando en la recepción. Encarna mientras su nieta esperaba que una empleada terminara de hablar por teléfono para averiguar donde se encontraba Javier, giro la cabeza y vio a dos hombres sentados y una mujer grande. La última se notaba que se encontraba muy nerviosa y llorisqueaba, uno de los hombres la abrazaba y susurraba en su oído, el otro mantenía la mirada perdida quien sabe dónde. El que abrazaba a la mujer desvió la mirada observándola. Y ella miró hacia abajo avergonzada reconociéndolo, se acercó a Emma la que no había advertido que su padre se encontraba solo a unos metros, pues todo lo que le importaba era ver a su amor notándola de mal humor, al no ser atendida. En un descuido Flor cansada y pidiendo permiso a esas tres personas sentándose a su lado. José la observo y le sonrió. Sin poder dejar de mirarla, él ya había visto a su hija por lo tanto esa hermosa niñita era su nieta. Los ojos se le llenaron de lágrimas, imaginando que jamás podría pasearla de la mano.

De pronto una puerta se abrió y vieron salir al médico, los dos hombres se pararon rápidamente acercándose a él, la mujer que se encontraba muy triste siguió sentada. Flor la miro y observando que una lagrima caía por su rostro y no dudo en hablarle.

—¿Por qué lloras? —preguntó con toda su inocencia a la mujer que se limpiaba la nariz.

—Flor ven acá mi niña —exclamó Encarna—. No molestes a la señora.

—No me molesta —respondió la tía de Javier suspirando. La nena se levantó y cubrió con sus bracitos la cintura de su abuela.

—Abuela ¿dónde esta Javier? —Encarna la miró y se inclinó a su altura.

—Tuvo un accidente, pero pronto se recuperará. —A la nena le costó asimilar la respuesta y cuando lo hizo pregunto.

—Quiero verlo, ¿puedo? —Emma que esperaba que la mujer se dignara a atenderla, miró a su hija.

—No sé mi vida, quizás solo pueda verlo la familia. Cuando termine de hablar por teléfono y me atiendan veremos qué me dicen, soltó alzando la voz mirando a la empleada, de mal modo, la misma se puso colorada y corto la comunicación, mientras la abuela codeaba a su nieta para callarla.

—¿A quién busca señora? —averiguó la enfermera sin mirarla.

—¡Ya le dije! Javier Sánchez González.

—Tranquila Emma harás que nos echen —aseguró la abuela al tiempo que la mujer que se encontraba sentada se paró observándolas y sin pensarlo dos veces se acercó a ellas.

Miró a las dos mujeres y a la nena y ahí cayó en la cuenta que esa niña podría ser la novia de su sobrino.

—Soy la tía de Javier. —Encarna apretó la manita de Flor y Emma tragó saliva.

—Yo soy Emma, su novia —respondió sin vergüenza y enderezando la cabeza —. Vinimos a verlo. —La tía la sintió desafiante y en sus ojos notó el inmenso amor por su sobrino.

—Javier se encuentra en coma inducido. —Emma se tapó la boca con la mano —. Lo siento, los médicos están haciendo todo lo necesario para su recuperación.

Luego de terminar de hablar con los médicos José y su amigo se dieron vuelta buscando a su mujer y al verla hablar con las dos mujeres y la nena se acercaron. La mirada de José sobre su hija las hizo sentir incómodas. Pero no era tiempo de bajar la cabeza, y cuando lo tuvo enfrente suyo, no le bajó la mirada.

—¿Vienes a ver a tu hermano? —averiguó él irónicamente, Encarna iba abrir su boca, pero su nieta lo hizo primero.

—¡Vengo a ver a mi novio! —afirmó Emma alto y claro, dejando a todos los presentes anonadados con su respuesta.

—Mi hijo no puede recibir por el momento visitas —expresó el padre. Y apenas decir esas palabras todos se dieron vuelta al ver entrar corriendo a médicos por la puerta donde se encontraba Javier. El amigo del padre corrió a un médico tomándolo del brazo.

—¿Le pasa algo a Javier? —Y todos esperaron la respuesta impacientes.

—Ya saldrá el médico y les explicará —fue lo único que les comunicó.

Emma apoyó la mano sobre su vientre y palideció. Al verla Encarna la hizo sentar enseguida en un sillón y, Flor asustada por todo lo sucedido comenzó a lloriquear. José y sus acompañantes se sentaron frente a ellos sin dejar de

observarlas.

—¡Pobrecitas han viajado tantas horas para verlo! —murmuró la tía de Javier.
—¿Tú has visto cómo me enfrento? —dijo José enojado—. ¿Cómo va a decir el novio? ¡Es el hermano! —El amigo que escuchaba sus palabras lo observó increpándolo.

—¡Lo que debes hacer es pagarle un hotel, ellas deben descansar! —José hacia un mohín desaprobando la idea—. No seas duro hombre. ¡Voy a pagarles yo! —afirmó el amigo amagando con levantarse, pero José lo hizo primero, y se acercó a ellas. Hundió los dedos en el bolsillo de su pantalón extrayendo una llave. La miró a los ojos a su hija y acercándose más a ella, la depositó en su mano.

—Esta es la llave del departamento de mi hijo, vayan a descansar y después vuelven —les pidió.

—¡No, me iré a un hotel! —La abuela tomó a Flor de una mano y en otra la valija, Emma se paró y quiso devolver las llaves en el momento que Patricia y Francisco, el amigo de Javier llegaban al lugar casi corriendo, para averiguar sobre el estado de su amigo.

El padre de Patricia se arrimó a saludarla y en un segundo le comentó lo sucedido. Y ella mientras escuchaba la miraba a Emma.

—Hola hermosa, ¿todo bien? Los dos hombres se quedaron duros al ver que la saludaba.

—Hola —saludó Emma sorprendida.

—¿De dónde conoces a mi hija? —averiguó José.

—La conozco y punto, no importa de dónde —respondió Patricia.

—José le quiere dar las llaves del departamento de Javier y no quiere —comento el padre de Patricia. Al escuchar eso, la amiga de Javier tomó las llaves de la mano de Emma y la valija que Encarna tenía en la mano y las miró.

—¡Vamos yo las llevo! —Y ellas obedecieron, sin hablar.

Patricia sabía de lo mucho que su amigo amaba a esa niña y junto a Francisco estaban al tanto del viaje que iban a realizar junto a la pequeña Flor. Mientras las lleva al departamento, sin quererlo las lágrimas asomaban por su rostro. Deseaba fervientemente que su amigo se recupere y pueda ser feliz, observe

por espejo retrovisor a Emma y vio cómo se limpiaba la nariz, su abuela a su lado iba seria y la pequeña se había dormido, deben estar muertas de cansancio, supuso. Paro en un supermercado antes de llegar.

—Ya vengo esperen unos minutos —pidió, bajándose y rápidamente entró al mismo. Las dos mujeres se la quedaron mirando.

A los diez minutos salió cargando tres bolsas las que puso en el baúl del auto junto a la valija y siguieron viaje. Cuando llegaron subieron al departamento.

—Pónganse cómodas —instó mirándolas—, yo soy Patricia y lo quiero mucho a Javier. —Emma la miró desafiante y ella sonrió—. No me mires así, sí, hace mucho tiempo tuvimos una historia —suspiró y siguió hablando —pero lo engañé y jamás me lo perdono. Ahora somos buenos amigos y estoy de novia con Francisco, su amigo.

—Te agradecemos lo que haces por nosotras, aunque quizás sea mejor que vayamos a un hotel —pronunció Encarna.

—De ninguna manera acá se quedarán, cuando él se recupere estará feliz por haberse quedado en su casa. —Patricia observó que la novia de Javier seguía incómoda.

—Mira mi niña, si no quieres ver a tu padre no lo verás.

—No quiero enfrentarme a él, pero tampoco lo perdonaré —enfaticó Emma bajando la cabeza.

—El acá no vendrá si tú no lo deseas —dijo Patricia observando a Emma, que se había sentado en los sillones junto a su abuela y la nena que aun dormía. Vengan que les muestro los dormitorios, debes acostar a la nena. Luego comen algo y descansan. Mañana a la mañana las paso a buscar y las llevo al hospital. Patricia era tan contundente en sus palabras que solo atinaron a seguir agradeciendo.

—¡No me agradezcan más! —aseveró sonriendo y besándolas en las mejillas se fue.

—¿Qué buena persona no? —preguntó Encarna mirando a su nieta.

—Sí, es buena, aunque lo engañó a Javier, jamás me habló mal de ella, es más, me dijo que ahora eran amigos. —De pronto Emma abrazó a su abuela y está la acuno como siempre con ternura entre sus brazos—. Recemos abuela para que se reponga, por él, por mí, ¡y por este bebé que llevo en el vientre!

Después de cenar algo rápido y una ducha caliente, las tres antes de dormirse rezaron. Luego se acostaron a descansar. A Emma dormir, le era imposible, aunque su cuerpo le exigía descansar, la adrenalina de todo lo vivido la tenía en pie, se levantó despacio sin hacer ruido y se dirigió a la cocina, tomó un vaso de jugo y se sentó en los sillones. Vio la computadora de su amor y sin dudarlo la encendió. Y lo primero que vio fueron las fotos que se habían sacado en Cariló.

Se sonrió recordando cada momento vivido. Los mates en la playa, las caras del al probarlo, la primera vez. Las caminatas por ese bosque que ella le enseñó a amar. Las fotos que ella le tomaba estando juntos, Flor jugando en el mar, cuando tomando helados, los dos se ensuciaba y ella se enojaba. Se limpió unas lágrimas y siguió mirando. En tan poco tiempo cuantos recuerdos. Cuantas alegrías, cuanta nostalgia. Cuanto amor. Mejórate pronto te estamos esperando, se dijo en silencio. Cerró la computadora y acostándose trató de dormir unas horas.

Cuando se despertó Encarna ya tenía listo un café con leche y unas galletitas.

—Vamos mi niña desayuna, que Patricia nos pasará a buscar —instó a Flor su abuela.

Emma apenas probó su café con leche. La angustia la desesperaba y no la dejaba pensar en nada más que en él. Como lo había prometido la amiga de Javier las pasó a buscar. Mientras ella conducía Emma le preguntó.

—¿No sabes nada? —Patricia la miró por el espejo retrovisor tragando saliva.

—Sí, anoche hable con el padre. —La mirada de las tres no se hizo esperar.

—¿Y cómo está? Habla por favor.

—Mira te voy a decir la verdad. No se encuentra bien, debieron ponerle un respirador, no puede respirar solo.

La cara de Encarna se desfiguró y su nieta comenzó a llorar, por lo tanto, Flor también lo hacía, sin entender mucho lo que sucedía.

—¡Mierda! —gritó Patricia, apretando el volante entre sus dedos y secándose

unas lágrimas—. Yo sé que él es fuerte, si alguien se merece ser feliz es él. Saldrá de esto, no llores —le pidió—. Hablé con el padre y te dejará pasar a verlo. —Emma al escuchar esa noticia, solo atinaba a llorar—. Verás que esto solo es un mal sueño.

Apenas bajar del auto las tres argentinas vieron a Felipe y su novio parados en la puerta del hospital y, Flor corrió hacia ellos tirándose en los brazos de su tío.

—¿Qué hacen acá? ¿Mi niño dejaste el negocio solo? —atinó a averiguar la abuela, mientras lo saludaban.

—Tranquila abuela Beba, la madre y Daniel, se harán cargo de todo. Respondió el nieto sin dejar de mirar a su hermana, observándola muy triste.

—Vinimos para apoyarlas, me duele verte tan triste hermanita. Susurro tomándola por los hombros. Patricia los miraba a todos sin dejar de pensar que unida que era esa familia y sus ojos se llenaron de lágrimas. Luego que Patricia se presentó a los recién llegados todos entraron.

—Voy a hablar con Daniel. Murmuro Encarna alejándose de ellos, mientras ellos se arrimaron al lado de José y el amigo que se mantenían firmes cerca de la puerta donde Javier se encontraba internado.

José al ver a su hija se acercó a ella.

—Él no está bien, debes saberlo- Emma bajo la mirada mientras se retorció los dedos de los nervios- mírame mi niña- ella con los ojos empapados en lágrimas obedeció- juro por Dios que estoy arrepentido por lo mal que me he comportado con tu madre- en ese momento Encarna se arrimó a ellos y abrazo a su nieta- y si mi niño se cura juro que aunque no esté de acuerdo, con su decisión, los apoyaré en todo!

Él no esperó la respuesta de ella y se sentó alejado de todos, sumido en sus propios pensamientos. No se había movido en toda la noche del hospital. Y su conciencia estaba haciendo estragos en su mente. No solo se arrepentía de haber obrado mal en el pasado, con la madre de su hija, si no que las palabras de su hijo la noche del accidente, repiqueteaban en su memoria. No tendría que haberlo dejado salir a la ruta con esa tormenta, se dijo y su amigo que se sentaba a su lado lo escucho.

—Nada podías hacer amigo, él ya es grande. Debes aceptar lo que decida, si te opones los perderás a los dos —sentencio serio, pasando una mano por su

cabeza. José pareciera estar en otro mundo.

—¡Si lo pierdo a él no me queda nada! ¡Moriré en soledad, ya nada me importa! —El amigo lo miró.

—No digas eso, nos tienes a nosotros. —Y de pronto la tía de Javier se sentó junto a ellos con una taza de café.

—Basta de ser negativo. ¡Se pondrá bien! Saldrá de esta, es un niño fuerte. Toma el café —pidió poniendo en su mano el vaso con el líquido.

Luego de tomar un trago, José la miro.

—Le dije a mi hija, que cuando se recupere, los apoyaré. —El amigo y la tía se miraron.

—Me parece muy bien es su vida —afirmó el hombre—. Todos los apoyaremos.

—¡Aunque nunca aceptaré esa relación dijo son hermanos, mierda! —dijo levantando la voz y, dejando el vaso de líquido sobre una mesita se marchó afuera, el amigo iba a seguirlo, pero la tía de Javier lo retuvo del brazo, clavando sus ojos en los del.

—¡Déjalo! No lo sigas.

El hombre obedeció y se acercó a la máquina del café. Se sirvió uno y apoyó su espalda sobre una pared sin dejar de observar a la mujer.

Emma se comía las uñas esperando noticias de su amor. Unos minutos después la puerta donde se encontraba Javier de repente se abrió y José que entraba corrió a su encuentro y todos los presentes hicieron lo mismo. La cara del médico no era buena y Felipe abrazó a su hermana.

—¡Diga lo que tengas que decir! Ordeno José de mal modo, los nervios lo estaban matando.

—Lamentablemente no puede respirar por su cuenta, debimos ponerle un respirador.

Como era de suponer los llantos de las mujeres presentes no se hicieron esperar, los hombres atacaron al médico con mil preguntas que desgraciadamente no tenían respuesta.

—Me lo llevaré de acá, hora mismo, ¡ustedes no saben atenderlo! —gritó enfurecido el padre.

—Si lo mueve de acá, yo no me haré responsable —acotó el facultativo levantando la voz.

Pero el padre se encontraba sacado, todos los presentes querían calmarlo, pero él seguía gritando. Hasta que Encarna miró a su nieta y esta se acercó a su padre, apoyando una mano en su brazo.

—Tranquilo, debes tener paciencia. —El padre la miró pues era la primera vez que su hija le dirigía amablemente la palabra—. Siéntate por favor —le pidió y él aceptó sin chistar.

—¿Doctor cómo se encuentra él? —Quiso saber Emma, y varios pares de ojos se instalaron en los del médico.

—Yo creo que estará bien, esto lleva tiempo. Se encuentra en coma inducido. Cuando pueda respirar por sus medios sacaremos el respirador y veremos qué pasa. Yo no recomiendo moverlo de este hospital —manifestó observando al padre que lo miraba expectante—. Deben calmar al padre se encuentra muy nervioso.

—¡Yo me encargaré de eso! —dijo Emma y su familia la miró.

La hija aun sentía antipatía por su padre. Pero no era momento de confrontarlo, en este momento lo importante era estar todos unidos y rezar por la salud de Javier, medito sentándose al lado de José.

—Pediremos una pastilla para que te calmes. —El padre giró la cabeza.

—No tomaré nada debo estar al lado de mi hijo cuando despierte.

—¡Y estarás! Pero más tranquilo, no quiero verte mal. —Y al decir esas palabras hasta ella se sorprendió.

—¿Y te importaría si algo me pasará?

Emma pensó en lo mucho que su madre había amado a ese hombre, pero también imagino lo mucho que sufrió cuando él no cumplió su promesa de volver a su lado y tuvo sentimientos encontrados.

—Aún no sé qué siento por vos —murmuró desviando la mirada.

En ese preciso momento el médico que había entrado nuevamente a la habitación de Javier, salió y ella en un segundo se aproximó a su lado, seguida por el padre.

—Todo sigue igual, él se encuentra sedado y tranquilo, solo hay que esperar
—acotó el médico, antes que le preguntaran.
—Puedo pasar a verlo. Deseo verlo —suplicó Emma.
—Puede pasar solo unos minutos.
—Ve, yo me quedaré a acá —declaró José.

Emma al llegar a la habitación, donde se encontraba el amor de su vida, apoyo la mano sobre el picaporte de la puerta y suspiro. Abrió despacio y su mirada se detuvo en un hombre tendido en la cama, no era el muchachito lleno de vida que un día conoció tiempo atrás, cerro tras de sí la puerta lentamente y con miedo y mucho dolor se acercó a su lado. Su corazón lloraba y su alma se rompía en mil pedazos al verlo en ese estado. Lo miro e inclinándose susurro en su oído.

—¡Te amo! ¡Te amo! ¡Mi poeta! —Ytuvo que enderezar el cuerpo porque las lágrimas salían a borbotones de sus ojos sin poder detenerlas.

El cuerpo de Javier se hallaba inerte en esa cama. Cables por doquier y esa sonrisa de costado guardada, en lo profundo de su ser. Tomo una de sus manos y la llevo a sus labios, llenándola de besos húmedos, besos empapados de amor.

—¡Te necesito, vuelve a mí! ¡Te necesitamos! Tu hijo te necesita —susurró sin dejar de observarlo—. ¡No me dejes sola, por favor! —Y un llanto salido del centro de su alma colmó el espacio.

José que había entrado en la habitación sin hacer el más mínimo ruido, apoyó su espalda sobre la pared y al escuchar las palabras de su hija, el corazón se le detuvo, sintió que no podía respirar y rápidamente salió. Afuera estaban todos esperando noticias y al verlo en ese estado su amigo corrió a tomarlo del brazo, haciéndolo sentar.

—¡Mi hija está embarazada! ¡Quiero morirme! —gritó apoyando sus manos sobre su falda y todos los presentes escucharon.

Y Felipe velozmente increpó a Encarna que se hacía la desentendida ante las

palabras de José.

—Dime que lo escuche es mentira —pronunció mirando a la abuela que bajaba la cabeza.

—Es verdad ellos tendrán un hijo. Y estoy segura de que él se repondrá y por fin a pesar de todos —anuncio mirando al padre de su nieta—. Serán felices.

Felipe se tomó la cabeza con las dos manos comenzando a maldecir.

—¡Qué dices abuela, ellos son hermanos! ¿O aún no lo entiendes?

Patricia que se encontraba alejada de todos escucho lo que dijeron y haciéndola jugar a Flor tapo sus oídos suavemente para que la niña no escuchara lo que hablaban.

José se plantó frente a Encarna, que se sentía perdida en sus pensamientos, esta levanto la vista enfrentándolo, Felipe que se había retirado con su pareja hacia un costado al observar pelea en puerta, se acercó a ellos.

—Usted tendría que haber aconsejado a su nieta a alejarse de mi hijo-grito José, Encarna le clavo la mirada, queriéndolo matar- lo que están haciendo es pecado.

—Jajaja —alegó la abuela parándose frente a el—. Justo usted me viene hablar de moral —dijo levantando su dedo índice señalándolo—. No me haga reír, usted no es hombre, ¡usted no vale nada! —El nieto se metió en el medio para callarla, pero ya era imposible, ella sacó lo que hacía años tenía atragantado, en su garganta y un dolor que nunca podría superar—. Usted dejó embarazada a una niña y la abandonó. ¡Usted es una maldición en nuestras vidas!

—Basta abuela que te va a hacer mal —pedía Felipe y Encarna siguió señalándolo con el dedo caminando hacia el hombre haciéndolo retroceder.

El amigo de José lo tomó del brazo alejándolo de los gritos de ella que retumbaban en toda la sala de espera.

—¡Si usted se hubiera comportado como un hombre ellos no tendrían que sufrir ahora! ¡Todo es culpa suya, todo! No olvide que el karma existe —gritó la abuela.

—Vamos a tomar un café —ordenó Felipe agarrándola de la mano.

—¡Desgraciado, mal nacido! Eso es lo que es —siguió chillando Encarna ,mientras se dirigían a tomar un café.

—Tranquilo amigo todo pasará —le pidió el amigo de José que se encontraba muy nervioso, sabiendo que esa mujer tenía razón.

Nadie se movía del lugar todos expectante, esperando una mejoría que no llegaba. Felipe daba órdenes todos los días a sus empleadas, no quería irse y dejar solas a las mujeres que más amaba.

Patricia se desvivía atendiendo a Emma, Encarna y Flor mientras ellas vivían en el departamento de Javier, Felipe y su pareja lo hacían en un hotel. La tía del galleguito se turnaba con el amigo de José para no dejarlo solo. La vida de todos había dado un cambio radical. Los médicos se encontraban confiados que él se repondría en cambio para la familia y amigos la espera a que despertará era eterna.

CAPÍTULO 17

—¿Cómo esta hoy mi poeta? —Emma murmuraba cada día que entraba a verlo, acariciaba dulcemente su rostro y besaba continuamente su frente. Una semana paso del accidente, una semana que no me regalas tu sonrisa de lado y tus ojos picaros no me acompañan. Te estamos esperando, hay tantas cosas por hacer, ¡tengo tantos besos guardados para darte! Susurra ella en su oído.

Javier en su inconsciencia luchaba por despertar, soñaba un largo sueño donde la imagen de su madre y su niña sonreían pidiendo que despertará, pero no podía, era como estar sumergido en una gran nebulosa y cuando parecía salir a la claridad algo otra vez lo empujaba hacia las tinieblas. Diez días y nada. Diez días sin reaccionar. Diez días esperando un milagro.

Encarna por unos problemas en su país se planteó volver unos días para controlar todo.

—Mi niña debo volver, organizaré todo y volveré a tu lado —comentó una noche en el departamento.

—Está bien abuela —asintió triste Emma.

—¿Quieres que me lleve a Flor? Ella extraña sus cosas y su casa. —La nieta miro a su hija mirando la televisión y, al ver su carita triste supo que debía dejarla volver a su hogar.

—Sí, será lo mejor, Felipe y Alan se quedarán conmigo.

Y así fue como Encarna y Flor volvieron a su país llenas de tristeza y congoja. La abuela no quería pensar que sería de su nieta si Javier no despertará. Solo imaginarlo le partía el corazón. Cada noche que estuvo en su ciudad rezo fervientemente por su recuperación.

Una noche que Emma acompañada de Patricia preparaban algo de cenar en el departamento cuando recibieron una llamada. Las dos se miraron y corrieron a atender, era José.

—Mi niño abrió los ojos —dijo y, al escuchar esas palabras se abrazaron

llorando.

Con premura, las dos mujeres llegaron al hospital. Apenas entrar vieron al padre del galleguito abrazarse con su cuñada, con una amplia sonrisa, Emma se acercó cautelosamente y el padre sin decir nada la abrazó.

—¿Cómo está? ¿Lo reconoció? —Quiso saber, apartándose de su cuerpo.

—Solo abrió los ojos, le hablé, pero justo llegó el médico y me retiró de la habitación, lo están revisando.

—Dios quiera que se mejore pronto —exclamó la hija parándose frente a la puerta de la habitación.

La cabeza de Emma trabaja a mil, sin saber que encontrarse si la dejaban pasar a ver a Javier. El temor a perderlo se hacía carne en su piel y sin quererlo sus lágrimas comenzaron a derramarse por sus mejillas, sin poder detenerlas. Tantos sueños y proyectos por realizar, ese viaje para vivir libres de reproches y comentarios de gente hipócritas y sin vida. ¿Qué pasará ahora? ¿Cómo seguiría nuestras vidas? De pronto la puerta se abrió encontrándose con la amplia sonrisa del médico, se limpió las lágrimas con el dorso de las manos y exigió a sus labios a sonreír.

—¿Cómo está? —consiguió balbucear con melancolía. El médico apoyó las dos manos sobre sus hombros.

—¿Vos sos Emma?

—¡Sí! —respondió haciendo puchero.

—¡Pasa te está esperando! Pero antes límpiate esas lágrimas —comentó. El padre se acercó a ella observándola.

—Entra mi niña, dile que se va a mejorar. Anímallo —le pidió el padre.

Emma respiró varias veces y antes de entrar entrecerró sus ojos. Apenas abrir la puerta vio a su novio inmóvil en la cama, se acercó lentamente con los ojos muy abiertos, Javier tenía la vista clavada en el techo de esa habitación fría. Al sentir la presencia de alguien giro su hermoso rostro clavándole la mirada, una mirada triste, una mirada llena de incertidumbre. Emma se inclinó observándolo y noto que ya no tenía el respirador y pocos cables lo acompañaban.

—¡Mi poeta! —susurró, acariciando suavemente su mejilla con dedos

temblorosos.

—¡Mi niña! —contestó él con lágrimas en los ojos y mil interrogantes en su memoria.

—Tenía temor de que no me reconocieras —afirmó Emma.

—Como no voy a reconocerte, si vivís hasta en mis sueños. —Ella inclinándose besó su frente—. No recuerdo mucho el accidente.

—Ya vas a recordar todo, ahora lo importante es que te repongas. No quiso decir que se encontraba embarazada, decirlo en ese momento sería imprudente de su parte.

—¿Dónde está Flor? ¿Y mi amigo y Encarna? —averiguó.

—Flor y Encarna viajaron conmigo cuando nos enteramos del accidente, pero debieron volver por el trabajo, Felipe se quedó conmigo.

—Quédate en mi departamento, hasta que yo me reponga.

—Me encuentro ahí, Patricia insistió en que me quedara.

—Muy bien por mi amiga. ¿Te cruzaste con mi padre? —Quiso saber.

—Sí, está todo bien, no te preocupes por nada. —Javier estiró su mano acariciándole la mejilla.

—¡Te amo tanto, tanto, mi niña! —Ella se inclinó con cautela y apoyó sus labios con ternura, sobre los de él.

—Yo también te amo, te necesito entero, te necesito a mi lado —asintió paseando sus dedos por su frente.

—Cuando me recupere nos iremos muy lejos los tres —murmuró Javier.

—Solo descansa, debes ponerte fuerte —susurró Emma sobre sus labios.

—Dime que no te has arrepentido, dímelo mi niña —pidió ansioso apretando su mano.

—Nos iremos donde tu desees, nunca más nos separemos, los tres formaremos nuestro propio mundo. ¡Solo nuestro!

—¡Solo deseo ser feliz!

—Y lo seremos mi poeta. ¡Lo seremos!

Emma no se cansaba de mirarlo y acariciarlo. Pedía a Dios que pronto se levantara de esa cama y vuelva a ser el muchachito despreocupado que conoció y poco a poco la enamoro. Verlo tirado en esa cama la ponía de muy mal humor. A la hora el medico entro con una enfermera y le pregunto al paciente como se encontraba. Javier lo miro y confeso que no sentía las piernas. El facultativo arrugo su frente y pidió a Emma que saliera un minuto afuera. Mientras el galleguito le gritaba.

—¡No te vayas!

—Estaré afuera, apenas salga el médico entraré —afirmó preocupada, dándose vuelta, viendo a un Javier con temor en su mirada.

Afuera se encontraba el padre de ambos y al verla salir echa un trapito mojado se sentó a su lado observándola.

—¿Dime cómo se encuentra? ¿Por qué esa cara? —Ella bajó la cabeza mientras se estrujaba sus manos sobre la falda.

—Dice que no siente las piernas —susurró y José parándose de inmediato y sin permiso entró en la habitación.

—¿Todo bien? —Quiso saber Felipe que entraba en el lugar trayéndole una taza de café humeante a su hermana y Alam sentándose a su lado, estiro la mano abrazándola.

Aunque el facultativo le explicaba el porqué de no tener movimientos las piernas de su hijo, él no entendía y levantaba la voz. Felipe al escuchar sus gritos entró y se encontró con un José exasperado y el médico que lo miraba con temor.

—¡Calma José! —demandó Felipe.

Cansado de los gritos del padre de Javier, el médico los sacó afuera y comenzó a revisar al enfermo.

Afuera el ambiente se había colmado de incertidumbre, nadie hablaba y los malos pensamientos comenzaron a sacudir la mente de todos los presentes.

Emma que creía fervientemente en Dios, pensaba que lo de ellos era pecado. El universo los estaba castigando nuevamente por querer estar juntos. Y no podía escuchar las palabras de ánimo de su hermano y su pareja. Nada la conformaba y hundida en sus pensamientos vio de repente como la puerta de la habitación de Javier se abría de par y en par y el medico acompañado de dos enfermeras llevaban en camilla a su amor. Rápidamente los presentes se acercaron al médico que solo paro un segundo y hablo frenando las preguntas de todos.

—Lo llevamos hacer una tomografía computada. Tranquilos creo que todo estará bien, solo la haremos por seguridad. —Y sin responder las preguntas de algunos se internó en el ascensor.

Paso hora y media hasta que lo trajeran, mientras todos se comían las uñas en la espera. Al verlos llegar todos se abalanzaron sobre el médico que solo levantó la mano en señal de calma y entro en la habitación, con el enfermo. Javier llevaba los ojos cerrados lo que a todos les llamó la atención y puso en alerta pensando lo peor.

—Bueno le hicimos el estudio aparentemente no hay nada malo —afirmó el facultativo.

—¿Y por qué no puede mover las piernas? —averiguó el padre que seguía con mal humor.

—Tendrá que hacer kinesiología y después de varias secciones veremos qué pasa.

—¿Y si igual después de todo no las mueve? —Quisieron saber.

—Las va a mover. —El facultativo tomo el brazo del padre, mirándolo con dulzura—. Caminará no lo dude. Todos tienen que acompañarlo en esta rehabilitación, todos. Yo tengo hijos, se lo aconsejo como padre no se desespere y lo más importante sea optimista.

Y en esos días las canciones del poeta como lo llamaban su club de fans que ya contaba con miles, se agolpaban en la puerta del hospital haciendo una cadena de oración, por su salud. Las letras de sus canciones invadieron todos los sitios web ¿? El padre y Emma le contaban todo lo que sucedía, pero a él solo le interesaba mover las piernas. Ir a rehabilitación era un infierno, sus piernas no reaccionaban y sus pies se negaban a caminar.

—No haré más ejercicios —gritó un día puteando en todos los idiomas y Emma se quedó muda—. Estoy podrido, no veo resultados, debes marcharte a tu país yo quedaré invalido —chilló luego que ella lo ayudó a sentarse en la cama.

Emma se arrodilló a su lado y tomando sus manos con una ternura muy de ella, comenzó a hablarle.

—Mira, escucha muy bien lo que te diré, ¡mírame! —Javier que miraba para arriba tratando de evitar las lágrimas que se agolpaban en sus ojos, la miró—. ¿Vos me amas?

—¡Sabes que eres lo más importante de mi vida, lo sabes!

—No quedarás invalido, no mientras yo esté a tu lado, no mientras pongas toda tu voluntad, ahora si deseas vivir en esa silla —señaló la silla de ruedas en la habitación— el resto de tu vida y no intentar caminar, yo me iré.

El rostro del galleguito se tiñó de amargura y estiro su mano, queriendo atrapar la de ella.

Emma se había cansado de verlo teniéndose lastima a sí mismo y no intentar mejorar. Todos los días lo observaba que no ponía ni ganas ni voluntad. Había días que se negaba a ir a rehabilitación, como un niño caprichoso. Y los profesionales que le tenían mucha paciencia aun recibiendo sus enojos y maldiciones, se estaban cansando de su mal humor. Por ese motivo Emma ese día intento otra técnica, ya no le tendría lastima, debería sacarlo de ese estado y lo haría de cualquier manera, aun lastimándolo.

Mientras ella paraba frente a él lo observaba enojada el trataba de mover las piernas sentado en la cama. Sin dejar de mirarla.

—¡Está bien vete de una puta vez! —gritó con ira Javier y ella tomando la silla de rueda de mal modo, la puso al lado de su cama mirándolo seria.

—¡Sí que puedes, apoya tu culo en esa silla! Te espero afuera. —Javier abrió su boca y ella le guiñó un ojo—. ¡Tú puedes! ¡Si en cinco minutos no te subes a ella volveré a mi país! Y te aseguro, que no me verás nunca más.

—¡No me importa! Vete y déjame solo —bramó Javier y, de un manotazo tiró lo que se encontraba en la mesita al lado de su cama.

Emma salió de habitación, cerró la puerta y el llanto no se hizo esperar. Amaba a ese hombre, pero debía hacerlo reaccionar de algún modo. El padre que siempre estaba atento a todo se arrimó a su lado abrazándola.

—No sé qué hacer mi niña, el médico dice que se niega a caminar.

—Me dolió tanto tratarlo así —susurró.

La imagen de Emma y José abrazados no pasó desapercibida para todos los

presentes.

—Lo que es la vida por el accidente del, mi hermana conquisto el corazón de su padre —adujo Felipe a su pareja—. Ahora solo falta que Javier camine y logren ser felices.

—¿Vos crees que el padre lo permitirá? —preguntó su pareja.

—Me importa nada que lo quiera o no, mi abuela y yo la apoyaremos como siempre. Si no le guste, problema de él —terminó diciendo.

Encarna a miles de kilómetros de distancia rezaba por la recuperación de Javier. Flor preguntaba y extrañaba a su madre y su abuela la consolaba diciendo que pronto vendría junto a ese niño que un día llevo a sus vidas con esa sonrisa de costado tan característica en él y no se irían nunca más. Ese era su deseo, aunque solo Dios sabía lo que tenía preparado para ellos.

Emma se apretaba los dedos de sus manos, nerviosa mientras su padre daba vueltas por la sala de espera. Pensando que Javier se había dado por vencido y jamás volvería a caminar. Pero el ruido de la puerta de la habitación del se escuchó y todos se miraron poniéndose en alerta. Todos los ojos se depositaron en esa puerta que lentamente se fue abriendo.

Y con lágrimas en los ojos y sentado en la silla de rueda, salió el galleguito. Emma salió corriendo hacia el e inclinándose a sus pies se aferró a sus piernas llorando, mientras él le acariciaba el pelo susurrando.

—¡Mi niña, mi amor, mi todo! ¡No me llores! Caminaré solo para estar junto a ti toda mi vida.

Todos se acercaron y su padre besó su frente.

—No es solo por mí que debes caminar —afirmó Emma levantando la cabeza observándolo, con la cara empapada en llanto. El la miro y sus dedos largos limpiaron sus lágrimas, sin alcanzar a entender. Luego se paró frente a él y tomando su mano la llevo a su vientre. ¡Debes hacerlo por el! ¡Por nuestro bebe!

Todos sonrieron mientras Javier seguía sorprendido por la noticia y cuando pudo reaccionar estiro sus brazos prendiéndose con fuerza a la cintura de ella,

mientras sus labios depositaban besos sobre su panza.

—¡Mi niño, solo mío! Cuidaré de ti toda mi vida, te lo prometo —sentenció sin dejar de besar el vientre de Emma.

Los días pasaron y el galleguito puso lo mejor de él para recuperarse. Asistía periódicamente a todos los ejercicios, colaborando con los profesionales que lo animaban a seguir. Muchas veces sentía que las fuerzas le fallaban, sintiéndose agotado, entonces observaba de reojo a su niña, que muy atenta seguía sus progresos animándolo con la mirada.

—Un hijo, mi niña me regalará un niño. ¡Vamos Javier, arriba tu hijo te necesita! —Se decía en silencio, poniendo todas sus ganas y una tarde cuando Emma volvía con una taza de café de la cafetería vio a su amor, parado solo y grito de alegría derramando todo el café, mientras la sonrisa pícaro del no se hacía esperar.

Tres largos meses pasaron desde el accidente, tres meses de angustias y zozobra. Las piernas inertes de Javier preocuparon a todos. Tres meses sin saber si caminaría. Aunque todo paso a ser un mal sueño, un sueño grotesco, un maldito sueño superado.

Encarna viajó tres veces con Flor para verlos y cada vez que debía volver a su país todos lagrimaban. Pero la abuela había tenido una larga charla con Javier y sabía que el pondría lo mejor del para recuperarse.

—Tienes tanto por vivir mi niño, tienes una familia que te amará siempre. Expresaba Encarna acariciando su cabeza.

—¡Lo prometo! Caminaré por mi hijo, lo haré por todos los que me aman —afirmó Javier.

—¡Espero que la próxima vez que nos veamos estés caminando! — sentenció y arrimándose a su oído, murmuro—. También que me regales unas de esas canciones que tan bien cantas y tanto amo —le pidió besando su frente.

Cuando el médico le dio el alta con la promesa que debía seguir con los ejercicios la alegría de todos fue inmensa. Pero el padre aun contento se negaba a aceptar la relación de ambos hermanos y sin decirlo la expresión de

rostro así lo declaraba.

Javier viva en su departamento junto a Emma y cada día aun rezongando se presentaba en el hospital para seguir con la rehabilitación. Su representante se encontraba entre la espalda y la pared, por un lado, los del sello discográfico lo intimaban a seguir con las presentaciones y grabaciones y por otro lado el sabía que Javier aun se encontraba convaleciente. Al retirarse del hospital los fans lo recibieron entonando sus canciones. Fue una noche muy motivadora para él. Escuchar corear su nombre lo hizo emocionar hasta las lágrimas, un sueño más cumplido se dijo en silencio. Ya dado de alta él y Emma decidieron que vivirían

en Argentina y desde ahí él se dirigiría a presentarse en todos los shows pactados. No quería alejarse demasiado de su niña y la familia de esta. La noche anterior de su partida su tía esperanza organizo una gran cena en su casa, en honor a su sobrino y hasta allí se dirigieron todos. El padre y su amigo el padre de Patricia y su novio el amigo de Javier. Encarna con Flor recién llegadas. Felipe y su pareja Alam. Todo transcurrió en armonía y felicidad, Javier comentaba todas las delicias que su niña hacía, mientras todos escuchaban muy atentamente, la cabeza de su padre era un bombo. Sin poder creer la locura que su hijo iba a cometer.

—¿Como está Pepito? —averiguó y todos lo miraron. Pepito es el loro de Encarna —confesó el galleguito y todos rieron.

—Bien, está viejo como la dueña, pero aun habla- respondió Encarna y Javier que estaba sentado entre ella y Emma a la que no dejaba de abrazar, la miro.

—Vos no estas vieja, solo grande! Felipe largo una ruidosa carcajada.

—Pepito es un hincha pelota como la dueña. Declaro su nieto y la abuela le pego en el brazo en señal de enojo.

—¿También tenemos a Toby, no Florcita? —preguntó Javier y la niña se rio.

—Toby es un perrito que me regaló Javi —explicó la nena, mirando a los presentes.

—¿Dónde van a vivir allá? —Quiso saber José observando a su hijo.

—Vivirán con nosotros el tiempo que ellos quieran. Afirmo Encarna.

—Si viviremos ahí pero luego haremos nuestro propio hogar, muy cerca de ustedes. Acoto el galleguito. Mirando a la abuela.

Y esas palabras no fueron muy bienvenidas por el padre, que toda la noche

llevaba anudadas palabras en su garganta sin animarse a decirlas. La cena termino y todos se dirigieron al living a beber café con masas que había comprado Felipe.

—¡Quiero hacer un brindis, por la recuperación de mi sobrino y porque sea muy feliz junto a su niña! Afirmino la tía levantando una copita con licor que previamente sirvió.

Y esas palabras desataron un huracán que nadie imagino.

—¡Yo brindo por que tomen conciencia de lo que harán! —Se escuchó la voz grave de José y todas las miradas se posaron en él.

Emma apoyó su mano en la rodilla de su amor que iba abrir la boca, queriéndolo hacer callar, pero el no estaba dispuesto a hacerlo.

—¿Y tú con qué derecho pedís eso? —lo confrontó el hijo, sintiendo la incomodidad de todos los presentes.

—Ustedes no están conscientes de lo que hacen. Felipe y Encarna se miraron y la abuela se paró, enfrentándolo.

—¡Vos sos un desgraciado! - adujo señalándolo con el dedo- si te hubieras comportado como un hombre todo esto no hubiera pasado. Y ellos no estarían sufriendo. Afirmino observando a Emma y Javier.

—¡Ya te lo dije, yo no sabía que ella estaba embarazada! Grito el padre del galleguito.

—¡Pero sí sabías que era menor de edad! ¿No? Te aprovechaste de ella. ¡Sinvergüenza, sos una mierda de persona!

Felipe se levantó y tomó a la abuela de un brazo obligándola a callarse, mirando mal a José que se encontraba mas colorado que el fuego. El amigo del le susurro que se calme, pero él se encontraba sacado y la discusión siguió. Ya todos se pararon y Patricia también trataba de calmar a José que se resistía a cerrar su boca.

—Nos vamos —ordenó el galleguito parándose tomando de la mano a Emma —, me importa nada las opiniones de los demás, haré lo que se me de la puta gana —manifestó, observando al padre—, y tú te portaste mal con la madre de ella —expresó señalando a su niña—. Te portaste mal con mi madre. ¿Tú

crees que tienes derecho sobre nuestra vida? ¡Eso crees? —gritó achinando sus ojos. ¡Pues te diré que no! ¡Y jamás volveré a verte, ese será tu castigo! ¡Morirás solo! —terminó gritando con ira.

La tía de Javier que hasta ese momento permanecía parada en un rincón, comenzó a lagrimear mordiéndose una uña, luego dirigió su vista al padre de Patricia que daba unos pasos hacia atrás, al observarla.

—¡Basta! ¡Basta! —chilló Esperanza y su voz retumbo en el living. Todos los presentes la miraron y ella con sus palabras desataría un vendaval de sentimientos, que nadie imagino—. ¡Ahora hablare yo!

—¡Esperanza, por favor! —demandó el padre de Patricia y todos los presentes giraron su vista hacia él sin entender absolutamente nada.

—Tía, di lo que tienes que decir y después no me verán más —sentenció Javier sacado.

—Hace años que guardo un secreto que me carcome el alma. ¡Mi difunta hermana me hizo jurar que jamás lo diría- y sus palabras confundieron aun más- pero sabiendo que la felicidad de mi niño está de por medio debo decirlo! ¡Es mi deber decirlo! Aunque traicione una promesa hecha hace años.

El amor por su sobrino hizo que ella esa noche se decidiera hablar se encontraba hastiada de seguir ocultando la verdad. Una verdad que alejaría a Javier y Emma de sentirse culpables y desdichados por amarse como lo hacían. Ya era hora de poner luz sobre un amor casi prohibido.

El padre de Patricia dejo caer su cuerpo pesado sobre una silla y apoyando los codos sobre la mesa se tapo la cara. Esperanza lo observo abatido y suspiro.

—¡Por favor mujer! Dilo de una puta vez! ¿Qué mierda sabes? —exigió Jo'se.
—Javier no es tu hijo —confeso la tía con la voz alta y clara.

El corazón de José se encontraba a punto de estallar y si sus manos no se apoyaban en una silla se cae de bruces al piso y el pobre de Javier no daba crédito a las palabras de su tía. Un profundo silencio se respiro en el ambiente y Javier se acerco a su tía y tomándola suavemente de los hombros, susurro.

—¿Dime por el amor de Dios tía, que dices? ¿Quién es mi padre?

Esperanza revelaría el nombre del padre de su sobrino, guardado por años y antes de hacerlo pedía en silencio perdón a su hermana por revelarlo. Trago saliva, pero cuando su boca iba a decir el nombre alguien se adelantó.

—¡Yo soy tu padre! ¡Yo soy tu padre! ¡Perdóname, Javier! Pidió el padre de Patricia, parándose frente a él.

La hija se tapó la boca con una mano y sus ojos se abrieron como platos. Sin entender nada.

—¿Qué decís papá? ¿Te volviste loco? —murmuró, alucinando al escuchar de los labios de su padre esa confesión.

—¡Es verdad hija, yo soy el padre! —reafirmó casi con vergüenza observándola y José que se había sentado se paro de inmediato y sin pronunciar palabra levanto la mano dándole un golpe en la mandíbula el cual lo tiro al piso.

—¡Maldito hijo de puta! Tú mi amigo, te acostaste con mi mujer. Gritaba mientras Felipe y el novio trataban de alejarlo para que se calme.

—Si tú no hubiera andado por ahí con otras, ella jamás hubiera terminado en mis brazos. Respondió el padre de Patricia limpiándose de los labios una línea de sangre.

—Vamos mi niña vamos afuera. Pidió la abuela tomando de la mano a Flor que comenzaba a llorar al escuchar tantos gritos.

Javier se encontraba en estado de shock su boca se habría sin saber que decir y su mente se anuló, no podía coordinar y solo podía pensar que lo que estaba sucediendo era solo un mal sueño. Mientras Emma no soltaba su mano de su amor, con los pies pegados al piso. José se tomaba la cabeza con sus dos manos maldiciendo, mientras el enojado ahora era el padre de Patricia, que seguía despotricando sin que nadie pudiera frenarlo.

—¡Sí! Vamos a sacarnos la máscara. Grito y todos lo miraron. ¡Yo ame a tu mujer y ella me amo a mi, mientras tu andabas con la de turno! Yo la escuchaba y consolaba. ¡Tu jamás la amaste!

José que se encontraba blanco como un papel, nuevamente intento golpearlo y

Felipe con fuerza lo sujeto.

—¡Yo ame a mi mujer! —gritó y tú te aprovechaste de ella. Y al decir esas palabras daba por entendido que a la madre de su hija no la amo. Instintivamente la observo a Emma que los ojos se le llenaron de lágrimas y se disculpó.

—Perdón hija no sé lo que digo. Su hija miro hacia otro lado, ignorándolo.

—Mi madre no era una cualquiera, límpiame la boca antes de hablar de ella. Afirmo Felipe empujando al padre de Patricia que otra vez más termino en el piso.

—No te conozco —señaló Patricia al padre, que otra vez se levanto del piso —. ¿óomo pudiste hacernos esto? ¿Cómo? ¡Mierda! ¿Yo me acosté con mi hermano? ¡Qué asco! —La mirada de la hija destilaba veneno e indignación.

Javier al escuchar las palabras de su amiga, la miró a Emma.

—Lo nuestro fue hace mucho —confesó Javier y su novia ya no sabía que pensar, pasaba la vista sobre los dos queriendo salir corriendo de esa familia llena de locos y secretos.

—¿Cómo puedes pensar que yo dejaría que ustedes tengan algo si eran hermanos? —susurró el padre.

Con esas palabras en lugar de aclarar las mentiras, todo se volvía más oscuro.

—Me estoy volviendo loca. Acotaba Patricia tomándose con las manos su cabeza. ¿Qué mierda decís papá?

Javier apretaba fuerte la mano de Emma solo deseaba, sacarla de ese loquero, pero su vista se resistía sin poder dejar de observar a los dos hombres que se disputaban su paternidad.

—¡Hija mía te amo! ¡Pero tú eres mi hija del corazón! —declaró el padre.

Javier que ya se encontraba saliendo atrás de Felipe se paró creyendo haber escuchado mal. Se dio vuelta lentamente y después corrió al lado de su amiga.

—Perdón, perdóname tu madre antes de irse me hizo prometer que jamás lo diría.

—¿Cómo pudiste ocultarme que era adoptada? ¡Yo tengo derecho a saberlo!

—gritó Patricia.

Todo era confusión en esa familia y todas las mentiras y secretos esa noche salieron a la luz. Ninguno de los presentes pudo asimilar las palabras y solo callaron. Emma que había aprendido a querer a Patricia en todo ese tiempo también se acercó a ella, abrazándola.

Patricia lloraba desconsoladamente en sus brazos, mientras José se acercó a su hijo queriendo hablar y este lo rechazó.

—Javier, por favor hablemos —pidió el padre.

No era el momento de hablar. Javier y Patricia, se encontraban atónitos con todas las confesiones. Todos los presentes solo se miraban aturridos y sorprendidos. Lo que podría haber sido una noche feliz por la recuperación de Javier, se volvió la noche más larga y negra de sus cortas vidas. Furioso el galleguito tomó la mano de su niña y todos lo siguieron alejándose del lugar, quedando solos en el lugar, José el amigo y la tía. Seguramente tenían toda una noche por delante para hablar y llegar a entenderse o alejarse para siempre.

Pero Javier antes de poner un pie fuera de la vivienda se dio vuelta mirándola a los ojos a la tía. La cual seguía llorando sentada.

—Que tristeza me da que, sabiendo la verdad, no lo hallas dicho antes.

—¡No podía mi niño! Se lo prometí a tu madre, entiéndeme, por favor, perdóname. Suplicaba ella, secándose las lágrimas.

—No sé si algún día podre perdonarte, no lo sé. Acotó el sobrino bajando la mirada y apretando la mano de Emma.

Javier se encontraba aturrido y enojado, deseaba salir corriendo de ese lugar y refugiarse en su casa. Tanto tiempo sentirse culpable por amar a su niña y resultaba ser que no eran hermanos.

—¡Después de todo lo que he escuchado me voy, si desean matarse háganlo! Vamos a mi casa. Ordeno el Javier. Enfurecido por todo lo sucedido.

Al llegar a su departamento todos se acomodaron en el living, Emma enseguida preparó café y mate. Nadie se animaba a decir la primera palabra,

hasta que Felipe interrumpió el silencio con sus palabras.

—Javi nosotros debemos irnos —el galleguito levantó la mirada del piso, observándolo—, el trabajo nos reclama.

—Yo estoy muy agradecido por su compañía, jamás lo olvidaré. Susurro voz cansada del.

—Para eso estamos, somos familia. Susurro Encarna.

—Los quiero mucho a todos y debo pedirles perdón por todo. Fue una vergüenza lo que paso. El ánimo de Javier se encontraba por el piso y observaba a su amigo como abrazaba y contenía a Patricia la cual tenía la mente navegando quien sabe dónde.

—Calla mi niño tú no eres responsable de nada- la abuela sentada a su lado puso su mano en la rodilla del- solo ustedes dos y Patricia están sufriendo por las mentiras de un pasado, que seguramente los acompañe por siempre. Murmuro Encarna y al recordar a su hija que también se vio envuelta en semejante lío, se secó una lagrima que sin permiso asomó en su rostro.

—Yo debo arreglar unos temas de trabajo y luego nos iremos a tu país- Javier sabía que debía solucionar el tema de sus presentaciones o se comería un juicio- no me voy a quedar acá.

—Puedo ir con ustedes. Averiguo Patricia, con temor. Emma se acercó a ella y puso su brazo por su hombro con esa mirada dulce tan de ella. Y todos los presentes las miraron.

—Claro que si mi casa es grande y eres más que bienvenida a ella. Y Encarna se enorgulleció de su nieta.

—¿Y tu padre? Pregunto el novio.

—Ya veremos, por lo tanto, necesito distanciarme de todo por un tiempo.

Javier habló con su representante y quedó que luego de instalarse en Argentina cumpliría con todos sus compromisos, aunque tenía que viajar kilómetros para sus presentaciones prefirió vivir en el país que lo acogió como uno más.

Pasado los dos días todos viajaron hacia Argentina. Todos observaban la cara de felicidad al entrar en la ciudad, lo primero que hizo Javier fue ir tomando de la mano con Emma hasta la orilla del mar y contemplarlo en su plenitud. Siempre amo ese lugar y en silencio meditaba que era el momento exacto para instalarse y formar una gran familia.

—Te has levantado muy temprano —le comentó Encarna a Javier al verlo arrodillado al costado de unos rosales. Él levantó la vista de las plantas y ella notó sus ojos enrojecidos de llorar.

—¡Por Dios mi niño! ¿Has llorado?

—No es nada ya se me pasará. Respondió bajando la mirada.

—¡Ven acá, vamos levántate! —ordenó y el obedeció. Encarna lo obligó a sacarse los guantes y abrazándolo caminaron hasta el fondo del dúplex se sentaron en la hamaca y ella comenzó a hablarle.

—Mira mi niño —comenzó a hablar la abuela- yo ya he perdonado a tu padre- el miraba hacia abajo jugando con el par de guantes, entre sus dedos- ahora te toca hacerlo a ti- Javier giro su hermoso rostro buscando los ojos de ella- si mi niño, no me mires así, nadie es perfecto y mira como el está pagando su error. El está solo completamente solo y tu estas en familia, con todos nosotros que te amamos. Debes curar tu corazón y perdonar y a tu verdadero padre también debes perdonarlo, el amo a tu madre y en este momento también es infeliz.

—Yo he llorado a mares sintiéndome culpable por el amor que sentía por Emma y ellos me viéndome mal, aun así no confesaron la mentira. ¡Mi tía que la amaba como a una madre también me ha mentido! Eso es horrible.

—Tu tía se debía a tu madre su hermana. Yo no sé qué hubiera echo estando en su lugar. Ella te ama y mucho, no la juzgues ella es un pedacito de tu madre.

Javier se tomo la cara con las manos al sentir eso largándose a llorar.

—¡Eres muy buena persona! Se que este dolor que sientes pasará, ya lo veras. Susurraba Encarna abrazándolo. Y cuando estés listo se que llegará el perdón y todos viviremos en paz, como debe ser. ¡Ya lo veras! Repetía con dulzura una mujer que llevaba cicatrices en su alma y su corazón sabiendo que el dolor que ella sentía por la pérdida de su hija jamás sanaría.

—Vamos a bailar y tomar algo proponía una noche Felipe a Patricia el novio, su hermana y Javier. Este último se sentía un poco mejor y ya tenia solucionado el tema de sus presentaciones. Dentro de dos días viajaría a Madrid y el solo pensar encontrarse con su padre lo aterrorizaba, pero debía cumplir con sus compromisos.

—Vamos, pero tú no debes moverte mucho- decía a Emma y todos lo miraron- recuerda que solo falta dos meses para que mi hijo venga a este mundo.

Todos se largaron a reír mientras que él se puso serio. Emma se sentía magníficamente bien su embarazo se encontraba perfecto, ni vómitos ni

dolores, nada de nada.

—¡Tu hijo está bien déjame divertirme y no jodas! —alegó ella sonriendo. Javier abrió grandes sus ojos y la abrazo de atrás, susurrándole en el oído.

—Te has vuelto una impertinente con tu niño- ella rio con ganas- pero te perdono por el embarazo.

Apenas entraron en el pub Pablo el padre de Flor los miró a todos y Felipe devolvió una mirada llena de odio.

—Vamos amigo vinimos a divertirnos —pidió Javier al ver la reacción de su cuñado.

Javier solo salió para darle el gusto a Emma todo lo sucedido aun le preocupaba, sobremanera. Mientras la miraba a su niña sonriente moverse despacio con su niño acuesta en la panza, en la pequeña pista de baile junto a su amiga Beba y Patricia, la cara se le iluminaba de felicidad de solo pensar que en poco tiempo más, lo tendría entre sus brazos. Luego en su rostro se asomo una sombra de dolor. Sabia que su padre se encontraría triste y angustiado, no solo por lo mal que se portó, si no por enterarse que el no era su progenitor. La imagen también de su tía se coló en su mente y suspiro sabiendo que jamás podría de dejar de amarla. Felipe que se encontraba a su lado lo miró.

—¿Dónde estás cuñado? Todo pasará, tranquilo —susurró, mientras el galleguito cansado de bailar se había sentado a tomar con los hombres y miraba a las mujeres que bailaban y reían.

—Pienso en mi padre —manifestó bebiendo un trago de su copa, bajando la mirada.

—Llámalo, él siempre seguirá siendo tu padre. —Javier movió su cabeza en señal de negación.

—Aún no, ahora debo dedicarle todo el tiempo a mi mujercita y a mi pequeño. Y al comprobar que Felipe no deja de mirar al padre de Flor señaló—: Déjalo estar —manifestó—, él ya es historia.

—No puedo ese infeliz le puso un dedo a mi hermana en sima y tarde o temprano lo pagará. El cuñado hablaba con rencor.

—Ya paso ahora nunca más la lastimará- susurro cerca de su oído- acá estoy yo para defenderla.

Y al segundo de decir eso vio como Pablo muy lentamente se acercó a Emma tomándola de la mano, invitándola a bailar. El galleguito se puso en alerta, mientras observaba como Emma se quería alejar del. En solo un segundo se paro y tomo a Pablo del brazo retorciéndolo. Felipe, su pareja y el amigo de Javier se levantaron de inmediato de sus sillas, sin dejar de mirarlos.

—Sal de mi lado ¿qué carajo te pasa? —escucho decir a Emma, que se encontraba con unas cuantas copas de más. Javier le retorció el brazo hasta que se quejó.

—No quiero que te acerques nunca a más a mi mujer, ¿entendiste? —le amenazó Javier sin dejar de mirarlo.

—Solo la estaba invitando a bailar —replicó con ironía Pablo.

—¡Ubícate sos un bueno para nada! —gritó Felipe que se la tenía jurada. frente a él.

—Bastam ya pasó, vamos a sentarnos. Pidió Javier tomando de la mano a Emma y empujando despacio a su cuñado para alejarse del padre de Flor. Felipe no le sigas el juego solo quiere provocarnos.

—Me voy a mi casa. Acotó el cuñado y su pareja se acercó a él.

—Yo también me voy.

—Nos vamos todos ya es tarde- Emma mimosa levanto la mano y con sus dedos acaricio la mejilla de su amor.

—Un ratito más, sonrió- pero el galleguito no estaba dispuesto a pelear esos años para el habían terminado. Y si se queda seguramente la noche no terminaría bien.

—Vamos mi niña es tarde, ¿sí? —pidió con ternura, inclinándose y besando sus labios.

Como decirle que no, si Emma lo amaba hasta el delirio. Más de una vez, pensó que el debería ser el padre de Flor. Javier tenía todo lo que una mujer deseaba de un hombre. Atento, cariñoso, simpático, tierno y fogoso en la cama. En fin, yo tengo a un caballero con armadura a mi lado se decía mientras lo veía muy atento manejar camino a su casa, ya habían dejado a Patricia con el novio donde por el momento vivían y a Beba en la suya, su amor la miro de reojo regalándole esa sonrisa de costado que siempre, la enamoraba.

—¿Qué mira mi niña? —preguntó ladino y comprobando que la mano de ella

se acercaba peligrosamente a su bragueta. Los dos sonrieron.

CAPÍTULO 18

—Veo a un hombre que me tiene loca de amor. Pronuncio, mientras la palma de su mano acaricia a través del pantalón su pene.

Javier se apuraba por llegar el toqueteo de su mujer le estaba haciendo subir la presión. Pero la excitación pudo más y sin hablar entro en una calle casi sin luz- y ella sonrió, recordando las veces que se internaban en esas calles de arena y olor a mar a besuquearse- detuvo el auto giro su cuerpo y tomando con sus dos manos el rostro de ella la beso desesperadamente y con urgencia, su lengua entro en la boca de Emma sin control.

—¡Te amo! ¡Te amo con locura y desesperación! Pronuncio Javier sobre los labios de ella mordisqueándolos.

—Vamos a casa quiero estar entre tus brazos. Asintió Emma sintiendo en su mano la erección de él.

Más calientes que una braza y luego de minutos de toqueteos y besos apasionados llegaron a su hogar, el tratando de controlar la lujuria que ella había despertado en el viaje. Y ella rogando que no haya nadie. Pero se olvidaron de pepito, observaron que se habían olvidado de ponerle el cubre jaula y apenas poner un pie en el lugar el loro comenzó a gritar y ellos se miraron.

—Pepito es de noche no grites, despertarás a Encarna —pidió con una sonrisa Javier, mientras Emma buscaba desesperada el cubre jaula para taparlo.

—¡Encarna llegó Javier! ¡Encarna llegó Javier! —gritó Pepito como loco.

—Joder con este loro —se enojó Javier y Emma comenzó a reír y el más se enojaba.

—No te rías despertarás a la abuela. Ordenaba, mientras pepito también se unió a la risa de su niña.

—Mierda cállense de una vez. —Y como no sabia que hacer el galleguito se saco la campera y tapo la jaula. Apenas lo hizo Pepito lo puteó.

—¡La puta madre! ¡La puta madre! —La cara de Javier era un poema y Emma reía cada vez más fuerte.

—A la mierda con el loro y mi mujer! Adujo alzándola y subiendo rápido la escalera. Apenas entraron en su cuarto sintieron la puerta del dormitorio de Encarna y enmudecieron. Sintieron que ella bajaba rápido la escalera y retaba a pepito.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué pasa con vos? Decía mientras observo la campera de Javier tapando la jaula. La saco y abrió grande su boca al observarla, luego lo volvió a tapar sonriendo y supo que ellos habían llegado. El loro se calmo y mientras subía la escalera ella sonreía. Se paró en la puerta del cuarto de su nieta y hablo en voz alta.

—Mañana alguien tendrá una sorpresa. Susurraba Encarna entrando en su habitación. Javier y Emma que se encontraban atrás de la puerta se miraron, sin entender.

—¿Qué quiso decir? Averiguaba Emma, mientras el la tomándola de los hombros y sus labios paseaban por su cuello.

—Como amo tu olor a vainilla, canela y miel. Susurro el, pasando lentamente su lengua ardiente por el lóbulo de su oreja. Rápidamente los dos se desnudaron y acostados comenzaron a besarse.

—Date vuelta lo haremos por atrás no quiero joder a mi hijo. Susurraba él.

—No le haces mal. Jadeaba ella.

—No me voy a arriesgar. Comento mientras su pene duro entraba en el sexo húmedo de Emma.

Y aunque ella pedía que sus movimientos fueran más rápidos, la amo con todo el cuidado del mundo. Paso sus labios por su espalda lentamente y solo apuro los movimientos cuando creyó que los dos estaban listos para terminar. Ella se dio vuelta y lo beso en los labios mientras el no dejaba de observarla.

—Sos todo para mí, quiero que mi hijo, Flor y tu sean mi mundo ¡hoy, mañana y siempre!

—¡Ya lo somos! Nunca mas estaremos separados. Anuncio Emma y el sonrió.

—De que te ríes.

—De mi hijo está dando patadas. La panza de ella estaba contra su cuerpo y el atento apoyaba la palma de su mano en ella escuchando los movimientos de su niño.

—¿Será jugador de futbol? Pregunto bajando la mirada buscando los ojos de su mujer.

—¿Y si es nena? —Quiso saber ella. En todas las ecografías que se había

hecho él bebe jamás se dejó ver.

—No me importa que sea lo que Dios nos mande —dijo él estrechando con su brazo el cuerpo de ella contra el suyo—, lo amaré hasta el fin de mis días —sentenció. Emma se adormeció entre sus brazos.

—Quiero casarme con vos antes que mi niño nazca —susurró volviéndola a mirar. Ella se había dormido, y Javier se sonrió de costado—. Aunque antes debo hablar con mi padre, debo arreglar ese tema.

Al otro día él despertó primero se levanto lentamente para no despertarla y se ducho cuando salió del baño con la toalla en su cintura vio a su mujer bostezar y estirar los brazos.

—Ha despertado mi mujer. ¿Cómo dormiste?

—Bien tengo hambre —susurró abrazando la almohada sin quitarle vista de encima.

—No me mires así porque te co... —Pero no pudo terminar de hablar porque alguien golpeó la puerta. Javier abrió y Encarna le sonrió.

—Buenos días, ¿anoche pasó algo? —El galleguito giró su cabeza mirando a su mujer, para enseguida volver la vista a la abuela.

—¿Qué pasó están todos bien?

—Vístete y baja —pidió Encarna y Emma y él se alarmaron.

Rápidamente Emma se ducho y de la mano los dos bajaron la escalera.

Felipe y Alan tenían su celular en la mano todo picoteado y Encarna los miró.

—¿Esto es tuyo? —El galleguito dirigió sus ojos al aparato. Luego dio un salto del ultimo escalón soltando la mano de Emma tomando el celular entre sus dedos.

—¿Pero qué mierda pasó? —exclamó.

—Pepito creo que jugó con él —sonrió la abuela.

—Mi pobre celular —repetía una y otra vez Javier, girándolo en su mano, sin dejar de observándolo.

—¿Por qué le dejaste tu campera sobre la jaula? —Quiso saber Encarna cruzada de brazos y todos dirigieron la vista hacia él. Emma se tapó la boca recordando el momento.

—Bueno lo que pasa es... —comenzó diciendo, procurando rápidamente inventar una mentira— que Pepito se puso a gritar y no supe qué hacer.

—¡Encarna llegó Javier! ¡Encarna llegó Javier! —chilló el loro en ese

momento.

—¡Loro loco! ¡Ya lo vi! —gritó la abuela—. Vamos todos a desayunar, no dejes nunca mas la campera ahí —pidió sabiendo que la verdad seguramente sería otra.

—Después me cuenta que pasó cuñado, porque siento que fue algo más —comentó Felipe abrazándolo camino a desayunar, riéndose.

—Es que anoche vinimos un poco azucarados y bueno tú sabes —acotó Javier poniéndose colorado. Felipe lo observó con el rostro enrojecido y no pudo contener la risa.

—¡Eso no es azucarado eso en mi país se llama calentura! —susurró y su hermana que se encontraba junto a él lo codeó.

—Ordinario —le retó.

Luego de descubrir las mentiras pudieron vivir su amor libremente, Flor se encontraba feliz con la llegada de un hermanito. Y aunque todos se negaban que Emma siguiera trabajando en la pastelería ella seguía levantándose cada mañana y se hundía en su cocina donde los aromas más ricos hacían junto a sus manos la mejor pastelería de la ciudad de Carilo. Javier mientras ella se dedicaba a lo que más le gustaba preparaba a Flor para la escuela. Y Encarna y Felipe comprobaban con sus ojos lo que siempre dijeron, Javier era un hombre excelente y por lo tanto sería un gran padre.

—Lo único que falta para ser completamente feliz es que hagas las pases con tus padres —propuso la abuela tomando unos mates una tarde con él y Felipe. Javier puso el mate vacío en las manos de ella y tragó saliva.

—No sé abuela, ellos junto a mi tía me han lastimado mucho- Encarna lo miro.

—Ya hablamos de esto mi niño. No debes guardar rencor en tu corazón.

—Hoy recibí un correo de mi representante- abuela y nieto prestaron atención a sus palabras- El lunes debo presentarme en mi país- bajo la cara al piso pensativo y luego de unos segundos siguió hablando- comienza una gira que me llevara cuatro meses recorrerla y aun no se como decirle a mi niña. Apoyo los codos sobre la mesa y con sus manos se tapó la cara.

—Debes decírselo —declaró Felipe.

—Es que yo le había prometido llevarla siempre, pero en su estado no puedo hacerlo.

—¡Claro que no! Mi niña quiere parir, aquí. Está noche habla con ella. Afirmo Encarna.

—Lo haré, me es muy difícil alejarme de ella y de todos, pero soy consciente que por nuestro futuro debo hacerlo.

Emma que había salido de su cocina escuchó todo, limpió sus manos en su delantal y sigilosamente se acercó a los presentes. Javier al desviar la vista se encontró con los ojos de ella y antes que él pudiera abrir su boca ella sentándose a su lado acarició su mejilla.

—Yo entiendo que es tu trabajo. No debes preocuparte, ve haz tu trabajo tu hijo y yo te estaremos esperando. Javier la cubrió con sus brazos para luego llenarle la cara de besos chiquititos.

—¡Mi niña, mi mujer, mi todo! ¿Sabes lo mucho que te amo? ¿Lo sabes no? Susurro el galleguito sobre sus labios.

La abuela ante esa demostración de tanto amor, con los ojos llenos de lágrimas se levantó con Felipe dejándolos solos.

—No quiero que hagas fuerza- pedía el mirándola- trataré de apurar la gira para estar cuando mi niño llegue a este mundo.

—Y si no puedes no te preocupes, ya estamos juntos y eso es lo que importa. Afirmando ella deslizó un dedo por el rostro del hombre que amaba.

Emma sacaba cuenta mentalmente sabiendo que seguramente su hijo nacería cuando su padre estuviera trabajando muy lejos de ellos, pero eso no importaba tendrían toda una vida para vivir juntos.

—¡No quiero que te vayas! —dijo Flor abrazada a las piernas de Javier en el aeroparque. Todos lo habían acompañado y a él se le partía el corazón amaba a esa diablilla

—¡Volveré mi niña, volveré! No me llores, veras como los días pasan rápido y pronto me tendrás de vuelta, con un gran regalo para vos y para tu hermanito. Asintió apoyando la palma de su mano en la panza de Emma.

—Todos cuidaremos de Emma, ve tranquilo amigo —pidió Patricia que también con su novio lo fueron a despedir. Javier saludó a todos uno por uno besándolos en la mejilla.

—Cuida a Pepito —comentó sonriendo a Felipe.

—A ese en cualquier momento lo meto en la olla y me lo como —respondió su cuñado y se sintió la carcajada de todos.

—Ve mi niño que ya hicieron el último llamado. Declaro la abuela agarrando

la mano de Flor mientras todos lo saludaban rápido y cuando quedo solo con su mujer, apoyo su bolso sobre el piso y abrió sus brazos. Emma se hundió en ellos sintiendo como siempre que ese era su lugar en el mundo. En los brazos de ese hombre conoció el amor verdadero sano sus viejas heridas, sabía que el la protegería y amaría hasta el fin de sus días. Y él había encontrado lo que siempre busco en una mujer amor, paz y fidelidad.

—¡Vete! ¡Y demuéstrole al mundo que el padre de mi hijo es el mejor poeta de todos! —ordenó su niña con un nudo en la garganta.

Javier tomó el rostro de Emma con dedos regalándole su mejor sonrisa, mientras sus labios se hicieron dueño de los suyos.

—Siempre estaremos juntos —declaró ella tocándole la llave que colgaba de su cuello.

—¡Siempre mi vida, siempre! —contestó Javier acariciando la de ella—. ¡Te amo, mi niña! ¡No lo olvides! —gritó, mientras subía la escalera, con su mano en alto, saludándola.

—¡Te amo mi poeta, vuelve a nosotros! —devolvió Emma haciendo que todos los presentes suspiraran al sentir la vibración del gran amor que se profesaban.

El viaje se hizo largo y cuando las azafatas comunicaron a los pasajeros que sobrevolaban el aeropuerto de Madrid y pidieron abrocharse los cinturones, sus ojos se entrecerraron y las manos comenzaron a sudar. Sabía que su sueño se haría realidad, ya el representante le había comunicado que seguramente muchos fans irían a recibirlo, lo que no hizo más que acrecentar su nerviosismo y al ver la cantidad de gente que lo esperaba casi se desmaya, tuvo que hacer fuerza para que las lágrimas no se desparramaran por su rostro.

Vio a su representante caminar rápidamente con dos guardaespaldas para cuidarlo del enjambre de fans que se agolpaba a su alrededor demostrándole el cariño que despertó con apenas unas cuantas canciones. Esas canciones que ya sonaban en todos lados antes de irse ahora eran cantadas y aplaudidas por miles de personas. Mientras la seguridad trataba de alejarlo de la gente el extendía sus manos para saludarlos. Y aunque su representante lo instó a ir directamente a una sección de fotos, el rechazó su pedido. Tenia necesidad de encerrarse en

su departamento, ducharse y convencerse a sí mismo si todo lo que le estaba sucediendo, no era un sueño, un sueño por años postergado.

—¡Te amo! ¡Te amo! —chillaban las fans a su paso, estirando sus dedos para poder tocarlo, mientras él las miraba maravillado. Y él solo las miraba regalándole su hermosa sonrisa.

Ya solo en su departamento llamo a Emma y hablaron por una hora, luego de cortar se ducho y mientras observaba su imagen frente al espejo, se sonrió.

«¡Lo lograste! ¡Lo lograste!» se dijo a sí mismo, aunque sabía que una parte de su ser sentía tristeza por lo sucedido con su padre. Era imperioso hablar de ese tema con él y tu tía. Antes de subir al escenario necesitaba estar bien con ellos. A pesar de todo no tenía resentimiento con ninguno, los dos tuvieron sus razones para hacer lo que hicieron. ¿Y quién era el para decir que era lo que estaba bien o no? El gran problema era con el hombre que le ocultó por años que era su hijo. A él costaba perdonarlo. Luego de vestirse tomó su celular y suspirando llamo a José.

—Hola, hola, quien habla —respondió una voz cansada detrás de la línea. Javier se mordió el labio inferior y respondió.

—Hola papá. —Y solo escuchar esas dos palabras, José se tapó la boca tratando de controlar su emoción. Había pensado que nunca más vería a su hijo.

—¿Mi niño, eres tú? —Javier sonrió.

—Sí papá volví, debemos hablar, ¿dónde estás?

—En la empresa, ¿tú estás en tu departamento?

—Sí, ¿por qué no vienes a la noche cenamos y hablamos, quieres? —averiguó Javier.

—Claro que si hijo, yo llevo el postre y el vino —afirmó radiante de felicidad.

—Papa trae a la tía también —le pidió.

—Mi niño tu tía vive llorando por ti. —Javier se pasó una mano por el pelo, pensativo—. Le encantará verte, a la noche nos vemos. Dime, ¿Patricia llegó contigo?

—No papá ella decidió quedarse un poco más en Argentina, se encuentra bien —adujo tranquilizándolo.

Javier que estando al lado de Encarna había aprendido hacer varias comidas, se lucio esa noche con unos langostinos fileteados a la manteca y verduras grilladas. Cuando el timbre de su departamento sonó, trago saliva añoraba ver a su padre y su tía a la vez que sabía que se tendrían que decir unas cuantas verdades. Abrió lentamente la puerta y vio a su tía con un gran paquete en sus manos. Su padre traía dos botellas de vino que a los dos les gustaba.

—¡Tía —atinó a decir retirándole el paquete de sus manos apoyándolo sobre la mesita del living— te quiero! —susurró al abrazarla y ella mojó con sus lágrimas su camisa blanca. No llores ya paso todo, ven siéntate. Le pidió.

—Pasa papá- pidió al padre que luego de dejar las botellas se abrazó a él.

—Perdóname por todo, perdóname, mi niño. Insistió José.

—Cenemos y después hablamos, vengan a la cocina que hoy los sorprenderé.

Los recién llegados abrieron grandes sus ojos cuando él les sirvió los platos.

—¿Dónde aprendiste hacer esto? Está delicioso —declaró la tía probándolo.

—Encarna me enseñó, allá les encanta a todos el pescado.

—Esta riquísimo —aseguró el padre, sin parar de comer.

Luego de cenar los tres se sentaron en el living y comenzó la charla que los tres se debían.

—Yo no sé que decirte, la madre de Emma me deslumbro, quizás por su corta edad- Javier no dejaba de observarlo- pero yo te juro que nunca supe que estaba embarazada.

—¿Y por qué no volviste? —José suspiro.

—Porque amaba profundamente a tu madre y también fui egoísta, los negocios reclamaban toda mi atención.

—¡Yo no te mentí! Soltó de repente la tía haciendo sonreír a Javier. Solo no te dije lo que sabía. Perdón, pero mi hermana... —Y el galleguito no la dejo terminar de hablar.

—Lo sé, lo dijiste ella te pidió no decirlo.

Luego de esas confesiones el aire se sintió tenso, nadie hablaba hasta que Javier se paro y los sorprendió con sus palabras.

—Quiero a mi familia de vuelta, quiero casarme con Emma y que ustedes siempre estén cerca mío, como hasta ahora.

—¡Por supuesto, que así será! Confirmando el padre y a tía se levanto para

abrazarlo y besarlo.

—No quiero más peleas ni mentiras- manifestó, Javier mirándolos a los dos- tengo un contrato que cumplir y cuando lo termine quiero irme con ustedes a Carillo, quiero que vean lo hermosa que es esa ciudad.

—¡Iremos mi niño y quien te dice nos quedamos cerca de ustedes para siempre! —Javier abrió sus ojos, demostrando su felicidad.

—Ese sería mi mejor regalo de casamiento, vivir todos juntos. ¿Qué te parecía? —averiguó y Esperanza lo miró a José.

—Pues eso mismo haremos, vos y Emma son lo único que tenemos. No nos quedaremos solos acá.

Javier que amaba a su tía volvió a abrazarla y susurro en su oído.

—¡A pesar de todo lo que sucedió, jamás los dejaré de amar! Deseo que vean crecer a mi hijo.

—Pues no se hable más ya la empresa está casi vendida, tu parte y la de Emma están depositadas, cuando firme el ultimo documento, estaré libre y nos iremos contigo y mi hija, si ella también me acepta —comunicó con temor.

Javier se acercó a su padre y tomándolo por los hombros, respondió a su duda.

—Ella es lo más bueno del mundo, claro que aceptará. Solo que será una sorpresa, ¿sí? Pronuncio guiñándoles un ojo y los tres asintieron con picardía.

Luego su padre insistió que antes de comenzar su primera gira, se sometiera a un par de estudios médicos para comprobar que todo se encontraba bien y quedarse tranquilo y el acepto. Cuando los resultados de esos análisis coincidieron que se encontraba en perfecto estado de salud, se dedicó a lo que más le gustaba, el canto.

La gira comenzó por Madrid para extenderse por, Cataluña, Sevilla, Murcia, Valencia, Bilbao y estaba todo programado para terminar en el estadio del Real Club Deportivo Es Fankol de Barcelona, con capacidad para cuarenta mil espectadores. En cada presentación sus fans se deleitaban con sus canciones, bailaban y coreaban su nombre sin parar.

Aunque su corazón se encontraba en cada una de esas ciudades, solo palpitaba de más cuando recordaba a su niña y ese niño próximo a nacer. Por las noches en su habitación pasaba horas hablando con Emma. Preguntándole todo lo referente a su embarazo. Con miradas- a través del chat- y palabras mimosas

expresaban todo el amor que sentían y al pasar el tiempo y la distancia su amor se hacia cada día más fuerte y las ganas de verse y amarse se fortalecían.

—¡Mañana en el concierto te dedicaré una canción- Emma esbozo una gran sonrisa- y quiero que estés atenta porque esa canción solo es para ti! Afirmaba el.

—Me va a dar vergüenza- confirmaba ella que seguía siendo a sus ojos la mujer más hermosa del mundo y de las pocas que cuando él le decía palabras sucias al oído aun en estos tiempos se ruborizaba.

El sonrió recordando todas las veces que se amaron y luego de varios arrumacos a la distancia se despidieron.

Cuando esa noche subió al gran escenario a cantar las bellas estrofas de sus canciones, deseo que Emma se encontrara a su lado y poder cantarle mirándola a los ojos como hacia en esa playa junto al mar. Pero miles de kilómetros los separaba en cuerpo, pero nadie jamás los separaría en alma, meditó.

Antes de subir al escenario se persigno y subió lentamente la escalera que lo llevaría a encontrarse con su gran sueño, un sueño añorado por años, miro incrédulo a la multitud que coreaba su nombre y trago saliva tratando de no lagrimar. De repente se detuvo y miro de reojo viendo como su padre a un costado del escenario levantaba su pulgar, dándole fuerzas y su tía se limpiaba unas lágrimas. Les regalo una sonrisa y con un poco de temor y guitarra en mano, se acercó al micrófono. Se coloco la guitarra en los hombros y antes de decir una palabra recordó a su madre, esa madre que siempre creyó en su sueño, esa madre que lo amo y alentó siempre para que no lo abandonará, esa madre que seguramente estaría sonriéndole desde el cielo y sonriéndole y aplaudiéndolo, le fue imposible detener una lagrima que rápidamente se escapó mojando su mejilla. Su padre al darse cuenta le gritó:

—¡Vamos mi niño! ¡Hoy todos estamos contigo!

La multitud seguía coreando su nombre y por un minuto pensó que no podría cantar. Era tanta la emoción que sentía que no podía creer verse delante de esa gran multitud. Y como si lo hubiera echo siempre frente a tanta cantidad de gente, se animó.

—¡Buenas noches Madrid! —gritó y la ovación no se hizo esperar.

—¡Ese es mi niño! —exclamó el padre totalmente emocionado y fascinado por ver a su hijo cumplir su sueño.

—¡Ese es mi sobrino! —aseguró orgullosa Esperanza haciendo puchero.

Y con esas dos palabras comenzó lo que fue una gran noche. Las canciones se sucedieron una tras otra, durante dos horas y medias mientras la multitud se conmovía por las bellas letras de las mismas. Él sabía que su mujer estaría esperando la canción que dijo le dedicaría y fue esa la que dejó para cerrar una noche llena de magia, una noche a puro sentimiento.

—¡Quiero dedicar mi próxima canción a una niña que es la dueña de mi corazón! —El estadio todo suspiro ante su confesión—. Ella vive a miles de kilómetros de distancia, pero siempre está aquí —acotó llevándose una mano a su corazón- para vos mi mujer, mi vida, mi todo.

A José le caían las lágrimas por el rostro y no quiso detenerlas, pues eran de pura felicidad.

Mi Marciana

Te juro que es verte la cara

Y mi alma se enciende.

Y sacas al sol las pestañas

Y el mundo florece

Y dejas caer caminando un pañuelo

Y mi mano sin mí lo recoge.

Tienes la risa más fresca

De todas las fuentes.

Y tienes guardados abrazos

Que guardan ciudades.

Mi hembra, mi dama valiente

Se peina la trenza como las sirenas

Y rema en la arena si quiere.

*Ay mi hembra, tus labios
De menta te quedan
Mejor con los míos si ruedan...
Mejor tu sonrisa si muerde*

Ay mi hembraaaaa

Toda la familia de su niña observaba a miles de kilómetros de distancia, por You Tube el recital en vivo, frente al televisor atentos a sus palabras, Emma y Encarna pañuelo en mano secándose las lágrimas, Flor saltando y aplaudiendo, junto a su perro toby y Felipe, Alam, Daniel, beba la amiga de Emma y su madre saltando y riendo.

Los días, semanas y meses fueron pasando no tan rápido como deseaba Javier, cada día extrañaba más a su mujer y haciendo un gran esfuerzo solo faltaba un recital para finalizar su gira. Emma ya estaba a punto de parir y a él se lo ocultaron. El medico ya le había avisado que el parto se adelantaría.

—¿Cómo estas, mi niña? —averiguó como cada noche hablando por teléfono.
—Bien todo bien —mintió—. Te estamos esperando.
—Ya solo me queda una fecha apenas termino tomo el avión.
—Tranquilo tu hijo te esperará.

Ese fin de semana era el último recital y una noche antes del show le avisan al representante los responsables de la seguridad que por algunos problemas se aplazaba para la semana siguiente. Al enterarse Javier se le ilumino el rostro, en una hora preparo el bolso y guardo en otros los regalos que había comprado y le pidió a su padre que lo llevará al aeropuerto.

—¿Estás seguro? Solo tienes tres días. —Su hijo seguía con los preparativos sin hablar—. ¿Hijo, me escuchas?
—Sí papá, no aguanto más debo ir a ver a mi mujer, aunque sea un viaje de locos —manifestó. Llama a mi representante y dile que en tres días estaré de vuelta.

El padre se hizo a un lado llenándolo y comunicándole el recado de su hijo.

CAPÍTULO 19

—Prepárate papá, porque apenas termine nos vamos —aseguró firme Javier observando al padre que se encontraba más feliz que una perdiz. Ya José tenía todo solucionado y esperaba ansioso con Esperanza viajar a Argentina.

—Ya tengo todo listo apenas lo digas te seguiré donde quieras —espetó guiñándole un ojo.

—¿La tía está contenta? —averiguó Javier apoyando la mano su hombro.

—¡No sabes! Loca de alegría. Ya empacó todo.

No hubo mucho tiempo de despedirse, pues el boleto de avión que consiguieron a último momento se encontraba pronto a partir. Javier enfundado en unos jeans claros, remera negra y campera marrón vio que varias chicas se acercaban para saludarlo al reconocerlo, lo miró al padre sin saber cómo se había filtrado la información de su viaje. José se sonrió y él arrugó la frente.

—Tu representante —acotó y Javier rio con ganas.

Saludó a todas y cada una de las chicas que se acercaron a él, mientras por el parlante anunciaban su vuelo.

—Hijo ve se te hace tarde —ordenó el padre nervioso.

Con un beso rápido y su tan bonita sonrisa de costado saludó a su padre. Mientras corría rumbo a abordar el avión que lo llevaría al lado de su amor, las chicas gritaban a viva voz. Javier pícaramente les tiraba besos al aire. Siguieron gritándole, hasta que la gente de seguridad las hicieron callar y José sonriendo, se encaminó al estacionamiento en busca de su auto con el pecho rebasado de orgullo por su niño.

Aunque el cansancio lo venció por unas horas, Javier sentía que debía estar cerca de Emma. No veía la hora de llegar y abrazarla, para contarle todo lo que se encontraba viviendo.

Ese día Emma tenía la sensación de que iba a explotar. Tenía los pies

hinchados y hasta debió sacarse la cadena con la llave pues todo le molestaba, la abuela anda atrás de ella y eso le molestaba más. Luego se abrazaba a ella comentándole que se encontraba con un humor de perros y le pedía perdón. Ni cuando fue a parir se había sentido de esa manera, tenía calor, frío, lloraba y al rato reía. Estaba volviendo locos a todos. Luego de cenar casi nada se fue a dormir, no encontrando la posición justa. A la mañana se levantó a preparar a Flor para el colegio y luego que ella se fue, quiso comunicarse con Javier sin poder lograrlo.

—¡Mierda donde carajo está! —gritó Emma arrojando su celular sobre el sillón, justo en el momento que Felipe con Alan entraban dirigiéndose a desayunar, este parado frente a ella la observó.

—¿Otro día de mal humor?

—¡Sí! Y así voy a estar todo el santo día —respondió tratando de levantarse. Al no poder Alan la ayudó—. Llevo una hora tratando de comunicarme con el padre de mi hijo... —soltó exasperada.

—Él también debe estar ocupado —replicó Felipe.

—No sé —comentó Emma enfadada—, quizás esté con esas fans que tanto lo aman —gritó agitando los brazos. Felipe se sonrió y la abrazó de atrás tocándole la panza. Sabiéndola celosa.

—Hermanita vos sos la mejor, él nunca te cambiaría, jamás —susurró inclinando su cara de costado.

Javier se sintió dichoso cuando solo faltaban unas horas de vuelo, se encontraba ansioso y él que siempre fue muy tranquilo, sentía que algo no estaba bien y se desesperaba para bajar de ese avión. Su sonrisa fue enorme y trató de apaciguar su nerviosismo, al escuchar al comandante decir que iban a aterrizar.

Al mediodía Emma no quiso almorzar y Encarna vio que su panza había bajado demasiado, la hizo sentar en el patio, mientras llamaba a Daniel para que viniera a verla, este apenas terminó en el hospital voló a la casa de Encarna. Según iba manejando otra vez recibió su llamado.

—Mira, no creo que pase de hoy, ¿por qué no la miras?

—Encarna estoy en camino. Yo no puedo revisarla, ni loco, no soy partero, pero haré todo lo que pueda. —Al cabo de veinte minutos ya entraba en la

casa.

—Felipe, me siento mal, llama a la abuela —pidió Emma llorosa.

Su hermano se puso nervioso y cuando giro para ir a buscar, Emma gritó dejándolo paralizado del temor.

—¡Abuela! ¡Abuela, rompí bolsa! —exclamó al pararse.

Era una tarde gris con viento, aunque se encontraba fresco Emma sentía un calor de locos, comenzó a sacarse el pullover, mientras la abuela le gritaba que no lo hiciera y Felipe caminaba en círculos.

—No le hará nada, deja que lo haga —murmuraba Daniel agachándose y palpando la panza.

—Daniel me siento mal —afirmó Emma. Y al decir esas palabras todos se preocupaban.

—Vamos al hospital —ordenó él tomándola del codo ayudándola a caminar.

—Felipe, quédate acá a controlar todo —demandó Encarna.

—¡Ni loco! Que Beba controle todo, yo me voy con mi hermana.

—Bueno iré a buscar el bolso del bebé y dile que espere a Flor cuando llegue de la escuela —rezongó la abuela subiendo rápido la escalera.

Al llamado de Felipe, Beba corrió encontrándose con una Emma pálida y asustada, aunque este era su segundo bebé los síntomas eran completamente diferentes Daniel trataba de tranquilizarla sin resultado. Solo cuando Encarna la tomó del brazo y susurró en su oído, sintió alivio.

—Vamos mi niña, todo estará de maravilla, mírame Emma. —Esta lo hizo y su abuela, su segunda madre, la persona que más confiaba en el mundo besó su frente.

—Tengo miedo —murmuró su nieta.

—No debes tenerlo, acá estamos todos siempre a tu lado. Vamos rápido.

Emma agarrada de la mano de su abuela transitaba dentro del auto esa ciudad tan amada por todos, pasaron por lugares donde se paraba con Javier a besarse amparándose en la poca iluminación de la noche. Recuerdos que atesoraría en lo profundo de su corazón. En ese momento necesitaba a Javier su lado y él se encontraba a miles de kilómetros de distancia, sin saber que su hijo estaba a punto de venir a este mundo o al menos eso pensaba ella.

—Baja con cuidado —le pidió Daniel, mientras una enfermera se hacía presente con una silla de ruedas, pues en el camino llamó avisando que llegaba con una mujer a punto de parir—. Despacio, ahí vamos ya nos espera el médico.

—Creo que me voy a desmayar —confesó Emma cerrando los ojos y a la abuela casi le da algo.

—¡Ya casi aguanta no cierres los ojos! ¿Emma me escuchas? —gritó Daniel y Felipe comenzó a los gritos a la vez que dos médicos salían rápido a atender a la recién llegada.

A Daniel no lo dejaron entrar y todos en la sala de espera se comían las uñas esperando que alguien saliera para decirles algo. Ya había pasado una hora sin saber nada y Encarna se encontraba muda. De pronto el celular de Felipe sonó, sin mirar la pantalla respondió de mal modo.

—¿Quién es?

—¡Amigo soy Javier, acabo de llegar! Beba me dice que mi mujer se encuentra en el hospital. —La cara de su cuñado se iluminó en un instante y sin desearlo sus ojos se llenaron de lágrimas—. Felipe ¿estás ahí? Voy rumbo al hospital ¿cómo está mi niña? ¿Y mi hijo? —La voz se sentía angustiada y el hermano de Emma trató de controlar su angustia.

—Hace una hora que la ingresaron, pero aún no sabemos nada.

—¿No preguntaron? Espérame en la puerta estoy llegando. —El cuñado se levantó y casi corriendo se dirigió a la entrada. Apenas Javier bajó del taxi, al verse se fundieron en un largo abrazo.

—Vamos, voy a hablar con los médicos —ordenó el galleguito abrazando Felipe. Encarna saltó del sillón donde se encontraba sentada para abrazarse con Javier. Este le tomó el rostro entre sus manos y susurró:

—¡No llores, todo ira bien! Vamos siéntate que iré a averiguar que sucede. — Ella a regañadientes obedeció, mientras Javier con decisión se dirigía a hablar con un médico que salía de una sala.

—Necesito saber cómo está mi mujer que se encuentra en trabajo de parto.

El médico, no necesitó saber nada más entendiendo que era Emma, pues era la única de todas las embarazos hospitalizadas que aún no había tenido familia. Lo llevó a un costado y al apoyar su mano sobre el hombro supo que algo anda

mal. Tragó saliva pasando su mano por el rostro, sin dejar de observarlo.

—¿Qué pasa doctor?

—Algo no anda bien —manifestó, y el rostro del galleguito se desfiguró—. La estamos preparando para proceder a una cesárea. No se sienten los latidos del bebé.

Javier observó que Encarna al verlo con el doctor se acercó y paso unos de sus brazos abrazándola.

—Mi niño dime que todo está bien —averiguó ella y el médico la miró.

Encarna se sintió desvanecer, pero no era momento de hacerlo. De repente varias enfermeras pasaron corriendo por el pasillo, internándose en la puerta donde Emma se encontraba. El médico al observarlas se dirigió tras ellas.

—Ya no sé a qué santo rezar —declaró Encarna muy afligida.

Javier con Encarna se sentaron, pero Felipe no podía de dejar de caminar por el pasillo, el hecho de no sentir los latidos del bebé los llenaba de congoja a todos. Después de pasar media hora sin tener novedades, Javier deseaba patear la puerta y entrar, su cuñado y Encarna trataban de contenerlo, aunque ellos deseaban hacer lo mismo. A los cuarenta y cinco minutos observaron salir al médico con una sonrisa en los labios y corrieron a su lado.

—Pudimos estabilizar a la mamá y al bebé, ambos se encuentran bien. Ahora, si el papá desea pasar podrá acompañar a la mamá a parir. —Todos suspiraron aliviados, Javier que jamás pensó en eso, miró a sus acompañantes y Felipe lo empujó.

—¡Vamos amigo, ve a recibir a tu hijo!

A paso lento y sintiendo que el corazón latía a mil, Javier siguió al médico. Entraron y luego de caminar unos metros, una enfermera le hizo poner un pijama de hospital y un gorro. Caminó unos pasos más y entró donde su mujercita se encontraba acostada en una camilla, con las piernas levantadas y una sábana tapando sus partes íntimas. Él se detuvo de golpe y el médico riéndose lo empujó cerca de ella.

Emma se encontraba con los ojos cerrados y eso lo desconcertó.

—Llegó el padre de tu hijo —dijo el doctor, y Emma giró la cabeza abriendo sus ojos. Javier la miró con una ternura infinita y ella le sonrió cansada.

—¡Acá estoy mi niña, acá está tu poeta! Pronto, nuestro niño estará en nuestros brazos y conocerá este mundo de locos —adujo secándose una lágrima. Ella estiró su mano y uno de sus dedos tocó la mejilla.

El médico y enfermeras ya estaban a los pies de Emma, listos para recibir al bebé. Mientras tanto el padre del niño solo acariciaba y besaba la frente de la mamá, dándole fuerzas. Y cuando escucharon al medico los dos se miraron sonriendo.

—¿Cómo se llamará está bella nena? —averiguó el facultativo, confesando el sexo.

Javier paso una mano por su cabeza para luego inclinarse y besar los labios de su mujer.

—¡Se llamará Milagros! —exclamó la madre mirando al padre que no paraba con la ansiedad de conocer a su heredera.

Sintieron un llanto y Emma lloró de alegría. Enseguida observaron a una enfermera poner a la beba sobre el pecho de la madre y el papá no podía creer lo que sus ojos veían.

—Hola mi niña hermosa —susurró inclinado Javier sin apartar la vista de su hija—. Yo soy tu papa —se presentó, y Milagros parecía escucharlo, él besó su frente y muy despacito comentó—: ¡Este hombre te amará por siempre! ¡Jamás te dejaré, estoy muerto de amor por ti!

El médico y enfermeras al escuchar sus palabras lo miraron. En cada gesto y en cada palabra demostraba lo que esa bebé había provocado en todo su ser.

—Gracias por darme lo que muchas veces soñé, gracias mi amor.

—Ve y avísale a mi abuela y a mi hermano, que todo está bien —pidió Emma.

El galleguito estaba tan contento y fascinado con su hija que no recordó que ellos estarían afuera comiéndose las uñas. Besó a su mujer en los labios tiernamente, mientras la llevaban a la habitación y salió secándose una lagrimea. Encarna se paseaba por la sala de espera en compañía de su novio, Felipe y Alam. Al ver llegar al galleguito corrieron a su encuentro y él no podía hablar de emoción que lo embargaba.

—¡Dinos que está todo bien, por favor! Porque nos estamos muriendo. Grito Felipe apoyando una mano en su frente.

—¡Fui papá de una belleza! Grito Javier abrazándose a su cuñado.

—¿Y mi niña cómo está? Quiso saber Encarna.

—¡Feliz abuela, está todo bien, muy bien! Susurro perdiéndose en los brazos de esa mujer que era abuela y un poco madre de todos.

—¡Qué alegría mis santos me han escuchado! Mi niña otra vez fue mamá.

Daniel se acercó a Javier a y besándolo en la mejilla lo felicito. Al salir el medico todos se aproximaron acosándolo de preguntas. Javier sentía que su corazón explotaba de felicidad y acordándose de su padre y su tía se retiro a un lado y tomando su celular los llamó.

—¡Papá, papá! —gritó sin dejarlo hablar a José—. ¡Ya soy papá, Emma me ha dado una hermosa niña!

El padre que se encontraba con la tía lagrimeo y observó a Esperanza.

—¿Otra vez soy abuelo? Averiguo, con la voz cortada.

—Sí, otra vez —sonrió, Javier—. No sabes lo bella que es, Emma está bien y desea verlos a los dos.

—¿Tu cuando vuelves? El rostro del galleguito se tiño de tristeza al pensar que debía marcharse y dejar a su familia.

—Me quedaré dos días y debo regresar. Confirmo aun a su pesar.

—Si ustedes lo desean y están listos vengan antes que yo parta y se quedan con ella.

José estaba seguro y ya tenia todo planificado, se quedaría a vivir cerca de ellos.

—Mañana mismo salimos para Argentina y hablamos contigo antes que te

marches.

—Avísame el vuelo y te iremos a buscar —pidió el galleguito.

Los días pasaron volando, José y Esperanza se alojaron en un hotel, aunque Encarna le sugirió quedarse con ellos, no quisieron molestar. Pero muy temprano iba a su casa y pasaban todo el día con su hija y sus nietas.

—No puedo creer lo bonitas que son mis nietas. Manifestaba mirando a Mili y a Flor, Aunque él ponía toda su atención en Flor, para que no sintiera celos de su hermanita. Y poco a poco ella le abrió su corazoncito demostrándole todo su amor.

José aprendió amar a esa familia y todas las tardes junto a Esperanza realizaban largas caminatas junto a Flor, aprendiendo sus gustos y riendo de sus ocurrencias. Cuando la nena de su mano lo hizo conocer y caminar por el bosque que su hijo tantas veces nombro, se quedó maravillado.

—Acá vive Dhiagho —les contó la nena y ellos se miraron.

—¿Quién ese?

— ¡Abuelo, él es un duende! ¿Cómo no lo conoces? —respondió su nieta sorprendida. José sonrió recordando que su hijo tenía la figura del duende, que siempre lo acompañaba.

—Sí, sí ahora recuerdo, Javier tiene uno —dijo bajando la vista observando a Flor.

—Mamá se lo compró, sabías que él te cuida? —expresó con toda su inocencia. El abuelo suspiro.

—Bueno Esperanza tendremos que comprar uno, ¿no te parece?

—Claro eso haremos —comentó maravillándose de lo que veía, en ese bosque encantado.

EPÍLOGO

Dos años después

Cuando su gira termino Javier quedo largo tiempo con toda su familia. Y cuando las obligaciones lo llamaban viajaba de vuelta a su país, algunas veces se ausentaba por un mes, ya que Emma se resistía a dejar su ciudad y acompañarlo. Ella amaba vivir lejos de todo el delirio, y ruido de las grandes ciudades. Milagros, ya había cumplido dos años y se perfilaba tan o más inquieta que su hermana Flor. Cuando Javier se encontraba junto a ella la comía a besos y abrazos. Malcriándola en todo. Su familia para el eran el centro de su universo, no existía nada tan importante como ellas. Felipe y Alam se encontraban a punto de adoptar a una beba que su mamá no quiso criar y ellos sabiendo la necesidad de tener hijos aceptaron jueces por medio hacerse cargo de la criatura. Encarna y Daniel eran dos almas gemelas, discutían y a los segundos se los veía, tomaban mates como si nada hubiera ocurrido. Pablo el padre de Flor parecía que estaba curado y nunca más molesto a la madre de su hija, aunque Felipe lo tenía vigilado muy cerca. Todas las mañanas la cocina de nieta y abuela se llenaban de aromas exquisitos. A José le encantaba entrar y impregnarse de esos aromas. Y a Encarna quien se había echo amiga del y su mujer le encantaba que la visiten.

—Cenamos al aire libre la noche se ve estupenda. Pidió Javier abrazando de atrás a su mujer, mientras sus labios besaban su cuello, ella sonrió y dando vuelta su cuerpo lentamente susurro.

—Cenamos donde vos quieras. El galleguito con sus brazos la arrimo más a su cuerpo estampándole un beso en sus labios.

—Mi mujer creo que quiere algo más que una cena- afirmo el sonriéndole sobre los labios.

—¡Siempre quiero algo más! —confirmó Emma, pasando un dedo por su mejilla.

La velada trascurría serena y amena, y una pequeña brisa acariciaba suavemente las farolas de colores, que estratégicamente colgaban de maderas de algarrobo, en es espaciado patio. El cual se encontraba frente a la cabaña

de Felipe y muy cerca del bosque. Todos ayudaron y en pocas horas todo se encontraba listo, pusieron música mientras las mujeres servían la comida y las niñas jugaban alrededor de las mesas.

—Te vas a caer Mili —gritó Javier al ver que corría tras la hermana.

—Basta, quédate quieta se caerá tu hermanita —pidió Encarna a Flor.

El sol se ponía sobre los altos pinos y la noche se encaprichaba en cubrir con sombras el ambiente. Javier y Felipe encendían una gran hoguera y el fuego chisporroteaba alrededor de grandes piedras apiladas alrededor.

José, Daniel y Alam sentados, tomaban unos porrones de cerveza conversando mientras observaban los colores del fuego. José observó a su hijo feliz conversando con el cuñado y sintió una dicha inmensa de poder estar junto a él en ese momento. Javier giró su cabeza y observó a su padre, levantar su porrón de cerveza hacia él y sonreír. Se retiró del lado de Felipe aproximándose a él y lo abrazó de atrás. El padre sentado estiró su mano hacia tras tomándola.

—Te quiero papá. Susurro inclinando su cuerpo, sobre su oído y José tragó saliva tratando de contener su emoción.

—Yo también hijo, yo también. Susurro, José lleno de felicidad.

—¿Le contaste a Alam la historia que Flor te contó sobre el duende? Averigüo Javier. El novio del cuñado lo miró mal.

—Gracias no deseo que me cuenten nada. Protesto y todos largaron una ruidosa carcajada. José lo miró a los ojos incrédulo.

—¿Hombre, no digas que le tienes miedo?

—Hay José esos cuentos no me agradan y parte no lo creo.

—Yo diría que le tiene miedo —manifestó Felipe sonriendo y pasando su mano por su cabeza.

—¡No le tengo miedo! —exclamó Alan, ya enojado.

Toda la cena transcurrió en perfecta armonía, Flor sentada al lado de su madre comía y reía de los cuentos de su tío Felipe y Milagros sentada en la falda de su padre comía papitas al horno y todos la miraban, tomaba una con sus deditos y se limpiaba, así continuamente, no le gustaba tener las manos sucias.

—Come mi niña después te limpias. Pedía el padre.

—Déjala que como como quiera- rezongaba la abuela.

Cuando terminaron de cenar las nenas comenzaron a jugar con unos muñecos ante la atenta mirada del padre que no dejaba de observarlas. Y en un momento se dirigió a la casa de Encarna a buscar más bebidas.

—Papá mira a las niñas, ya vengo.

—Si mi niño ve tranquilo. Y José se paro para acercarse a ellas justo en el momento que Felipe lo llamo para mostrarle una planta.

—Quédense ahí! Ordeno el abuelo caminando hacia el tío de las pequeñas.

A los cinco minutos José busco con la mirada a las nenas y no las vio.

—Flor, Milagros. Llamo levantando la voz.

Felipe se acercó a su lado y las mujeres y Javier que llegaban al patio miraron a José.

—¿Dónde están las nenas? —Fueron las palabras de Emma, observando al padre.

—Estaban acá hace segundos —respondió sorprendido y mirando hacia todos lados.

—Flor, Mili —gritaron todos preocupados y caminando por distintos espacios.

—Esto no puede estar pasando.

Felipe y Alan corrieron afuera pensando que quizás fueron a la vereda. Aun sabiendo que Flor sabía que de noche no debía alejarse del lado de su familia.

—Creo que me va a dar algo. Repetía Encarna con los pies pegados al piso.

—Javi no habrán entrado en el bosque? Averiguo Esperanza y el sobrino la miro.

—Voy a ver. Manifestó dirigiéndose a la entrada que solo quedaba a unos metros. José, Felipe y Alam que se miraron y sin pensarlo entraron con ellos.

—Yo seguiré buscándolas por acá. Afirmo Daniel.

Alan, que nunca quiso entrar al bosque, lo hizo. José y Javier iban adelante mientras Felipe lo seguía y Alam lo tomaba del brazo como una garrapata. Aunque a Javier el bosque le encantaba de noche, entre sombras ya no le parecía tan bonito. Gritaban el nombre de Flor y Mili a cada paso que daban. José observaba todo incrédulo al ver tanta belleza junta, bajo sus pies el suelo se encontraba cubierto por un manto vegetal. Los ojos no le alcanzaban para

observar tanta belleza. De pronto un ruido les hizo detener sus pasos y abrieron los ojos grandes como platos, todos giraron la cabeza y vieron a una traviesa ardilla subir raudamente a un gran árbol. Y el suspiro de todos no se hizo esperar.

—Me quiero ir, por favor, ¡por favor! —gritó Alan más blanco que un papel.

—¡Quieto, no grites! —lo retó el novio desasiéndose de su abrazo.

—Es solo una pequeña ardilla. Confeso José, girando su cuerpo y observándolo.

Ruidos extraños y la oscuridad reinante estaban terminando con los nervios de Alan.

—Este es un mundo mágico, un mundo donde conviven duendes y hadas. Un mundo de cuentos —acotó Javier.

—Hijo concéntrate en buscar a las niñas —balbuceó José.

Y por minutos eternos todos gritaban el nombre de esas niñas que no daban señales de vida. Cuando llegaron al corazón del bosque un viento frío y una oscuridad total, los saludo, de repente todos se pararon ante un ruido muy extraño, parecía venir de un costado del bosque. Se miraron y Alan de repente comenzó a gritar.

—¡Ahí, ahí hay un duende!

—¿Dónde, dónde? —gritó José y al girar la cabeza vio a un hombrecillo que sacaba su cabeza tras un árbol, espiándolos.

Felipe lo miro a Javier sonriéndose y Alan comenzó a caminar hacia atrás despavorido por la visión y al segundo comenzó a correr hacia la casa.

—¡No es nada, ven vamos a saludar a Dhiagho! —pidió Felipe sonriente, observando como su novio ya no estaba y cuando se dieron cuenta José se acercaba lentamente al árbol.

—¡Papá ven es Daniel, no hay duende!

El padre no lo escuchaba y se acercaba más y más, al tronco del árbol. Javier y el cuñado fueron tras el y la sonrisa se les borro de los rostros cuando observaron a un diminuto hombrecillo con sombrero una gran nariz y dedos

largos subir a un árbol y rápidamente balancearse y subir a otro. Los dos se quedaron mudos sin poder reaccionar, mientras de atrás de otro frondoso árbol vieron salir a Daniel llevando de su mano un duende que Emma guardado celosamente en su habitación de un metro veinte de alto.

—¡Que mierda fue eso! —gritó Daniel y los tres se miraron.

—Yo me voy quédense ustedes —declaró en voz alta Felipe.

Javier tomó del brazo a su padre y a Daniel y, no le alcanzaban los pies para salir corriendo. Y en la huida perdieron al duende de Emma. Las manos comenzaron a sudar y les parecía que no salían más del bosque. Cuando llegaron al patio trasero de la casa, Alan aún seguía gritando que había un duende y las mujeres no lo podían hacer callar. Flor y Mili lo miraban sin saber bien que sucedía. Apenas Encarna lo vio al novio, grito.

—¡Estás loco! Casi lo matan del susto al pobre.

—¿Pero ¿qué pasó? ¿por qué las hiciste esconder a las nenas en la pieza? ¿Te volviste loco? —averiguó Emma enojada observando a Javier.

—Era una broma, pero de verdad vimos un duende —susurró acercándose a ella y dejándola con la boca abierta.

—Vamos, vamos yo quiero ver a Diahgo. Flor tironeaba de la mano del galleguito, al escuchar lo que decía.

Encarna seguía ayudando al pobre Alan, para que se tranquilice y al escuchar a Javier. Lo miró.

—¡No jodas niño, el duende no existe!

—Sí que existe yo lo vi —exclamó José.

—¡Todos tomaron de más no puede ser! Gritaba Emma y Encarna.

—José estas borracho? Pregunto Esperanza.

—¡No mujer, Diagho existe, yo lo vi!

Hasta que todos se fueron a dormir el tema de conversación fue el duende, Alan se enoja con Felipe y ese día se fue a la casa de sus padres. José antes de irse la miro a la abuela de Flor y a su hija y susurró.

—¡Existe, yo lo vi! Mientras Esperanza lo empujaba para irse y saludaba a Encarna, le guiño un ojo a las mujeres. Haciéndole una seña que estaba

borracho.

—Javier dime la verdad, lo vieron? Averiguaba Emma incrédula.

—¡Lo juro lo vimos!

Desde ese día Alan creyó en los duendes, tuvo largas charlas con Felipe y en un raptó de puro amor este le regalo una cadena con un dije del cual colgaba un hermoso duende. José cada noche que pasaba recordaba el duende del bosque y Daniel quien siempre fue era reacio a creer lo que Flor siempre contaba termino aceptando a esos hombrecillos mágicos, traviesos, astutos y de inteligencia superior. La única que no terminaba de creer era Encarna que se reía cuando ellos trataban de explicarle que lo vieron y existían.

Al otro día José llegó a la casa de su hija y busco con la vista a Javier que tomaban mate en la cocina. Y en un momento que quedaron solos comento lo que todos habían olvidado.

—Dejamos el duende de mi hija en el bosque —susurró. El galleguito abrió grandes los ojos, recordando el momento justo en el momento que su cuñado hacia acto de presencia y escucho el murmullo.

—¡Mi Dios! —dijo levantando la voz y Emma que entraba y saludaba con un beso en la mejilla a su padre escuchó el comentario.

—¿Qué paso? —Los tres se miraron.

—Nada, nada —acotó Javier, evitando que ella se enterara.

—¿Vamos que me ocultan? Los conozco. El padre trago saliva, tomándola del brazo.

—Ayer nos olvidamos tu duende en el bosque. Manifestó el padre, esperando el reto.

Emma que se había sentado y tomaba un mate de la mano de su hermano, se levanto de repente, sin poder creer lo que sus oídos escuchaban y el grito no se hizo esperar.

—Ustedes tres son de lo peor, ahora mismo lo van a buscar, ¡ahora!

Los tres se observaron, el galleguito y Felipe se levantaron de sus sillas y dieron unos pasos hacia atrás.

—Yo te amo, mi niña, pero no iré- Emma levanto su dedo índice, apuntándolo- te comprare otro, ¿sí? Averiguo él y ella miro a su hermano.

—A mí ni me mires, ni muerto entro otra vez, ¡jamás! Balbuceo caminado hacia tras tocándose el corazón. Y cuando ella iba abrir su boca, el padre levanto la mano.

—Yo iré ahora mismo. —Todos lo miraron.

—¿Estás seguro papá?

—Sí, ya voy. —Y levantándose se encamino hacia el patio trasero y todos atrás el, por supuesto que muy lejos de la entrada al bosque.

Los tres se quedaron sentados en el patio esperando la salida de José. El tiempo fue pasando y el no volvía, Emma ya se encontraba nerviosa, pensando cualquier cosa.

Si no vuelve en cinco minutos ustedes entraran a buscarlo- la mirada de su hermano y el galleguito era de terror- solo ustedes dos son los culpables de todo.

—¡Yo no entraré, no señor no lo haré! —gritó Javier caminando en círculos.

—¡Es tu papá, vos lo metiste en este lio! —Y al ver nervioso al padre de su hija lo miró al hermano.

—¡Entrarás vos! —ordenó.

—¡No es mi papá! —gritó y a Emma se le pusieron los pelos de punta.

Cuando iba a responder, vieron salir a José con el duende de la mano y todos se relajaron. Emma sonrió y tomando al duende de una mano, beso al padre en la mejilla.

—Y ustedes dos ni me hablen —protestó alejándose de los tres.

—¿Papá lo viste? —averiguó el hijo.

—No mi niño, ellos se dejan ver cuando quieren.

Y así termino la historia del duende Dhiagho. El duende existía para los que alcanzaron a verlo, para el resto siempre será un mito y una bonita leyenda.

Javier debía hacer dos presentaciones en su país e insistía que Emma y las niñas lo acompañen, a lo que ella se rehusaba.

—¡Vamos mi niña acompáñame! —suplicó.

—¡No, no iré! Vos ve y pásala bien, yo me quedo en casa esperándote.

—¿Cuál es el motivo que no quieras ir? Seguí enojada por el duende. — Emma miró al cielo.

—Basta Javier no iré —respondió de mal modo.

Emma aun sin decirlo, lo celaba a mares y cuando sus fans le gritaban que lo amaban, se ponía de la nuca, ella no entendía el amor que él despertaba entre ellas y la duda de que la dejará siempre estaba latente.

El día llegó y él tuvo que partir, con un bolso y en compañía de su padre y su tía se marchó. El viaje como siempre se hizo interminable. Viajó con el tiempo justo para comenzar el show, apenas llegar ya extrañaba horrores a su familia.

—¿Estás bien? —preguntó el padre al verlo triste en un descanso mientras con sus músicos hacia una prueba de sonido.

—Sí, papá todo bien.

—¿Y por qué esa cara? Tú siempre estas alegre, no me mientas —pidió observándolo a los ojos. Javier dejó su guitarra a un lado y se confesó.

—Es que Emma nunca desea acompañarme. —Bajó la mirada y tomó entre sus manos nuevamente la guitarra.

—Hijo ella está celosa. —El galleguito abrió grande su boca.

—¿De qué está celosa? Papá vivo para ella.

—Está celosa de lo que las niñas te gritan: Te amo, te amo. ¿No dicen así? — Javier achinó sus hermosos ojos y amo más a su mujer.

—Jódeme ¿es eso? ¿Cómo lo sabes?

—Mi niño, lo sé porque Encarna se lo conto a Esperanza.

—¡Agarra a tus hijas y corre al lado de tu hombre! —acotó el hermano al ver a la hermana con cara de pocos amigos.

—¡No voy a ir, él está feliz y yo me quedo acá!

—Vos lo que esta celosa. —Emma lo miro con odio, aun sabiendo que tenía razón.

—No estoy celosa! No te metas en mi vida. Grito y Encarna al escuchar los gritos se acercó a ellos.

—Qué pasa con tantos gritos? Quiso saber. Patricia que recién llegaba con su novio, también entro en la cocina al escucharlos.

—Emma está celosa y lo único que hará con su proceder será alejarlo de su vida.

—Porque no te vas a la mi....- pero antes de terminar la frase, Encarna grito.
—Basta no quiero que se peleen- la miro a su nieta que tenia los ojos llenos de lagrimas y la tomo de los hombros sin dejar de observarla.
—¡Mírame mi niña- pidió a su nieta que miraba hacia abajo- tu hermano está vez tiene razón, él te ama y debes estar a su lado!
—Vamos yo te acompañaré debo hablar con mi padre. Sugiero Patricia.
Beba que también se encontraba ahí, levanto la mano y todos la miraron.
—Yo también quiero ir tengo unos ahorros- dijo guiñando un ojo- si la abuela me deja. Encarna se puso seria observándola.
—Ya te dije yo no soy tu abuela- luego suavizo su voz- bueno anda yo te regalo el pasaje. Beba corrió a su lado llenándola de besos.
—Si todos van yo también voy! Adujo Alam. Encarna abrió grande su boca.
—Bueno ahora vallasen todos y déjenme de joder!
—Todos abrazaron a la abuela y esta los echaba haciéndose la ofendida.

Los preparativos del viaje se pusieron en marcha sin avisarle a el galleguito, para darle una sorpresa. Emma adelanto todo el trabajo dejando a dos chicas encargadas de la repostería. La primera presentación ya había pasado sabían que llegarían para la última. Al bajar del avión, todos tomaron dos taxis que los llevarían directamente a la última presentación del galleguito.

Cuando bajaron debieron sacar la entrada y hacer una cola interminable. Emma que se encontraba cansada se maldijo por ir. José con Esperanza se encontraban ansiosos al igual que Patricia, su novio el amigo de Javier y Beba que era la primera vez que salía de su ciudad, no paraba de hablar. Alan codeo a Felipe y esté lo miró.

—¿Qué pasó? ¿Dime que no quieres ir al baño? —Alan sonrió y le susurró:
—¿Por qué no entramos primero? Mira si tu cuñado... —acotó guiñándole un ojo. Felipe lo miro mal.
—Mi cuñado es fiel a mi hermana el no haría nada- y al escuchar sus palabras, dudo- aunque no sé, creó que la tentación es grande. Mira esas mujeres, Alan siguió su mirada y lo codeó.
—Si tienes razón entraremos primero y con cualquier excusa, trataremos de llegar a el- el novio asintió con la cabeza- por las dudas, solo por eso. Aunque la duda planteada por Alam ya daba vuelta en todo su ser.

Todos entraron con los ojos grandes, el estadio era magnifico, enorme y una multitud entusiasmada entraba y se acomodaba en sus asientos coreando el nombre de Javier. Felipe con el pretexto de ir a los sanitarios, se alejo del resto seguido por su novio. ¿Dónde encontrarían a su cuñado? No tenían la pálida idea, la custodia hombres de casi dos metros se encontraban por doquier, examinando cada persona con caras de asesinos.

—No podremos pasar —susurró Alan observando a un hombre de la custodia.

—Ya sé lo que haremos, vos te acercas a el —pidió Felipe y el novio casi se mea del susto.

—¿Vos te volviste loco? —Luego Alan lo miró y reaccionó.

—¿Vos me estas entregando? Felipe se dio vuelta quedando frente a él matándose de risa.

—¡No! Solo acércate y preguntale- se toco la barbilla- preguntale como llegar a los sanitarios. Mientras lo distraes yo entro en ese pasillo- aseguro, mirando unos metros otra entrada, que en realidad ni sabia donde llevaba, pero debía intentarlo.

—No, yo no voy. Adujo Alan y se quedo duro observando que la custodia se iba acercando a ellos mirándolos, muy serio.

Y Dios les dio una mano, antes que la custodia estuviera frente a ellos se escucharon unos gritos y el hombre se alejo corriendo a otro sector junto con dos hombres más que venían caminando. El pasillo quedo libre y ellos a varias zancadas entraron, todo se encontraba a media luz y siguieron caminando hasta que vieron una puerta blanca en la que se le leía el nombre de Javier. Felipe apoyo su oreja en la misma y al no escuchar nada, sus dedos tomaron el picaporte y lentamente iba abriéndola.

—¡No! ¡Llama! —pidió el novio nervioso, apretándole el brazo.

—Por tu culpa estamos acá. Susurro Felipe, cállate.

—A medida que la puerta se abría se sentía unos quejidos y ellos se miraron.

—¡Viste te dije este está con otra, vámonos!

—No ya estamos acá, me sacaré la duda.

Los susurros se hicieron palabras y las palabras se susurros.

—¡Hay que bien me siento! ¡Un poco más fuerte! —se escuchó decir a Javier. Y a Felipe le subió la presión de la bronca.

—Lo mato desgraciado —gritó y abrió la puerta de golpe su novio abrió grande su boca y lo que vieron los dejo helados.

Javier se encontraba acostado en una camilla con el torso desnudo boca abajo mientras un hombre masajeaba su cuello. Al sentir abrir la puerta los dos giraron sus cabezas y los recién llegados querían morir de vergüenza.

—¡Felipe! —gritó el galleguito levantándose y abrazándolo.

—No quería molestarte solo, solo que...

Javier los miro a los dos colorados tartamudear y se imagino lo que pensaban. Se puso una remera y comenzó a reírse a carcajadas.

—¿Tu pensabas que yo podía estar con una mujer? —preguntó apoyando una mano en el hombro de su cuñado al cual no podía articular palabra, sintiéndose culpable de sus pensamientos.

—Perdón es que sentimos ruidos. —Felipe se sentía tan incomodo que quería cachetearse el mismo, por imbécil.

—Felipe amigo mío, yo amo a tu hermana, mas que a mi vida misma- dijo mientras servia una taza de café ofreciéndosela—. Jamás podré amar a otra, jamás. ¿Entiendes? —Y el cuñado asintió con su cabeza—. Ahora dime que has venido con mi mujer y mi hija y te perdono —pidió guiñándole un ojo.

—Sí, ellas ya están sentadas esperando verte cantar, no saben que vinimos a hablar contigo.

Javier sintió una felicidad inmensa y rápidamente saco unas entradas de un cajón dándoselas.

—¿Cuántos son? —preguntó. Felipe se puso a contar mentalmente.

—Toma acá hay varias, ahora llamo para que los acompañen son en primera fila- su cuñado y el novio sonrieron- no digas nada así sorprendo a mi niña, ubíquense ya comienza el show.

Javier se sentía tan feliz que el pecho le explotaba de felicidad, su mujer y su niñita lo esperaban tras el gran telón. Saco algo de un cajón, un regalo guardado con mucho recelo, un regalo solo para ella, para esa mujer que un día solo con una mirada lo enamoro. Repaso en su mente ese día sonriendo. Verla subir la escalera con una bandeja en mano, su cuerpo casi desnudo, esas piernas al aire, esa mujer siempre fue su mejor y gran sueño. Y el día que

logro conquistar su corazón, se sintió dichoso y sus manos tocaron el cielo.

Sentándose en un sillón y pasando sus dedos por la barbilla la imagen de Mili se asomó a su mente los ojos se le nublaron y sabiendo que algo más debía hacer esa noche, esa noche tendría que ser única y levantándose de un salto, abrió la puerta justo que su representante llegaba.

—¡Necesito algo! —El hombre de metro noventa y corpulento lo observo.

—Dime rápido pues debe salir ya a cantar.

—Necesito dos guitarras chicas —afirmó haciendo señas con sus manos.

—¿Chicas? ¿Cómo chicas?

—Están mis niñas y quiero dos guitarras chicas. —La cara del pobre hombre se oscureció y achinó sus ojos.

—Javier, por favor el estadio está lleno, no podemos tardar más. —El galleguito se volvió a sentar cómodamente en el sillón poniéndose serio.

—De acá no me muevo hasta que me consigas dos guitarras.

—¿Me estás jodiendo? ¿Dónde mierda quieres que consiga a esta hora? —miró su reloj pulser—. Son las diez de noche, vamos levántate.

—¡No! Consígueme las guitarras. —Y al ver que no podía conseguir convencerlo, salió rapido del camarín

—¡La madre que me pario! —Lo escuchó decir el galleguito que sonrió burlonamente y comenzó a cambiarse, lentamente.

A los veinte minutos agitado y con los pelos parados llegó el hombre con dos guitarras en las manos.

—Es lo que conseguí —aseguró arrugando su frente. Javier dejo de hacer lo que hacia y las examinó, mientras el otro ponía los ojos al cielo.

—¿De dónde las sacaste? —De pronto la puerta se abrió apareciendo el masajista.

—Son de mis hijas —confirmo el masajista— si las rayas un poquito me mataran, ayer se las compre.

El galleguito las examinaba ante la impaciencia de los hombres que no dejaban de mofar, luego los miro con esa sonrisa de costado tan característica del y balbuceo.

—¡Está bien servirá! —El representante largo el aire de sus pulmones y

sonrió.

—Ala, ala que la gente afuera se está impacientando.

Sentados ya en primera fila su familia preguntaba a Felipe donde había conseguido esas ubicaciones y él sin responder solo sonreía.

—¿No las robaste no? —averiguó Emma confundida.

—Ya veo que nos sacaran a patadas de acá —comentó José.

—Tranquilos nadie nos moverá de acá.

—¿Lo viste a mi amigo? —preguntó Patricia.

—No, no lo vi. —Ella imagino que algo escondía, pero calló.

Flor aplaudía y cantaba las canciones que pasaban de Javier, Beba no podía quedarse quieta en la butaca. Emma le susurraba a Mili que se quede quieta. Pues parada bailaba sobre sus piernas y Esperanza con José ansiaban ver a su niño cantando. La gente en un momento dado comenzó a aplaudir y el estadio completo comenzó a silbar, pidiendo que su cantante salga a deleitarlos con las estrofas de sus bellas canciones. Javier antes de subir al escenario se persigno y levanto la vista al cielo, saludando a su amada madre, la primera persona que creyó y alentó su gran sueño.

Y en un momento dado, el estadio quedo a oscuras, la multitud se paro coreando su nombre y a toda esa familia que fue a verlo los ojos se le llenaron de lágrimas. Una voz comenzó a diciendo unas palabras y todos los presentes hicieron silencio escuchando.

¡Todas sus canciones son un pak de sentimientos y emociones a la vez! Afirmaba, mientras una canción lenta del resonaba en el espacio. Con una gran voz y excelentes composiciones él es poesía echa canción, el es original y sincero sin alardes ni rodeos. ¿El secreto? ¡El canta con el corazón!

Las luces lentamente se fueron encendiendo y la multitud estallo en gritos coreando su nombre, todo el mundo parados aplaudieron cuando el telón se levanto y un galleguito vestido con jeans, remera negra y guitarra al hombro, levanto sus dos brazos arriba saludando a sus fans que no se cansaban de aplaudirlo y los ojos negros achinados y picaros, buscaron a los amores se vida. Meli al verlo gritó papá y unas chicas sentadas cerca de ellas rieron.

—Pobrecita es parecido a su papá —susurró una de ellas. Emma la miro de reojo y confirmo.

—¡Él es su papá! —Las mujeres rieron burlescamente haciéndola enojar.

Patricia que había escuchado las miró para responder, pero el padre de Javier las hizo callar.

—Déjalas hija, ni caso. Que piensen lo que quieran.

Javier al divisarlas levantó su mano y llevándola a sus labios les tiró un beso. Su familia sonrió y comenzó lo que sería la mejor noche de su vida.

Las frases de sus canciones eran cantadas por todos, Felipe se paraba y abrazo a Alan se balanceaban cantándolas a viva voz y el galleguito los miraba riendo. Su mujer lo miraba anonadada y sus ojos demostraban la admiración y amor que sentía por él. José levantaba los brazos aplaudiendo, Flor bailaba sin vergüenza delante del escenario haciendo todo tipo de muecas y él quería comérsela a besos. El recital poco a poco llega a su fin y su hijita dormía en los brazos de su madre.

—¿Cómo la están pasando? —preguntó al público

—¡Javi! ¡Javi! —gritó Emma y él la buscó con la mirada.

—¡También están mis amigos, los quiero! Esta noche es muy especial en mi vida —comenzó diciendo— ¿saben por qué? Porque esta noche a parte de estar frente a ustedes que los quiero y mucho, Esta noche me acompaña mi familia. —Y en ese momento Alan levantó los brazos silbando, él lo saludó con el brazo en alto—. Esta noche debo confesarle algo a la mujer que me dio la niña más bonita del mundo.

Esperanza tomo el brazo de Emma y Beba la miró sonriente.

—Sube mi niña. —Emma le hizo seña que no, cuando de repente Mili despertó refregándose los ojitos con sus deditos y gritó:

—Papá, ¡papi! —Mirándolo. La gente quería saber a quién miraba llamándola, desviaron sus miradas y todos observaron por la gran pantalla, a una mujercita con dos nenas.

—Vamos mi vida, ven a darme un beso —pidió Javier estirando la mano.

Emma se resistía y de pronto observó que su hermano y Alan levantaron a las nenas subiéndolas al escenario, estas se abrazaron a Javier y la gente aplaudió.

Empujada por José y Beba, Emma subió por el borde del escenario y él se acercó lentamente a ella, ante el silencio de una multitud que no entendía nada. Y tomándola de la mano la ubicó frente al micrófono.

—Les presento a mi mujer, a mi hija y a Flor, mi hijita del corazón. A ellas amigas mías les pertenece- confeso, mirando a la multitud- el corazón de este hombre. Afirmando llevándose la mano al pecho sin dejar de mirarlas.

—¡Te amo! —balbuceó Emma limpiándose una lagrima que rápidamente se perdía sobre su mejilla.

—Ven Felipe —pidió llamando al cuñado este subió rápidamente con Alan.

Javier entregó las nenas a su cuñado y el novio y sacándose una cajita dorada del bolsillo de su pantalón se arrodilló a los pies de su gran amor. Abrió lentamente la misma y Emma se hacia viento con una mano de la vergüenza que le daba. Él la miró regalándole su mejor sonrisa y tomando el micrófono entre sus dedos, para que todos sean cómplices y testigos de sus palabras.

—Mi niña bonita, ¿quieres, casarte conmigo?

Cuando él pronunció esas palabras el estadio con treinta mil personas presentes enmudeció. José se tapó la boca, Beba y Esperanza lloraban a mares, Alan y Felipe abrieron sus bocas y Emma asintió con su cabeza, pues la emoción en todo su ser no la dejaba hablar. Javier se paró y le puso un anillo en el dedo con un diamante tallado, en forma de flor. Apoyó una mano en su cintura y la otra en su nuca.

—¡Te amo! ¡Te amo! Más que a mi vida —susurró sobre sus labios, mientras los brazos de ella enredaron su espalda, perdiéndose en un beso interminable, un beso lleno de amor y deseo.

La multitud coreó su nombre por minutos interminables y separándose de su mujer, afirmó sobre el micrófono.

—Es el segundo anillo, que le pongo. Afirmo sonriendo y se escucharon las carcajadas de todos. ¡Bueno niñas, espero que esta vez si me case!

Los gritos y aplausos no se hicieron esperar y dándose un piquito Emma se retiro al lado de su hermano y el novio. Las nenas observaban todo aplaudiendo y Javier tomándolas de las manitos las hizo sentar en unos taburetes altos a su lado, corrió hacia un borde entregándole unas guitarras.

Luego de cantar mas de dos horas, la gente pedía más, pero Javier observo a las nenas muertas de sueño y despidiéndose con varios besos al aire, termino el show. Mientras bajaba del escenario de la mano de su mujer y abrazabo a su pequeña hija medito, que esa noche quedaría grabada por siempre en su memoria.

Unos años más tarde

—¿Cómo puede ser? Solo te pedí que lo mires! —se escuchó el grito de Encarna.

Emma que salía de su cocina con un postre en la mano, observo a la abuela enojada y se acercó a ella.

—¿Qué paso?

—Lo de siempre las dejo cinco minutos y me queman la carne.

Emma miro a la chica nueva y frunció la frente. La empleada agachó la cabeza y se retiró de la cocina llorando.

—Dale una oportunidad es muy chica y necesita el trabajo.

—¿Chica? Chica eras vos y jamás se te quemo nada. No presta atención, eso pasa.

Javier entró en la cocina con Mili de la mano y pasó un brazo por la espalda de Encarna.

—Vamos abuela, no es la muerte de nadie, no me gusta verte así —susurró inclinándose en su oído.

—Lo se mi niño, pero hoy no tengo un buen día y encima esta niña...- porque no te vas a caminar con Daniel nosotros nos encargamos de todo.

—No hay que entregar mucho trabajo. Acotó, justo cuando Felipe y el novio entraban.

—¿Te crees que no sabemos manejar la cocina? Pregunto el nieto y la abuela lo fulmino con la mirada.

—Bueno está mi hermana. Afirmo atajándose.

—Ve abuela yo me ocuparé y Javier me ayudará.

—¿Te animas mi niño?

—Claro que, si déjalo en nuestras manos, ve a pasear.

Sin decir una palabra Daniel la tomo de la mano sacándole el delantal empujándola afuera, mientras ella protestaba y los demás reían.

—Felipe, tú quédate con las niñas, en una hora terminamos todo, Javier me ayudará. El hermano asintió con la cabeza, alejándose con Mili de la mano. El galleguito enseguida se puso un delantal y Emma llamo a la chica que aún seguía afuera.

—Vamos sécate las lágrimas y ayúdanos a terminar, los pedidos. Manifestó.

—¿Me va a echar Encarna? Pregunto la chica con temor. Emma se sonrió.

—Mi abuela es un pan de Dios. No te echará. Vamos ve a traer esa bandeja y sécate las lágrimas. Solo presta más atención.

Javier al lado de la abuela y su mujer aprendio hacer de todo y lo que era más importante le agrada hacerlo. En hora y media sacaron todos los pedidos y dejaron la cocina impecable. Las empleadas se retiraron y sacándose el delantal Javier observo a su mujer que entraba en el sector de la pastelería y la siguió. Luego de entrar cerro la puerta viéndola, acomodar unos moldes y se acerco a su espalda, pasando sus brazos por su cintura y sonriendo.

—Javier terminemos así tomaremos unos mates!

—¿Vos pondrás el mate y este galleguito qué pone? —balbuceó frotando las caderas sobre su cuerpo.

—La bombilla —respondió ella pícaramente.

—¿Ahora? —La sonrisa de su mujer no se hizo esperar y dándose vuelta, le clavo la mirada deseándolo.

—¡Sí! Ahora voy a hacerte el amor sobre esa mesa —afirmó guiñándole un

ojo.

Sin dejar de mirarse sus labios se juntaron y sus lenguas lentamente fueron explorando sus bocas. Javier la desnudo mientras sus dedos iban recorriendo todo su cuerpo.

—¡Te amo! Susurro el mordiéndole el labio.

Despacio muy despacio ella le saco la remera paseando sus dedos por su espalda. El la recostó en la mesa y recorrió con sus labios sus pechos, su lengua disfrutaba de sus pezones, siguió con su ombligo dejando un reguero de saliva, mientras de su garganta los gruñidos no se hicieron esperar. Y cuando sus labios impacientes llegaron al centro de su placer, se detuvo observándola y comprobando que ella se encontraba con los ojos cerrados, disfrutando cada caricia del. Se sonrió y bajando la cabeza sus labios mordisquearon su entrepierna Emma arqueo su espalda y sus manos se apoyaron en la cabeza del.

—¿Entro? —averiguó él y ella levanto las caderas en respuesta.

Dos dedos del abrieron su centro y su lengua ardiente e impaciente, comenzó a lamer hasta llegar a su clítoris y absorberlo sin prisa, pero con esmero. Lamio, absorbió y volvió a lamer, haciéndola gritar de pasión. Cuando sus labios sintieron que se encontraba a punto caramelo, saco su glande y lo ubico justo donde deseaba. Sus caderas comenzaron a moverse, lentamente hasta tomar velocidad, entrando saliendo de ella, sus manos apretaban fuertemente sus cachas y ella gemía de placer, a los minutos luego de varias embestidas furiosas, paladearon un gran y explosivo orgasmo y se dejaron ir. Sus cuerpos sudados y con sus corazones latiendo a mil, culminaron su acto de amor. El quedo recostado sobre el cuerpo de ella, observándola mientras sus labios la besaban con ternura y Emma que apenas podía hablar recorrió con sus dedos el rostro de ese hombre que un día llego a su vida curando las heridas de su roto corazón.

El la ayudo a levantarse y entre miradas cómplices y risas se abrazaron. Javier a través de su hombro observo un paquete de harina y sin pensarlo tomo un puñado entre sus dedos depositándolo en la cabeza de ella. La cara de Emma

dejaba ver su enojo. Javier dio unos pasos atrás regalándole su hermosa sonrisa, observo que ella tomaba dos huevos y sin mediar palabra los rompía en su cabeza. Y al segundo todo se desmadro, harina, huevos, maicena, crema pastelera nada era suficiente, para arrojarse, los dos corrían y reían alrededor de la mesa. Cuando el logro alcanzarla, embarduno su cara con dulce de leche y ella lo retiraba de su rostro ensuciando el del. Con los cuerpos sucios comenzaron a besarse y cuando nuevamente la lujuria se encendió nuevamente golpearon la puerta. Despavoridos se miraron y observaron el enchastre a su alrededor.

—Emma ¿están bien? —se escuché decir a la abuela y los dos abrieron sus bocas como jarras.

—¡Sí, abuela ya terminamos diez minutos! —gritó sin mucho convencimiento.

Encarna que escuchó sus risas, se alejó sonriendo, recordando como se habían amado con su marido.

Al otro día estaba todo planeado para cenar junto al mar. Todos estaban invitados, Patricia llegaba con su novio- su amigo- y dijo llevarles una sorpresa. Ese día terminaron con el trabajo temprano y a las ocho de la noche Felipe había echo un fogón sobre unas rocas, todo estaba listo, pero Patricia no llegaba y eso intranquilizaba a todos.

—¿Le habrá pasado algo? Preguntaba Encarna. Le enviaron mensajes.

—No los responde, espero que todo esté bien. Termine diciendo Javier, cuando escucharon los gritos de su amiga. La vieron entrar en la playa con los zapatos en la mano y riéndose.

—¡Como los extrañe! Decía abrazando a todos. Mas atrás llegaba el novio que se perdió en un abrazo interminable con su amigo y tras el vieron al padre de Javier caminar temeroso a su reacción.

José se arrimo a el y intercambiaron unas palabras que nadie escucho. Luego se abrazaron y se acercaron lentamente frente a Javier, que se puso cerio.

—¡Perdóname! Fue lo único que dijo. —Javier trago saliva mirando a su padre, que le asintió con su cabeza.

Javier miró a Encarna y está le sonrió y recordó su conversación tiempo atrás.

—¡No guardes odio en tu corazón, perdona mi niño! —Se acercó frente a su padre y lo abrazó.

—No sé si podré decirte papá pero te perdono —susurró.

—Con que me dejes ser parte de tu vida es suficiente.

Todos suspiraron y se acomodaron en la mesa larga que prepararon sobre la arena. Y todos disfrutaron y degustaron las delicias que hicieron la abuela y la nieta. Luego de cenar las nenas saboreaban unos helados de agua que la mamá siempre les hacía mientras Javier limpiaba las manitas todas choreadas.

—¿Servimos el postre? —preguntó Emma.

—No aún mi niña tengo una sorpresa para ti. Anuncio, ella se sorprendió y el miro la hora en su reloj. Ya llega la sorpresa.

—¡Que compraste? Afirmo.

—¡Juro que no compre nada! Manifestó el siempre risueño, observando a su padre y la abuela.

A los cinco minutos vieron entrar a la playa a un cura y todos abrieron sus bocas mirándolo al galleguito que se sonreía. Emma se puso seria y se miro como se encontraba vestida. Jean, zapatillas y musculosa.

—¡No! Dijo levantando la voz. Mira como estoy y con sus brazos señalo sus ropas.

—¡Estas hermosa! Sos hermosa y serás mi mujer hoy y ahora!

Felipe y todos aplaudieron y silbaron, mientras el cura se acomodaba en una mesa que ubico enseguida Encarna junto a ellos. Emma seguía con cara de enojada.

—¿Abuela vos lo sabías? ¿Papá? —preguntó y los dos le dirigieron una sonrisa cómplice al galleguito.

Flor tocaba el brazo de tío preguntando qué iban hacer.

—¡Tu mamá se casará con mi amigo! —acotó Javier abrazándola.

Todos se acomodaron tras los enamorados, con solo la eliminación de

pequeños faroles sobre las mesas. Y al fin, una luna lina y mil constelaciones de estrellas brillantes bendecirían ese amor y esa unión tantas veces retrasadas. Un amor que pelea hasta el final por estar juntos. El sonido de las olas rompiendo en la orilla parecía aplaudir su unión. Felipe se limpiaba una lágrima y su novio lo codeaba.

—¿Que? —atinó a decir observándolo.

Alan señalo al cura con la mirada y Felipe se puso serio.

—Más adelante lo haremos cuando tengamos a nuestra niñita con nosotros.

—¡Ufa! Se sintió decir protestando y Beba y Patricia rieron al mirarlo.

Luego de unos minutos de preámbulo el cura los caso. Javier tomo entre sus dedos y mirándola tiernamente besó sus labios.

—Te amaré hasta mi último aliento. ¡Mi niña, mi mujer, mi todo! —pronunció ante los aplausos de los presentes.

Luego de saludos y muchos besos se sentaron a saborear los postres, el cura se prendió a comer un gran plato de comida que Encarna le sirvió, mientras José y Daniel preparaban una sangría deliciosa. Felipe puso música y todos bailaron era una gran noche una noche para disfrutar olvidando las mentiras del pasado.

—Prefiero comprarle un traje y no invitarlo a cenar —criticó la abuela luego de servirle el segundo plato al cura que no dejaba de embullar.

Cansados de bailar varios se sentaron en reposeras sobre el borde de la playa, dejando que las suaves olas acaricien sus pies.

—¡Quiero que me cantes! —pidió Emma, mimosa. Javier giro su rostro y estirando una mano sus dedos acariciaron su mejilla.

—¡Tu deseo para mí es una orden! Manifestó guiñándole un ojos.

Y levantándose se dirigió a buscar su guitarra, la cual siempre lo acompañaba. Se volvió a sentar, pero esta vez lo hizo frente a su amor y comenzó a deleitar a todos con su voz y las estrofas de esas canciones que llegaban al alma de

todos las que las escuchaban.

*Inmensas tempestades, tu mano y la mía.
Tienes algo... no sé qué es.
Hay tanto de melódico en tu fantasía...
Y un toque de misterio, mi límite.*

*Conservo algún recuerdo que no debería,
lo sé, ¿qué puedo hacer?
A todos nos ocurre la monotonía.
Nos gana la batalla, alguna vez, alguna vez...*

*Por eso, vida mía, por el día a día,
por enseñarme a ver el cielo más azul,
por ser mi compañera y darme tu energía,
no cabe en una vida mi gratitud.
Por aguantar mis malos ratos y manías,
por conservar secretos en ningún baúl.
Quiero ser por una vez capaz de ganar y perder.*

*Perdona si me ves perder la compostura,
en serio te agradezco que hayas sido mía.
Si ves que mi canción acaso no resulta,
avísame y recojo la melancolía, melancolía...*

*Te dejaré una ilusión envuelta en una promesa de eterna pasión,
una esperanza pintada en un mar de cartón,
Un mundo nuevo que sigue donde un día lo pusiste.*

*Tú eres esa mujer, por quien me siento ese hombre capaz de querer,
viviendo cada segundo la primera vez.
Sabiendo que me quisiste
y todo aquello que me diste.*

Mientras el cantaba las estrofas de sus hermosas canciones Felipe y Alam encendían los farolitos de papel, que habían preparados, minutos antes los cuales se encontraban llenos de mensajes de amor y con cuidado y ayuda de

Patricia, el novio y Beba los soltaron, dirigiéndose hacia un cielo azul que se iluminaban con luz, con los mejores deseos. Mientras una brisa fresca acariciaba sus rostros, José dirigió su mirada a las estrellas, quizás pidiendo perdón, a las que fueron sus dos mujeres. El recuerdo de su hija, sus risas y también su llanto recorrió la mente de Encarna y Daniel que imaginó sus sentimientos cubrió sus hombros con un tierno abrazo, mientras uno de sus dedos le secaban una lágrima.

—¡Acá estoy a tu lado, vamos amor mío! —susurró en el oído de la novia conteniéndola.

Y mientras las olas bailoteaban en la orilla de esa bella y extensa playa, Javier logró no solo el sueño de casarse con Emma formando una familia, también logró convertirse en uno de los cantantes más aplaudidos y queridos en todo el mundo. Cada estrofa de sus canciones dejaba un mensaje profundo en todo aquel que la escuchará.

—¿Sos feliz mi niña? —averiguó Javier abrazando a su mujer, parados sobre la orilla del mar.

—¡Muy feliz! Deseo que siempre me cantes —afirmó Emma apoyando la cabeza en su hombro. Él giró su cuerpo quedando frente a ella, tomó con sus dedos su rostro y apoyando su frente sobre la de ella, cantó las estrofas de esa canción que ella amaba.

*Te besaré como nadie
en este mundo te besó.
Te amaré con el cuerpo y la mente,
con la piel y el corazón.*

Y los dos se besaron no solo con el alma también con el corazón.

AGRADECIMIENTOS

Más de cinco meses me llevó terminar de escribir a mi octavo bebé. Cada palabra, cada estrofa, cada oración, se fue plasmando en papel, para luego juntarlas y armar esta historia.

Emma y Javier sufrieron por culpa de secretos de familia muy bien guardados. Lloraron y perdieron un tiempo hermoso en amarse. Si todos los que guardaron secretos por años hubieran confesado su culpa y engaños, ellos no deberían haber sufrido. Su amor era dulce y puro, y no como todos decían Un amor casi prohibido.

Y luego de mil y grandes tormentas, acá sigo parada y sonriendo.

Me vais a permitir que le de las gracias a mis dos angelitos, que son mi vida y me ayudan a seguir: Agostina y Melanie, mis dos nietas.

También le quiero agradecer infinitamente a Cecilia Pérez de Divinas Lectoras, por ser mi soporte para dar a conocer mis historias, por estar siempre ahí dispuesta a echar una mano.

Y por último, a ustedes, mis lectoras. Sin vosotras no sería posible que siguiera escribiendo.

DELFINA FARIAS

¡Hasta las próximas lecturas ATREVIDAS!